



THE LIFE OF Elijah

ARTHUR W. PINK (1886-1952)

Traducido por: David Taype

LA VIDA DE ELÍAS

Por:
Arthur W. Pink

CONTENIDO

Introducción

- 1. El Profeta mismo**
- 2. Antes de Acab**
- 3. Junto al arroyo**
- 4. En Sarepta**
- 5. Enfrentando el peligro**
- 6. Confrontando a Acab**
- 7. En el Carmelo**
- 8. Oración eficaz**
- 9. Santidad Vindicada**
- 10. Lluvia de bienvenida**
- 11. En vuelo**
- 12. Abatido**
- 13. Refrescado**
- 14. En la cueva**
- 15. Su recuperación**
- 16. Su calvario**
- 17. Su última tarea**
- 18. Su salida**

Introducción

1 Reyes 17:1 – 2 Reyes 2:11

El oficio que ocupó Elías proporciona una clave importante para comprender los tiempos en los que vivió y el carácter de su misión. Fue un profeta, de hecho uno de los más notables pertenecientes a ese orden divino. Ahora bien, hay una diferencia real y marcada entre un siervo de Dios y un profeta de Dios, porque aunque todos Sus profetas son siervos, no todos Sus siervos son profetas. La profecía siempre presupone el fracaso y el pecado. Dios solo envió a uno de Sus profetas en un tiempo de marcada decadencia y alejamiento del pueblo de Él mismo. Como esto no es generalmente conocido, nos proponemos profundizar en el punto y proporcionar pruebas bíblicas de nuestra afirmación. “Tenemos también una palabra profética más segura: a la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en un lugar oscuro” (2Pe 1:19): eso expresa el principio general.

¿Cuántos de nuestros lectores pueden recordar la primera profecía registrada en las Sagradas Escrituras? Bueno, se encuentra en, “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar” (Gn 3,15). ¿Y cuándo se dio esa profecía inicial? No mientras nuestros primeros padres caminaban en obediencia y comunión con el Señor Dios, sino después de haber pecado contra Él y quebrantado Sus mandamientos. Que esto sea debidamente anotado y cuidadosamente ponderado, porque como la primera mención de cualquier cosa en las Escrituras, es de gran trascendencia, dando a entender la naturaleza y el diseño de todas las profecías subsiguientes. Esta predicción inicial, entonces, no fue proporcionada por Dios mientras se obtenía la bienaventuranza original del Edén, sino después de haber sido quebrantada bruscamente. Se suministró después de que la humanidad se rebeló y apostató.

Y ahora una pregunta más difícil: ¿Cuántos de nuestros lectores pueden nombrar al primer profeta de Dios mencionado en las Escrituras? Para encontrar la respuesta tenemos que ir a la Epístola de Judas, donde se nos dice, “Y de estos profetizó también Enoc, el séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los que son impíos entre ellos de todas sus obras

impías”, etc. (vv. 14-15). Aquí nuevamente vemos el mismo principio ilustrado y el mismo hecho ejemplificado. Enoc el Profeta vivió en una época de abundante iniquidad. Fue contemporáneo de Noé, cuando “la tierra estaba llena de violencia”, y “toda carne había corrompido su camino [el de Dios] sobre la tierra” (Gn 6, 11-12). El ministerio de Enoc, entonces, se ejerció algún tiempo antes del gran Diluvio, y fue levantado para llamar a los hombres a abandonar sus pecados y anunciar la certeza del juicio divino que caería sobre ellos si se negaban a hacerlo.

¿Quiénes son los próximos hombres a los que se hace referencia en las Escrituras como “profetas” de Dios? La respuesta puede sorprender a algunos de nuestros lectores: no son otros que Abraham, Isaac y Jacob. En el Salmo 105 leemos: “Él no permitió que nadie los agraviera; y por causa de ellos reprendió a los reyes, diciendo: No toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas” (vv. 14-15). El contexto identifica claramente a estos “profetas”. “Se acordó para siempre de su pacto, de la palabra que mandó a mil generaciones, cuyo pacto hizo con Abraham, y su juramento a Isaac; y la confirmó a Jacob por ley, ya Israel por pacto perpetuo, diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán, la suerte de tu heredad” (vv. 8-11). ¿Y por qué los patriarcas fueron denominados “profetas”? Lo que se nos ha presentado en los párrafos anteriores proporciona la respuesta, y el título dado aquí a Abraham, Isaac y Jacob debe explicarse sobre el mismo principio. Un nuevo y temible mal había entrado en el mundo, y Dios llamó a los Patriarcas separándolos de él, para que con sus labios y con su vida fueran testigos contra él.

Ese mal era, la idolatría. Hasta donde revelan las Escrituras, los hombres no adoraban a los ídolos antes del Diluvio. Pero poco después del gran diluvio, la idolatría no sólo se afianzó, sino que se generalizó. “Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Vuestros padres habitaron al otro lado del río en el tiempo antiguo, Taré, padre de Abraham, y padre de Nacor; y sirvieron a otros dioses” (Jos 24:2). Es a ese mismo período de la historia antigua, es decir, a los días de Nimrod en adelante, que Romanos 1:22-23 mira hacia atrás: “Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles”. Una referencia incidental, que sin embargo puede ser considerada como sintomática de las condiciones generales, está contenida en, “Raquel había robado las imágenes que eran de su padre” (Gen 31:19). Fue de este terrible pecado de idolatría que los Patriarcas fueron separados, para servir como “profetas”—testigos del verdadero Dios. Así vemos una vez más que la introducción del Profeta fue frente a la apostasía.

Traducido por: David Taype

Transmitiendo la corriente de la historia humana, consideremos a continuación el caso de la nación escogida. Jehová había apartado a los hebreos para sí mismo como su pueblo favorecido. Llamados a salir de Egipto, primero fueron llevados a un lugar de aislamiento: el desierto. Allí se erigió el tabernáculo de adoración y testimonio, se dieron leyes a Israel y se instituyó el sacerdocio. Leemos de príncipes, ancianos y jueces en la congregación, pero no se hace mención alguna de que se nombra ningún orden de "profetas". ¿Por qué es esto? Porque no había necesidad de ellos. ¡Mientras Israel caminara en obediencia y comunión con el Señor y lo adorara de acuerdo con Sus instituciones, no se requería ningún "profeta"! Este es un hecho que no ha recibido la atención que merece. Mientras la vida de Israel permaneció normal, hubo un lugar para el maestro, el levita y el magistrado; pero ningún lugar para la función profética.

Pero después de que Israel entró en la tierra de Canaán y Josué fue quitado de su cabeza, lo que hemos señalado anteriormente ya no se obtuvo. En una fecha posterior en la historia de Israel encontramos a Dios enviándoles profetas. ¿Por qué? Porque el sacerdocio había fracasado y el pueblo se había apartado de Dios. La historia se repetía: se abusaba de las misericordias divinas, se burlaba la Ley divina, los siervos de Dios fracasaban lamentablemente en el cumplimiento de sus deberes. Se instaló la corrupción y hubo un alejamiento doloroso y generalizado del Señor. Entonces fue que Él instituyó el orden profético en Israel. ¿Y quién fue el que encabezó la larga lista de los profetas de Israel? Esta no es una pregunta sin importancia: Hechos 3:24 nos dice: "Sí, y todos los profetas desde Samuel, y los que le siguen, cuantos han hablado, también han anunciado acerca de estos días".

Samuel, entonces, fue el primero de los profetas de Israel. Fue resucitado por Dios en el momento más crítico de su historia, cuando la verdadera piedad se había hundido a un nivel muy bajo y cuando la maldad se burlaba de sí misma en las alturas. Tan espantosas se habían vuelto las cosas, tanto se había apartado de sus ojos el temor de Dios, que los propios hijos del sumo sacerdote hurtaron parte de los santos sacrificios: "El pecado de los jóvenes era muy grande delante de Jehová; la ofrenda de Jehová" (1 Samuel 2:17). Tan perdidos estaban no solo en la veneración de lo sagrado, sino también en el sentido de la decencia, que "se acostaron con las mujeres que se reunían a la puerta del tabernáculo de reunión" (v. 22). Aunque Elí les amonestó, sin embargo, "no escucharon la voz de su padre" (v. 25). En consecuencia, fueron asesinados por juicio divino, el arca del Señor fue llevada por los filisteos, y "Ichabod" fue escrito sobre la nación. Samuel, entonces, se levantó en un

Traducido por: David Taype

momento de gran decadencia, cuando, "No había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía" (Jueces 21:25).

Ahora bien, todo lo que ha estado antes de nosotros proporciona la clave para la comprensión de esos libros en el Antiguo Testamento que se conocen más definitivamente como "Los profetas". Sus mensajes estaban dirigidos a un pueblo degenerado y descarriado. Démole una cita de los tres primeros. "Visión de Isaías hijo de Amoz, que vio acerca de Judá y de Jerusalén en días de Uzías, Jotham, Acaz y Ezequías, reyes de Judá. Oíd, cielos, y escucha, tierra, porque Jehová ha hablado; Crié y engrandecí hijos, y ellos se rebelaron contra mí. El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no sabe, mi pueblo no entiende. ¡Oh nación pecadora, pueblo cargado de iniquidad, simiente de malhechores, hijos corruptores! Dejaron a Jehová, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás" (Isaías 1:1-4). ". Así dice el Señor, qué iniquidad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí y anduvieron tras la vanidad" (Jeremías 2:5 y véanse los versículos 6-9). "Hijo de hombre, te envío a los hijos de Israel, a una nación rebelde que se ha rebelado contra mí" (Ezequiel 2:3 y ver versículos 4-9).

El mismo principio es válido en todo el Nuevo Testamento. El primer predicador que se nos presenta allí es Juan el Bautista: ¿y cuál fue la característica sobresaliente de su ministerio? No la de un evangelista, no la de un maestro, sino más bien la del Profeta: "Él irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver el corazón de los padres hacia los hijos, y de los desobedientes a la sabiduría de los justos; aparejar un pueblo preparado para el Señor" (Lc 1,17). ¿Porque? Porque Dios envió a Juan a un pueblo que se había apartado de Él, a un pueblo cargado de iniquidades, pero farisaico en sus pecados. Juan fue una protesta divina contra la podredumbre de los fariseos, saduceos y herodianos. Aunque hijo de sacerdote, Juan nunca ministró en el templo, ni se oyó su voz en Jerusalén. En cambio, él era una voz que clamaba en el desierto: colocado fuera de toda religión organizada. Él fue un verdadero Profeta, llamando a la gente a arrepentirse y huir de la ira venidera.

Toma el ministerio de Cristo. En Él vemos todos los oficios combinados: Él era Profeta, Sacerdote y Rey. Fue a la vez evangelista y maestro, pero durante su ministerio terrenal lo más destacado fue el ejercicio de su oficio profético. En la antigüedad, Jehová había declarado a Moisés: "Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú, y pondré mis palabras en su boca; y él les hablará todo lo que yo le mande" (Dt 18,18). Pero observemos cuidadosamente la etapa particular de su ministerio cuando Cristo comenzó a pronunciar profecías como tales. La mayoría de nuestros lectores recordarán

Traducido por: David Taype

que hay una gran cantidad de predicciones que hizo con respecto a su segundo advenimiento, pero es posible que no hayan observado que ninguna de ellas se dio durante los primeros días de su servicio. El Sermón de la Montaña (Mateo capítulos 5 a 7) no contiene nada en absoluto. La gran profecía del Evangelio de Mateo se encuentra cerca del final (capítulos 24 y 25), ¡después de que los líderes de la nación lo rechazaron!

El mismo principio general —declinación y alejamiento de Dios como el fondo oscuro ante el cual se destaca el Profeta— recibe mayor ilustración en los escritos de los Apóstoles. En ellos se van a encontrar algunas predicciones llamativas y muy importantes; pero marca con atención dónde se encuentran. Los principales, los que entran en mayor detalle, suelen encontrarse en las segundas epístolas: 2 Tesalonicenses 2, 2 Timoteo 3 y 2 Pedro 2. ¿Por qué? Ah, ¿por qué era necesaria una segunda epístola? Porque el primero fracasó en lograr su fin adecuado. Finalmente, preguntémonos, ¿cuál es el único libro del Nuevo Testamento que es sobresalientemente profético en su carácter y contenido? Pues, la Revelación. ¿Y dónde se encuentra? Al final del Nuevo Testamento, trazando como lo hace el curso de la apostasía de la cristiandad y describiendo los juicios de Dios sobre la misma.

Ahora, hay una cosa muy notable acerca de los profetas de Dios, sin importar en qué época o época vivieron: siempre los encontramos caminando solos con Dios, separados de la apostasía religiosa que los rodea. Así fue con Enoc: él "caminó con Dios" (Gn 5:24), lo que denota su distanciamiento del mal que lo rodeaba. Así fue con los Patriarcas: "Por la fe [Abraham] habitó como peregrino en la tierra prometida, como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, herederos con él de la misma promesa" (Heb 11:9). Tan aislado estaba el profeta Samuel que cuando Saúl lo buscó tuvo que preguntarle dónde moraba (1 Samuel 9:11-12). Como hemos visto, lo mismo se aplicaba a Juan el Bautista: estaba en marcada separación de la religión organizada de su época. Así que ahora a los siervos de Dios se les ordena "apartarse" de aquellos que "tienen apariencia de piedad pero niegan la eficacia de ella" (2Ti 3:5).

Otra cosa que ha marcado a los profetas de Dios es que no estaban acreditados por los sistemas religiosos de su tiempo: ni pertenecían ni estaban respaldados por ellos. ¿Qué había a lo que Enoc y los patriarcas posiblemente pudieran "pertener" o "ser miembros"? ¿Cómo podrían Samuel o Elías tener algún compañerismo personal con el judaísmo apóstata de su época? ¿Cómo era moralmente posible que Juan el Bautista ejerciera su ministerio dentro del recinto del degenerado templo de Jerusalén? Como consecuencia de su separación de los sistemas que deshonraban a Dios de su

Traducido por: David Taype

tiempo, fueron despreciados, odiados y perseguidos por los líderes religiosos, ya los ojos de sus satélites eran muy impopulares. El mismo principio se aplica ahora. Cuando una denominación ha repudiado (en la doctrina o en la práctica) la Verdad, la membresía en ella solo puede ser retenida al precio de la infidelidad a Dios: “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprehededlas” (Efesios 5:11).).

Otro rasgo que siempre caracterizó a los profetas de Dios fue la naturaleza de su misión y mensaje. Esto era doble: despertar una conciencia adormecida y consolar los corazones del pueblo de Dios en un día de ruina. El primero se logró mediante una fiel aplicación de la Palabra de Dios a las condiciones existentes, para despertar en la gente un sentido de su responsabilidad y culpa. Se expuso la Ley divina y se insistió en las santas pretensiones de Dios, para que pareciera cuán gravemente el público se había apartado de Él. Se hizo un llamado intransigente al arrepentimiento: una demanda de abandonar sus pecados y volver al Señor. El segundo se logró dirigiendo los ojos de los santos por encima de la ruina que los rodeaba y fijando sus corazones en la gloria futura.

Finalmente, queda por señalar que el mensaje de los profetas de Dios nunca fue escuchado por más que un remanente insignificante y fraccionado. La gran masa incluso de los profesantes religiosos lo rechazó, porque no convenía a sus gustos depravados. ¡Nunca hubo ninguna recuperación corporativa! La naturaleza humana entonces no era diferente de lo que es ahora: nunca ha sido aceptable predicar sobre la excesiva pecaminosidad del pecado y la certeza del juicio venidero. Son los falsos profetas que claman: “Paz, paz, cuando no hay paz”, quienes siempre fueron los oradores populares. “Háblanos cosas suaves” (Isaías 30:10) es siempre la demanda de la multitud, y aquellos que se niegan a ceder a este clamor y en cambio predicen fielmente la Verdad, son llamados “pesimistas” y “aguafiestas”.

Volvemos al pensamiento con el que abrimos: el oficio particular que Elías sostuvo nos permite formarnos un juicio exacto de los tiempos en los que le tocó la suerte, y la naturaleza específica de su misión. El Profeta de Galaad apareció en el escenario de la acción en una de las horas más oscuras de la historia de Israel.

1. El Profeta mismo

Repasando muy brevemente el terreno cubierto en el capítulo anterior, hemos visto, primero, que la aparición en escena de un profeta de Dios es indicativa de una temporada de decadencia y alejamiento de Dios, siendo necesario su mensaje por el grave fracaso de aquellos que le han precedido. Segundo, que su obra principal es despertar la conciencia pública adormecida, reprender a los malhechores, denunciar la iniquidad, exhortar a los hombres a abandonar su maldad y volverse al Señor. Tercero, que su mensaje es desagradable para los profesantes de religión impíos y vacíos, porque trata sobre el pecado, la justicia y el juicio venidero. Cuarto, que como no es un proveedor de cortesías ni un cosquilleo de oídos, su misión es despreciada y su mensaje rechazado por las masas, y solo un remanente insignificante responde a su llamado.

Ahora Elías apareció en el escenario de la acción pública durante una de las horas más oscuras de la triste historia de Israel. Se nos presenta al comienzo de 1 Reyes 17, y no tenemos más que leer los capítulos anteriores para descubrir en qué estado deplorable se encontraba entonces el pueblo de Dios. se opuso a Él había sido establecido públicamente. Nunca antes la nación favorecida se había hundido tanto. Habían pasado cincuenta y ocho años desde que el reino se partió en dos tras la muerte de Salomón. Durante ese breve período habían reinado no menos de siete reyes sobre las diez tribus, y todos ellos sin excepción eran hombres malvados. Doloroso, en verdad, es rastrear su triste curso, y aún más trágico es contemplar cómo ha habido una repetición de lo mismo en la historia de la cristiandad.

El primero de esos siete reyes fue Jeroboam. Acerca de él leemos que él, "hizo dos becerros de oro y les dijo: Os es demasiado ir a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y puso el uno en Betel, y el otro puso en Dan. Y esto se convirtió en pecado; porque el pueblo fue a adorar delante de uno, hasta Dan. E hizo una casa de lugares altos, e hizo sacerdotes de los más humildes del pueblo, que no eran de los hijos de Leví. Y Jeroboam ordenó una fiesta en el mes octavo a los quince días del mes, como la fiesta que hay en Judá, y la ofreció sobre el altar. Así hizo en Betel, ofreciendo sacrificios a los becerros que había hecho; y puso en Betel a los sacerdotes de los lugares altos que había hecho" etc. (1Re 12:28-32). ¡Que se note debida y cuidadosamente que la apostasía comenzó con la corrupción del

Traducido por: David Taype

sacerdocio, al instalar en el servicio divino a hombres que nunca fueron llamados ni equipados por Dios!

Del siguiente rey, Nadab, se dice: “E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de su padre, y en su pecado con que hizo pecar a Israel” (1 Reyes 15:26). . Le sucedió en el trono el mismo hombre que lo asesinó, Baasa (1 Reyes 15:27). Luego vino Ela, un borracho, quien a su vez era un homicida (1Re 16:8-9). Su sucesor, Zimri, fue culpable de “traición” (1Re 16:20). Lo siguió un aventurero militar de nombre Omri, y de él se nos dice “pero Omri hizo lo malo ante los ojos del Señor, e hizo peor que todos los que estaban antes de él. Porque anduvo en todo el camino de Jeroboam hijo de Nabat, y en su pecado con que hizo pecar a Israel, para provocar a ira a Jehová Dios de Israel con sus vanidades” (1Re 16:25-26). El ciclo del mal se completó con el hijo de Omri, pues era aún más vil que los que le habían precedido.

“Y Acab hijo de Omri hizo lo malo ante los ojos del Señor más que todos los que fueron antes de él. Y aconteció que como si le fuera cosa liviana andar en los pecados de Jeroboam hijo de Nabat, tomó por mujer a Jezabel hija de Etbaal rey de los sidonios, y fue y sirvió a Baal y adoró él” (1 Reyes 16:30-31). Este matrimonio de Acab con una princesa pagana fue, como cabría esperar (porque no podemos pisotear la Ley de Dios bajo nuestros pies con impugnaciones), cargado de las consecuencias más espantosas. En muy poco tiempo desapareció de la tierra todo vestigio de la adoración pura de Jehová y la idolatría flagrante se hizo rampante. Los becerros de oro eran adorados en Dan y Beerseba, se había erigido un templo a Baal en Samaria, las “arboledas” de Baal aparecían por todos lados, y los sacerdotes de Baal se hacían cargo de la vida religiosa de Israel.

Se declaró abiertamente que Baal vivió y que Jehová dejó de existir. Qué estado tan impactante de las cosas había sucedido se desprende claramente de: “Y Acab hizo una arboleda; y Acab hizo más para provocar a ira a Jehová Dios de Israel que todos los reyes de Israel que fueron antes de él” (1Re 16:33). El desafío al Señor Dios y la maldad flagrante ahora habían llegado a su punto culminante. Esto se hace aún más evidente por, “en sus días Hiel el betelita edificó Jericó” (v. 34). Terrible descaro fue esto, porque desde la antigüedad se había registrado: “Josué los conjuró en aquel tiempo, diciendo: Maldito sea el varón delante de Jehová que se levantare y edifique esta ciudad Jericó; él pondrá los cimientos en su primogénito” (Jos. 6:26). La reconstrucción de la maldita Jericó fue un desafío abierto a Dios.

Ahora bien, fue en medio de esta oscuridad y degradación espiritual que apareció en el escenario de la acción pública, con una súbita y dramática, un testigo solitario pero impactante de y para el Dios vivo. Un comentarista

Traducido por: David Taype

eminente comenzó sus comentarios sobre 1 Reyes 17 diciendo: "el más ilustre profeta Elías se levantó en el reinado del más inicuo de los reyes de Israel". Ese es un resumen breve pero preciso de la situación en Israel en ese momento: no solo eso, sino que proporciona la clave de todo lo que sigue. Es verdaderamente triste contemplar las terribles condiciones que entonces prevalecían. Toda luz se había extinguido, toda voz de testimonio divino había sido silenciada. La muerte espiritual se extendió por todas partes, y parecía que Satanás había obtenido el dominio completo de la situación.

"Y Elías tisbita, que era de los habitantes de Galaad, dijo a Acab: Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra" (1Re 17). :1). Dios, con mano alta, levantó ahora un poderoso testigo de sí mismo. Elías es traído aquí a nuestra atención de la manera más abrupta. Nada se registra de su filiación o forma de vida anterior. Ni siquiera sabemos a qué tribu pertenecía, aunque por el hecho de que era "de los habitantes de Galaad" es probable que perteneciera a Gad oa Manasés, porque Galaad estaba dividida entre ellos. "Galaad estaba al este del Jordán: era salvaje y accidentado; sus colinas estaban cubiertas de bosques lanudos; su espantosa soledad sólo la interrumpía el torrente de los arroyos de las montañas; sus valles eran guarida de feroces bestias salvajes" (FB Meyer, 1847-1929).

Como hemos señalado anteriormente, Elías se nos presenta en la narración divina de una manera muy extraña, sin que se nos diga nada de su ascendencia o vida temprana. Creemos que hay una razón típica por la cual el Espíritu no hizo referencia al origen de Elías. Como Melquisedec, el principio y el final de su historia están envueltos en un misterio sagrado. Así como la ausencia de cualquier mención del nacimiento y la muerte de Melquisedec fue diseñada divinamente para presagiar el sacerdocio eterno y el reinado de Cristo, el hecho de que no sepamos nada del padre y la madre de Elías, y el hecho adicional de que fue trasladado sobrenaturalmente de este mundo sin atravesando los portales de la muerte, márcalo como el precursor típico del Profeta eterno. Así, la omisión de tales detalles presagiaba la infinitud del oficio profético de Cristo.

El hecho de que se nos diga que Elías "era de los habitantes de Galaad" sin duda se registra como una luz lateral sobre su formación natural, que siempre ejerce una poderosa influencia en la formación del carácter. La gente de esas colinas reflejaba la naturaleza de su entorno: eran toscos y toscos, solemnes y severos, habitaban en aldeas tocas y subsistían de la crianza de rebaños de ovejas. Curtido por la vida al aire libre, vestido con un manto de pelo de camello, acostumbrado a pasar la mayor parte de su tiempo en soledad,

Traducido por: David Taype

dotado de una fuerza nervuda que le permitía soportar grandes esfuerzos físicos, presentaría un marcado contraste con los habitantes de las ciudades de los valles de las tierras bajas, y más especialmente se distinguiría de los cortesanos mimados del palacio.

Cuán joven era cuando el Señor le dio a Elías por primera vez una revelación personal y salvadora de sí mismo, no tenemos forma de saberlo, ya que no tenemos información sobre su formación religiosa temprana. Pero hay una frase en un capítulo posterior que nos permite formarnos una idea definida del calibre espiritual del hombre: “He tenido mucho celo por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:10). Esas palabras no pueden significar menos que él tenía la gloria de Dios en su corazón y que el honor de Su nombre significaba más para él que cualquier otra cosa. En consecuencia, debe haber estado profundamente afligido y lleno de santa indignación a medida que se informaba más y más acerca del terrible carácter y el amplio alcance de la deserción de Israel de Jehová.

Puede haber pocas dudas de que Elías debe haber estado completamente familiarizado con las Escrituras, especialmente con los primeros libros del Antiguo Testamento. Sabiendo cuánto había hecho el Señor por Israel, los favores señalados que les había otorgado, debe haber anhelado con profundo deseo que lo agradarán y lo glorificaran. Pero cuando supo que esto faltaba por completo, y cuando le llegaron noticias de lo que sucedía al otro lado del Jordán, cuando se enteró de cómo Jezabel había derribado los altares de Dios, matado a sus siervos y reemplazado con los idólatras. sacerdotes del paganismo—su alma debe haber estado llena de horror y su sangre hecha hervir con indignación, porque él estaba, “muy celoso de Jehová Dios de los ejércitos.” Ojalá más de esa justa indignación nos llenara y despidiera hoy.

Probablemente la pregunta que más preocupaba ahora a Elías era: ¿Cómo debía actuar? ¿Qué podía hacer él, un niño del desierto rudo e inculto? Cuanto más lo reflexionaba, más difícil debía parecerle la situación. Y sin duda Satanás le susurró al oído: No puedes hacer nada, las condiciones son desesperadas. Pero había una cosa que podía hacer: dedicarse a ese gran recurso de todas las almas profundamente probadas: podía ORAR. Y lo hizo: como nos dice Santiago 5:17, “oraba fervientemente”. Oró porque estaba seguro de que el Señor Dios vivía y gobernaba sobre todo. Oró porque se dio cuenta de que Dios es todopoderoso y que con Él todo es posible. Oró porque sintió su propia debilidad e insuficiencia y, por lo tanto, se volvió hacia Aquel que está revestido de poder y es infinitamente autosuficiente.

Pero para que sea eficaz, la oración debe fundarse en la Palabra de Dios, porque sin fe es imposible agradarle, y “la fe es por el oír, y el oír por la

Palabra de Dios" (Rom 10,17). Ahora bien, había un pasaje en particular en los primeros libros de las Escrituras que parece haber sido especialmente fijado en la atención de Elías: "Mirad por vosotros mismos, que vuestro corazón no sea engañado, y os desviéis y sirváis a dioses ajenos, y los adoréis; y entonces la ira de Jehová se encenderá contra vosotros, y cerrará los cielos, y no habrá lluvia, y la tierra no dará su fruto" (Dt 11, 16-17). Ese era precisamente el crimen del que ahora era culpable Israel: se habían desviado para adorar dioses falsos. Supongamos, entonces, que este juicio divinamente amenazado no se ejecutara, ¿no parecería en verdad que Jehová no era más que un mito, una tradición muerta? Y Elías estaba "muy celoso de Jehová, Dios de los ejércitos", y en consecuencia se nos dice que "oró fervientemente para que no lloviera" (Santiago 5:17). Así aprendemos una vez más lo que es la verdadera oración: es la fe que se aferra a la Palabra de Dios, suplicando ante Él y diciendo: "Haz como has dicho" (2Sa 7:25).

"Oró fervientemente para que no lloviera". ¿Exclaman algunos de nuestros lectores, qué oración tan terrible! Entonces preguntamos, ¿no fue mucho más terrible que los descendientes favorecidos de Abraham, Isaac y Jacob despreciaran y se apartaran del Señor Dios y lo insultaran descaradamente al adorar a Baal? ¿Desearías que el tres veces Santo hiciera un guiño ante tales enormidades? ¿Han de ser pisoteadas sus justas leyes con impunidad? ¿Se negará a hacer cumplir sus justos castigos? ¿Qué concepción se formarían los hombres del carácter divino si Él ignorara su abierto desafío a Sí mismo? Que la Escritura responda: "Porque la sentencia contra la mala obra no se ejecuta luego, por eso el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal" (Ecl 8:11). Sí, y no solo eso, sino que como Dios declaró: "Estas cosas has hecho, y yo callé; Pensabas que yo era completamente como tú; te reprenderé, y los pondré en orden delante de tus ojos" (Sal 50:21).

Ah, mi lector, hay algo mucho más terrible que la calamidad física y el sufrimiento, a saber, la delincuencia moral y la apostasía espiritual. ¡Ay, que esto se perciba tan raramente hoy! ¿Qué son los crímenes contra el hombre en comparación con los pecados arbitrarios contra Dios? Asimismo, ¿qué son los reveses nacionales en comparación con la pérdida del favor de Dios? El hecho es que Elías tenía un verdadero sentido de los valores: estaba "muy celoso del Señor, Dios de los ejércitos", y por eso oró fervientemente para que no lloviera. Las enfermedades desesperadas exigen medidas drásticas. Y mientras oraba, Elías obtuvo la seguridad de que su petición fue concedida, y que debía ir y conocer a Acab. Cualquiera que sea el peligro en el que pueda incurrir personalmente el Profeta, tanto el rey como sus súbditos deben

Traducido por: David Taype

aprender la conexión directa entre la terrible sequía y los pecados que la ocasionaron.

La tarea a la que ahora se enfrentaba Elías no era ordinaria y requería más que valor común. Para que un rústico ignorante de las montañas apareciera sin ser invitado ante un rey que desafió al cielo fue suficiente para sofocar al más valiente, más aún cuando su consorte pagana no rehuyó matar a cualquiera que se opusiera a su voluntad, que de hecho ya había matado a muchos de los siervos de Dios. a muerte. Entonces, ¿qué probabilidad había de que este solitario galaadita escapara con vida? “Pero el justo es valiente como un león” (Pro 28:1): los que están bien con Dios no se acobardan ante las dificultades ni se desaniman ante los peligros. “No temeré a diez mil personas que se hayan levantado contra mí en derredor” (Sal 3, 6); “Aunque un ejército acampe contra mí, mi corazón no temerá” (Sal 27, 3): tal es la bendita serenidad de aquellos cuya conciencia está libre de ofensas y cuya confianza está en el Dios vivo.

Había llegado la hora de la ejecución de su severa tarea, y Elías dejó su hogar en Galaad para entregarle a Acab su mensaje de juicio. Imagínalo en su largo y solitario viaje. ¿Cuáles eran los temas que ocupaban su mente? ¿Le recordaría la misión similar en la que se había embarcado Moisés, cuando fue enviado por el Señor para dar su ultimátum al altivo monarca de Egipto? Bien, el mensaje que él llevó no sería más aceptable para el rey degenerado de Israel. Sin embargo, tal recuerdo de ninguna manera debe disuadirlo o intimidarlo: más bien, el recuerdo de la secuela debe fortalecer su fe. El Señor Dios no le había fallado a su siervo Moisés, sino que había extendido Su brazo poderoso a su favor, y al final le había dado pleno éxito. Las maravillosas obras de Dios en el pasado siempre deben animar a Sus siervos y santos en el presente.

2. Antes de Acab

“Cuando el enemigo venga como río, el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él” (Isaías 59:19). ¿Qué significa que el enemigo entre “como una inundación”? La figura utilizada aquí es muy gráfica y expresiva: es la de un diluvio anormal que tiene como resultado el hundimiento de la tierra, el peligro de la propiedad y la vida misma, amenazando con arrastrar todo lo que se le ponga por delante. Tal figura describe acertadamente la experiencia moral del mundo en general, y de secciones especialmente favorecidas de él en particular, en diferentes períodos de su historia. Una y otra vez se ha desatado un torrente de maldad, un torrente de dimensiones tan alarmantes que parecía que Satanás lograría derribar todo lo santo que tenía delante, cuando por un diluvio de idolatría, impiedad e iniquidad, la causa de Dios sobre la tierra parecía en peligro inminente de ser barrido por completo.

“Cuando el enemigo venga como río”. No tenemos más que echar un vistazo al contexto para descubrir qué se entiende por tal lenguaje. “Esperamos la luz, pero contemplamos la oscuridad; por el brillo, pero andamos en tinieblas. Palpamos la pared como ciegos, y palpamos como si no tuviéramos ojos... Porque nuestras transgresiones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados testifican contra nosotros... Al transgredir y mentir contra el SEÑOR y apartarnos de nuestro Dios, hablando opresión y rebelión, concibiendo y pronunciando del corazón palabras de mentira. Y el juicio se vuelve atrás, y la justicia se para lejos: porque la verdad ha caído en la calle y la equidad no puede entrar. Sí. la verdad falla; y el que se aparta del mal es tenido por loco” (Isaías 59:9-15, véase el margen del v. 15). No obstante, cuando Satanás ha traído una avalancha de errores mentirosos y la anarquía se ha vuelto ascendente, el Espíritu de Dios interviene y frustra el propósito vil de Satanás.

Los versículos solemnes citados anteriormente describen con precisión las terribles condiciones que prevalecieron en Israel bajo el reinado de Acab y su consorte pagana Jezabel. A causa de sus transgresiones multiplicadas, Dios había entregado al pueblo a la ceguera y la oscuridad y un espíritu de falsedad y locura poseía sus corazones. En consecuencia, la verdad cayó en la calle, pisoteada sin piedad por las masas. La idolatría se había convertido en la religión del Estado: el culto a Baal estaba a la orden del día: la maldad campaba a sus anchas por todas partes. De hecho, el enemigo había entrado como una inundación, y parecía que no quedaba ninguna barrera que pudiera

Traducido por: David Taype

detener sus efectos devastadores. Entonces fue cuando el Espíritu del Señor levantó un estandarte contra él, demostrando públicamente que el Dios de Israel estaba muy disgustado con los pecados del pueblo, y ahora castigaría sus iniquidades sobre ellos. Ese estandarte celestial fue levantado en alto por la mano de Elías.

Dios nunca se ha dejado sin testigos en la tierra. En las temporadas más oscuras de la historia humana, el Señor ha levantado y mantenido un testimonio de sí mismo. Ni la persecución ni la corrupción pudieron destruirlo por completo. En los días de los antediluvianos, cuando la tierra estaba llena de violencia y toda carne había corrompido Su camino, Jehová tenía a Enoc ya Noé para actuar como Sus portavoces. Cuando los hebreos fueron reducidos a la abyecta esclavitud en Egipto, el Altísimo envió a Moisés y Aarón como sus embajadores, y en cada período subsiguiente de su historia les fue enviado un profeta tras otro. Así también ha sido a lo largo de todo el curso de la cristiandad: en los días de Nerón, en la época de Carlomagno, e incluso en la Edad Media, a pesar de la incesante oposición del Papado, la Lámpara de la Verdad nunca se apagó. Y así, aquí en 1 Reyes 17 contemplamos nuevamente la fidelidad inmutable de Dios a Su pacto, al traer a escena a uno que estaba muy celoso de Su gloria y que no temía denunciar a Sus enemigos.

Habiéndonos detenido ya en el significado del oficio particular que ejercía Elías, y habiendo examinado su misteriosa personalidad, consideremos ahora el significado de su nombre. Fue uno de los más llamativos y declarativos, pues Elías puede traducirse, “mi Dios es Jehová”, o “Jehová es mi Dios”. La nación apóstata había adoptado a Baal como su deidad, pero el nombre de nuestro Profeta proclamaba al verdadero Dios de Israel. A juzgar por la analogía de la Escritura, podemos concluir con seguridad que este nombre le fue dado por sus padres, probablemente por impulso profético o como consecuencia de una comunicación divina. Tampoco será considerada una idea fantasiosa por los que están familiarizados con la Palabra. Lamec llamó a su hijo Noé, diciendo: “Éste nos consolará (o será un descanso para nosotros) en cuanto a nuestro trabajo” (Gén. 5:29). “Noé” significa descanso o consuelo. José dio nombres a sus hijos que expresaban las providencias particulares de Dios para él (Génesis 41:51-52). El nombre de Ana para su hijo (1 de Samuel 1:20) y la esposa de Finees para el de ella (1 de Samuel 4:19-22) son otras ilustraciones.

Podemos observar que el mismo principio se aplica en conexión con muchos de los lugares mencionados en las Escrituras: Babel (Gén 11:9), Beerseba (Gén 21:31), Masah y Meriba (Éx 17:7) y Cabul (1 Rey. 9:13 margen) siendo casos puntuales. De hecho, nadie que desee comprender las Sagradas

Escrituras puede darse el lujo de descuidar una cuidadosa atención a los nombres propios. La importancia de esto recibe confirmación en el ejemplo de nuestro Señor mismo, porque al ordenar al ciego que se lavara en el estanque de Siloé, se agregó de inmediato: “que se interpreta como Enviado” (Juan 9:7). Nuevamente, cuando Mateo registra el mandato del ángel a José de que el Salvador se llamaría Jesús, el Espíritu lo movió a agregar: “Todo esto se hizo para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio de los profetas, cuando dijeron: He aquí, una virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es, Dios con nosotros” (1:21-23) compare también las palabras “que es, interpretado” en Hechos 4:36; Hebreos 7:1-2.

Se verá así que el ejemplo de los Apóstoles nos amerita deducir la instrucción de los nombres propios (pues si no todos, muchos encierran verdades importantes), pero esto debe hacerse con modestia y según la analogía de la Escritura, y no con dogmatismo o con el propósito de establecer alguna nueva doctrina. ¡Cuán acertadamente correspondía el nombre de Elías a la misión y el mensaje del profeta, y qué estímulo le daría cada consideración! También podemos asociar con su llamativo nombre el hecho de que el Espíritu Santo ha designado a Elías como “el tisbita” (1 Reyes 17:1), lo que significativamente denota al extraño aquí. Y también debemos tomar nota del detalle adicional de que él era, “de los habitantes de Galaad”, cuyo nombre significa rocoso por la naturaleza montañosa de ese país. Siempre es uno de esos a quienes Dios toma y usa en una hora crítica: un hombre que está completamente para Él, separado del mal religioso de su época, y que mora en lo alto; un hombre que en medio de un terrible declive lleva en su corazón el testimonio de Dios.

“Y Elías tisbita, que era de los habitantes de Galaad, dijo a Acab: Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1Re 17). :1). Este evento memorable ocurrió unos 700 años antes del nacimiento de Cristo. Por lo repentino y dramático, el atrevimiento excesivo y el carácter asombroso de ello, hay pocos de una naturaleza similar en la historia sagrada. Sin ser anunciado ni atendido, un hombre sencillo, vestido con un atuendo muy humilde, apareció ante el rey apóstata de Israel como el mensajero de Jehová y el heraldo de un juicio terrible. Nadie en la corte sabría mucho sobre él, si es que sabía algo, pero acababa deemerger de la oscuridad de Galaad para presentarse ante Acab con las llaves del cielo en la mano. Tales son a menudo los testigos de Su verdad que Dios ha empleado. A Su mandato van y vienen: no salen de las filas de los influyentes y eruditos. No son los productos de este sistema mundial, ni el mundo les pone laureles en la frente.

“Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra.” Hay mucho más en esta expresión, “Jehová Dios de Israel vive”, de lo que parece a primera vista. Observe que no es simplemente “Jehová Dios vive”, sino “Jehová Dios de Israel”, que también debe distinguirse del término más amplio “Jehová de los ejércitos”. Por lo menos tres cosas fueron significadas así. Primero, “Jehová Dios de Israel” puso énfasis particular en Su relación especial con la nación favorecida: Jehová era su Rey, su Gobernante, Aquel con quien tenían que ver, Aquel con quien habían entrado en un pacto solemne. En segundo lugar, se le informa a Acab que Él vive. Evidentemente, este gran hecho había sido cuestionado. Durante los reinados de un rey tras otro, Israel se había burlado y desafiado abiertamente a Jehová, y no se habían producido consecuencias nefastas; y así había llegado a prevalecer la falsa idea de que el Señor no tenía una existencia real. En tercer lugar, esta afirmación, “Jehová, Dios de Israel, vive” señaló un sorprendente contraste con los ídolos sin vida cuya impotencia ahora debería hacerse evidente: incapaces de defender a sus devotos engañados de la ira de Dios.

Aunque por sabias razones propias, Dios “soporta con mucha paciencia los vasos de ira preparados para destrucción” (Romanos 9:22), sin embargo, proporciona prueba clara y suficiente a lo largo de la historia humana de que Él es, incluso ahora, el Gobernador de el impío y el vengador del pecado. Entonces se le dio tal prueba a Israel. A pesar de la paz y la prosperidad de que el reino había disfrutado durante mucho tiempo, el Señor estaba muy indignado por la forma grosera en que había sido insultado públicamente, y había llegado el momento de castigar severamente al pueblo descarrilado. En consecuencia, envió a Elías a Acab para anunciar la naturaleza y la duración de su flagelo. Debe notarse debidamente que el Profeta vino con su impresionante mensaje no a la gente, sino al rey mismo, el jefe responsable, el que tenía en su poder rectificar lo que estaba mal desterrando todos los ídolos de su dominio.

Elías ahora fue llamado a entregar un mensaje muy desagradable al hombre más poderoso de todo Israel, pero consciente de que Dios estaba con él, no se inmutó ante tal tarea. Al confrontar repentinamente a Acab, Elías inmediatamente hizo evidente que se enfrentaba a alguien que no le temía, aunque era rey. Sus primeras palabras informaron al monarca degenerado de Israel que tenía que ver con el Dios viviente. “Como vive Jehová Dios de Israel”, fue una confesión abierta de la fe del Profeta, ya que también dirigía la atención a Aquel a quien Acab había abandonado. “Delante de quien estoy”: es decir, de quien soy siervo (cf. Dt 10,8; Lc 1,19). En cuyo Nombre me acerco a

ti, en cuya veracidad y poder confío incondicionalmente, en cuya inefable presencia estoy ahora consciente de estar, y a Quien he orado y obtenido respuesta.

“No habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1Re 17:1). Esa era una perspectiva espantosa. De la expresión, “la lluvia temprana y la tardía” (Dt 11,14; Jer 5,24), deducimos que, normalmente, Palestina experimentaba una estación seca de varios meses de duración: pero aunque no llovió entonces, rocío muy denso descendió en la noche que refrescó mucho la vegetación. Pero que no cayera ni rocío ni lluvia, y eso por un período de años, fue un juicio terrible en verdad. Esa tierra tan rica y fértil como para ser designada como una que, “fluía leche y miel”, pronto se convertiría en una de sequía y esterilidad, lo que implicaría hambre, pestilencia y muerte. Y cuando Dios retiene la lluvia, nadie puede crearla. “¿Hay alguno entre las vanidades [dioses falsos] de los gentiles que pueda hacer llover?” (Jeremías 14:22), cómo eso revela la completa impotencia de los ídolos y la locura de aquellos que les rinden homenaje.

La dura prueba que enfrentó Elías al confrontar a Acab y entregar tal mensaje no requería una fuerza moral ordinaria. Esto será más evidente si dirigimos la atención a un detalle que se les ha escapado a los comentaristas, uno que solo es evidente mediante una cuidadosa comparación de las Escrituras. Elías le dijo al rey: “No habrá rocío ni lluvia en estos años”, mientras que en 1 Reyes 18:1 la secuela dice: “Y aconteció después de muchos días, que vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab; y haré llover sobre la tierra.” Por otro lado Cristo declaró, “muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, cuando hubo gran hambre en toda la tierra” (Lucas 4:25). Entonces, ¿cómo vamos a explicar esos seis meses adicionales? De esta manera: ya había habido una sequía de seis meses cuando Elías visitó a Acab: ¡bien podemos imaginar cuán furioso se pondría el rey cuando le dijeran que la terrible sequía iba a durar otros tres años más!

Sí, la desagradable tarea que tenía por delante Elías no requería una resolución y audacia ordinarias, y bien podemos preguntar: ¿Cuál fue el secreto de su extraordinario coraje? ¿Cómo debemos explicar su fuerza? Algunos de los rabinos judíos han afirmado que él era un ángel, pero eso no puede ser porque el Nuevo Testamento nos informa expresamente que él era “un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras” (Santiago 5:17). Sí lo era, pero “un hombre”. Sin embargo, Él no tembló en presencia de un monarca. Aunque era hombre, tenía poder para cerrar las ventanas del cielo y secar las corrientes de la tierra. Pero la pregunta vuelve sobre nosotros:

Traducido por: David Taype

¿Cómo vamos a explicar la plena seguridad con la que predijo la prolongada sequía, su confianza en que todo estaría de acuerdo con su palabra? ¿Cómo fue que uno tan débil en sí mismo se hizo poderoso por medio de Dios para la destrucción de fortalezas?

Sugerimos una razón triple en cuanto al secreto de la fuerza de Elías. Primero, su oración. “Elías era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oró fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses” (Santiago 5:17). ¡Que se tenga debidamente en cuenta que el Profeta no comenzó sus fervientes súplicas después de su aparición ante Acab, sino seis meses antes! Aquí, entonces, radica la explicación de su seguridad y audacia ante el rey. La oración en privado era la fuente de su poder en público: podía permanecer imperturbable ante la presencia del malvado monarca porque se había arrodillado en humildad ante Dios. Pero también debe observarse cuidadosamente que el Profeta había “orado fervientemente”: no tenía una devoción formal y sin espíritu que no lograra nada, sino de todo corazón, ferviente y eficaz.

Segundo, su conocimiento de Dios. Esto está claramente insinuado en sus palabras a Acab: “Vive Jehová Dios de Israel”. Jehová era para él una realidad viva. Por todos lados había cesado el reconocimiento abierto de Dios: en lo que respecta a las apariencias externas, no había un alma en Israel que creyera en Su existencia. Pero Elías no se dejó influir por la opinión pública y la práctica. ¿Por qué lo sería, cuando tenía dentro de su propio pecho una experiencia que le permitió decir con Job: “¡Yo sé que mi Redentor vive!” La infidelidad y el ateísmo de los demás no pueden quebrantar la fe de quien ha aprehendido a Dios por sí mismo. Esto es lo que explica el coraje de Elías, como lo hizo en una ocasión posterior la fidelidad inquebrantable de Daniel y sus tres compañeros hebreos. El que realmente conoce a Dios es fuerte (Daniel 11:32) y no teme al hombre.

Tercero, su conciencia de la presencia divina: “Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy”. Elías no solo estaba seguro de la realidad de la existencia de Jehová, sino que estaba consciente de estar en Su presencia. Aunque apareciendo ante la persona de Acab, el Profeta sabía que estaba en presencia de Uno infinitamente más grande que cualquier monarca terrenal, incluso Aquel ante quien los ángeles más altos se inclinan en adoración adoradora. Gabriel mismo no pudo hacer una declaración más grandiosa (Lc 1:19). Ah, mi lector, una seguridad tan bendita como esta nos eleva por encima de todo temor. Si el Todopoderoso estaba con él, ¿por qué el Profeta debería temblar ante un gusano de la tierra? “Vive Jehová Dios de Israel en

Traducido por: David Taype

cuya presencia estoy", revela claramente el fundamento sobre el cual descansó su alma mientras ejecutaba su desagradable tarea.

3. Junto al arroyo

“Elías era varón sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oraba fervientemente para que no lloviera; y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses” (Santiago 5:17). Elías se nos presenta aquí como un ejemplo de lo que se puede lograr con las oraciones fervientes de un “hombre justo” (v. 16). Ah, mi lector, observe bien el adjetivo descriptivo, porque no todos los hombres, ni siquiera todos los cristianos, obtienen respuestas definitivas a sus oraciones; lejos de ahí. Un “hombre justo” es alguien que está bien con Dios de una manera práctica: uno cuya conducta es agradable a Su vista, uno que mantiene sus vestiduras sin mancha del mundo, que está separado del mal religioso, porque no hay mal en la tierra la mitad de lo que deshonra y desagrada a Dios como el mal religioso (ver Lucas 10:12-15, Apocalipsis 11:8). Tal persona tiene el oído del cielo, porque no hay barrera moral entre su alma y un Dios que odia el pecado. “Cualquier cosa que pidamos, la recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22).

“Oró fervientemente para que no lloviera”. ¡Qué terrible petición para presentar ante la Majestad en lo alto! ¡Qué incalculables privaciones y sufrimientos supondría conceder tal petición! La hermosa tierra de Palestina se convertiría en un desierto seco y estéril, y sus habitantes serían devastados por una hambruna prolongada con todos sus horrores concomitantes. Entonces, ¿era este profeta un estoico frío e insensible, desprovisto de afecto natural? No, ciertamente: el Espíritu Santo se ha encargado de decírnos en este mismo versículo que él era “un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras”, y eso se menciona inmediatamente antes del registro de su temible petición. ¿Y qué significa esa descripción en tal conexión? Por qué esto: que aunque Elías estaba dotado de una tierna sensibilidad y una cálida consideración por sus semejantes, en sus oraciones se elevaba por encima de todo sentimentalismo carnal.

¿Por qué oró Elías “para que no lloviera”? No porque fuera impermeable al sufrimiento humano, no porque se deleitara diabólicamente en presenciar la miseria de sus prójimos, sino porque antepuso la gloria de Dios a todo lo demás, incluso a sus propios sentimientos naturales. Recordemos lo que se ha señalado anteriormente con respecto a las condiciones espirituales que entonces reinaban en Israel. No solo ya no había ningún reconocimiento público de Dios a lo largo y ancho de la tierra, sino que por todos lados fue

abiertamente insultado y desafiado por los adoradores de Baal. Diariamente la marea del mal se elevaba más y más, hasta que ahora había arrasado con prácticamente todo lo que tenía delante. Y Elías estaba “muy celoso por Jehová Dios de los ejércitos” (1 Reyes 19:10) y anhelaba ver vindicado Su gran Nombre y restaurado Su pueblo rebelde. Así fue la gloria de Dios y el verdadero amor por Israel lo que impulsó su petición.

Aquí, entonces, está la marca sobresaliente de un “hombre justo” cuyas oraciones prevalecen con Dios: aunque es de sensibilidad tierna, sin embargo, pone el honor del Señor antes que cualquier otra consideración. Y Dios ha prometido “a los que me honran, yo los honraré” (1 Samuel 2:30). ¡Ay!, cuán frecuentemente esas palabras son verdaderas para nosotros: “Pedís, y no recibís; porque pedís mal, para consumirlo en vuestros deseos” (Santiago 4:3). “Pedimos mal” cuando nos dominan los sentimientos naturales, cuando nos mueven los motivos carnales, cuando nos mueven las consideraciones egoístas. Pero qué diferente fue con Elías. Estaba profundamente conmovido por las horribles indignidades contra su Maestro y anhelaba que se le diera de nuevo el lugar que le correspondía en Israel. “Y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses.” El Profeta no falló en su objetivo. Dios nunca se niega a actuar cuando la fe se dirige a Él sobre la base de Su propia gloria, y claramente fue sobre esa base que Elías le había suplicado.

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Fue allí en ese bendito Trono donde Elías obtuvo la fuerza que seguramente necesitaba en ese momento. No solo se le pidió que mantuviera sus propias faldas limpias del mal que lo rodeaba, sino que también se le pidió que ejerciera una influencia santa sobre los demás, actuando para Dios en una era degenerada, para hacer un esfuerzo serio para traer de vuelta a la gente al Dios de sus padres. ¡Cuán esencial era, pues, que habitara mucho en el lugar secreto del Altísimo, para que obtuviera de Él aquella gracia que era la única que podía prepararlo para su difícil y peligrosa empresa: sólo así podría librarse él mismo del mal! , y solo así podría esperar ser un instrumento en la liberación de otros. Equipado así para el conflicto, emprendió su camino de servicio dotado del poder divino.

Consciente de la aprobación del Señor, seguro de la respuesta a su petición, consciente de que el Todopoderoso estaba con él, Elías se enfrentó valientemente al malvado Acab y anunció el juicio divino sobre su reino. Pero detengámonos un minuto para que este hecho de peso penetre en nuestras mentes, pues nos explica la valentía sobrehumana desplegada por los siervos de Dios en todos los tiempos. ¿Qué fue lo que hizo a Moisés tan audaz ante

Faraón? ¿Qué fue lo que permitió al joven David salir y enfrentarse al poderoso Goliat? ¿Qué fue lo que le dio a Pablo tanta fuerza para testificar como lo hizo ante Agripa? ¿De dónde obtuvo Lutero tal resolución de continuar su misión? En cada caso la respuesta es la misma: la fuerza sobrenatural se obtuvo de una Fuente sobrenatural: solo así podemos ser energizados para luchar con los principados y poderes del mal.

“Él da fuerzas a los fatigados, y a los que no tienen fuerzas, les aumenta las fuerzas. Aun los muchachos se fatigarán y se fatigarán, y los jóvenes caerán por completo: Mas los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas, correrán y no se cansarán, caminarán y no se fatigarán” (Is 40, 29-31). Pero, ¿dónde había aprendido Elías esta lección tan importante? No en ningún seminario o colegio de formación bíblica, porque si los había en ese día, eran como los de nuestro propio tiempo degenerado: en manos de los enemigos del Señor. Las escuelas de ortodoxia tampoco pueden impartir tales secretos: incluso los hombres piadosos no pueden enseñarse a sí mismos esta lección, y mucho menos pueden impartirla a otros. Ah, mi lector, como si fuera “al fondo del desierto” (Exodo 3:1) que el Señor se le apareció y comisionó a Moisés, así fue en la soledad de Galaad que Elías se había comunicado con Jehová y había sido entrenado por a Él por sus arduos deberes: allí había “esperado” al Señor, y allí había obtenido “fuerzas” para su tarea.

Nadie sino el Dios viviente puede decir con eficacia a Su siervo: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios; te fortaleceré, sí te ayudaré, sí te sustentará con diestra de mi justicia” (Isaías 41:10). Concedida así la conciencia de la presencia del Señor, Su siervo avanza, “tan valiente como un león”, sin temer a nadie, mantenido en perfecta calma en medio de las circunstancias más difíciles. Fue con tal espíritu que el tisbita se enfrentó a Acab: “Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy”. ¡Pero qué poco sabía ese monarca apóstata de los ejercicios secretos del alma del Profeta antes de que saliera a dirigirse a su conciencia! “No habrá rocío ni lluvia en estos años, sino por mi palabra”: muy llamativo y bendito es eso. El Profeta habló con la máxima seguridad y autoridad, porque estaba entregando el mensaje de Dios: el siervo se identificaba con su Maestro. Tal debe ser siempre el comportamiento del ministro de Cristo: “hablamos que sabemos y testificamos que hemos visto” (Juan 3:11).

“Y vino a él la palabra del Señor” (1Re 17:2). ¡Qué bendición! sin embargo, no es probable que esto se perciba a menos que reflexionemos sobre lo mismo a la luz de lo anterior. Del versículo anterior aprendemos que Elías había cumplido fielmente su comisión, y aquí encontramos al Señor hablando

de nuevo a Su siervo: así consideramos a este último como una graciosa recompensa del primero. Este es siempre el camino del Señor, deleitándose en tener comunión con aquellos que se deleitan en hacer Su voluntad. Es una línea provechosa de estudio rastrear esta expresión a lo largo de las Escrituras. Dios no concede nuevas revelaciones hasta que se ha cumplido con las ya recibidas: podemos ver un caso de esto en los primeros años de vida de Abraham. "Jehová había dicho a Abraham vete... a la tierra que te mostraré" (Gn 12,1); pero en cambio, se fue solo a la mitad del camino y se instaló en Harán (11:31), y no fue hasta que salió de allí y obedeció plenamente que el Señor se le apareció de nuevo (Gén 12:4-7).

"Y vino a él la palabra de Jehová, diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndate junto al arroyo de Querit" (1 Reyes 17:2-3). Por la presente se ejemplifica una importante verdad práctica. Dios guía a Sus siervos paso a paso. Necesariamente, porque el camino que están llamados a recorrer es el de la fe, y la fe se opone tanto a la vista como a la independencia. No es la manera del Señor revelarnos todo el curso que debe ser recorrido: más bien restringe Su luz a un paso a la vez, para que podamos mantenernos en continua dependencia de Él. Esta es una lección muy saludable, pero es una que la carne está lejos de saborear, especialmente en aquellos que son naturalmente enérgicos y celosos. Antes de partir de Galaad hacia Samaria para entregar su mensaje solemne, el Profeta sin duda se preguntaría qué debería hacer tan pronto como fuera entregado. Pero eso no era de su incumbencia, entonces: debía obedecer la orden divina y dejar que Dios le hiciera saber lo que debía hacer a continuación.

"Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia; reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas" (Proverbios 3:5-6). según su propio entendimiento, podemos confiar en que esconderse junto al arroyo Querit es el último camino que habría elegido. Si hubiera seguido sus instintos, sí, si hubiera hecho lo que consideraba más glorioso para Dios, ¿no se habría embarcado en una gira de predicación por los pueblos y aldeas de Samaria? ¿No habría sentido que era su deber ineludible hacer todo lo que estuviera a su alcance para despertar la conciencia adormecida del público, de modo que sus súbditos, horrorizados por la idolatría reinante, presionaran a Acab para que la detuviera? ? Sin embargo, eso era exactamente lo que Dios no quería que él hiciera: ¿qué vale entonces el razonamiento o las inclinaciones naturales en relación con las cosas divinas? Nada.

"Y vino a él la palabra de Jehová". Nótese que no se dice "le fue revelada la voluntad del Señor" o "le fue manifestada la voluntad de Dios": destacamos

especialmente este detalle, porque es un punto en el que hoy no hay poca confusión. Hay muchos que se confunden a sí mismos ya los demás con muchas palabrerías piadosas sobre “obtener la mente del Señor” o “descubrir la voluntad de Dios” para ellos, lo que cuando se analiza cuidadosamente no es más que una vaga incertidumbre o un impulso personal. La “mente” o “voluntad” de Dios, mi lector, se da a conocer en Su Palabra, y Él nunca “quiere” nada para nosotros que, en lo más mínimo, choque con esa Regla celestial. Cambiando el énfasis, nótese, “la palabra del Señor vino a él”: ¡no había necesidad de que él fuera a buscarla! (ver Dt 30:11-14).

Y qué “palabra” fue la que le vino a Elías: “Vete de aquí, y vuélvete hacia el oriente, y escóndete junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán” (1 Reyes 17:3). En verdad, los pensamientos y los caminos de Dios son completamente diferentes de los nuestros: sí, y solo Él puede “hacernos saber” (Sal 103:7) lo mismo a nosotros. Es casi divertido ver cómo los comentaristas se han desviado bastante del tema aquí, porque casi todos ellos explican que el mandato del Señor fue dado con el propósito de brindar protección a Su siervo. A medida que continuaba la sequía mortífera, la perturbación de Acab aumentaría más y más, y al recordar el lenguaje del Profeta de que no debería haber ni rocío ni lluvia, pero según su palabra, su ira contra él no conocería límites. A Elías, entonces, se le debe proporcionar un refugio si se quiere salvar su vida. ¡Sin embargo, Acab no intentó matarlo la próxima vez que se encontraron (1 Reyes 18:17-20)! ¿Debería responderse, Eso fue porque la mano de Dios que refrenaba estaba sobre el rey? Nosotros respondemos, Concedido, pero ¿no pudo Dios contenerlo durante todo el intervalo?

No, la razón de la orden del Señor a Su siervo debe buscarse en otra parte, y seguramente eso no está lejos de determinarse. Una vez que se reconozca que además de las dádivas de Su Palabra y el Espíritu Santo, para aplicarlas, los dones más valiosos que Él otorga a cualquier pueblo es el envío de Sus propios siervos calificados entre ellos, y que la mayor calamidad posible que puede ocurrir cualquier tierra es el retiro de Dios de aquellos a quienes Él designa para ministrar al alma, y no debe quedar ninguna incertidumbre. La sequía en el reino de Acab fue un azote divino y, en consecuencia, el Señor ordenó a Su Profeta: “Vete de aquí”. La remoción de los ministros de Su verdad es una señal segura del desagrado de Dios, una señal de que Él está juzgando a un pueblo que lo ha provocado a ira.

Debe señalarse que la palabra hebrea para “esconder” (1 Reyes 17:3) es completamente diferente de la que se encuentra en Josué 6:17-25 (el escondite de los espías de Rahab) y en 1 Reyes 18:4., 13: la palabra usada en relación con Elías bien podría traducirse “vuélvete hacia el este y aléjate”,

Traducido por: David Taype

como está en Génesis 31:49. En la antigüedad, el salmista había preguntado: “Oh Dios, ¿por qué nos has desechado para siempre? ¿Por qué humea tu furor contra las ovejas de tu prado? (74:1). ¿Y qué fue lo que le llevó a hacer esta pregunta lastimera? ¿Qué había sucedido para que se diera cuenta de que la ira de Dios estaba ardiendo contra Israel? Esto: “Fuego han echado en tu santuario... han quemado todas las sinagogas de Dios en la tierra... nuestras señales no vemos: ya no hay profeta” (vv. 7-9). Fue la supresión de los medios públicos de gracia lo que fue el signo seguro del desagrado divino.

Ah, mi lector, por poco que se pueda comprender en nuestros días, no hay prueba más segura y más solemne de que Dios está escondiendo Su rostro de un pueblo o nación que privarlos de la inestimable bendición de aquellos que fielmente ministran Su Santa Palabra a ellos, porque en la medida en que las misericordias celestiales superan a las terrenales, tanto más terribles son las calamidades espirituales que las materiales. A través de Moisés, el Señor declaró: “Goteará como la lluvia mi enseñanza, destilará como el rocío mi discurso, como la llovezna sobre la hierba tierna, y como el aguacero sobre la hierba” (Dt 32, 2). Y ahora todo el rocío y la lluvia debían ser retenidos de la tierra de Acab, no solo literalmente, sino también espiritualmente. Los que ministraban su Palabra eran apartados del escenario de la acción pública (cf. 1Re 18,4).

Si se requiere más prueba de la Escrituralidad de nuestra interpretación de 1 Reyes 17:3, remitimos al lector a: “Y aunque os dé Jehová pan de congoja y agua de angustia, con todo, tus maestros no serán quitados en un esquina, pero tus ojos verán a tus maestros” (Isaías 30:20). ¿Qué podría ser más claro que eso? Que el Señor quitara a Sus maestros en un rincón fue la pérdida más dolorosa que Su pueblo podía sufrir, porque aquí Él les dice que Su ira será templada con misericordia, que aunque Él les dio el pan de la adversidad y el agua de la aflicción, sin embargo Él no los privaría de nuevo de aquellos que servían a sus almas. Finalmente, recordaríamos al lector la declaración de Cristo de que hubo “gran hambre” en la tierra en el tiempo de Elías (Lucas 4:25) y vincularnos con lo mismo, “He aquí que vienen días, dice el Señor Dios, en que yo enviaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Jehová. Y andarán errantes de mar a mar, y de norte a oriente, correrán de aquí para allá en busca de la palabra de Jehová, y no la hallarán” (Amós 8:11-12).

“Y vino a él la palabra de Jehová, diciendo: Apártate de aquí, y vuélvete al oriente, y escóndete junto al arroyo de Querit, que está frente al Jordán” (1 Reyes 17:2-3). Como hemos señalado, no fue simplemente para proporcionarle a Elías un refugio seguro, para proteger a Su siervo de la ira de

Acab y Jezabel, que Jehová mandó así al Profeta, sino para manifestar Su profundo disgusto contra Su pueblo apóstata: la retirada del Profeta de la escena de la acción pública fue un juicio adicional sobre la nación. No podemos dejar de señalar esa trágica analogía que ahora se da más o menos en la cristiandad. Durante las pasadas dos o tres décadas Dios ha quitado algunos siervos suyos eminentes y fieles por la mano de la muerte, y no sólo no los ha reemplazado levantando otros en su lugar, sino que un número creciente de los que aún quedan están siendo enviado a la reclusión por Él.

Fue tanto para la gloria de Dios como para el bien del Profeta que el Señor le dijo: “vete de aquí... escóndate”. Era un llamado a la separación. Acab era un apóstata y su consorte era pagana. La idolatría abundaba por todos lados. Jehová fue deshonrado públicamente. El hombre de Dios no podía tener simpatía o comunión con una situación tan horrible. El aislamiento del mal es absolutamente esencial si queremos “mantenernos sin mancha del mundo” (Santiago 1:27): no solo separación de la maldad secular sino también de la corrupción religiosa. “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas” (Efesios 5:11) ha sido la demanda de Dios en cada dispensación. Elías se presentó como el fiel testigo del Señor en un día de alejamiento nacional de Él mismo, y habiendo entregado Su testimonio al jefe responsable, el Profeta ahora debe retirarse. Dar la espalda a todo lo que deshonra a Dios es un deber esencial.

Pero, ¿adónde iría Elías? Previamente había habitado en la presencia del Señor Dios de Israel, “delante de quien estoy” podía decir al pronunciar sentencia de juicio a Acab, y aún debía morar en el lugar secreto del Altísimo. El Profeta no fue dejado a su propia elección o diseño, sino dirigido a un lugar designado por Dios mismo, fuera del campamento, lejos de todo el sistema religioso. El Israel degenerado debía conocerlo solo como un testigo contra ellos mismos: no debía tener lugar ni tomar parte en la vida social o religiosa de la nación. Debía volverse “hacia el oriente”: la dirección de donde surge la luz de la mañana, porque aquellos que están regulados por los preceptos divinos “no andarán en tinieblas, sino que tendrán la luz de la vida” (Juan 8:12). “Junto al arroyo Querit, que está frente al Jordán”. Jordán marcó los límites mismos de la tierra. Típicamente hablaba de muerte, y la muerte espiritual ahora descansaba sobre Israel.

¡Pero qué mensaje de esperanza y consuelo contenía el “Jordán” para quien caminaba con el Señor! ¡Qué bien calculado fue hablar al corazón de alguien cuya fe estaba en una condición saludable! ¿No fue en este mismo lugar donde Jehová se mostró fuerte a favor de Su pueblo en los días de Josué? ¿No era el Jordán la misma escena que había presenciado el poder obrador de

milagros de Dios en el momento en que Israel dejó atrás el desierto? Fue allí donde el Señor le había dicho a Josué: “Desde este día comenzaré a engrandecerte ante los ojos de todo Israel, para que sepan que como estuve con Moisés, así estaré contigo” (Josué 3:7). . Fue allí donde “el Dios vivo” (v. 10) hizo que las aguas “se detuvieran sobre un montón” (v. 13), de modo que “todos los israelitas pasaron en seco” (v. 17). Tales son las cosas que deberían, y sin duda lo hicieron, llenar la mente del tisbita cuando su Maestro le ordenó que fuera a este mismo lugar. Si su fe estaba en ejercicio, su corazón estaría en perfecta paz, sabiendo que un Dios obrador de milagros no le fallaría allí.

También fue por el bien personal del Profeta que el Señor ahora le ordenó: “escóndete”. Estaba en peligro por otra parte que la furia de Acab. El éxito de sus súplicas podría resultar una trampa, tendiente a llenar su corazón de orgullo, e incluso a endurecerlo contra la calamidad que entonces asolaba la tierra. Anteriormente había estado ocupado en oración secreta, y luego, por un breve momento, había sido testigo de una buena confesión ante el rey. El futuro le deparaba un servicio aún más honroso, porque llegaría el día en que testificaría de Dios no sólo en presencia de Acab, sino que incomodaría y derrotaría por completo a las huestes reunidas de Baal y, al menos en cierta medida, volvería la nación errante de vuelta al Dios de sus padres. Pero el tiempo para eso no estaba maduro; tampoco lo fue Elías mismo.

El Profeta necesitaba más entrenamiento en secreto si quería estar personalmente capacitado para hablar nuevamente en nombre de Dios en público. Ah, lector mío, el hombre a quien el Señor usa tiene que ser abatido: tiene que experimentar una severa disciplina, si la carne ha de ser debidamente mortificada. El Profeta debe pasar tres años más en reclusión. ¡Qué humilde! ¡Ay, cuán poco se puede confiar en el hombre: cuán poco puede soportar ser puesto en el lugar de honor! Qué rápido el yo sube a la superficie y el instrumento está listo para creer que es algo más que un instrumento. Qué tristemente fácil es hacer del mismo servicio que Dios nos confía un pedestal sobre el cual exhibirnos. Pero Dios no compartirá Su gloria con otro, y por lo tanto, Él “oculta” a aquellos que pueden ser tentados a tomar parte de ella para sí mismos. Solo retirándonos de la vista pública y a solas con Dios podemos aprender nuestra propia nada.

Vemos que esta importante lección se manifiesta muy claramente en el trato de Cristo con sus amados apóstoles. En una ocasión volvieron a Él rebosantes de éxito y llenos de sí mismos: “le contaron todas las cosas, tanto lo que habían hecho como lo que habían enseñado” (Mr 6,30). Más instructiva es su tranquila respuesta: “Y les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco” (v. 31). Este sigue siendo Su remedio

Traducido por: David Taype

misericordioso para cualquiera de Sus siervos que se envanezcan con su propia importancia e imaginen que Su causa en la tierra sufriría una pérdida severa, si fueran apartados de ella. Dios dice a menudo a sus siervos: "Vete de aquí... escóndete": a veces es por la destrucción de sus esperanzas ministeriales, a veces por un lecho de aflicción o por un duelo severo, el propósito divino se cumple. Dichoso aquel que puede decir de corazón: "Hágase la voluntad del Señor".

Todo siervo que Dios se digne usar debe pasar por la prueba de Querit antes de estar listo para el triunfo del Carmelo. Este es un principio inmutable en los caminos de Dios. José sufrió las humillaciones tanto del pozo como de la prisión antes de convertirse en gobernador de todo Egipto, solo superado por el propio rey. Moisés pasó una tercera parte de su larga vida en "la parte trasera del desierto" antes de que Jehová le concediera el honor de sacar a Su pueblo de la casa de la servidumbre. David tuvo que aprender la suficiencia del poder de Dios en la granja antes de salir y matar a Goliat a la vista de los ejércitos reunidos de Israel y los filisteos. Así fue, también, con el Siervo perfecto: 30 años de reclusión y silencio antes de que Él comenzara Su breve ministerio público. Lo mismo sucedió con el jefe de Sus embajadores: una temporada en las soledades de Arabia fue su aprendizaje antes de convertirse en el Apóstol de los gentiles.

Pero, ¿no hay todavía otro ángulo desde el cual podamos contemplar este orden aparentemente extraño, "Vete de aquí... escóndete"? ¿No fue una prueba muy real y severa de la sumisión del Profeta a la voluntad divina? "Severo", decimos, porque para un hombre robusto esta petición era mucho más exigente que su comparecencia ante Acab: uno con una disposición celosa encontraría mucho más difícil pasar tres años en reclusión inactiva que estar ocupado en el servicio público. Este escritor puede testificar por una larga y dolorosa experiencia que ser arrinconado (Isaías 30:20) es una prueba mucho más severa que dirigirse a grandes congregaciones todas las noches mes tras mes. En el caso de Elías, esta lección es obvia: debe aprender a rendir personalmente obediencia implícita al Señor antes de estar calificado para mandar a otros en Su nombre.

Ahora echemos un vistazo más de cerca al lugar particular seleccionado por Dios como aquel en el que Su siervo estaba a continuación para permanecer: "junto al arroyo Querit". Ah, era un arroyo y no un río, un arroyo que podría secarse en cualquier momento. Es raro que Dios coloque a sus siervos, o incluso a su pueblo, en medio del lujo y la abundancia: estar harto de las cosas de este mundo significa demasiado a menudo alejar los afectos del Dador mismo. "¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen

riquezas!" Es nuestro corazón lo que Dios requiere, y muy a menudo esto se pone a prueba. La forma en que se soportan las pérdidas temporales generalmente pone de manifiesto la diferencia entre el verdadero cristiano y el mundano. Este último está completamente abatido por los reveses financieros y con frecuencia se suicida. ¿Por qué? Porque todo se ha ido y no queda nada por lo que vivir. Por el contrario, el creyente genuino puede ser severamente sacudido y por un tiempo profundamente deprimido, pero recuperará su serenidad y dirá: Dios sigue siendo mi porción y "nada me faltará".

En lugar de un río, Dios a menudo nos da un arroyo, que puede estar corriendo hoy y secarse mañana. ¿Por qué? Para enseñarnos a no descansar en nuestras bendiciones, sino en el Bendecidor mismo. Sin embargo, ¿no es precisamente en este punto donde fallamos tan a menudo, cuando nuestros corazones están mucho más ocupados con los dones que con el Dador? ¿No es esta la razón por la que el Señor no nos confiará un río? Porque inconscientemente tomaría Su lugar en nuestros corazones. "Jeshurún engordó y pateó: tú engordaste, te engrosaste, te cubriste de grosura; luego dejó al Dios que lo había creado, y menospreció la Roca de su salvación" (Dt 32, 15). Y la misma mala tendencia existe dentro de nosotros. A veces sentimos que estamos siendo tratados con dureza porque Dios nos da un arroyo en lugar de un río, pero esto se debe a que estamos muy poco familiarizados con nuestros propios corazones. Dios ama demasiado a los Suyos como para poner cuchillos peligrosos en las manos de los niños.

¿Y cómo iba a subsistir el Profeta en tal lugar? ¿De dónde vendría su comida? Ah, Dios se encargará de eso: Él proveerá para su sustento: "Y será que beberás del arroyo" (1Re 17:4). Dios se comprometió a esto. Cualquiera que sea el caso de Acab y sus idólatras, Elías no perecerá. En los peores tiempos, Dios se mostrará fuerte a favor de los Suyos. Quien muera de hambre será alimentado: "Se le dará pan; sus aguas serán seguras" (Isaías 33:16). Sin embargo, ¡qué absurdo le parece al sentido común pedirle a un hombre que se quede indefinidamente junto a un arroyo! Sí, pero fue Dios quien dio esta orden, y los mandatos divinos no deben ser discutidos sino obedecidos. Por lo tanto, se le ordenó a Elías que confiara en Dios contrariamente a la vista, a la razón, a todas las apariencias externas, a descansar en el Señor mismo y esperarlo pacientemente.

"He mandado a los cuervos que te den de comer *allí*" (1 Reyes 17:4). Observa la palabra que hemos puesto en cursiva. El Profeta podría haber preferido muchos otros escondites, pero a Querit debía ir si quería recibir los suministros divinos: mientras permaneciera allí, Dios se comprometió a

proveer para él. Entonces, ¿qué importancia tiene la pregunta: ¿Estoy en el lugar que Dios me ha asignado (por Su Palabra o providencia)? Si es así, Él seguramente suplirá todas mis necesidades. Pero, si como el hijo menor, le doy la espalda y viajo a un país lejano, entonces como ese hijo pródigo ciertamente sufriré miseria. Cuántos siervos de Dios han trabajado en alguna esfera humilde o difícil y el rocío del Espíritu estaba sobre su alma y la bendición del cielo sobre su ministerio, cuando llegó una invitación de algún otro campo que parecía ofrecer un alcance más amplio (¡y un salario mayor!) y cediendo a la tentación, el Espíritu fue afligido y su utilidad en el reino de Dios llegó a su fin.

El mismo principio se aplica con igual fuerza a las filas y filas del pueblo de Dios: deben estar “en el camino” (Gén. 24:27) del designio de Dios si han de recibir los suministros divinos. “Hágase tu voluntad” precede a “El pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. Cuántos cristianos profesantes hemos conocido personalmente que residían en un pueblo donde Dios envió a uno de sus propios siervos calificados, quien los alimentó con “lo mejor del trigo” y sus almas prosperaron. Entonces llegó una tentadora oferta comercial de algún lugar distante, que mejoraría su posición en el mundo. La oferta es aceptada, su tienda fue removida, solo para entrar en un desierto espiritual donde no había ningún ministerio edificante disponible. En consecuencia, sus almas murieron de hambre, su testimonio de Cristo se arruinó y siguió un período de reincidencia infructuosa. Así como Israel tuvo que seguir la Nube de antaño para obtener provisiones de maná, así debemos estar en el lugar del mandato de Dios si queremos regar nuestras almas y prosperar nuestras vidas espirituales.

Veamos a continuación los instrumentos seleccionados por Dios para atender las necesidades corporales de Su siervo. “He ordenado a los cuervos que te den de comer”. Se sugieren varias líneas de pensamiento. Primero, vea aquí tanto la alta soberanía como la supremacía absoluta de Dios; Su soberanía en la elección hecha, Su supremacía en Su poder para hacerla buena. Él es una ley para Sí mismo: “Todo lo que Jehová quiso, lo hizo en el cielo y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Sal. 135:6). Él prohibió a Su pueblo comer cuervos, clasificándolos entre los inmundos, sí, como “una abominación” para ellos (Lev 11:15; Deu 14:14). Sin embargo, Él mismo se valió de ellos para llevar alimento a Su siervo. ¡Cuán diferentes son los caminos de Dios de los nuestros! Él empleó a la propia hija del Faraón para que socorriera al infante Moisés ya Balaam para que pronunciaran una de Sus profecías más notables. Usó la quijada de un asno en la mano de Sansón para matar a los filisteos, y una honda y una piedra para vencer a su campeón.

Traducido por: David Taype

“He ordenado a los cuervos que te den de comer”. ¡Oh qué Dios el nuestro! Las aves del cielo y los peces del mar, las bestias salvajes del campo, sí, los mismos vientos y olas le obedecen. Sí, “Así ha dicho Jehová, el que abre camino en el mar, y senda en las aguas impetuosas; que saca el carro y el caballo, el ejército y el poder... He aquí, yo hago algo nuevo: ahora brotará, ¿no lo sabréis? Incluso abriré un camino en el desierto, ríos en la soledad. Las bestias del campo me honrarán, los dragones y las lechuzas [sí, y también los cuervos]: porque doy aguas en el desierto, ríos en la soledad, para dar de beber a mi pueblo” (Isa 43:16- 20). Así, el Señor hizo que las aves de rapiña, que vivían de carroña, alimentaran al Profeta.

Pero admiraremos aquí también la sabiduría y el poder de Dios. La comida de Elías fue provista en parte de manera natural y en parte de manera sobrenatural. Había agua en el arroyo, por lo que fácilmente podía ir a buscarla. Dios no hará ningún milagro para ahorrarle problemas a un hombre, o para que sea apático y perezoso, sin hacer ningún esfuerzo por procurarse su propio sustento. Pero no había comida en el desierto: ¿cómo va a conseguir eso? Dios proveerá esto de una manera milagrosa. “He ordenado a los cuervos que te den de comer”. Si se hubieran utilizado seres humanos para llevarle comida, podrían haber divulgado su escondite. Si un perro o algún animal doméstico hubiera ido cada mañana y tarde, la gente podría haber visto este viaje regular de un lado a otro, llevando comida, y por lo tanto sentir curiosidad e investigar lo mismo. Pero los pájaros que vuelan con carne al desierto no despertarían sospechas: se concluiría que se la estaban llevando a sus crías. Vean, entonces, cuán cuidadoso es Dios con su pueblo, cuán juicioso en los arreglos que hace para ellos. Él sabe lo que pondría en peligro su seguridad y proporciona en consecuencia.

“Escóndete junto al arroyo Querit... He ordenado a los cuervos que te den de comer allí”. Vaya de inmediato, sin albergar ninguna duda, sin hacer ninguna vacilación. Por contrarias a sus instintos naturales, estas aves rapaces obedecerán el mandato divino. Tampoco es necesario que esto parezca lo menos improbable. Dios mismo los creó, les dio su peculiar instinto, y Él sabe cómo dirigirlos y controlarlos. Él tiene poder para suspenderlo o controlarlo, según Su beneplácito. La naturaleza es exactamente lo que Dios hizo y depende enteramente de Él para su continuidad. Él sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. En Él y por Él, las aves y las bestias, así como el hombre, viven, se mueven y tienen su ser; y por tanto puede, cuando lo crea conveniente, suspender o alterar la ley que ha impuesto a cualquiera de sus criaturas. “¿Por qué se ha de pensar entre vosotros cosa increíble, que Dios resucite a los muertos” (Hechos 26:8)!

Traducido por: David Taype

Allí, en su humilde retiro, el Profeta fue llamado a residir muchos días, pero no sin una preciosa promesa que garantizaba su sustento: el suministro de las provisiones necesarias le fue asegurada divinamente. El Señor cuidaría de Su siervo mientras estuviera escondido de la vista del público, y lo alimentaría diariamente con Su poder obrador de milagros. Sin embargo, fue una verdadera prueba de la fe de Elías. ¡Quién haya oído hablar de tales instrumentos empleados, aves de rapiña trayendo comida en tiempos de hambruna! ¿Se podía depender de los cuervos? ¿No era mucho más probable que ellos mismos devoraran la comida que llevársela al Profeta? Ah, su confianza no debía estar en las aves, sino en la palabra segura de Aquel que no puede mentir: “Yo he mandado a los cuervos”. Era el Creador y no la criatura, el Señor mismo y no los instrumentos en los que se fijaría el corazón de Elías. Qué bendición ser elevado por encima de las “circunstancias” y en la promesa infalible de Dios tener una prueba segura de Su cuidado.

“Vete de aquí, y vuélvete hacia el oriente, y escóndete junto al arroyo Querit, que está frente al Jordán. Y acontecerá que beberás del arroyo; y he mandado a los cuervos que te den de comer allí” (1 Reyes 17:3-4). Note bien el orden aquí: primero el mandato divino, y luego la preciosa promesa: Elías debe cumplir con el mandato divino si quiere ser alimentado sobrenaturalmente. Como señalamos tan a menudo en estas páginas, la mayoría de las promesas de Dios son *condicionales*. ¿Y no explica esto por qué muchos de nosotros no sacamos el bien de ellos: porque no cumplimos con sus estipulaciones? Dios no premiará ni la incredulidad ni la desobediencia. Por desgracia, somos nuestros peores enemigos y perdemos mucho por nuestra perversidad. Hemos mostrado que el arreglo hecho aquí por Dios mostró Su alta soberanía, Su poder suficiente y Su bendita sabiduría; como también hizo una demanda sobre la sumisión y la fe del Profeta. Pasamos ahora a la secuela.

“Y él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová; pues fue y habitó junto al arroyo de Querit, que está enfrente del Jordán” (v. 5). El mandato de Dios a Elías no solo suministró una prueba real de su sumisión y fe, sino que también exigió severamente su humildad. Si el orgullo hubiera estado en ascenso, habría dicho: ¿Por qué debo seguir tal proceder? sería hacer el papel de cobarde “esconderme”. No tengo miedo de Acab, así que no me recluiré. Ah, mi lector, algunos de los mandamientos de Dios son bastante humillantes para la carne y la sangre altaneras. Puede que a sus discípulos no les pareciera una política muy a seguir cuando Cristo les ordenó, “cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra” (Mateo 10:23); sin embargo, tales fueron Sus órdenes, y Él debe ser obedecido. ¿Y por qué algún siervo Suyo debería objetar

Traducido por: David Taype

una orden como “escóndete”, cuando del Maestro mismo leemos que “Jesús se escondió” (Juan 8:59). ah Él nos ha dejado un ejemplo en todas las cosas.

Además, cumplir con el mandato divino sería un gran impuesto para el lado social de la naturaleza de Elías. Son pocos los que pueden soportar la soledad: ser separados de sus semejantes sería una dura prueba para la mayoría de las personas. Los inconversos no pueden vivir sin compañía: la sociabilidad de los afines es necesaria para silenciar la conciencia inquieta y desterrar los pensamientos perturbadores. ¿Y es muy diferente con la gran mayoría incluso de los cristianos profesantes? Por desgracia, la comunión con Dios que satisface el alma y arrebata el corazón, morando en el lugar secreto del Altísimo, deleitándose en el Señor, es una experiencia con la que parecen estar poco familiarizados. “He aquí, yo estoy con vosotros siempre” tiene poco significado real para la mayoría de nosotros. ¡Qué diferente el contento, la alegría y la utilidad de Bunyan en prisión y de Madame Guyon en su confinamiento solitario! Ah, Elías podría ser separado de sus compañeros, pero no del Señor mismo.

“Entonces él fue e hizo conforme a la palabra del Señor”. Sin vacilación ni demora, el Profeta cumplió con el mandato de Dios. La bendita sujeción a la voluntad divina era ésta: entregar el mensaje de Jehová al rey mismo, o depender de los cuervos, estaba igualmente dispuesto. Por irrazonable que pudiera parecer el precepto o por desagradable que fuera la perspectiva, el tisbita lo llevó a cabo rápidamente. ¡Cuán diferente fue esto del profeta Jonás, que huyó de la palabra del Señor; ¡sí, y qué diferente la secuela, la que estuvo prisionera durante tres días y tres noches en el vientre de la ballena, la otra, al final, llevada al cielo sin pasar por los portales de la muerte! Incluso los siervos de Dios no son todos iguales, ya sea en la fe, la obediencia o la fecundidad. ¡Oh, que todos nosotros podamos ser tan rápidos en nuestra obediencia a la Palabra del Señor como lo fue Elías!

“Entonces él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová.” El Profeta no se demoró en cumplir con las instrucciones divinas ni dudó de que Dios supliría todas sus necesidades. Feliz es cuando podemos obedecerle en circunstancias difíciles y confiar en Él en la oscuridad. Pero, ¿por qué no deberíamos depositar una confianza implícita en Dios y depender de Su palabra de promesa? ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? ¿Ha fallado alguna vez su palabra de promesa? Entonces, no abriguemos sospechas incrédulas de Su futuro cuidado de nosotros. el cielo y la tierra pasarán, pero no así sus promesas. Los tratos de Dios con Elías se han registrado para nuestra instrucción: Oh, que hablen en voz alta a nuestros corazones, reprendan nuestra inicua desconfianza y nos muevan a clamar con fervor: “Señor,

Traducido por: David Taype

auméntanos la fe". El Dios de Elías todavía vive, y no falla a nadie que cuente con Su fidelidad.

"Entonces él fue e hizo conforme a la palabra de Jehová." Elías no solo predicó la Palabra de Dios, sino que la practicó. Esta es la necesidad apremiante de nuestros tiempos. Hay mucho de hablar, pero muy poco de andar según los preceptos divinos. Hay mucha actividad en el ámbito religioso, pero con demasiada frecuencia no está autorizada y en numerosos casos es contraria a los estatutos divinos. "Sed hacedores de la palabra, y no solamente oydores, engañándoos a vosotros mismos" (Santiago 1:22) es el requisito infalible de Aquel con quien tenemos que ver. Obedecer es mejor que el sacrificio, y escuchar que la grasa de los carneros. "Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo" (1 Juan 3:7). Ay, cuántos son engañados en este mismo punto: parlotean acerca de la justicia, pero no la practican. "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21).

"Y los cuervos le trajeron pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde, y bebió del arroyo" (1Re 17:6). Qué prueba era esta de que "Fiel es el que prometió" (Heb 10:23). Toda la naturaleza cambiará su curso antes que una de Sus promesas falle. ¡Oh, qué consuelo hay aquí para los corazones confiados! Lo que Dios ha prometido, ciertamente lo cumplirá. Cuán inexcusable es nuestra incredulidad, cuán indeciblemente perversas nuestras dudas. Cuánto de nuestra desconfianza es consecuencia de que las promesas divinas no son suficientemente reales y definidas para nuestras mentes. ¿Meditamos como debemos sobre las promesas del Señor? Si fuéramos más plenamente "familiarizados" con Él (Job 22:21), si "Lo pusíramos" más definitivamente delante de nuestros corazones (Salmo 16:8), ¿no tendrían Sus promesas mucho más peso y poder con nosotros?

"Mi Dios suplirá todas vuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús" (Filipenses 4:19). Es inútil preguntar, ¿Cómo? El Señor tiene 10.000 maneras de cumplir Su palabra. Algún lector de este mismo párrafo puede estar viviendo al día, sin reservas de dinero o provisiones: sí, sin saber de dónde vendrá la próxima comida. Pero si eres un hijo Suyo, Dios no te fallará, y si tu confianza está en Él, no será defraudada. De una forma u otra "El Señor proveerá". "Oh, temed a Jehová, vosotros sus santos; porque nada falta a los que le temen. Los leoncillos sí carecen y padecen hambre; mas los que buscan a Jehová no tendrán falta de ningún bien" (Sal 34:9-10); "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [alimento y vestido] os serán añadidas" (Mateo 6:33). Estas promesas están dirigidas a nosotros: para animarnos a unirnos a Dios y hacer Su voluntad.

“Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde”. Si hubiera querido, el Señor podría haber alimentado a Elías con ángeles en lugar de cuervos. Había entonces en Israel un hospitalario Abdías, que guardaba una mesa secreta en una cueva para cien de los profetas de Dios (1Re 18,4). Además, había 7.000 israelitas fieles que no habían doblado la rodilla ante Baal, cualquiera de los cuales sin duda se había considerado muy honrado de haber sostenido a alguien tan eminente como Elías. Pero Dios prefirió servirse de las aves del cielo. ¿Por qué? ¿No fue para darnos tanto al tisbita como a nosotros una señal de prueba de su dominio absoluto sobre todas las criaturas y, por lo tanto, de su valía para ser confiado en los más grandes extremos? Y lo que es más sorprendente es que Elías estaba mejor alimentado que los profetas que fueron sostenidos por Abdías, porque solo tenían “pan y agua” (18:4), mientras que Elías también tenía comida.

Aunque es posible que Dios no emplee cuervos literales para ministrar a sus siervos y a su pueblo necesitados en la actualidad, a menudo obra de manera tan definitiva y maravillosa al disponer a los egoístas, a los codiciosos, a los de corazón duro y a los groseramente inmorales para que presten asistencia a los tuyos. Él puede, y a menudo lo hace, inducirlos, contrariamente a sus disposiciones naturales y hábitos tacaños, a tratar con amabilidad y generosidad al ministrar nuestras necesidades. Él tiene el corazón de todos en Su mano y los dirige a donde Él quiere (Prov. 21:1). ¡Qué gracias se deben al Señor por enviar Sus provisiones por medio de tales instrumentos! No dudamos que muchos de nuestros lectores puedan dar un testimonio similar a este escritor cuando dice: Cuán a menudo en el pasado Dios, de la manera más inesperada, proveyó para nuestras necesidades: esperábamos que los cuervos nos trajieran alimento. como que deberíamos recibir de aquellos que realmente lo otorgaron.

“Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde”. Observe que no se mencionan verduras, frutas o dulces. No había lujos, sino simplemente las necesidades básicas. “Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con ello” (1Ti 6:8). ¿Pero lo somos? ¡Ay!, cuán poco se ve ahora este contento piadoso, incluso entre el pueblo del Señor. ¡Cuántos de ellos ponen su corazón en las cosas que los impíos hacen ídolos! ¿Por qué nuestros jóvenes están insatisfechos con el nivel de comodidad que fue suficiente para sus padres? ¿Por qué este anhelo por un automóvil, siguiendo las costosas modas del mundo en cuanto a vestimenta y muebles para el hogar? El dinero desperdiciado en cosas tales como aspiradoras y lavadoras eléctricas debería haberse destinado al apoyo del Evangelio. Pero Dios no será burlado: vea las tasas e impuestos que aumentan rápidamente como un juicio

divino sobre la extravagancia carnal. El yo debe ser negado si hemos de mostrarnos seguidores de Aquel que no tenía dónde recostar Su cabeza.

“Y bebió del arroyo” (1Re 17:6). No pasemos por alto esta cláusula, porque ningún detalle en las Escrituras carece de sentido. El agua en el arroyo era tan verdadera y definitivamente una provisión de Dios como el pan y la carne que trajeron los cuervos. ¿No ha registrado el Espíritu Santo este detalle con el propósito de enseñarnos que las misericordias comunes de la providencia (como las llamamos) también son dones de Dios? Si hemos recibido lo que es necesario para sostener nuestros cuerpos, entonces se debe gratitud y reconocimiento a nuestro Dios. Y, sin embargo, cuántos hay, incluso entre los que profesan ser cristianos, que se sientan a comer sin pedir primero la bendición de Dios y se levantan sin agradecerle por lo que han tenido. También en este asunto Cristo nos ha dejado un ejemplo, pues con ocasión de dar de comer a la multitud, se nos dice que “Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los discípulos” (Jn 6: 11). Entonces no dejemos de hacer lo mismo.

“Y aconteció después de un tiempo, que el arroyo se secó, porque no había llovido en la tierra” (1Re 17:7). Pese con atención esas cinco palabras. “Y aconteció” significa mucho más que simplemente sucedió: significa que el decreto divino concerniente a lo mismo ahora se cumplió. “Sucedío” en la buena Providencia de Dios, que ordena todas las cosas según el designio de su propia voluntad, y sin cuyo permiso personal nada ocurre, ni siquiera la caída de un gorrión en tierra (Mt 10, 29). Cómo esto debe consolar a los hijos de Dios y asegurarles su seguridad. No existe tal cosa como el azar con referencia a Dios; dondequiera que aparezca este término en la Biblia, siempre está en relación con el hombre, refiriéndose a algo que sucede sin el diseño de Dios. Todo lo que sucede en este mundo es tal como Dios lo ordenó desde el principio (Hechos 2:23). Esfuércese por recordar ese hecho, querido lector, la próxima vez que se encuentre en dificultades y angustia. Si eres parte del pueblo de Dios, Él ha provisto para cada contingencia en Su “pacto eterno” y Sus misericordias son “seguras” (2 Samuel 23:5; Isa 55:3).

“Y después de un tiempo” o (margen) “al final de los días”, expresión por la cual Lightfoot entendió “después de un año”, que es frecuentemente el sentido de esa frase en las Escrituras. Sea como fuere, después de un intervalo de cierta duración, el arroyo se secó. Krummacher declara que el mismo nombre Cherith denota “sequía”, como si normalmente se seca más rápidamente que cualquier otro arroyo. Lo más probable es que fuera un arroyo de montaña, que fluía por un barranco angosto. Se le suministró agua por la vía de la naturaleza o de la providencia ordinaria, pero el curso de la

Traducido por: David Taype

naturaleza ahora estaba alterado. El propósito de Dios se cumplió y llegó el momento de la partida del Profeta hacia otro escondite. El secado del arroyo fue un fuerte recordatorio para Elías de la transitoriedad de todo lo mundano. “La moda de este mundo pasa” (1 Corintios 7:31), y por lo tanto “no tenemos aquí ciudad permanente” (Hebreos 13:14). El cambio y la decadencia están estampados en todo aquí abajo: no hay nada estable bajo el sol. Por lo tanto, debemos estar preparados para cambios repentinos en nuestras circunstancias.

Los cuervos, como hasta ahora, trajeron al Profeta carne y pan para comer cada mañana y tarde, pero no podía subsistir sin agua. Pero, ¿por qué no habría de suministrar Dios el agua de una manera milagrosa, como lo hizo con la comida? Seguramente Él podría haberlo hecho. Pudo haber sacado agua de la peña, como hizo con Israel, y con Sansón de la quijada (Jueces 15:18-19). Sí, pero el Señor no se limita a un solo método, sino que tiene una variedad de formas para llevar a cabo el mismo fin. Dios a veces obra de una manera ya veces de otra, empleando este medio hoy y aquel mañana, para cumplir sus consejos. Dios es soberano y no actúa de acuerdo con la regla y la rutina. Él siempre actúa de acuerdo con su beneplácito, y lo hace para desplegar toda su suficiencia, exhibir su multiforme sabiduría y demostrar la grandeza de su poder. Dios no está atado y si cierra una puerta fácilmente puede abrir otra.

“Que el arroyo se secó”. Cherith no fluiría para siempre, no, ni siquiera para el Profeta. El mismo Elías debía sentir el horror de la calamidad que había anunciado. Ah, mi lector, no es raro que Dios permita que Sus propios hijos amados se vean envueltos en las calamidades comunes de los ofensores. Cierto, Él hace una diferencia muy real tanto en el uso como en el resultado de sus azotes, pero no tanto en el infligir de ellos. Estamos viviendo en un mundo que está bajo la maldición de un Dios santo y, por lo tanto, “el hombre nace para la angustia como las chispas vuelan hacia arriba”. Tampoco hay escapatoria de los problemas mientras nos quedemos en esta escena. El propio pueblo de Dios, aunque los objetos de Su amor eterno, no están exentos, porque “muchas son las aflicciones de los justos”. ¿Por qué? Por varias razones y con varios designios: uno de ellos es destetar nuestro corazón de las cosas de abajo y hacer que fijemos nuestro afecto en las cosas de arriba.

“El arroyo se secó”. A la apariencia exterior eso le habría parecido una verdadera desgracia, a la razón carnal una verdadera calamidad. Esforcémonos por visualizar a Elías allí en Querit. La sequía estaba por todas partes, el hambre por toda la tierra: y ahora su propio arroyo comenzó a secarse. Día tras día sus aguas fueron disminuyendo gradualmente hasta que

Traducido por: David Taype

pronto hubo apenas un hilo, y luego cesó por completo. ¿Se había vuelto cada vez más ansioso y melancólico? ¿Dijo, qué debo hacer? ¿Debo quedarme aquí y perecer? ¿Dios me ha olvidado? ¿He dado un paso en falso, después de todo, al venir aquí? Todo dependía de la firmeza de su fe en el ejercicio. Si la fe era activa, entonces admiraba la bondad de Dios al hacer que el suministro de agua durara tanto tiempo. Cuánto mejor para nuestras almas, si en lugar de lamentarnos por nuestras pérdidas, alabamos a Dios por continuar Sus misericordias para con nosotros durante tanto tiempo, especialmente cuando tenemos en cuenta que solo nos son prestadas a nosotros, y que no merecemos la menor de ellas.

Aunque morando en el lugar señalado por Dios, Elías no está exento de esos profundos ejercicios del alma que son siempre la disciplina necesaria de una vida de fe. Cierto, los cuervos, en obediencia al mandato divino, le habían hecho sus visitas diarias, proporcionándole comida por la mañana y por la noche, y el arroyo había fluido en su curso tranquilo. Pero la fe debe ser probada y desarrollada. El siervo de Dios no debe reposar sobre sus heces, sino pasar de forma en forma en la escuela del Señor; y habiendo aprendido (a través de la gracia) las lecciones difíciles de uno, ahora debe avanzar para lidiar con otros aún más difíciles. Quizá el lector se esté enfrentando ahora al arroyo seco de la popularidad, de la mala salud, de la disminución de los negocios, de la disminución de las amistades. Ah, un arroyo que se seca es un verdadero problema.

¿Y por qué permite Dios que se seque el arroyo? Para enseñarnos a confiar en Él mismo, y no en Sus dones. Como regla general, Él no provee por mucho tiempo a Su pueblo de la misma manera y por los mismos medios, para que no descansen en ellos y esperen ayuda de ellos. Tarde o temprano, Dios nos muestra cuán dependientes somos de Él mismo, incluso para la provisión de las misericordias diarias. Pero el corazón del Profeta debe ser probado, para mostrar si su confianza estaba en Querit o en el Dios viviente. Así es en Sus tratos con nosotros. Cuantas veces pensamos que estamos confiando en el Señor, cuando en realidad estamos descansando en circunstancias cómodas; y cuando se ponen incómodos, ¿cuánta fe tenemos?

4. En Sarepta

“El que creyere, no se apresure” (Isaías 28:16). Esta es una regla a la que es tanto nuestra sabiduría como nuestro bienestar prestar atención en todos los variados detalles de nuestra vida, nunca más necesitada por el pueblo de Dios que en esta era loca de velocidad y prisa. Podemos aplicarlo de la manera más provechosa a nuestra lectura y estudio de la Palabra de Dios. No es tanto la cantidad de tiempo que dedicamos a las Escrituras como la medida en que meditamos en oración sobre lo que está inmediatamente ante nosotros. Eso determina en gran medida el grado de beneficio que el alma recibe de ello. Al pasar demasiado rápido de un versículo a otro, al no poder representar vívidamente ante nuestras mentes los detalles que tenemos ante nosotros, y al no esforzarnos por descubrir las lecciones prácticas que pueden extraerse de los acontecimientos históricos, somos grandes perdedores. Es poniéndonos en el lugar de aquel sobre el que estamos leyendo y pensando qué habríamos hecho probablemente en tales circunstancias, que recibimos la mayor ayuda.

Una ilustración de lo que tenemos a la vista en el párrafo anterior es suministrada por la etapa que ahora hemos alcanzado en la vida de Elías. Hablamos extensamente de la llegada del Profeta al punto en que, “después de un tiempo, el arroyo se secó”: no nos apresuremos demasiado para pasar a lo que sigue; más bien, debemos esforzarnos por visualizar la situación del Profeta y reflexionar sobre la prueba a la que se enfrentó. Imagínense al tisbita allí en su humilde retiro. Día tras día el agua en el arroyo disminuía constantemente: ¿sus esperanzas también? ¿Sus cánticos de adoración se volvieron más débiles y menos frecuentes a medida que el riachuelo rodaba con menos ruido sobre su lecho rocoso? ¿Estaba su arpa colgada de los sauces mientras se entregaba a pensamientos ansiosos y paseaba inquieto de un lado a otro? No hay nada en las Escrituras que insinúe tal cosa. Dios guarda en perfecta paz a aquel cuya mente está puesta en Sí mismo. Sí, pero para eso, el corazón debe confiar firmemente en Él.

Ah, ese es el punto: ¿Confiamos en el Señor en circunstancias difíciles o somos simplemente “cristianos de buen tiempo”. Es muy de temer que si hubiéramos estado allí junto al arroyo que se estaba secando, nuestras mentes se hubieran distraído y, en lugar de esperar pacientemente en el Señor, se hubieran inquietado e intrigado, preguntándose qué sería mejor que hicieramos a continuación. ¡Y luego, una mañana, Elías se despertó y descubrió que el arroyo se había secado por completo y que su suministro de

Traducido por: David Taype

sustento estaba completamente cortado! ¿Qué debe hacer entonces? ¿Debe permanecer allí y perecer? porque no podía esperar vivir mucho tiempo sin algo para beber. ¿No debe ahora tomar el asunto en sus propias manos y hacer lo mejor que pueda por sí mismo? ¿No sería mejor volver sobre sus pasos y arriesgarse a la venganza de Acab que quedarse donde estaba y morir de sed? ¿Podemos dudar de que Satanás lo acosó con tales tentaciones en su hora de prueba?

El Señor le había ordenado: “Escóndete junto al arroyo de Querit”, añadiendo: “He mandado a los cuervos que te den de comer allí”; y es sorprendente y bendito ver que permaneció allí incluso después de que se le acabó el suministro de agua. El Profeta no movió sus habitaciones hasta que recibió instrucciones definitivas del Señor para hacerlo. Así fue con el Israel de la antigüedad en el desierto, cuando viajaban a la tierra prometida: “Por mandato de Jehová partieron los hijos de Israel, y por mandato de Jehová acamparon; mientras la nube estuvo sobre el tabernáculo descansaron en sus tiendas. Y cuando la nube se detenía muchos días sobre el tabernáculo, entonces los hijos de Israel guardaban la ordenanza del SEÑOR, y no partían. Y así fue, cuando la nube estuvo unos días sobre el tabernáculo; conforme al mandamiento de Jehová habitaron en sus tiendas, y conforme al mandamiento de Jehová partieron. Y así fue, cuando la nube se detuvo desde la tarde hasta la mañana, y la nube se levantó por la mañana, entonces partieron: ya fuera de día o de noche... dos días o un mes o un año. ..los hijos de Israel se quedaron en sus tiendas y no viajaron” (Números 9:18-22). Y eso está expresamente registrado para nuestra instrucción y comodidad, y es tanto nuestra sabiduría como nuestro bienestar prestar atención a lo mismo.

“Y vino a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, ve a Sarepta” (1 Reyes 17:8-9). ¿No mostró esto claramente cuán inútil e inútil era cualquier intriga carnal por parte del Profeta, si se hubiera entregado a tal? Dios no se había “olvidado de ser misericordioso”, ni dejaría a Su siervo sin la dirección o guía necesaria cuando Su tiempo hubiera llegado para conceder lo mismo. ¡Cuán fuerte debería hablar esto a nuestros corazones! nosotros que estamos demasiado llenos de nuestros propios planes e ideas. En lugar de prestar atención a ese mandato, “alma mía, espera solamente en Dios”, ideamos alguna forma de salir de nuestras dificultades y luego le pedimos al Señor que prospere de la misma manera. Si un Samuel no llega justo cuando lo esperamos, entonces tratamos de forzar las cosas (1Sa 13:12).

Pero nótese debidamente que antes de que la palabra de Dios viniera de nuevo a Elías, tanto su fe como su paciencia habían sido puestas a prueba. Al ir a Querit, el Profeta había actuado bajo las órdenes divinas y, por lo tanto,

estaba bajo el cuidado especial de Dios. ¿Podría él, entonces, sufrir algún daño real bajo tal tutela? Por lo tanto, debe permanecer donde está hasta que Dios le indique que abandone el lugar, sin importar cuán desagradables puedan llegar a ser las condiciones. Así que con nosotros. Cuando es claro que Dios nos ha puesto donde estamos, allí debemos “permanecer” (1 Corintios 7:20), aunque nuestra permanencia en él esté acompañada de penalidades y peligros aparentes. Si, por el contrario, Elías había dejado a Querit por su propia voluntad, ¿cómo podía contar con que el Señor estaría con él y le proveería para sus necesidades o lo libraría de sus enemigos? Lo mismo se aplica a nosotros con igual fuerza hoy.

Ahora vamos a considerar la provisión adicional que el Señor en su gracia hizo para Su siervo en su retiro. “Y vino a él palabra de Jehová.” Cuántas veces nos ha llegado su palabra: a veces directamente, a veces a través de uno de sus siervos, y nos hemos negado perversamente a obedecerla. Si no en palabras concretas, nuestros caminos han sido como los de los judíos rebeldes, quienes en respuesta a la afectuosa amonestación de Jeremías respondieron: “En cuanto a las palabras que nos has hablado en el nombre de Jehová, no las escucharemos. a ti” (44:16). En otras ocasiones hemos sido como aquellos de los que se habla en, “Se sientan delante de ti como mi pueblo, y oyen tus palabras, pero no las hacen; porque con la boca muestran mucho amor, pero su corazón va tras su avaricia. . Y he aquí, tú eres para ellos como un cántico muy hermoso, de voz agradable, y que sabe tocar bien un instrumento; porque oyen tus palabras, pero no las hacen” (Ezequiel 33:31, 32). . ¿Y por qué? Porque la Palabra de Dios atraviesa nuestras voluntades perversas y exige lo que es contrario a nuestras inclinaciones naturales.

“Y vino a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, vete a Sarepta, que es de Sidón, y mora allí” (1 Reyes 17:8-9). Esto significaba que Elías debía ser disciplinado con más pruebas y humillaciones. En primer lugar, el nombre del lugar al que Dios ordenó que fuera Su siervo es profundamente sugestivo, pues “Sarepta” significa “refinación”, y proviene de una raíz que significa crisol, el lugar donde se funden los metales. Le esperaba a Elías no solo una prueba adicional de su fe, sino también el refinamiento de la misma, porque el “crisol” tiene el propósito de separar la escoria del oro fino. La experiencia que ahora enfrentó nuestro Profeta fue muy difícil y desagradable para la carne y la sangre, porque ir de Querit a Sarepta implicaba un viaje de cien millas a través del desierto. Ah, el lugar de refinación no es fácil de alcanzar e involucra aquello de lo que todos nosotros naturalmente retrocedemos.

También debe notarse cuidadosamente que Sarepta estaba “en Sidón”: es decir, estaba en el territorio de los gentiles, fuera de la tierra de Palestina.

Traducido por: David Taype

Nuestro Señor hizo hincapié en este detalle (en su primer discurso público) como uno de los primeros indicios de los favores que Dios se proponía extender a los gentiles, diciendo: "había muchas viudas en Israel" en ese momento (Lucas 4: 25-26), que podría (o no) haber albergado y socorrido gustosamente al Profeta; pero a ninguno de ellos fue enviado. ¡Qué severa reflexión sobre la nación escogida para pasar de largo! ¡Pero lo que es aún más notable es el hecho de que "Sidon" era el mismo lugar de donde había venido Jezabel, la perversa corruptora de Israel (1 Reyes 16:31)! ¡Cuán extraños son los caminos de Dios! pero siempre ordenada por la sabiduría infinita. Como dice el bueno de Matthew Henry: "Para mostrarle a Jezabel la impotencia de su malicia, Dios encontrará un escondite para Su siervo incluso en su país".

Igualmente sorprendente es observar a la persona en particular que Dios seleccionó para entretenér a Elías. No fue un rico mercader ni uno de los principales de Sidón, sino una viuda pobre, desolada y dependiente, la que estuvo dispuesta y capacitada para ministrarle. Por lo general, es el camino de Dios, y para Su gloria, hacer uso y honrar "las cosas débiles y necias de este mundo". Al comentar acerca de los "cuervos" que trajeron pan y carne al Profeta mientras viajaba junto al arroyo, llamamos la atención sobre la soberanía de Dios y la extrañeza de los instrumentos que Él se complace en emplear. La misma verdad se ilustra vívidamente aquí: ¡una viuda pobre! ¡una morada gentil en Sidón, el hogar original de Jezabel! No te extrañe entonces, lector, si el trato de Dios contigo ha sido todo lo contrario de lo que esperabas. El Señor es una ley para Sí mismo, y confianza implícita y sumisión sin reservas es lo que Él requiere de nosotros.

"He aquí, he dado orden allí a una mujer viuda para que te sustente" (1 Reyes 17:9). La extremidad del hombre es la oportunidad de Dios: cuando Querit se seque, Sarepta se abrirá. Cómo esto debería enseñarnos a abstenernos de preocuparnos por el futuro. Recuerda, querido lector, que el mañana traerá consigo al Dios del mañana. "No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios, te fortaleceré, sí te ayudaré, sí, te sostendré con la diestra de mi justicia" (Isaías 41:10): haz estas promesas seguras y ciertas, porque son la Palabra de Aquel que no puede mentir, el sostén de vuestra alma; haz de ellos tu respuesta a cada pregunta de incredulidad y cada sucia aspersión del diablo. Observe que una vez más Dios envió a Elías no a un río sino a un "arroyo", no a una persona rica con grandes recursos, sino a una viuda pobre con escasos recursos. Ah, el Señor quisiera que Su siervo siguiera siendo un pensionado de Él mismo y tan dependiente de Su poder y bondad como antes.

Traducido por: David Taype

De hecho, esta fue una prueba severa para Elías, no solo para emprender un largo viaje por el desierto sino para entrar en una experiencia que era completamente opuesta a sus sentimientos naturales, su formación religiosa e inclinaciones espirituales: hacerse dependiente de un gentil en una ciudad pagana. Se le pidió que dejara la tierra de sus padres y residiera en el cuartel general del culto a Baal. Sopeseamos debidamente esta verdad de que el plan de Dios para Elías exigía de él una obediencia incondicional. Aquellos que quieran caminar con Dios no solo deben confiar en Él implícitamente, sino también estar preparados para ser completamente regulados por Su Palabra. No sólo nuestra fe debe ser educada por una gran variedad de providencias, sino también nuestra obediencia por los mandamientos divinos. Vano es suponer que podemos disfrutar de la sonrisa de Jehová a menos que estemos sujetos a sus preceptos. “He aquí, el obedecer es mejor que el sacrificio, y el prestar atención que la grasa de los carneros” (1Sa 15:22). Tan pronto como nos volvemos desobedientes, nuestra comuniación con Dios se rompe y el castigo se convierte en nuestra porción.

Elías debe ir y morar en Sarepta. Pero, ¿cómo podría subsistir allí cuando no conocía a nadie en ese lugar? Bueno, el mismo que le había dado esta orden también había hecho arreglos para su recepción y manutención. “He aquí, he dado orden allí a una mujer viuda para que te sustente”. Esto no significa necesariamente que el Señor le haya dado a conocer Su mente; la continuación muestra claramente lo contrario. Más bien entendemos que esas palabras significan que Dios lo había señalado en Sus consejos y lo llevaría a cabo mediante Sus providencias; compárese con el Suyo: “He mandado a los cuervos que te apacienten” (1 Reyes 17:4). Cuando Dios llama a cualquiera de Su pueblo a ir a un lugar, pueden estar seguros de que Él ha provisto completamente para ellos en Su propósito predeterminado. Dios dispuso secretamente a esta viuda para recibir y sostener a Su siervo. Todos los corazones están en la mano del Señor y Él los dirige hacia donde Él quiere. Él puede inclinarlos a mostrarnos favor y hacernos actos de bondad aunque seamos extraños para ellos. Muchas veces, en muy diferentes partes del mundo, ha sido esta la experiencia de este escritor.

No sólo la fe y la obediencia de Elías fueron puestas a prueba por el llamado de Dios para que fuera a Sarepta, sino que su humildad también fue puesta a prueba. Fue llamado a recibir caridad de manos de una viuda desolada. Qué humillante para el orgullo depender de uno de los más pobres de los pobres. Qué marchitamiento para toda autoconfianza y autosuficiencia aceptar el alivio de alguien que no parecía tener suficiente para sus propias necesidades urgentes. Ah, se necesita la presión de las circunstancias para

Traducido por: David Taype

hacernos inclinarnos ante lo que es repugnante a nuestras inclinaciones naturales. Más de una vez en el pasado sentimos agudamente recibir regalos y socorro de aquellos que tenían muy poco de los bienes de este mundo, pero fuimos consolados por esa palabra: “Y ciertas mujeres que habían sido sanadas de malos espíritus y de enfermedades... .y muchos otros que le servían de sus bienes” (Lucas 8:2-3). La “viuda” habla de debilidad y desolación: Israel enviudó en este momento y por eso se le hizo sentir a Elías en su propia alma.

“Así que se levantó y fue a Sarepta” (1Re 17:10). En esto Elías dio prueba de que él era verdaderamente el siervo de Dios, porque el camino del siervo es el camino de la obediencia: que abandone ese camino y deje de ser un siervo. El siervo y la obediencia están tan inseparablemente unidos como el obrero y el trabajo. Muchos hoy hablan de su servicio a Cristo como si Él necesitara su ayuda, como si Su causa no prosperara a menos que ellos la patrocinaran y la promovieran, como si el arca sagrada inevitablemente se derrumbara a menos que sus manos impías la sostuvieran. Todo esto está mal, seriamente mal, producto del orgullo alimentado por Satanás. Lo que tanto necesitamos (¡para nosotros!) es el servicio a Cristo: la sumisión a su yugo, la entrega a su voluntad, la sujeción a sus mandamientos. Cualquier “servicio cristiano” que no sea caminar en Sus preceptos es una invención humana, energía carnal, “fuego extraño”.

“Así que se levantó y fue a Sarepta”. ¿Cómo puedo ministrar las cosas santas de Dios si no soy yo mismo recorriendo el camino de la obediencia? El judío de los días de Pablo era muy engreído, pero no le dio gloria a Dios. “Y confías en que tú mismo eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas, maestro de los necios” (Rom 2, 19-20). Y luego el Apóstol lo pone a prueba: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? tú que predicas que un hombre no debe robar, ¿robas tú?” (v.21). El principio allí enunciado es de búsqueda y de amplia aplicación. Por ella cada uno de los que predicamos el Evangelio debe medirse diligentemente a sí mismo. Tú que predicas que Dios requiere la Verdad en las partes internas, ¿eres un hombre de tu palabra? Tú que enseñas que debemos proveer cosas honestas a la vista de todos los hombres, ¿tienes alguna deuda pendiente? Tú que exhortas a los creyentes a ser inoportunos en la oración, ¿pasas mucho tiempo en el lugar secreto? Si no, no se sorprenda si sus sermones encuentran poca respuesta.

De la paz pastoral de Galaad a la dura prueba de enfrentarse al rey: de la presencia de Acab a la soledad de Querit: del arroyo seco a Sarepta, los disturbios y desplazamientos de la Providencia son una necesidad para que nuestra vida espiritual prosperar. “Tranquilo estuvo Moab desde su juventud,

Traducido por: David Taype

y sobre sus heces ha estado reposado, y no ha sido vaciado de vasija en vasija” (Jeremías 48:11). La figura utilizada aquí es muy sugestiva. Debido a que Moab había estado en paz por mucho tiempo, se había vuelto letárgica y fofa. O, como el jugo de uva sin refinar, la habían mimado. Dios estaba vaciando a Elías “de vasija en vasija” para que la escoria pudiera subir a la superficie y ser removida. Esta agitación de nuestro nido, este cambio constante de nuestras circunstancias, no es una experiencia agradable, pero es esencial si queremos preservarnos de “reposarnos sobre nuestras heces”. Pero, ¡ay!, lejos de apreciar los graciosos designios del Refinador, con qué frecuencia somos petulantes y murmuramos cuando Él nos vacía de vasija en vasija.

“Así que se levantó y fue a Sarepta”. No puso objeciones, pero hizo lo que le dijeron. No se demoró, sino que emprendió su largo y desagradable viaje de inmediato. Estaba tan listo para ir a pie como si Dios hubiera provisto un carro. Estaba tan dispuesto a cruzar un desierto como si Dios le hubiera pedido que se deleitara en un jardín sombreado. Estaba tan dispuesto a solicitar el socorro de una viuda gentil como si Dios le hubiera dicho que regresara con sus amigos en Galaad. Podría parecer a la razón carnal que estaba poniendo su cabeza en la boca del león, buscando un desastre seguro al dirigirse a la tierra de Sidón, donde los agentes de Jezabel serían numerosos. Pero como Dios le había mandado ir, estaba bien que cumpliera (y estaba mal que no lo hiciera), y por lo tanto podía contar con la protección divina.

Nótese debidamente que el Señor no le dio a Elías más información en cuanto a su futura residencia y manutención que la de que sería en Sarepta y por una viuda. En tiempos de hambruna, debemos estar profundamente agradecidos de que el Señor nos provea y estar muy contentos de dejarle a Él la forma de hacerlo. Si el Señor se compromete a guiarnos en el camino de nuestra vida, debemos estar satisfechos con que lo haga paso a paso. Rara vez es Su manera de revelarnos mucho de antemano. En la mayoría de los casos sabemos poco o nada de antemano. ¡Cómo puede ser de otra manera si hemos de caminar por fe! Debemos confiar en Él implícitamente para el pleno desarrollo de Su plan con respecto a nosotros. Pero si realmente estamos caminando con Dios, prestando atención a nuestros caminos de acuerdo con Su Palabra, Él gradualmente aclarará las cosas. Sus providencias aclararán nuestras dificultades, y lo que no sabemos ahora lo sabremos en el más allá. Así fue con Elías.

“Y vino a él palabra de Jehová, diciendo: Levántate, vete a Sarepta, que es de Sidón, y mora allí; he aquí, he dado orden allí a una mujer viuda que te sustente” (Reyes 17:8-9) . Note cuidadosamente la conexión entre estos dos versículos. El significado espiritual de esto puede ser más evidente para el

Traducido por: David Taype

lector si lo expresamos así: nuestras acciones deben ser reguladas por la Palabra de Dios si nuestras almas han de ser nutridas y fortalecidas. Esa fue una de las lecciones sobresalientes que se le enseñó a Israel en el desierto: su alimento y refrigerio solo podían obtenerse mientras viajaban en el camino de la obediencia (Núm. 9:18-23—observen bien los siete puntos “por mandato del SEÑOR” en ese pasaje). Al pueblo de Dios de la antigüedad no se le permitía tener planes propios: el Señor dispuso todo para ellos: cuándo debían viajar y cuándo acampar. Si se hubieran negado a seguir a la Nube, no habría habido maná para ellos.

Así fue con Elías, porque Dios ha dado la misma regla a sus ministros que a aquellos a quienes ministran: deben practicar lo que predicán, o ¡ay de ellos! Al Profeta no se le permitió tener ninguna voluntad propia y decir cuánto tiempo debería permanecer en Cherith o adónde debería ir desde allí. La Palabra de Jehová dispuso todo para él, y obedeciéndola obtuvo sustento. Qué verdad escrutadora e importante hay aquí para todo cristiano: el camino de la obediencia es el único de bendición y enriquecimiento. ¡Ah! ¿No podemos descubrir en este mismo punto la causa de nuestra delgadez y la explicación de nuestra esterilidad? ¿No es porque hemos sido tan obstinados que nuestra alma está hambrienta y nuestra fe débil? ¿No es porque ha habido tan poca negación de sí mismo, tomando la cruz y siguiendo a Cristo, que estamos tan enfermizos y sin gozo?

Nada ministra tanto a la salud y el gozo de nuestras almas como estar sujetos a la voluntad de Aquel con quien tenemos que ver. Y el predicador debe prestar atención a este principio, así como el cristiano común. El predicador debe recorrer el camino de la obediencia si quiere ser usado por el Santo. ¿Cómo pudo Elías decir después con tanta seguridad en el Monte Carmelo: “Si el Señor es Dios, seguidle”, si antes había seguido un proceder de autocoplacencia e insubordinación? Como hemos señalado, el correlato del “servicio” es la obediencia. Las dos cosas están unidas permanentemente: tan pronto como dejo de obedecer a mi Maestro, ya no soy más Su “siervo”. A este respecto no olvidemos que uno de los títulos más nobles de nuestro Rey era “El Siervo de Jehová”. Ninguno de nosotros puede tratar de realizar un objetivo más grande que el que fue la inspiración de Su corazón: “Vengo para hacer tu voluntad, oh Dios mío”.

Pero señalémonos con franqueza que el camino de la obediencia a Dios dista mucho de ser fácil: exige la negación diaria de sí mismo y, por tanto, sólo se puede recorrer con la mirada fija en el Señor y la conciencia en sujeción a Su Palabra. Es cierto que guardando sus mandamientos hay “gran galardón” (Sal 19,11), porque el Señor no será deudor de nadie; sin embargo, llama a

Traducido por: David Taype

dejar de lado la razón carnal, y eso no es fácil para la carne y la sangre. Sea testigo del camino de Elías: llamado a tomar su lugar por Querit y allí ser alimentado por cuervos, ¿cómo podría entender eso un intelecto orgulloso? Y ahora se le ordenó viajar a una ciudad muy lejana y pagana, para ser sostenida por una viuda desolada, que estaba al borde de la inanición. Ah, mi lector, el camino de la fe es totalmente opuesto a lo que llamamos "sentido común", y si usted sufre de la misma enfermedad espiritual que sufre este escritor, a menudo le resultará más difícil crucificar la razón que repudiar la razón. trapos sucios de justicia propia.

"Así que se levantó y fue a Sarepta. Y cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí la mujer viuda estaba allí recogiendo leña" (1 Reyes 17:10). Tan pobre que se quedó sin combustible, ni sirviente que fuera a buscarle unos cuantos palos. ¿Qué estímulo podría obtener Elías de las apariencias? Ninguno en absoluto: en cambio, había todo lo que estaba calculado para llenarlo de dudas y temores si estaba ocupado con circunstancias externas. "Y él la llamó y dijo: Tráeme, te ruego, un poco de agua en una vasija, para que pueda beber. Y cuando ella iba a buscármelo, él la llamó y le dijo: Tráeme, te ruego, un bocado de pan en tu mano. Y ella dijo: Vive Jehová tu Dios, que no tengo torta, sino un puñado de harina en una tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y he aquí que estoy juntando dos leños, para entrar y vístela para mí y para mi hijo, para que la comamos y muramos" (vv. 10-12): ¡eso fue lo que enfrentó el Profeta cuando llegó a su destino divinamente señalado! Ponte en su lugar, querido lector, y ¿no habrías sentido que tal perspectiva era sombría e inquietante?

Pero Elías "no consultó con carne y sangre", y por lo tanto no se desanimó por lo que parecía una situación tan poco prometedora. En cambio, su corazón fue sostenido por la Palabra inmutable de Aquel que no puede mentir. La confianza de Elías no descansaba en circunstancias favorables o "una buena perspectiva", sino en la fidelidad del Dios viviente; y por lo tanto su fe no necesitaba ayuda de las cosas que lo rodeaban. Las apariencias pueden ser oscuras y lúgubres, pero el ojo de la fe puede atravesar las nubes negras y ver sobre ellas el rostro sonriente de su Proveedor. El Dios de Elías era el Todopoderoso, con quien todo es posible. "He mandado allí a una mujer viuda que te sustente": en eso descansaba su corazón. ¿Sobre qué descansa el tuyo? ¿Te mantienen en paz en esta escena en constante cambio? ¿Has hecho tuya una de sus seguras promesas? "Confía en el Señor y haz el bien; así habitarás en la tierra, y en verdad serás alimentado" (Sal 37:3). "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida" (Sal 46:1-2).

Pero volvamos a las circunstancias externas que confrontaron a Elías cuando se acercó a Sarepta. “Cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí, la mujer viuda estaba allí recogiendo leña”. Dios le había dicho a Su siervo que fuera allí y le había prometido que una viuda lo sustentaría, pero no se le informó cuál era su nombre, dónde vivía y cómo debía distinguirla de los demás. Confió en que Dios le daría más luz cuando llegara allí, y no quedó defraudado. Rápidamente se liberó de cualquier suspenso en cuanto a la identidad de la persona que iba a entablar amistad con él. Aparentemente, esta reunión fue bastante casual, ya que no hubo ninguna cita entre ellos. “Mira”, reflexiona y admira, “la mujer viuda estaba allí”: ¡mira cómo el Señor en Su providencia anula todos los eventos, de modo que esta mujer en particular debería estar en la puerta en el mismo momento en que llegó el Profeta!

¡Mirad! aquí ella sale como a propósito para encontrarse con él: sin embargo, él no la conocía, ni ella lo conocía a él. Tiene toda la apariencia de ser accidental y, sin embargo, fue decretado y arreglado por Dios para cumplir Su palabra al Profeta. Ah, mi lector, no hay evento en este mundo, por grande o pequeño que sea, que suceda por casualidad. “Oh SEÑOR, sé que el camino del hombre no está en sí mismo; no está en el hombre que camina el enderezar sus pasos” (Jeremías 10:23). Qué bendición tener la seguridad de que “Jehová ordena los pasos del buen hombre” (Sal 37:23). Es pura incredulidad lo que desconecta las cosas ordinarias de la vida de Dios. Todas nuestras circunstancias y experiencias están dirigidas por el Señor, porque, “de él, por él y para él son todas las cosas: a él sea la gloria por los siglos. Amén” (Rom 11,36). Cultivad el santo hábito de ver la mano de Dios en todo lo que nos sucede.

“Cuando llegó a la puerta de la ciudad, he aquí la mujer viuda estaba allí”. Cómo ilustra esto una vez más un principio sobre el que con frecuencia hemos llamado la atención del lector, a saber, que cuando Dios obra, siempre obra en ambos extremos de la línea. Si Jacob envía a sus hijos a Egipto en busca de comida en tiempos de hambruna, José se siente impulsado a dársela. Si los espías de Israel entran en Jericó, se levantará una Rahab para protegerlos. Si Mardoqueo le ruega al Señor que venga a la liberación de Su pueblo amenazado, el rey Asuero se queda sin sueño, obligado a buscar en los registros del Estado y hacerse amigo de Mardoqueo y sus compañeros. Si el eunuco etíope desea comprender la Palabra de Dios, se envía a Felipe para que se la exponga. Si Cornelio está orando por una apertura del Evangelio, se le encarga a Pedro que se lo predique. Elías no había recibido ninguna indicación de dónde residía esta viuda, pero la providencia divina cronometró

sus pasos para que lo encontrara a la entrada de la ciudad. ¡Qué estímulos para la fe son estos!

Aquí, entonces, estaba la viuda: pero ¿cómo iba a saber Elías que ella era a quien Dios había ordenado que fuera su amiga? Pues debe probarla, como hizo el siervo de Abraham con Rebeca cuando fue enviado a buscar esposa para Isaac. Eliezer oró para que la doncella a la que le dijera “baja tu cántaro” respondiera: “bebe, y también daré de beber a tus camellos” (Génesis 24:14). Rebekah salió y cumplió estas condiciones. Así que aquí: Elías prueba a esta mujer para ver si es amable y benévola: “Te ruego que me traigas un poco de agua en una vasija, para que pueda beber”. Así como Eliezer consideró que solo uno que poseyera bondad sería un compañero adecuado para el hijo de su amo, Elías estaba convencido de que solo una persona de mente liberal probablemente lo sustentaría en un tiempo de hambre y sequía.

“Él la llamó y le dijo: Tráeme, te ruego, un poco de agua en una vasija, para que pueda beber”. Observe la actitud amable y respetuosa de Elías. El hecho de que él fuera un profeta de Jehová no lo justificaba para tratar a esta pobre viuda de manera altiva y autoritaria. En lugar de mandar, dijo: “Te lo ruego”. ¡Qué reprensión contiene eso para los que son orgullosos y oficiosos! El civismo se debe a todos: “sed corteses” (1Pe 3,8) es uno de los preceptos divinos dados a los creyentes. ¡Y qué dura prueba a la que Elías sometió a esta pobre mujer: traerle un poco de agua! Sin embargo, no puso reparos ni exigió un alto precio por lo que se había convertido en un lujo costoso; no, ni aunque Elijah fuera un completo extraño para ella, perteneciente a otra raza. Admira aquí el poder conmovedor de Dios, que puede sacar el corazón humano a actos de bondad hacia sus siervos.

“Y como ella iba a buscarnos”. Sí, dejó de recoger leña para sí misma y, a la primera petición de este extraño, se dirigió a beber agua. Aprendamos a imitarla en este sentido, y estemos siempre dispuestos a realizar un acto de bondad hacia nuestros semejantes. Si no tenemos los medios para dar a los afligidos, debemos estar más dispuestos a trabajar por ellos (Efesios 4:28). Un vaso de agua fría, aunque no nos cueste más que la molestia de ir a buscarnos, de ningún modo perderá su recompensa. “Y cuando ella iba a buscarnos, él la llamó y le dijo: Tráeme, te ruego, un bocado de pan en tu mano” (1 Reyes 17:11). El Profeta pidió esto para probarla aún más —y qué prueba: compartir su última comida con él— y también para allanar el camino para un nuevo discurso con ella.

“Tráeme, te lo ruego, un bocado de pan en tu mano”. ¡Qué solicitud tan egoísta parecía! Cuán probable sería que la naturaleza humana se ofendiera ante tal exigencia de recurrir a sus escasos recursos. Sin embargo, en realidad

era Dios quien se encontraba con ella en la hora de su más profunda necesidad. “Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto será exaltado para tener de vosotros misericordia, porque Jehová es Dios de juicio: bienaventurados todos los que en él esperan” (Isaías 30: 18). Pero esta viuda primero debe ser probada, como luego otra mujer gentil fue probada por el Señor encarnado (Mateo 15:22-28). Dios ciertamente supliría todas sus necesidades, pero ¿confiaría ella en Él? Muy a menudo Él permite que las cosas empeoren antes de que haya alguna mejora. Él “espera a ser misericordioso”. ¿Por qué? Para llevarnos al final de nosotros mismos y de nuestros recursos, hasta que todo parezca perdido y estemos desesperados: para que podamos discernir más claramente Su mano liberadora.

“Y ella dijo: Vive Jehová tu Dios, que no tengo una torta, sino un puñado de harina, en una tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y he aquí que estoy juntando dos leños para poder entrar y vístela para mí y para mi hijo, para que la comamos y muramos” (1 Reyes 17:12). Los efectos de la terrible hambruna y la sequía en Palestina también se sintieron en los países vecinos. En relación con el “aceite” que se encuentra en la posesión de esta viuda en Sarepta en Zidon, JJ Blunt, en su admirable obra, *Coincidencias no diseñadas en el Antiguo y Nuevo Testamento*, tiene un capítulo útil. Señala que en la división de Canaán, el distrito de Sidón cayó en la suerte de Aser (Josué 19:28). Luego regresa al lector a Deuteronomio 33, recordándole que cuando Moisés bendijo a las 12 tribus dijo: “Bendita sea Aser con hijos; sea grato a sus hermanos, y moje su pie en aceite” (v. 24), indicando la fertilidad de ese distrito y el carácter de su producto principal. Por lo tanto, después de un largo período de hambruna, lo más probable era encontrar petróleo allí. Por lo tanto, al comparar Escritura con Escritura, vemos su perfecta armonía.

“He aquí que estoy juntando dos palos para poder entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que podamos comerlo y morir”. ¡Pobre alma: reducida al último extremo, con nada más que una muerte muy dolorosa mirándola a la cara! El suyo era el lenguaje de la razón carnal y no de la fe, de la incredulidad y no de la confianza en el Dios vivo; sí, y bastante natural dadas las circunstancias. Todavía no sabía nada de la palabra a Elías: “He aquí, he dado orden allí a una mujer viuda para que te sustente” (1 Reyes 17:9). No, pensó que había llegado el final. Ah, mi lector, cuánto mejor es Dios que nuestros miedos. Los hebreos incrédulos imaginaron que morirían de hambre en el desierto, pero no lo hicieron. David dijo una vez en su corazón: “Ahora pereceré un día por mano de Saúl” (1 de Samuel 27:1), pero no lo hizo. Los Apóstoles pensaron que se ahogarían en el mar tempestuoso, pero no fue así.

Traducido por: David Taype

“Fueron la mitad de la respiración en el dolor gastado

Al cielo en súplica enviada,

Nuestra alegre canción sería más a menudo

'Oíd lo que el Señor ha hecho por mí.' ”

“Y ella dijo: Vive Jehová tu Dios, que no tengo una torta, sino un puñado de harina en una tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y he aquí que estoy juntando dos leños para entrar y vístela para mí y para mi hijo, para que la comamos y muramos” (1 Reyes 17:12). A la vista natural, a la razón humana, le parecía imposible que pudiera sustentar a nadie. En la pobreza más abyecta, el final de sus provisiones ahora estaba a la vista. Y sus ojos no estaban puestos en Dios (¡no más que los nuestros hasta que el Espíritu obre dentro de nosotros!) sino en el barril, y ahora le estaba fallando; en consecuencia, no había nada ante su mente excepto la muerte. La incredulidad y la muerte están inseparablemente unidas. La confianza de esta viuda estaba en el barril y la vasija, y más allá de ellos no veía esperanza. Todavía su alma no sabía nada de la bienaventuranza de la comunión con Aquel a quien pertenecen únicamente los sucesos de la muerte (Sal 68:20). Todavía no podía “creer en la esperanza contra toda esperanza” (Rom 4,18). ¡Ay!, qué pobre cosa tambaleante es esa esperanza que descansa en nada mejor que un barril de harina.

Cuán propensos somos todos a apoyarnos en algo tan insignificante como un barril de comida, y mientras lo hagamos, nuestras expectativas solo pueden ser escasas y evanescentes. Sin embargo, por otro lado, recordemos que la medida más pequeña de harina en la mano de Dios es para la fe tan suficiente y eficaz como “el ganado sobre mil colinas”. Pero, ¡ay!, cuán raramente la fe se encuentra en el ejercicio saludable. Muy a menudo somos como los discípulos cuando, en presencia de la multitud hambrienta, exclamaron: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; pero ¿qué son ellos entre tantos? (Juan 6:9)—ese es el lenguaje de la incredulidad, de la razón carnal. La fe no se ocupa de las dificultades, sino de Aquel con quien todo es posible. La fe no se ocupa de las circunstancias, sino del Dios de las circunstancias. Así fue con Elías, como veremos.

Y qué prueba de la fe de Elías suplieron ahora las tristes palabras de la viuda pobre. Considere la situación que ahora enfrentaban sus ojos. Una viuda y su hijo hambrientos: unos palos, un puñado de harina y un poco de aceite entre ellos y la muerte. Sin embargo, Dios le había dicho: “He mandado allí a

Traducido por: David Taype

una mujer viuda que te sustente". Cuántos exclamarían: ¡Qué profundamente misterioso, qué experiencia tan difícil para el Profeta! Él necesitaba ayudarla en lugar de convertirse en una carga para ella. Ah, pero como Abram antes que él, "él no dudó de la promesa de Dios por incredulidad, sino que se fortaleció en la fe". Sabía que la Poseedor del cielo y la tierra había decretado que ella debería sustentarlo, y aunque no había habido comida ni aceite en absoluto, eso de ninguna manera había desalentado su espíritu o lo había disuadido. Oh, mi lector, si conoces algo experimentalmente de la bondad, el poder y la fidelidad de Dios, deja que tu confianza en Él permanezca inquebrantable, sin importar las apariencias.

"El que te ha ayudado hasta aquí,
te ayudará en todo tu camino;
Y darte motivo diario para levantar
Nuevos Ebenezers para Su alabanza."

"He aquí, estoy juntando dos palos para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que podamos comerlo y morir". Que se tenga debidamente en cuenta que esta mujer no dejó de cumplir con su responsabilidad. Hasta el final fue laboriosa, haciendo uso de los medios a mano. En lugar de ceder a la desesperación total, sentarse y retorcerse las manos, estaba ocupada recogiendo leña para lo que creía que sería su última comida. Este no es un detalle sin importancia, sino uno que debemos tomar en serio. La ociosidad nunca se justifica, y mucho menos en una emergencia: es más, cuanto más desesperada es la situación, mayor es la necesidad de que nos agitemos. Dar paso al abatimiento nunca logra ningún bien. Cumple con tu responsabilidad hasta el final, aunque sea en la preparación de tu última comida. Ricamente fue pagada la viuda por su industria. ¡Fue mientras ella estaba en el camino del deber (¡el deber del hogar!), que Dios, a través de Su siervo, se encontró con ella y la bendijo!

En lo que ahora está ante nosotros, debemos contemplar cómo el Profeta se comportó en un entorno y circunstancias muy diferentes de aquellos que previamente ocuparon nuestra atención. Hasta aquí hemos visto algo de cómo se absolió en público: su coraje y dignidad espiritual ante Acab; y también cómo actuó en privado: su vida en secreto ante Dios junto al arroyo: obediente a la palabra del Señor, esperando pacientemente sus próximas órdenes de

marcha. Pero aquí el Espíritu nos concede una visión de cómo Elías se comportó en la casa de la viuda en Sarepta, revelando benditamente la suficiencia de la gracia divina para los siervos de Dios y el pueblo en toda situación en la que se encuentren. ¡Ay, cuántas veces el siervo de Dios que es intransigente en público y fiel en sus devociones secretas, fracasa lamentablemente en el ámbito doméstico, en el círculo familiar! Esto no debería ser; ni fue así con Elías, por la gracia de Dios.

Aquello a lo que acabamos de aludir requiere quizás algunos comentarios, que ofrecemos no a modo de atenuación sino de explicación. ¿Por qué a menudo se ve al siervo de Dios mucho menos ventajoso en el hogar que en el púlpito o en el aposento? En primer lugar, cuando sale a cumplir con sus deberes públicos, está preparado para luchar contra el Enemigo; pero regresa a casa con su energía nerviosa agotada, para relajarse y recuperarse. Entonces es cuando se disgusta e irrita más fácilmente por tonterías comparativas. En segundo lugar, en su ministerio público es consciente de que se opone a los poderes del mal, pero en el ámbito familiar está rodeado de quienes lo aman, y está más desprevenido, sin darse cuenta de que Satanás puede usar su amigos para obtener una ventaja sobre él. Tercero, la fidelidad consciente en público puede haber estimulado su orgullo, y una espina en la carne—la dolorosa realización del triste fracaso en el hogar—puede ser necesaria para humillarlo. Sin embargo, no hay mayor justificación para la conducta que deshonra a Dios en el círculo doméstico que en el púlpito.

Hemos visto dónde Elías, en respuesta a las órdenes de Jehová, había dejado su retiro en Querit, había cruzado el desierto y llegado debidamente a las puertas de Sarepta, donde el Señor había ordenado (en secreto) a una mujer viuda que lo sustentara. La encontró a la entrada de la ciudad, aunque en circunstancias que presentaban una apariencia poco prometedora a la vista carnal. En lugar de que esta mujer le diera la bienvenida al Profeta con alegría, habló con tristeza de la muerte inminente de ella y su hijo. En lugar de estar ampliamente preparada para ministrar a Elías, le dice que “un puñado de harina y un poco de aceite en una vasija” era todo lo que le quedaba. ¡Qué prueba de fe! Qué irrazonable parecía que el hombre de Dios esperara sustento bajo su techo. No es más irrazonable que exigirle a Noé que construya un arca antes de que llueva, y menos aún cualquier señal de inundación: no es más irrazonable que exigirle a Israel que simplemente camine alrededor de los muros de Jericó. El camino de la obediencia sólo se puede transitar cuando se ejerce la fe.

“Y Elías dijo: No temas; ve y haz como has dicho” (1Re 17:13). ¡Qué palabra de gracia fue esta para aquietar el corazón de la pobre viuda! No

temas las consecuencias, ni para ti ni para tu hijo, al hacer uso de los medios a mano, por escasos que sean. “Pero hazme de ello primero una torta pequeña, y tráemela, y después hazla para ti y para tu hijo” (v. 13). ¡Qué prueba tan severa fue esta! ¿Alguna vez una viuda pobre fue tan duramente probada, antes o después? Hacerle un pastel “primero” fue seguramente, en sus circunstancias extremas, una de las órdenes más difíciles jamás dadas. ¿No parecía surgir de la esencia misma del egoísmo? ¿Requerían las leyes de Dios o de los hombres un sacrificio como este? Dios nunca nos ha pedido que hagamos más que amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, en ninguna parte nos ha pedido que lo amemos mejor. ¡Pero aquí “hazme un pastel primero”!

“Porque así ha dicho Jehová Dios de Israel: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija faltará, hasta el día que Jehová haga llover sobre la tierra” (v. 14). Ah, eso hizo toda la diferencia: eso eliminó el aguijón de la solicitud, mostrando que no había egoísmo que inspirara lo mismo. Se le pide una parte de lo poco que le quedaba, pero Elías le dice que no dude en dársela, pues aunque el caso parecía desesperado, Dios cuidaría de ella y de su hijo. Observe con qué confianza implícita habló el Profeta: no había incertidumbre, sino una seguridad positiva e inquebrantable de que su suministro no debería disminuir. Ah, Elías había aprendido una valiosa lección en Querit, la aprendió experimentalmente: había probado la fidelidad de Jehová junto al arroyo y, por lo tanto, ahora estaba calificado para calmar los temores y consolar el corazón de esta viuda pobre; compare con 2 Corintios 1: 3, 4 que revela el secreto de todo ministerio eficaz.

Obsérvese el título particular aquí otorgado a Deidad. La mujer había dicho: “Vive Jehová tu Dios” (1 Reyes 17:12), pero esto no fue suficiente. Elías declaró: “Así ha dicho Jehová Dios de Israel”: este gentil debe darse cuenta de la humillante verdad de que “la salvación es de los judíos” (Juan 4:22). “Jehová Dios de Israel”: de cuyas maravillas debes haber oído tanto. Aquel que hizo un estrado para los pies del altivo Faraón, que llevó a Su pueblo a través del Mar Rojo con zapatos secos, que milagrosamente los sostuvo durante 40 años en el desierto, y que sometió a los cananeos para ellos. Seguramente se puede confiar en Alguien así para nuestro pan de cada día. El “SEÑOR Dios de Israel” es Aquel cuya promesa nunca falla, porque “la Fortaleza de Israel no mentirá ni se arrepentirá; porque no es hombre para que se arrepienta” o cambie de parecer (1Sa 15:29). Se puede confiar con seguridad en Alguien así.

“Porque así ha dicho Jehová Dios de Israel: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija faltará, hasta el día en que Jehová haga llover sobre la tierra” (1 Reyes 17:14). Dios le dio Su palabra de promesa para

descansar: ¿podría ella confiar en ella? ¿Realmente confiaría en Él? Note cuán definida fue la promesa: no era simplemente, Dios no permitirá que usted muera de hambre, o seguramente suplirá todas sus necesidades; más bien fue como si el Profeta hubiera dicho: La comida en tu barril no disminuirá ni el aceite en tu vasija se secará. Y si nuestra fe es sostenida por Dios, nos hará confiar en la promesa de Dios de encomendarnos sin reservas a su cuidado y de hacer el bien a nuestros semejantes. Pero observe cómo la fe debe continuar en el ejercicio: no se prometió ni proporcionó ningún barril nuevo de comida: solo un "puñado" no disminuido, aparentemente una cantidad muy inadecuada para la familia, pero bastante suficiente con Dios. "Hasta el día en que Jehová haga llover sobre la tierra" evidencia la fe firme del mismo Profeta.

"Y ella fue e hizo conforme a la palabra de Elías; y ella, él y su casa comieron muchos días" (v. 15). ¿Quién puede dejar de exclamar, oh mujer, grande es tu fe? Ella podría haber dado muchas excusas a la petición del Profeta, especialmente porque él era un extraño para ella, pero por grande que fuera la prueba, su fe en el Señor estaba a la altura. Su simple confianza en que Dios cuidaría de ellos superó todas las objeciones de la razón carnal. ¿No nos recuerda a otra mujer gentil, la sirofenicia, descendiente de los idólatras cananeos, que mucho tiempo después acogió la aparición de Cristo en las fronteras de Tiro, y que buscó su ayuda en favor de su hija afligida por demonios? Con fe asombrosa venció todos los obstáculos, y obtuvo una porción del pan de los hijos en la curación de su hija (Mateo 15:28). Ojalá estos casos nos movieran a clamar de corazón: "Señor, auméntanos la fe", porque nadie sino Aquel que da la fe puede aumentarla.

"Y ella y su casa comieron muchos días. Y la tinaja de harina no se estropió, ni faltó la vasija de aceite, conforme a la palabra de Jehová que habló por medio de Elías" (1 Reyes 17:15-16). Ella no perdía por su generosidad. Su pequeña provisión de harina y aceite era suficiente para una sola comida y luego ella y su hijo debían morir. Pero su voluntad de ministrar a la sierva de Dios le dio suficiente, no solo para muchos días, sino para varios años. Ella le dio a Elías lo mejor que tenía y por su bondad hacia él, Dios mantuvo limpia su casa durante la hambruna. Cuán cierto es que, "El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá" (Mateo 10:41). Pero a todo el pueblo de Dios no se le concede el privilegio de socorrer a un profeta, sin embargo, pueden ser pobres de Dios. ¿No está escrito, "A Jehová presta el que tiene piedad del pobre; y lo que ha dado, se lo devolverá" (Proverbios 19:17)? Y otra vez, "Bienaventurado el que mira al pobre; Jehová lo librará en el tiempo de la angustia" (Sal 41:1). Dios no será deudor de nadie.

Traducido por: David Taype

“Y ella fue e hizo conforme a la palabra de Elías; y ella y su casa comieron muchos días. Y la tinaja de harina no se desperdió, ni se acabó la vasija de aceite.” Aquí nuevamente hemos ejemplificado el hecho de que recibir la bendición de Dios y obtener alimento (en figura, alimento espiritual) es el resultado de la obediencia. Esta mujer cumplió con el pedido de la sierva de Dios y grande fue su recompensa. ¿Está usted, mi lector, temeroso del futuro? ¿Tienes miedo de que cuando te falten las fuerzas y llegue la vejez te quedes sin las necesidades de la vida? Entonces permítanos recordarle que no hay necesidad alguna de tales temores. “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas [necesidades temporales] os serán añadidas” (Mateo 6:33). “Temed a Jehová, vosotros sus santos; porque nada falta a los que le temen” (Salmo 34:9). “Ningún bien quitará a los que andan en integridad” (Sal 84:11). Pero fíjate bien que cada una de estas promesas es *condicional*: tu negocio es darle a Dios el primer lugar en tu vida, temerle, obedecerle y honrarle en todas las cosas, ya cambio Él te garantiza que tu pan y tu agua estarán seguros.

¿Hay algún lector inclinado a responder: Tal consejo saludable es más fácil de recibir que poner en práctica, recordar las promesas de Dios que confiar en las mismas? Alguien puede estar dispuesto a decir: Ah, no sabes cuán angustiosas son mis circunstancias, cuán sombrío el panorama, cuán dolorosamente Satanás está inyectando dudas en mi mente. Ciento, sin embargo, por más desesperado que sea su caso, le rogamos sinceramente que piense en la viuda de Sarepta: es muy poco probable que su situación sea tan extrema como la de ella, pero ella no murió de hambre. El que pone a Dios en primer lugar siempre lo encontrará con él al final. Las cosas que parecen estar actuando contra nosotros, obran juntas para nuestro bien en Sus maravillosas manos. Cualquiera que sea tu necesidad, querido amigo, no olvides al Dios de Elías.

“Y ella, él y su casa comieron muchos días”. Aquí vemos a Elías viviendo seguro en la humilde morada de esta pobre viuda. Aunque la comida era frugal, era suficiente para conservar la vida en el cuerpo. No hay ningún indicio de que Dios proporcionó alguna variación en la dieta durante esos “muchos días”, ni ninguna insinuación de que el Profeta se sintió insatisfecho con la obligación de comer la misma comida durante un período tan largo. Aquí es donde obtenemos nuestro primer vistazo de cómo se conducía dentro del círculo familiar. Benditamente ejemplificó ese precepto divino: “Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con ello” (1Ti 6:8). ¿Y de dónde procede tal contentamiento? De un corazón sumiso y apacible que reposa en

Traducido por: David Taype

Dios: sujeto a Su soberano placer, satisfecho con la porción que Él se complace en darnos, viendo Su mano tanto en proveer como en retener.

“Y la tinaja de harina no se desperdió, ni faltó la vasija de aceite.” Ciertamente, la viuda no tenía motivos para quejarse de las severas pruebas a las que había sido sometida su fe. Dios, quien envió a Su Profeta a hospedarse con ella, pagó bien por su mesa, proporcionando comida a su familia mientras sus vecinos morían de hambre, y otorgándole la compañía y la instrucción de Su siervo. ¿Quién puede decir qué bendición vino a su alma bajo la conversación edificante de Elías y de la eficacia de sus oraciones? Ella era de una disposición humana y generosa, lista para aliviar la miseria de los demás y atender las necesidades de los siervos de Dios; y su generosidad le fue devuelta cien veces más. Al misericordioso, Dios muestra misericordia, “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos, y sirviendo” (Hebreos 6:10)..

“Y la tinaja de harina no se desperdió, ni faltó la vasija de aceite.” Esforcémonos ahora por mirar más alto, no sea que nos perdamos el hermoso tipo que se encuentra aquí. La “comida” es ciertamente una figura divinamente seleccionada de Cristo, el “grano de trigo” que murió (Juan 12:24), siendo molido entre las piedras de molino superior e inferior del juicio divino para que Él pudiera ser para nosotros el “Pan de vida.” Esto queda claro en los primeros capítulos de Levítico, donde tenemos las cinco grandes ofrendas designadas para Israel, que exponen la Persona y la obra del Redentor; la ofrenda de harina de “flor de harina” (Lv 2) que representa las perfecciones de Su humanidad. Es igualmente claro que el “aceite” es un emblema del Espíritu Santo en sus operaciones de unción, iluminación y sostenimiento. Es una bendita línea de estudio rastrear a través de las Escrituras las referencias típicas del “aceite”.

Así como la pequeña familia de Sarepta no se sostenía solo con harina o aceite, sino con los dos juntos, así el creyente no se sostiene espiritualmente sin Cristo y el Espíritu Santo. No podríamos alimentarnos de Cristo, sí, nunca sentiríamos nuestra necesidad de hacerlo, si no fuera por la influencia de la gracia del Espíritu de Dios. El Uno nos es tan indispensable como el Otro: Cristo por nosotros, el Espíritu en nosotros; el Uno manteniendo nuestra causa en lo alto, el Otro sirviéndonos aquí abajo. El Espíritu está aquí para “dar testimonio” de Cristo (Juan 15:26), sí, para “glorificarlo” (Juan 16:14), y por lo tanto el Salvador agregó: “Tomará de lo mío y os lo hará saber”. ¿No es por eso que la “comida” (tres veces) se menciona primero en el tipo? No es este el único pasaje donde vemos los dos tipos combinados: una y otra vez en

Traducido por: David Taype

la hermosa prefiguración del Antiguo Testamento leemos que el “aceite” se coloca sobre la sangre (Ex 29,21; Lv 14,14ss).

“Y la tinaja de harina no se desperdió, ni faltó la vasija de aceite.” Hubo un constante aumento y suministro de ambos de acuerdo con el gran poder de Dios obrando un milagro continuo: ¿no hay un estrecho paralelo entre esto y el aumento sobrenatural del Salvador de los cinco panes de cebada y los dos pececillos, mientras los discípulos distribuían y la multitud comiendo (Mateo 14:19-20)? Pero de nuevo miraríamos del tipo al Antitipo. La comida continuó sin disminuir, el suministro sin disminuir, y la comida señaló a Cristo como el Alimentador de nuestras almas. La provisión que Dios ha hecho para Su pueblo en el Señor Jesús sigue siendo la misma a lo largo de los siglos: podemos venir a Él una y otra vez, y aunque recibimos de Él “gracia sobre gracia”, sin embargo, Su “plenitud” (Juan 1: 16) continúa el mismo “ayer y hoy y siempre”. “Y la botija de aceite no faltó” presagiaba la gran verdad de que el Espíritu Santo está con nosotros hasta el final de nuestra peregrinación (Efesios 4:30).

Pero señalemos nuevamente que Dios no le dio una nueva tinaja de harina y una vasija de aceite a esta familia en Sarepta, ni llenó hasta el borde la vieja. Hay otra lección importante para nosotros en esto. Dios les dio suficiente comida para su uso diario, pero no la provisión para todo un año por adelantado o incluso la provisión para una semana de una sola vez. De la misma manera, no existe tal cosa como acumular para nosotros una reserva de gracia para uso futuro. Tenemos que ir constantemente a Cristo en busca de nuevos suministros de gracia. A los israelitas se les prohibía expresamente acumular el maná: tenían que salir a recogerlo de nuevo cada mañana. No podemos procurar suficiente sustento para nuestras almas en el sábado para que nos dure toda la semana, sino que debemos alimentarnos de la Palabra de Dios cada mañana. Así también, aunque hemos sido regenerados por el Espíritu una vez para siempre, Él nos renueva en el hombre interior “día tras día” (2 Co 4:16).

“Conforme a la palabra de Jehová, que habló por medio de Elías” (1 Reyes 17:16). Esto fue ilustrativo y demostrativo de un principio vital: ninguna palabra Suya caerá a tierra, sino que todas las cosas “que Dios ha hablado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo” (Hechos 3:21) ciertamente serán logrado. Esto es a la vez solemne y bendito. Solemne, porque las amenazas de la Sagrada Escritura no son ociosas, sino fieles advertencias de Aquel que no puede mentir. Tan ciertamente como se cumplió al pie de la letra la declaración de Elías, “no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra” (1Re 17:1), así el Altísimo cumplirá cada juicio que ha

Traducido por: David Taype

anunciado contra el malvado. Bienaventurados, porque tan verdaderamente como la comida y el aceite de la viuda no faltaron según Su palabra por medio de Elías el Profeta, así toda promesa hecha a Sus santos aún recibirá su perfecto cumplimiento. La veracidad intachable, la fidelidad inmutable y el poder todopoderoso de Dios para cumplir Su Palabra es el fundamento inexpugnable sobre el cual la fe puede descansar con seguridad.

“Cambio y decadencia en todo lo que veo”. Vivimos en un mundo mutable donde nada es estable y donde la vida está llena de extrañas vicisitudes. No podemos, y no debemos esperar que las cosas nos vayan bien por mucho tiempo mientras estemos en esta tierra de pecado y mortalidad. Sería contrario a la constitución actual de nuestra suerte como criaturas caídas porque “el hombre nace para la angustia como las chispas vuelan hacia arriba”. Tampoco sería bueno para nosotros si estuviéramos completamente exentos de aflicción. Aunque somos hijos de Dios, objetos de Su favor especial, esto no nos libra de las calamidades ordinarias de la vida. La enfermedad y la muerte pueden entrar en nuestras viviendas en cualquier momento: pueden atacarnos personalmente, o a aquellos que son más cercanos y queridos para nosotros, y estamos obligados a inclinarnos ante las dispensaciones soberanas de Aquel que gobierna sobre todo. Estos son comentarios comunes, lo sabemos; sin embargo, contienen una verdad que, por desagradable que sea, necesitamos que nos la recuerden constantemente.

Aunque estamos bastante familiarizados con el hecho mencionado anteriormente, y lo vemos ilustrado diariamente en todos los aspectos, somos muy reacios y lentos en reconocer su aplicación a nosotros mismos. Así es la naturaleza humana: deseamos ignorar lo desagradable y persuadirnos de que si nuestra suerte actual es feliz, seguirá siéndolo durante algún tiempo. Pero no importa cuán sanos seamos, cuán vigorosa nuestra constitución, cuán bien provistos económicamente, no debemos pensar que nuestra montaña es tan fuerte que no se puede mover (Sal 30:6-7). Más bien debemos entrenarnos para tener las misericordias temporales con mano ligera, y usar las relaciones y comodidades de esta vida como si no las tuviéramos (1 Corintios 7:30), recordando que “la moda de este mundo pasa”. Nuestro descanso no está aquí, y si construimos nuestro nido en cualquier árbol terrenal debe ser con la certeza de que tarde o temprano todo el bosque será talado.

Como muchos antes y después, la viuda de Sarepta podría haberse sentido tentada a pensar que todos sus problemas habían terminado. Ella podría razonablemente esperar una bendición al recibir a la sierva de Dios en su casa, y una bendición muy real y liberal que recibió. Como consecuencia de darle cobijo, ella y su hijo fueron abastecidos por un milagro divino en un

Traducido por: David Taype

tiempo de hambruna por “muchos días”; y de esto podría sacar la conclusión de que no tenía nada más que temer. Sin embargo, lo siguiente registrado en nuestra narración es: “Y aconteció después de estas cosas, que el hijo de la mujer, ama de la casa, se enfermó; y su enfermedad era tan grave que no quedaba en él aliento” (1 Reyes 17:17). El lenguaje en el que se expresa este patético incidente parece denotar que su hijo fue golpeado repentinamente y tan gravemente que murió rápidamente, antes de que Elías tuviera la oportunidad de orar por su recuperación.

¡Cuán profundamente misteriosos son los caminos de Dios! La extrañeza de este incidente que ahora tenemos ante nosotros es más evidente si lo vinculamos con el versículo inmediatamente anterior: “La harina de la tinaja no se estropeó, ni el aceite de la vasija se acabó, conforme a la palabra de Jehová que habló por medio de Elías.. Y aconteció después de estas cosas que el hijo de la mujer... cayó enfermo”, etc. Tanto ella como su hijo habían sido alimentados milagrosamente durante un considerable intervalo de tiempo, y ahora él está drásticamente cortado de la tierra de los vivo—recordándonos aquellas palabras de Cristo acerca de la secuela de un milagro anterior: “vuestros padres comieron maná en el desierto, y están muertos” (Juan 6:49). Aunque la sonrisa del Señor está sobre nosotros y se muestra fuerte a nuestro favor, esto no nos concede inmunidad de las aflicciones de las que es heredera la carne y la sangre. Mientras nos quedemos en este valle de lágrimas debemos buscar la gracia para “gozarnos con temblor” (Sal 2:11).

Por otro lado, esta viuda ciertamente se había equivocado si dedujo del arrebataamiento de su hijo que había perdido el favor de Dios y que esta oscura dispensación era una señal segura de Su ira. ¿No está escrito: “Porque el Señor al que ama, disciplina y azota a todo el que recibe por hijo” (Hebreos 12:6)? Aun cuando tengamos las manifestaciones más claras de la buena voluntad de Dios —como las tuvo esta mujer en la presencia de Elías bajo su techo y el milagro diario del sustento— debemos estar preparados para los ceño fruncidos de la Providencia. No debemos tambalearnos si nos encontramos con aflicciones agudas mientras andamos por la senda del deber. ¿No lo hizo José una y otra vez? ¿No fue Daniel? Sobre todo, ¿no lo hizo el Redentor mismo?—así también con sus Apóstoles. “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese” (1 Pedro 4:12).

Nótese debidamente que esta pobre alma había recibido señales particulares del favor de Dios antes de ser arrojada al horno de la aflicción. A menudo sucede que Dios somete a su pueblo a las pruebas más duras cuando han sido los destinatarios de sus bendiciones más ricas. Sin embargo, aquí el

Traducido por: David Taype

ojo ungido puede discernir Sus tiernas misericordias. ¿Le sorprende esa observación, querido lector? Te preguntas, ¿Cómo es eso? Pues el Señor, en su infinita gracia, a menudo prepara a sus hijos para el sufrimiento, concediéndoles previamente grandes goces espirituales: dándoles muestras inequívocas de su bondad, llenando sus corazones de su amor, e infundiendo en sus mentes una paz indescriptible. Habiendo probado experimentalmente la bondad del Señor, están mejor preparados para enfrentar la adversidad. Además, la paciencia, la esperanza, la mansedumbre y las demás gracias espirituales sólo pueden desarrollarse en el fuego: la fe de esta viuda, entonces, debe ser probada aún más severamente.

La pérdida de su hijo fue una aflicción muy grande para esta pobre mujer. Sería así para cualquier madre, pero era más especialmente severo para ella, porque anteriormente había quedado viuda, y ahora no quedaría nadie para apoyar y consolar sus últimos años. En él se centraron todos sus afectos, y con su muerte se desvanecieron todas sus esperanzas: su carbón ya estaba verdaderamente apagado (2Sa 14:7) porque no quedaba nada para preservar el nombre de su marido en la tierra. Sin embargo, como en el caso de Lázaro y sus hermanas, este duro golpe fue “para la gloria de Dios” (Jn 11,4), y debía darle a ella una marca aún más distintiva del favor del Señor. Así fue, también, con José y Daniel a quienes hemos aludido anteriormente: severas y dolorosas fueron sus pruebas, pero posteriormente Dios les confirió mayor honor. ¡Oh, que la fe se apodere del “después” de Hebreos 12:11!

“Y ella dijo a Elías: ¿Qué tengo yo que ver contigo, oh tú, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer mi pecado a la memoria, y para matar a mi hijo? (1 Reyes 17:18). ¡Ay, qué criaturas pobres, fracasadas y pecadoras somos! ¡Cuán miserablemente retribuimos a Dios por sus abundantes misericordias! Cuando Su mano castigadora se impone sobre nosotros, con qué frecuencia nos rebelamos en lugar de someternos mansamente a ella. En lugar de humillarnos bajo la poderosa mano de Dios y suplicarle que nos muestre “por qué” está contendiendo con nosotros (Job 10:2), estamos mucho más dispuestos a culpar a otra persona por ser la causa de nuestro problema. Así fue con esta mujer. En lugar de rogar a Elías que orara con ella y por ella, que Dios le permitiera comprender en qué se había “equivocado” (Job 6:24), que a Él le complacería santificar esta aflicción para el bien de su alma, y le permitiría glorificarle “en los fuegos” (Is 24,15)—le reprochaba. Cuán tristemente fallamos en usar nuestros privilegios.

“Y ella dijo a Elías: ¿Qué tengo yo que ver contigo, oh tú, varón de Dios? ¿Has venido a mí para traer mi pecado a la memoria, y para matar a mi hijo? Esto contrasta notablemente con la calma que había mostrado cuando Elijah

Traducido por: David Taype

la encontró por primera vez. La rápida calamidad que le había sobrevenido había sido una dolorosa sorpresa, y en tales circunstancias, cuando los problemas nos sorprenden inesperadamente, es difícil mantener la compostura. Bajo pruebas repentinamente severas, se necesita mucha gracia si queremos ser preservados de la impaciencia, los arrebatos petulantes, y ejercer una confianza inquebrantable y una completa sumisión a Dios. No todos los santos pueden decir con Job: "¿Recibiremos el bien de la mano de Dios, y no recibiremos el mal?...Jehová dio, y Jehová quitó: bendito sea el nombre del Señor" (Job 2:10; 1:21). Pero lejos de que tal fracaso nos justifique, debemos juzgarnos a nosotros mismos sin piedad y confesar contritamente tales pecados a Dios.

La pobre viuda estaba profundamente angustiada por su pérdida, y su lenguaje para Elías es una extraña mezcla de fe e incredulidad, orgullo y humildad. Fue el estallido inconsistente de una mente agitada, como sugiere la naturaleza desconectada y espasmódica de la misma. Primero, ella le pregunta: "¿Qué tengo yo que ver contigo?" ¿Qué he hecho para desagradarte? ¿En qué te he hecho daño? Deseó no haberlo visto nunca si él era el responsable de la muerte de su hijo. Sin embargo, en segundo lugar, ella lo reconoce como "tú, hombre de Dios", uno que fue apartado para el servicio divino. Ella debe haber sabido en ese momento que la terrible sequía había llegado a Israel en respuesta a las oraciones del Profeta, y probablemente llegó a la conclusión de que su propia aflicción había llegado de una manera similar. En tercer lugar, se humilló a sí misma y dijo: "¿Has venido a mí para traerme a la memoria mi pecado?", posiblemente una referencia a su antigua adoración a Baal.

A menudo, Dios usa las aflicciones para traernos a la memoria nuestros pecados anteriores. En la rutina ordinaria de la vida es tan fácil pasar de un día a otro sin ningún ejercicio profundo de conciencia ante el Señor, especialmente cuando disfrutamos de un barril reabastecido. Sólo cuando caminamos realmente cerca de Él, o cuando somos heridos con algún castigo especial de Su mano, nuestra conciencia es sensible ante Él. Y cuando la muerte entró en su familia, surgió la cuestión del pecado, porque la muerte es la paga del pecado (Rom 6:23). Siempre es la actitud más segura que podemos asumir, cuando consideramos nuestras pérdidas como la voz de Dios que habla a nuestros corazones pecaminosos, y examinarnos diligentemente, arrepentirnos de nuestras iniquidades y confesarlas debidamente al Señor, para que podamos obtener Su perdón y limpieza (1 Juan 1:9).

Es precisamente en este punto donde aparece tan a menudo la diferencia entre un incrédulo y un creyente. Cuando el primero es visitado por algún

doloroso problema o pérdida, el orgullo y la justicia propia de su corazón se manifiestan rápidamente por su: "No sé lo que he hecho para merecer esto: siempre procuré hacer lo correcto: soy no peor que mis vecinos que se ahorrar tal dolor, ¿por qué debo ser objeto de tal calamidad? Pero qué diferente es con una persona verdaderamente humillada. Desconfía de sí mismo, es consciente de sus muchos defectos y está dispuesto a temer haber desagradado al Señor. Tal persona considerará diligentemente sus caminos (Hageo 1:5), revisando su forma de vida anterior y escudriñando cuidadosamente su comportamiento presente, para descubrir lo que ha estado mal o todavía está mal, para que pueda corregirse. Sólo así pueden aliviarse los temores de nuestra mente y confirmarse la paz de Dios en nuestras almas.

Es este recordar nuestros múltiples pecados y juzgarnos por ellos lo que nos hará mansos y sumisos, pacientes y resignados. Así fue con Aarón quien, cuando el juicio de Dios cayó tan gravemente sobre su familia, "calmó" (Lv 10,3). Así sucedió con el pobre anciano Eli, que no había amonestado ni disciplinado a sus hijos, porque cuando los mataron sumariamente, exclamó: "Es el Señor; haga lo que bien le pareciere" (1 Samuel 3:18). La pérdida de un hijo a veces puede recordar a los padres los pecados cometidos con respecto a él mucho antes. Así fue con David cuando perdió a su hijo por la mano de Dios al herirlo por su maldad (2Sa 12). No importa cuán pesada sea la pérdida, cuán profundo sea su dolor, cuando en su sano juicio el lenguaje del santo siempre será: "Yo sé, oh SEÑOR, que tus juicios son rectos, y que por tu fidelidad me has afligido" (Sal. 119:75).

Aunque la viuda y su hijo habían sobrevivido durante muchos días, sostenidos milagrosamente por el poder de Dios, mientras el resto del pueblo había sufrido, ella estaba menos impresionada por la bondad divina que por haberle quitado a su hijo: "¿Qué ¿Tengo que ver contigo, oh hombre de Dios? ¿Has venido a mí para traer mi pecado a la memoria, y para matar a mi hijo? Si bien parece reconocer a Dios en la muerte de su hijo, no puede quitarse de encima la idea de que la presencia del Profeta fue responsable de ello. Ella atribuye su pérdida a Elías: como si él hubiera sido comisionado para ir a ella con el propósito de infligir un castigo sobre ella por su pecado. Así como él había sido enviado a Acab para denunciar la sequía sobre Israel por su pecado, ahora ella tenía miedo de su presencia, alarmada al verlo. ¡Ay!, cuán dispuestos estamos a confundir las bases de nuestras aflicciones y atribuirlas a causas falsas.

"Y él le dijo: Dame tu hijo" (1 Reyes 17:19). Ya hemos señalado cómo la segunda mitad de 1 Reyes 17 nos presenta un cuadro de la vida doméstica de Elías, su comportamiento en la casa de la viuda en Sarepta. Primero, evidenció

su satisfacción con la comida humilde, sin expresar descontento con el menú invariable día tras día. Y aquí vemos cómo se comportó bajo gran provocación. El estallido petulante de esta mujer agitada fue cruel para el mismo hombre que había traído la liberación a su casa. Su “¿Has venido a traer mi pecado a la memoria y a matar a mi hijo?” fue fuera de lugar e injusto, y bien podría haber provocado una respuesta amarga. Indudablemente lo habría hecho si la subyugante gracia de Dios no hubiera estado obrando dentro de él, porque Elías era naturalmente de un temperamento muy afectuoso.

La mala interpretación que la viuda le dio a la presencia de Elías en su casa era suficiente para estremecer a cualquier persona. Bendito sea observar que no hubo una respuesta airada a su juicio desconsiderado, sino una “respuesta blanda” para apartar su ira. Si uno nos habla imprudentemente con sus labios, no es razón para que debamos descender a su nivel. El Profeta no prestó atención a su apasionada pregunta y, por lo tanto, demostró que era un seguidor de Aquel que es “manco y humilde de corazón”, de quien leemos: “Quien, cuando lo insultaban, no lo insultaba más” (1 Pedro 2:23). “Elías vio que ella estaba muy angustiada y que hablaba como si tuviera gran angustia de espíritu; y por eso, sin hacer caso de sus palabras, le dijo tranquilamente: 'Dame a tu hijo'; llevándola al mismo tiempo a esperar la restauración de su hijo por su intercesión” (J. Simpson).

Puede pensarse que las últimas palabras citadas anteriormente son enteramente especulativas: personalmente creemos que las Escrituras las justifican plenamente. En Hebreos 11:35 leemos: “Las mujeres recibieron a sus muertos resucitados”. Se recordará que esta declaración se encuentra en el gran capítulo Fe, donde el Espíritu ha expuesto algunos de los maravillosos logros y hazañas de aquellos que confían en el Dios viviente. Se menciona un caso individual tras otro, y luego está su agrupación y generalización: “quienes por la fe sometieron reinos...las mujeres recibieron a sus muertos resucitados”. No puede haber lugar a dudas de que la referencia aquí es al caso que ahora nos ocupa y el compañero en el de la sunamita (2 Reyes 4:17-37). Aquí, entonces, es donde el Nuevo Testamento vuelve a arrojar su luz sobre las Escrituras anteriores, permitiéndonos obtener una concepción más completa de lo que ahora estamos considerando.

La viuda de Sarepta, aunque gentil, era hija de Sara, a quien se le había encomendado la fe de los elegidos de Dios. Tal fe es sobrenatural, su Autor y Objeto son sobrenaturales. No se nos dice cuándo nació esta fe dentro de ella, muy probablemente mientras Elías estaba en su casa, porque “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). El carácter sobrenatural de su fe fue evidenciado por sus frutos sobrenaturales, porque fue en

respuesta a su fe (así como a la intercesión de Elías) que su hijo le fue restituido. Lo que es más notable es que, hasta donde la Palabra nos informa, no ha habido ningún caso previo de que los muertos hayan sido devueltos a la vida. Sin embargo, Aquel que había hecho que un puñado de harina no se desperdiciara y un poco de aceite en una vasija no fallara mientras sustentaba a tres personas durante “muchos días”, seguramente también podría revivir a los muertos. Así razona la fe: nada es imposible para el Todopoderoso.

Puede objetarse que no hay ninguna indicación en la narración histórica de la fe de la viuda en cuanto a la restauración de su hijo a la vida, sino todo lo contrario. Es cierto, pero esto de ninguna manera va en contra de lo que se ha señalado anteriormente. No se dice nada en Génesis sobre la fe de Sara para concebir semilla, sino que se menciona su escepticismo. ¿Qué hay en Éxodo que sugiera que los padres de Moisés estaban ejerciendo la fe en Dios cuando colocaron a su hijo en el arca de juncos? Sin embargo, véase Hebreos 11:23. Sería difícil encontrar algo en el libro de Jueces que sugiera que Sansón era un hombre de fe, pero está claro en Hebreos 11:32 que lo era. Pero si en el Antiguo Testamento no se dice nada de su fe, también podemos notar que las palabras desagradables de la viuda a Elías no están registradas en el Nuevo Testamento —al igual que la incredulidad de Sara o la impaciencia de Job— porque son borrados por la sangre del Cordero.

Ahora vamos a considerar uno de los incidentes más notables registrados en el Antiguo Testamento, a saber, la restauración a la vida del hijo de la viuda en Sarepta. Es un incidente que asombra a la incredulidad, sin embargo, el que tiene alguna relación experimental con el Señor no encuentra dificultad en ello. Cuando Pablo estaba haciendo su defensa ante Agripa, el Apóstol le preguntó: “¿Por qué ha de pensarse algo increíble [no simplemente que un difunto sea restaurado a la vida, sino] que Dios resucite a los muertos?” (Hechos 26:8). Ah, *ahí* es donde el creyente pone todo el énfasis: en la absoluta suficiencia de Aquel con quien tiene que ver. Traiga a escena al Dios viviente, y no importa cuán drástica y desesperada sea la situación, todas las dificultades desaparecerán de inmediato, porque nada es imposible para Él. El que primero implantó la vida, El que ahora tiene nuestras almas en vida, (Sal 66:9), puede revivir a los muertos.

El incrédulo moderno (como los saduceos de antaño) puede burlarse de la verdad divinamente revelada de la resurrección, pero no así el cristiano. ¿Y por qué? Porque ha experimentado en su propia alma el poder vivificador de Dios: ha sido llevado espiritualmente de muerte a vida. Aunque Satanás inyecte viles dudas en su mente, y por un momento debilite su confianza en la resurrección del Señor Jesús, pronto recuperará su serenidad: conoce la

bienaventuranza de esa gran verdad, y cuando la gracia lo ha librado nuevamente de el poder de las tinieblas, exclamará gozosamente con el Apóstol: “Cristo vive en mí”. Además, cuando nació de nuevo, un principio sobrenatural fue plantado dentro de su corazón, el principio de la fe, y ese principio lo lleva a recibir las Sagradas Escrituras con plena seguridad de que son en verdad la Palabra de Aquel que no puede mentir, y por lo tanto no él cree todo lo que los profetas han dicho.

Aquí está la razón por la cual lo que tambalea y hace tropezar a los sabios de este mundo es claro y simple para el cristiano. La preservación de Noé y su familia en el arca, el paso de Israel por el Mar Rojo con zapatos secos, la supervivencia de Jonás en el vientre de la ballena, no le presentan dificultad alguna. Sabe que la Palabra de Dios es *inerrante*, porque la verdad de ella ha sido verificada en su propia experiencia. Habiendo probado por sí mismo que el Evangelio de Cristo es “poder de Dios para salvación”, no tiene razón para dudar de nada registrado en las Sagradas Escrituras con respecto a los prodigios de Su poder en el ámbito material. El creyente está completamente seguro de que nada es demasiado difícil para el Creador del cielo y la tierra. No es que sea un tonto intelectual, que acepta créudamente lo que es totalmente contrario a la razón, sino que en el cristiano, la razón vuelve a su funcionamiento normal: predica un Dios que es todopoderoso, y la obra sobrenatural de su mano se sigue necesariamente.

Todo el tema de los milagros se reduce aquí a su factor más simple. Se ha escrito una gran cantidad de jerga culta sobre este tema: las leyes de la naturaleza, su suspensión, la actuación de Dios contraria a ellas, y en cuanto a la naturaleza precisa de un milagro. Personalmente, definiríamos un milagro como algo que nadie más que Dios mismo puede realizar. Al hacerlo, no subestimamos los poderes que posee Satanás ni pasamos por alto pasajes como Apocalipsis 16:14 y 19:20. Es suficiente para el escritor que las Sagradas Escrituras afirmen que el Señor es “El único que hace grandes maravillas” (Sal 136:4). En cuanto a las “grandes señales y prodigios” que muestran los falsos Cristos y los falsos profetas, su naturaleza y diseño es “engañoso” (Mateo 24:24), porque son “prodigios mentirosos” (2Tes 2:9), así como sus las predicciones son falsas. Aquí descansamos: solo Dios hace grandes maravillas, y siendo DIOS esto es justo lo que la fe espera de Él.

Recientemente nos hemos ocupado de la dolorosa aflicción que sobrevino a la viuda de Sarepta con la repentina muerte de su hijo, y el efecto inmediato que tuvo sobre ella. Conmovida hasta lo más profundo, se volvió hacia Elías y lo acusó de ser la causa de su gran pérdida. El Profeta no respondió duramente a la acusación cruel e injusta, sino que dijo en voz baja: “Dame a tu

hijo". Obsérvese que no impuso autocráticamente las manos sobre el cadáver, sino que cortésmente pidió que se le entregara el cuerpo. Creemos que el diseño de Elías allí fue calmar su pasión y hacer que ella "contra toda esperanza creyera en la esperanza" (Rom 4:18) como mucho antes de que lo hiciera Abraham, cuando "creyó a Dios que da vida a los muertos", porque era (en parte) en respuesta a su fe de que ella "recibió a sus muertos devueltos a la vida" (Heb 11:35).

"Y lo tomó de su seno, y lo llevó arriba a un desván donde moraba, y lo acostó sobre su propia cama" (1 Reyes 17:19). Este era evidentemente un aposento alto reservado para el uso personal del Profeta, ya que Eliseo tenía el suyo en otro lugar (2 Reyes 4:10). Allí ahora se retiraba a la intimidad, como Pedro a la azotea y Cristo al jardín. El Profeta mismo debe haber estado bastante oprimido y desconcertado por el triste evento que había sucedido a su anfitriona. Por severo que Elías pudiera ser en el desempeño de su deber, sin embargo poseía un espíritu tierno en el fondo (como suelen tener esos hombres severos), lleno de benignidad y sensible a la miseria de los demás. Es bastante evidente a partir de la secuela que Elijah se entrusteció de que alguien que había sido tan amable con él se sintiera tan profundamente afligido desde que él había ido a su hospitalaria morada, y se sumaría a su angustia que ella pensara que él era responsable de su pérdida..

No debe perderse de vista que esta oscura dispensación ocasionó una prueba muy real de la fe *de Elías*. Jehová es el Dios de la viuda y el Recompensador de los que se hacen amigos de Su pueblo, especialmente de los que muestran bondad a Sus siervos. ¿Por qué, entonces, vendría ahora tal mal sobre el que le estaba dando cobijo? ¿No había venido por designación del propio Señor como mensajero de misericordia a su casa? Ciento, él había demostrado serlo, pero ella lo olvidó bajo la tensión de la presente prueba, porque ahora él es considerado como el emisario de la ira, un vengador de su pecado, el asesino de su único hijo. Lo peor de todo, ¿no sentiría que el honor de su Maestro también estaba en juego? ¿Que el nombre del Señor se escandalice? ¿No podría preguntar la viuda: ¿Así paga Dios a los que se hacen amigos de sus siervos?

Bendito sea observar cómo reaccionó Elías ante esta prueba. Cuando la viuda preguntó si la muerte de su hijo se debió a su presencia, él no se entregó a especulaciones carnales, sin intentar resolver el profundo misterio que ahora enfrentaba tanto a él como a ella. En cambio, se retira a su habitación para estar a solas con Dios y exponer su perplejidad ante Él. Este es siempre el curso que *debemos* seguir, porque el Señor no solo es "un pronto auxilio en las tribulaciones", sino que Su Palabra requiere que lo busquemos a Él primero

(Mateo 6:33). “Alma mía, en Dios sólo espera”, se aplica con doble fuerza en tiempos de perplejidad y angustia. Vana es la ayuda del hombre; inútiles son las conjeturas carnales. En la hora de Su prueba más aguda, el Salvador mismo se apartó de Sus propios discípulos y derramó Su corazón al Padre en secreto. A la viuda no se le permitió presenciar los ejercicios más profundos del alma del Profeta ante su Maestro.

“Y clamó a Jehová” (1 Reyes 17:20). Elías aún no comprendía el significado de este misterio, pero comprendía bien qué hacer en su dificultad. Se entregó a su Dios y extendió su queja ante Él. Buscó alivio con gran fervor e importunidad, razonando humildemente con Él sobre la muerte del niño. Pero fíjate bien en su lenguaje reverente: no preguntó: ¿Por qué nos has infligido esta funesta dispensación? Sino, en cambio, “Oh SEÑOR, Dios mío, ¿has traído también mal sobre la viuda con quien yo estoy hospedado, matando a su hijo?” (v.20). El *por qué* no era de su incumbencia. No nos corresponde cuestionar los caminos del Altísimo ni inquirir con curiosidad Sus secretos consejos. Suficiente para que sepamos que el Señor no comete errores, que Él tiene una razón buena y suficiente para todo lo que hace, y por lo tanto debemos someternos dócilmente a Su placer soberano. ¿El “por qué hace él” y el “por qué tienes tú” del hombre? se designa como “replicar contra Dios” (Rom 9, 19-20).

En el discurso de Elías a Dios podemos notar, en primer lugar, cómo recurrió a la relación especial que mantuvo con él: “Oh SEÑOR, Dios mío”, exclamó. Esta fue una súplica de su interés personal en Dios, porque estas palabras siempre expresan la relación del Pacto. Poder decir “Oh SEÑOR, Dios mío” vale más que el oro o los rubíes. En segundo lugar, rastreó la calamidad hasta su fuente original: “¿También has *traído* mal sobre la viuda?” (v. 20)—él vio la muerte golpeando por mandato divino: “¿habrá mal en una ciudad sin que Jehová lo haya hecho?” (Amós 3:6). Qué consuelo cuando somos capacitados para darnos cuenta de que ningún mal puede sobrevenir a los hijos de Dios sino el que Él les trae. En tercer lugar, alegó la gravedad de la aflicción: este mal ha venido sobre, no simplemente la mujer ni siquiera la madre, sino “la viuda” a quien Tú socorres especialmente. Además, ella es “con quien habito”: mi bondadosa benefactora.

“Y se echó tres veces sobre el niño, y clamó a Jehová” (v. 21). ¿Fue esta una prueba de la humildad del Profeta? ¡Qué notable que un hombre tan grande dedique tanto tiempo y pensamiento a esa forma esbelta, y se ponga en contacto inmediato con lo que fue profanado ceremonialmente! ¿Fue este acto indicativo de su propio afecto por el niño, y para mostrar cuán profundamente estaba conmovido por su muerte? ¿Era una muestra del fervor

de su apelación a Dios, como si lo hiciera si pudiera infundir vida en su cuerpo de la vida y el calor del suyo propio? ¿No es tan íntimo el hacer esto tres veces? ¿Fue una señal de lo que Dios haría por Su poder y lograría por Su gracia al llevar a los pecadores de la muerte a la vida; el Espíritu Santo cubriéndolos con su sombra y comunicándoles su propia vida? Si es así, ¿no hay aquí más que una insinuación de que aquellos a quienes Él emplea como instrumentos en la conversión deben volverse como niños pequeños, poniéndose al nivel de aquellos a quienes ministran, y no parados en un pedestal como si fueran superiores? seres?

“Clamé al Señor y dije: Señor, Dios mío, te ruego que hagas volver el alma de este niño a él” (v. 21). ¡Qué prueba es esto de que Elías estaba acostumbrado a esperar maravillosas bendiciones de Dios en respuesta a sus súplicas, considerando que nada era demasiado difícil para Él hacer, nada demasiado grande para Él otorgar en respuesta a la oración. Sin duda, esta petición fue impulsada por el Espíritu Santo, pero fue un efecto maravilloso de la fe del Profeta anticipar la restauración del niño a la vida, porque no hay registro en las Escrituras de que alguien hubiera resucitado de entre los muertos antes de este tiempo. Y recuerda, lector cristiano, que esto se registra para nuestra instrucción y aliento: la oración eficaz y ferviente del justo puede mucho. En el Trono de la Gracia nos acercamos a un gran Rey, así que traigamos grandes peticiones. Cuanto más cuenta la fe con el poder infinito y la suficiencia del Señor, más se le honra.

“Y Jehová oyó la voz de Elías, y el alma del niño volvió a él, y revivió” (v. 22). Qué prueba fue esta de que los ojos del Señor están sobre los justos, y “Sus oídos están atentos a sus oraciones” (1 Pedro 3:12). ¡Qué demostración de la potencia y eficacia de la oración! El nuestro es un Dios que escucha y responde a la oración: a Él, pues, recurramos cualquiera que sea nuestra angustia. Por desesperado que sea nuestro caso para toda ayuda humana, *nada* es demasiado difícil para el Señor. Él es poderoso para hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos. Pero pidamos con fe, nada vacilante; porque el que vacila es como las olas del mar impulsadas por el viento y sacudidas. Porque no piense el tal que obtendrá algo del Señor” (Santiago 1:6-7). “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14). Seguramente tenemos necesidad, todos nosotros, de clamar más fervientemente: “Señor, enséñanos a orar”. A menos que este sea uno de los efectos producidos al reflexionar sobre el incidente que ahora tenemos ante nosotros, nuestro estudio del mismo nos ha servido de poco.

Pero no es suficiente que clamemos: "Señor, enséñanos a orar": también debemos considerar cuidadosamente aquellas porciones de Su Palabra que relatan casos de intercesión prevaleciente, para que podamos aprender los secretos de la oración exitosa. En este caso podemos señalar los siguientes puntos. Primero, Elías se retira a su propio aposento privado, para poder estar a solas con Dios. En segundo lugar, su fervor: "clamó al Señor"; no se trataba de una mera palabrería. Tercero, su confianza en su propio interés personal en el Señor, reconociendo su relación de pacto: "Oh Señor, Dios mío". Cuarto, animándose a sí mismo en los atributos de Dios: aquí, la soberanía y supremacía divinas: "También has traído mal sobre la viuda". Quinto, su fervor e importunidad: evidenciado por su "extensión sobre el niño" no menos de tres veces. Sexto, su llamamiento a la tierna misericordia de Dios: "la viuda, con quien yo habito". Finalmente, la *precisión* de su petición: "que el alma de este niño vuelva a entrar en él".

"Y el alma del niño volvió a él, y revivió" (1 Reyes 17:22). Estas palabras son importantes para establecer claramente la distinción muy definida que hay entre el *alma* y el cuerpo, una distinción tan real como la que existe entre la casa y su habitante. Las Escrituras nos dicen que en el día de su creación, el Señor Dios primero formó el cuerpo del hombre del "polvo de la tierra", y segundo, que "sopló en su nariz aliento de vida", y solo entonces se convirtió en "un alma viviente" (Gn 2,7). El lenguaje empleado en esta ocasión proporciona una prueba clara de que el alma es *distinta* del cuerpo, que no muere con el cuerpo, que existe en un estado separado después de la muerte del cuerpo, y que nadie sino Dios puede restaurarla a su hábitat original (comparar Lucas 8:55). Incidentalmente, podemos observar que esta petición de Elías y la respuesta del Señor, dejan bastante claro que el niño estaba realmente muerto.

Relativamente hablando, aunque en un sentido muy real, la era de los milagros ha cesado, de modo que no podemos esperar que nuestros muertos sean restaurados sobrenaturalmente en esta vida. Sin embargo, el cristiano puede y debe mirar hacia adelante con cierta seguridad de que volverá a encontrarse con aquellos amados parientes y amigos que partieron de aquí en Cristo. Sus espíritus no están muertos, ni siquiera dormidos como afirman algunos erróneamente, sino que han regresado a Dios que los dio (Ecl 12:7) y ahora están en un estado que es "mucho mejor" (Fil 1:23), que no podría serían privados de toda comunión consciente con su Amado. Sus almas no están en el "purgatorio" como han pretendido los sórdidos sacerdotes por puro lucro, sino que, estando ausentes del cuerpo, están "presentes con el Señor" (2 Co 5:8), y en Su presencia hay "plenitud de gozo". (Sal 16:11). En

cuanto a sus cuerpos, esperan ese gran Día en que serán hechos semejantes al cuerpo glorioso de Cristo.

“Y tomando Elías al niño, lo trajo del aposento a la casa, y lo entregó a su madre; y Elías dijo: Mira, tu hijo vive” (1 Reyes 17:23). ¡Qué alegría debe haber llenado el corazón del Profeta al presenciar la milagrosa respuesta a su intercesión! ¡Qué fervientes exclamaciones de alabanza deben haber salido de sus labios a Dios por esta manifestación adicional de su bondad al librarlo de su dolor! Pero no era momento de demoras: el dolor y el suspenso de la viuda pobre ahora deben ser aliviados. Elías, por lo tanto, rápidamente llevó al niño abajo y se lo dio a su madre. ¿Quién puede imaginar su deleite al ver a su hijo devuelto a la vida? Cómo el proceder del Profeta en esta ocasión nos recuerda la acción de nuestro Señor tras el milagro de devolver a la vida al único hijo de la viuda de Naín, pues apenas se incorporó y habló, se nos dice que el Salvador “lo entregó a su madre” (Lucas 7:15)!

“Y la mujer dijo a Elías: Ahora en esto sé que eres un hombre de Dios, que la palabra del Señor en tu boca es verdad” (1Re 17:24). Muy bendecido es esto. En lugar de dar rienda suelta a sus emociones naturales, parece haber estado completamente absorta en el poder de Dios que descansaba sobre su sierva, que ahora establecía firmemente su convicción de su misión divina y seguridad en la verdad que él proclamaba. Se le había dado una demostración completa de que Elías era en verdad un profeta del Señor y que su testimonio era verdadero. No debe olvidarse que en el versículo 14 él se había presentado primero a ella como un “hombre de Dios” (nótese sus palabras en el v. 18), y por lo tanto era esencial que él debería establecer su pretensión de ese carácter. Y esto fue hecho por la restauración de su hijo a la vida. Ah, lector mío, nos declaramos hijos del Dios vivo, pero ¿cómo estamos cumpliendo nuestra profesión? Sólo hay una forma concluyente de hacerlo, y es andando en “novedad de vida”, evidenciando que somos nuevas criaturas en Cristo.

Lo que ha estado antes de nosotros proporciona otra característica más de la vida doméstica de Elías. Al considerar cómo se conducía en la casa de la viuda, notamos primero su contentamiento, sin murmurar por la humilde comida que se le ponía delante. En segundo lugar, su gentileza, al negarse a responder a sus palabras desagradables con una réplica enojada. Y ahora contemplamos el bendito efecto sobre su anfitriona del milagro obrado en respuesta a sus oraciones. Su confesión, “en esto sé que eres un hombre de Dios”, fue un testimonio personal de la realidad y el poder de una vida santa. ¡Oh vivir en la energía del Espíritu Santo para que aquellos que entren en contacto con nosotros puedan percibir el poder de Dios obrando en ya través

Traducido por: David Taype

de nosotros! Así el Señor anuló el dolor de la viuda a favor de su bien espiritual, al establecer su fe en la veracidad de Su palabra.

5. Enfrentando el peligro

Para alguien lleno de tal celo por el Señor y amor por Su pueblo, la inactividad prolongada a la que se vio obligado a someterse debe haber sido una prueba severa para Elías. Un profeta tan enérgico y valiente naturalmente estaría ansioso por aprovechar la angustia actual de sus compatriotas: desearía despertarlos a un sentido de sus graves pecados y exhortarlos a volver al Señor. En cambio, tan diferentes son los caminos de Dios de los nuestros, se le exigió que permaneciera en completa reclusión mes tras mes y año tras año. No obstante, su Maestro tuvo un designio sabio y misericordioso en esta penosa disciplina de Su siervo. A lo largo de su larga estadía junto al arroyo Querit, Elías demostró la fidelidad y la suficiencia del Señor, y ganó no poco de su prolongada estadía en Sarepta. Como revela el Apóstol tanto en 2 Corintios 6:4 como en 12:12, la primera marca de un siervo aprobado de Cristo es la gracia de la “paciencia” espiritual, y ésta se desarrolla mediante las pruebas de la fe (Santiago 1:3).

Los años pasados por Elías en Sarepta estuvieron lejos de ser en vano, pues durante su estancia en la casa de la viuda obtuvo la confirmación de su llamamiento divino, por el notable sello que allí se dio a su ministerio. Así se aprobó a sí mismo ante la conciencia de su anfitriona: “Ahora en esto sé que eres un hombre de Dios, que la palabra de Jehová en tu boca es verdad” (1Re 17:24). Era muy importante que el Profeta tuviera tal testimonio de la fuente divina de su misión antes de emprender la parte más difícil y peligrosa que aún tenía por delante. Su propio corazón fue benditamente confirmado y se le permitió comenzar de nuevo su carrera pública con la seguridad de que era un siervo de Jehová y que la Palabra del Señor verdaderamente estaba en su boca. Tal sello de su ministerio (la vivificación del niño muerto) y la aprobación de sí mismo en la conciencia de la madre fue un gran estímulo para él cuando se dispuso a enfrentar la gran crisis y el conflicto en el Carmelo.

¡Qué mensaje hay aquí para los ministros ardientes de Cristo a quienes la Providencia puede haber apartado del servicio público durante un tiempo! Están tan deseosos de hacer el bien y promover la gloria de su Maestro en la salvación de los pecadores y la edificación de sus santos, que sienten que su forzada inactividad es una dura prueba. Pero dejen que estén seguros de que el Señor tiene alguna buena razón para imponerles esta restricción, y por lo tanto deben *buscar fervientemente la gracia* para que no se irriten bajo ella, ni

Traducido por: David Taype

tomen el asunto en sus propias manos tratando de forzar una salida de él. ¡Reflexiona sobre el caso de Elías! No se quejó ni se aventuró a salir del retiro al que Dios lo había enviado. Esperó pacientemente que el Señor lo dirigiera, lo pusiera en libertad y ampliara su esfera de utilidad. Mientras tanto, por ferviente intercesión, fue hecho una gran bendición para los que estaban en el hogar.

“Y aconteció después de muchos días” (1Re 18:1). Atendamos a esta expresión del Espíritu bendito. No es “después de tres años” (como de hecho fue el caso), sino “después de muchos días”. Aquí hay una lección importante para nuestros corazones si le prestamos atención: debemos vivir un día a la vez, y contar nuestras vidas por días. “El hombre que nace de una mujer es de pocos días, y lleno de problemas. Brotá como una flor, y es cortado” (Job 14:1, 2). Tal era la visión de la vida que tenía el anciano Jacob: porque cuando el faraón preguntó al patriarca “¿Cuántos años tienes?” él respondió: “los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años” (Gn 47,9). Felices aquellos cuya oración constante es: “Enséñanos, pues, a contar nuestros días, para que apliquemos nuestro corazón a la sabiduría” (Sal. 90:12). Sin embargo, cuán propensos somos a contar por años. Esforcémonos por vivir cada *día* como si supiéramos que es el último.

“Y aconteció”: es decir, el consejo predeterminado de Jehová ahora se realizó. El cumplimiento del propósito divino no puede ser retrasado ni forzado por nosotros. Dios no se apurará ni por nuestra petulancia ni por nuestras oraciones. Tenemos que esperar Su hora señalada, y cuando llega, Él actúa: “sucede” tal como lo había ordenado de antemano. El tiempo exacto que Su siervo debe permanecer en cierto lugar fue predestinado por Él desde toda la eternidad. “Aconteció después de muchos días”, es decir, más de mil desde que comenzó la sequía, “que vino palabra de Jehová a Elías”. Dios no se había olvidado de Su siervo. El Señor nunca olvida a ninguno de Su pueblo, porque ¿no ha dicho: “He aquí, te tengo esculpida en las palmas de mis manos; tus muros están continuamente delante de mí” (Isaías 49:16)? Oh, que nunca lo olvidemos, sino que “pongamos a Jehová siempre delante de nosotros” (Salmo 16:8). “En el año tercero”: es decir, de su estancia en Sarepta.

“Vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab; y haré llover sobre la tierra” (1 Reyes 18:1). Para que podamos comprender mejor la tremenda prueba del coraje del Profeta que implicó esta orden, tratemos de obtener una idea de cuál debe haber sido ahora el estado mental de ese malvado rey. Comenzamos este libro meditando en las palabras: “Y Elías tisbita, que era de los habitantes de Galaad, dijo a Acab: Vive Jehová Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no habrá lluvia ni rocío en estos

años, sino conforme a mi palabra” (17:1). Ahora vamos a considerar la secuela de esto. Hemos visto cómo le fue a Elías durante el largo intervalo, ahora debemos determinar cómo iban las cosas con Acab, su corte y sus súbditos. Terrible en verdad debe ser el estado de las cosas en la tierra cuando los cielos estén cerrados y no haya humedad durante tres años. “Hubo una gran hambre en Samaria” (18:2).

“Y Acab dijo a Abdías: Ve a la tierra, a todas las fuentes de agua ya todos los arroyos; tal vez encontremos hierba para dar vida a los caballos y mulos, para que no perdamos todas las bestias” (v. 5). Aquí se presenta el esquema más simple posible, pero no es difícil completar los detalles. Israel había pecado gravemente contra el Señor, y por eso se les hizo sentir el peso de la vara de Su justa ira. Qué humillante imagen del pueblo favorecido de Dios, contemplar a su rey saliendo a buscar hierba, si acaso pudiera encontrar un poco en alguna parte para que las vidas de las bestias que quedaron pudieran ser salvadas. ¡Qué contraste con la abundancia y la gloria de los días de Salomón! Pero Jehová había sido grandemente deshonrado, Su Verdad había sido rechazada. La vil Jezabel había profanado la tierra por la influencia pestilente de sus falsos profetas y sacerdotes. Los altares de Baal habían suplantado al del Señor, y por lo tanto, así como Israel había sembrado vientos, ahora debían segar tempestades.

¿Y qué efecto produjo el juicio severo del cielo sobre Acab y sus súbditos? “Y Acab dijo a Abdías: Ve a la tierra a todas las fuentes de agua y a todos los arroyos: tal vez encontremos hierba para salvar los caballos y las mulas con vida, para que no perdamos todas las bestias”. ¡No hay una sola sílaba aquí sobre Dios! ¡ni una palabra acerca de los terribles pecados que habían provocado Su desagrado sobre la tierra! Las fuentes, los arroyos y la hierba eran todo lo que ocupaba los pensamientos de Acab; el alivio de la aflicción divina era todo lo que le importaba. Siempre es así con el réprobo. Así fue con Faraón: cuando cada nueva plaga descendía sobre Egipto, mandaba llamar a Moisés y le rogaba que orara por su eliminación, y tan pronto como se eliminaba, endurecía su corazón y continuaba desafiando al Altísimo. A menos que a Dios le plazca santificar directamente para nuestras almas Sus castigos, de nada nos sirven. No importa cuán severos sean Sus juicios o cuánto se prolonguen, el hombre nunca se ablanda por ello a menos que Dios realice una obra de gracia dentro de él. “Y se mordían la lengua de dolor, y blasfemaban del Dios del cielo a causa de sus dolores y de sus llagas, y no se arrepentían de sus obras” (Ap 16, 10-11).

En ninguna parte se muestra más gravemente la terrible depravación de la naturaleza humana que en este mismo punto. Primero, los hombres ven una

estación seca prolongada como un capricho de la naturaleza que debe soportarse, y se niegan a ver la mano de Dios en ella. Más tarde, si se les reconoce que están bajo un juicio divino, asumen un espíritu de desafío. Un profeta posterior en Israel se quejó del pueblo de su época por manifestar este temperamento vil: "Oh SEÑOR, ¿no están tus ojos puestos en la verdad? Los azotaste, pero no se entristecieron; los has consumido, pero ellos han rehusado recibir corrección; han endurecido su rostro como una roca" (Jeremías 5:3). De esto podemos ver cuán absolutamente absurdas y erróneas son las enseñanzas de los romanistas sobre el purgatorio y de los universalistas sobre el infierno. "El fuego imaginario del purgatorio o los tormentos reales del infierno no poseen ningún efecto purificador, y el pecador bajo la angustia de sus sufrimientos aumentará continuamente en maldad y acumulará ira por toda la eternidad" (Thomas Scott, 1747-1821).

"Y Acab dijo a Abdías: Ve a la tierra, a todas las fuentes de agua ya todos los arroyos: tal vez encontremos hierba para salvar los caballos y las mulas, para que no perdamos todas las bestias. Y repartieron la tierra entre ellos para recorrerla: Acab se fue solo por un camino y Abdías se fue por otro camino solo" (1Re 18:5-6). ¡Qué cuadro presentan estas palabras! No solo el Señor no tenía lugar en sus pensamientos, sino que Acab no dice nada acerca de su pueblo, quien, después de Dios, debería haber sido su principal preocupación. Su malvado corazón parecía incapaz de elevarse más alto que los caballos y las mulas: eso era lo que le preocupaba en el día de la terrible calamidad de Israel. Qué contraste entre el egoísmo bajo y servil de este miserable y el noble espíritu del hombre conforme al corazón de Dios. "Y habló David a Jehová cuando vio al ángel que hería al pueblo, y dijo: He aquí he pecado, y he hecho lo malo; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Ruégote que tu mano esté contra mí y contra la casa de mi padre" (2 Samuel 24:17). Ese fue el lenguaje de un rey regenerado cuando su tierra temblaba bajo la vara de castigo de Dios a causa de su pecado.

A medida que la sequía continuaba y sus efectos angustiosos se agudizaban más y más, podemos imaginar el amargo resentimiento y la ardiente indignación de Acab y su vil consorte contra el que había pronunciado el terrible interdicto de no rocío ni lluvia. Tan enojada estaba Jezabel porque ella había "cortado [matado] a los profetas de Jehová" (1 Reyes 18:4), y tan enojada estaba el rey que había buscado diligentemente a Elías en todas las naciones vecinas, requiriendo un juramento de sus gobernantes que no estaban proporcionando asilo al hombre a quien consideraba su peor enemigo y la causa de todos sus problemas. ¡Y ahora la Palabra del Señor vino a Elías diciendo: "Ve, muéstrate a Acab"! Si se requirió mucho atrevimiento

Traducido por: David Taype

cuando fue llamado a anunciar la terrible sequía, ¿qué coraje se necesitaba para enfrentar ahora a quien lo buscaba con una ira despiadada?

“Aconteció después de muchos días, que vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab.” Los movimientos de Elías fueron todos ordenados por Dios: “no era suyo”, sino siervo de Otro. Cuando el Señor le ordenó, “escóndete” (17:3), él debe retirarse a Sus órdenes, y cuando Él dice, “Ve, muéstrate”, Elías debe cumplir con la voluntad divina. El valor de Elías no le faltó, porque “el justo es valiente como un león” (Pro 28:1). No declinó la presente comisión, sino que salió sin murmuraciones ni demoras. Hablando humanamente, era muy peligroso para el Profeta regresar a Samaria, porque no podía esperar ninguna bienvenida de la gente que estaba en una situación tan grave ni ninguna misericordia del rey. Pero con la misma obediencia inquebrantable que lo había caracterizado anteriormente, ahora cumplió con las órdenes de su Maestro. Como el Apóstol Pablo, él no contaba su vida como algo valioso para sí mismo, sino que estaba dispuesto a ser torturado y asesinado si esa era la voluntad del Señor para él.

“Y estando Abdías en el camino, he aquí, Elías le salió al encuentro” (1Re 18:7). Algunos extremistas (“separatistas”) han calumniado groseramente el carácter de Abdías, denunciándolo como un transgresor infiel, como alguien que buscaba servir a dos señores. Pero el Espíritu Santo no ha declarado que hizo mal al permanecer en el empleo de Acab, ni insinuó que su vida espiritual sufrió en consecuencia. En cambio, nos ha dicho expresamente que “Abdías temía mucho a Jehová” (v. 3), que es uno de los *tributos más altos* que se le podía pagar. Dios a menudo le ha dado favor a Su pueblo a la vista de los amos paganos (como José y Daniel), y ha magnificado la suficiencia de Su gracia al preservar sus almas en medio de los ambientes más poco prometedores. Sus santos se encuentran en lugares muy improbables, como en “la casa de César” (Filipenses 4:22).

No hay nada de malo en que un hijo de Dios ocupe una posición de influencia si puede hacerlo sin sacrificar los principios. Al contrario, puede capacitarlo para prestar un valioso servicio a la causa de Dios. ¿Dónde habrían estado Lutero y la Reforma, humanamente hablando, de no haber sido por el Elector de Sajonia? ¿Y cuál habría sido el destino de nuestro propio Wycliffe, si John O’Gaunt no lo hubiera constituido su pupilo? Como gobernador de la casa de Acab, Abdías indudablemente se encontraba en una posición sumamente difícil y peligrosa, pero lejos de doblar su rodilla ante Baal, fue fundamental para salvar la vida de muchos de los siervos de Dios. Aunque rodeado de tantas tentaciones, conservó su integridad. También debe notarse cuidadosamente que cuando Elías lo encontró, no pronunció palabra de

Traducido por: David Taype

reproche a Abdías. No nos apresuremos a cambiar de situación, pues el demonio puede asaltarnos en un lugar con la misma facilidad que en otro.

Cuando Elías se dirigía a confrontar a Acab, se encontró con el piadoso gobernador de la casa del rey, “Y estando Abdías en el camino, he aquí, Elías le salió al encuentro; y él lo reconoció, y se postró sobre su rostro, y dijo: Arte ¿Tú, mi señor Elías? (v. 7). Abdías reconoció a Elías, pero apenas podía creer lo que veía. Era notable que el Profeta hubiera sobrevivido al ataque despiadado de Jezabel contra los siervos de Jehová: era aún más increíble verlo aquí, solo, viajando hacia Samaria. Durante mucho tiempo se había hecho una búsqueda diligente de él, pero en vano, y ahora lo encuentra inesperadamente. ¿Quién puede concebir los sentimientos encontrados de asombro y deleite cuando Abdías miró fijamente al hombre de Dios, por cuya palabra la terrible sequía y la hambruna habían desolado casi por completo la tierra? Abdías inmediatamente mostró el mayor respeto por él y le rindió homenaje. “Como había mostrado la ternura de un padre hacia los hijos de los profetas, así mostró la reverencia de un hijo hacia el padre de los profetas, y con esto hizo parecer que en verdad temía mucho al Señor” (Matthew Henry, 1662-1714).

“Y él le respondió: Yo soy; ve, di a tu señor: He aquí Elías está aquí” (v. 8). El coraje del Profeta no le falló. Había recibido órdenes de Dios de “mostrarse a Acab”, y por lo tanto no hizo ningún intento por ocultar su identidad cuando fue interrogado por el gobernador. No rehuyamos declarar audazmente nuestro discipulado cristiano cuando los que se encuentran con nosotros nos desafían. También debe notarse debidamente que Elías honró a Acab, a pesar de lo malvado que era, al hablar de él a Abdías como “tu señor”. Es deber de los inferiores mostrar respeto a sus superiores; de los súbditos con respecto a su soberano, de los siervos con respecto a su amo. Debemos dar a todos aquello a que su cargo o puesto les da derecho. No es señal de espiritualidad ser vulgar en nuestra conducta o brusco en nuestro hablar. Dios nos ordena “Honrar al rey” (1 Pedro 2:17), debido a su oficio, ya sea un Acab o un Nerón.

“Y él le respondió: Yo soy; ve, dile a tu señor: He aquí, Elías está aquí. Y él dijo: ¿En qué he pecado, para que entregues a tu siervo en manos de Acab, para que me mate? (1 Reyes 18:8-9). Era natural que Abdías deseara ser excusado de una misión tan peligrosa. Primero, pregunta en qué había ofendido al Señor o a Su Profeta para que se le pidiera que fuera el mensajero de tan desagradables noticias para el rey, ¡prueba segura de que su propia conciencia estaba limpia! En segundo lugar, le hace saber a Elías de los grandes esfuerzos que su amo real se había esforzado por rastrear al Profeta y descubrir su escondite: “Vive Jehová tu Dios, que no hay nación ni reino fuera del cual mi señor no haya enviado a él”. te busco” (v. 10). Sin embargo, a pesar

Traducido por: David Taype

de toda su diligencia, no pudieron descubrirlo; tan eficazmente lo protegió Dios de su malicia. Completamente inútil es que el hombre intente esconderse cuando el Señor lo busca; igualmente inútil es que busque cuando Dios le oculta algo.

“Y ahora dices: Ve, y dile a tu señor: He aquí, Elías está aquí” (v. 11). Seguro que no hablas en serio al hacer tal petición. ¿No sabes que la consecuencia será fatal para mí si no puedo hacer tal declaración? “Y acontecerá que tan pronto como yo me haya ido de ti, el Espíritu de Jehová te llevará adonde yo no sé; y cuando llegue y se lo diga a Acab, y él no te encuentre, me matará; mas yo, tu siervo, temo a Jehová desde mi juventud” (v. 12). Tenía miedo de que Elijah volviera a desaparecer misteriosamente, y entonces su maestro probablemente se enfurecería porque no había arrestado al Profeta, y ciertamente se enfurecería si se encontrara acosado por no descubrir ningún rastro de él cuando llegó debidamente a este lugar. lugar. Finalmente, pregunta: “¿No se le dijo a mi señor lo que hice cuando Jezabel mató a los profetas del Señor, cómo escondí a cien hombres de los profetas del Señor de a cincuenta en una cueva, y los alimenté con pan y agua?” (v. 13). Abdías hizo referencia a estos actos nobles y audaces suyos no con un espíritu jactancioso, sino con el propósito de dar fe de su sinceridad. Elías lo tranquilizó con un juramento, y Abdías cumplió obedientemente con su pedido: “Y Elías dijo: Vive Jehová de los ejércitos, en cuya presencia estoy, que ciertamente me mostraré a él hoy. Entonces Abdías fue al encuentro de Acab, y le dijo: y Acab fue al encuentro de Elías” (vv. 15-16).

6. Confrontando a Acab

Hemos discutido cómo Elías fue llamado repentinamente de la oscuridad para presentarse ante el malvado rey de Israel y pronunciarle una terrible sentencia de juicio, a saber, que “no habrá lluvia ni rocío en estos años sino por mi palabra” (1 Reyes 17:1). Tras el pronunciamiento de este solemne ultimátum, el Profeta, en obediencia a su Maestro, se retiró del escenario de la acción pública y se recluyó, pasando parte del tiempo junto al arroyo Querit y parte en la humilde casa de la viuda de Sarepta, donde en cada lugar sus necesidades fueron suplidas milagrosamente por Dios, que no permite que nadie pierda por cumplir sus órdenes. Pero ahora había llegado la hora en que este intrépido siervo del Señor debía salir y enfrentarse una vez más al monarca idólatra de Israel: “Vino palabra de Jehová a Elías en el tercer año, diciendo: Ve, muéstrate a Acab” (1Re 18: 1).

Hemos contemplado el efecto que la prolongada sequía tuvo sobre Acab y sus súbditos, un efecto que hizo tristemente evidente la depravación del corazón humano. Está escrito: “La bondad de Dios te guía al arrepentimiento” (Romanos 2:4), y nuevamente, “cuando tus juicios estén en la tierra, los habitantes del mundo aprenderán justicia” (Isaías 26:9). Cuán a menudo encontramos estas oraciones citadas como si fueran declaraciones absolutas e incondicionales, y cuán raramente se citan las palabras que las siguen inmediatamente: en un caso, “Pero después de tu dureza y corazón impenitente atesoras para ti mismo ira para el día de ira”; y en el otro, “Que se muestre favor al impío, pero no aprenderá justicia; en tierra de rectitud hará iniquidad, y no contemplará la majestad de Jehová”. Cómo vamos a entender estos pasajes, que al hombre natural le parecen anularse, pareciendo contradecir rotundamente la segunda parte del de Isaías a la primera.

Si se compara la Escritura con la Escritura, se encontrará que cada una de las declaraciones anteriores recibe una exemplificación clara y definida. Por ejemplo, ¿no fue un sentido de la bondad del Señor—Su “misericordia” y “la multitud de Sus tiernas misericordias”—lo que llevó a David al arrepentimiento y lo hizo clamar: “Lávame completamente de mi iniquidad, y límpiate de mi pecado” (Sal 51:2)? Y de nuevo—¿no fue su comprensión de la bondad del Padre—el hecho de que había “pan suficiente y de sobra” en Su Casa lo que llevó al hijo pródigo al arrepentimiento ya la confesión de sus pecados? Así también cuando los juicios de Dios estaban en la tierra, a tal punto que se nos dice: “En aquellos tiempos no hubo paz para el que salía ni

para el que entraba, sino que hubo grandes aflicciones sobre todos los habitantes de los países. . Y fue destruida nación de nación y ciudad de ciudad; porque Dios los afligió con toda adversidad" (2 Crónicas 15:5-6). ¿No quitaron Asa y sus súbditos (en respuesta a la predicación de Azarías) los ídolos abominables de toda la tierra, y renovaron el altar de Jehová? "E hicieron pacto de buscar a Jehová, el Dios de sus padres, de todo corazón" (vv. 8-12). Véase también Apocalipsis 11:15.

Por otro lado, cuántos casos se registran en las Sagradas Escrituras, tanto de individuos como de pueblos, que fueron sujetos de la bondad de Dios en un grado notable, que disfrutaron de Sus bendiciones tanto temporales como espirituales en medida ilimitada, sin embargo, hasta ese punto fueron esos los privilegiados de ser convenientemente afectados y llevados al arrepentimiento, sus corazones se endurecieron y se abusó de las misericordias de Dios: "Jeshurun engordó y pateó" (Dt 32,15 y cf. Os 13,6). Así, también, cuán a menudo leemos en las Escrituras que los juicios de Dios están cayendo sobre individuos y naciones, solo para ilustrar la verdad de esa palabra: "Señor, cuando tu mano esté levantada, no verán" (Isaías 26). :11). Un ejemplo conspicuo es el de Faraón, quien después de cada plaga endurecía de nuevo su corazón y continuaba desafiando a Jehová. Quizás aún más notable es el caso de los judíos, quienes siglo tras siglo han sido infligidos con los juicios más severos del Señor, pero no han aprendido la justicia por medio de ellos.

Ah, ¿no hemos sido testigos de sorprendentes demostraciones de estas verdades en nuestra propia vida, tanto de un lado como del otro? ¡Qué "bondad" mostró Dios a los habitantes favorecidos de las islas británicas durante el largo reinado de la reina Victoria, y sin embargo, cuán pocos fueron inducidos al arrepentimiento por ello! los favores divinos se recibían como algo natural, sí, se consideraban mucho más como los frutos de nuestra propia industria que como la generosidad divina. Cuanto más prosperaba esta nación, más se desvanecía Dios de su vista. Unos años más tarde, la escena cambió bruscamente, la paz dio paso a la guerra y la prosperidad al sufrimiento. Por un período de cuatro años los juicios de Dios estuvieron en la tierra en un grado que no había estado antes por muchos siglos, y las flores de la humanidad fueron cortadas por millones: pero ¿qué porcentaje de los habitantes del mundo aprendieron justicia? Aquí y allá hubo uno que se puso serio y tal vez hizo alguna profesión religiosa, pero las masas eran tan impías e insensatas como siempre.

¿Y cómo ha sido desde 1918? A medida que las condiciones se volvieron más normales, que las ruedas de la industria giraron hacia la fabricación de

algo más lucrativo que las armas de destrucción, que el dinero fluyó más libremente y que las horas de trabajo se redujeron, ¿cómo se comportó la gente? Gran Bretaña (por no nombrar otros países, aunque lo que escribimos se aplica con igual fuerza a muchos otros) recibió una nueva oportunidad de vida. ¿Estaba ella, entonces, tan movida por un sentido de la bondad de Dios como para arrepentirse de sus pecados y reformar sus caminos? Lejos de eso: en cambio, se volvió más lasciva en su modo de vida, más impía, más sin ley. Y ahora que los juicios de Dios han vuelto a caer sobre ella, hasta el punto de que su propia existencia se ve seriamente amenazada, las bombas mortíferas llueven sobre sus habitantes día y noche, pero lejos de aprender la justicia, las masas están tan locas de placer como Siempre, el desafío a la autoridad levanta su fea cabeza por todos lados, mientras que aquellos en lugares altos tratan con silencioso desprecio las protestas contra la profanación del sábado.

Entonces, ¿cómo debemos entender estas declaraciones divinas: "La bondad de Dios te guía al arrepentimiento" y "Cuando tus juicios estén en la tierra, los habitantes del mundo aprenderán justicia"? Evidentemente, *no* deben tomarse de manera absoluta y sin modificaciones. Deben entenderse con esta condición: si un Dios soberano se complace en *santificarlos* para nuestras almas. Es el designio ostensible de Dios (no decimos Su secreto e invencible) que las demostraciones de Su bondad lleven a los hombres al arrepentimiento y que las manifestaciones de Su ira lleven a los hombres a las sendas de la justicia: tal es su tendencia natural, y tal debe ser. su efecto sobre nosotros. Sin embargo, permanece el hecho de que ni la prosperidad ni la adversidad por *sí mismas* producirán estos resultados benéficos, porque donde las dispensaciones divinas no están expresamente santificadas para nosotros, ni Sus misericordias ni Sus castigos sirven para producir ninguna mejora en nosotros.

Los pecadores endurecidos "desprecian la bondad y la longanimidad del Señor", la prosperidad los vuelve menos dispuestos a recibir las instrucciones de la justicia, y donde los medios de gracia (la predicación fiel de la Palabra de Dios) se proporcionan gratuitamente entre ellos, continúan profanando y cierran sus ojos a todos los descubrimientos de la gracia y la santidad divinas. Cuando la mano de Dios se levanta para administrar suaves reprensiones, es despreciada; y cuando se infinge una venganza más terrible, endurecen sus corazones contra la misma. Siempre ha sido así. Sólo cuando Dios se complace en obrar en nuestros *corazones*, así como ante nuestros ojos, sólo cuando Él se digna bendecir para nuestras almas Sus tratos providenciales, se forja en nosotros una disposición enseñable. Y solo entonces somos llevados a reconocer Su justicia al castigarnos y reformar nuestros malos caminos. Cada

vez que los juicios divinos no son definitivamente santificados para el alma, los pecadores continúan sofocando la convicción y avanzando desafiantes, hasta que finalmente son tragados por la ira de un Dios santo.

Alguien pregunta ¿Qué tiene que ver todo lo anterior con el tema que nos ocupa? La respuesta es, mucho en todos los sentidos. Esto demuestra que la terrible perversidad de Acab no fue algo excepcional, mientras que también sirve para explicar por qué no se vio afectado por la dolorosa visitación del juicio de Dios sobre su dominio. Una sequía total que había continuado por más de tres años estaba sobre la tierra, de modo que “hubo una gran hambre en Samaria” (1 Reyes 18:2). Este fue de hecho un juicio divino: ¿aprendieron, entonces, el rey y sus súbditos la justicia de ese modo? ¿Les dio ejemplo su gobernante humillándose bajo la poderosa mano de Dios, reconociendo sus viles transgresiones, quitando los altares de Baal y restaurando la adoración a Jehová? No, tan lejos de eso, durante el intervalo permitió que su malvada consorte “cortara a los profetas de Jehová” (18:4), añadiendo así iniquidad a iniquidad y exhibiendo las temibles profundidades del mal en las que el pecador se sumergirá a menos que disuadidos por el poder restrictivo de Dios.

“Y Acab dijo a Abdías: Ve a la tierra, a todas las fuentes de agua ya todos los arroyos; tal vez encontremos hierba para dar vida a los caballos y mulos, para que no perdamos todas las bestias” (1 Reyes 18:5). Como una paja en el aire revela la dirección del viento así estas palabras de Acab indican el estado de su *corazón*. El Dios viviente no tenía cabida en sus pensamientos, ni estaba preocupado por los pecados que habían provocado su desagrado sobre la tierra. Tampoco parece haber estado en lo más mínimo preocupado por sus súbditos, cuyo bienestar —junto a la gloria de Dios— debería haber sido su principal preocupación. No, sus aspiraciones no parecen haberse elevado más allá de las fuentes y los arroyos, los caballos y las mulas, para que las bestias que aún quedaban pudieran salvarse. Esto no es evolución sino involución, porque cuando el corazón se aleja de su Creador, su dirección es cada vez más y más baja.

En la hora de su profunda necesidad, Acab no se volvió humildemente a Dios, porque era un extraño para Él. La hierba era ahora su objeto que lo absorbía todo, siempre que pudiera encontrarla, no le importaba nada más. Si hubiera podido obtener comida y bebida, podría haberse divertido en el palacio y haberse sentido cómodo entre los profetas idólatras de Jezabel. Pero los horrores del hambre lo expulsaron. Y en lugar de detenerse y rectificar las causas de ello, busca sólo un alivio temporal. ¡Ay!, se había vendido a sí mismo para hacer la maldad y se había hecho esclavo de una mujer que odiaba a Jehová. Y Acab, mi lector, no era un gentil, un pagano, sino un israelita

Traducido por: David Taype

favorecido; pero él se había casado con una pagana y se había enamorado de sus falsos dioses. Había hecho naufragar la fe y estaba siendo conducido a la destrucción. ¡Qué cosa tan terrible es apartarse del Dios vivo y abandonar el Refugio de nuestros padres!

“Así repartieron la tierra entre ellos para pasar por ella: Acab se fue solo por un camino, y Abdías se fue solo por otro camino” (v. 6). La razón de este procedimiento es obvia: yendo el rey en una dirección y el gobernador de su casa en otra, se recorrería el doble de terreno que si hubieran permanecido juntos. Pero ¿no podemos percibir también un significado místico de estas palabras: “¿Andarán dos juntos si no estuvieren de acuerdo?” (Am 3:3). ¿Y qué acuerdo había entre estos dos hombres? no más de lo que hay entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, pues mientras el uno era apóstata, el otro temía al Señor desde su juventud (1Re 18,12). Era conveniente, entonces, que se separaran y tomaran rumbos opuestos, porque viajaban eternamente hacia destinos completamente diferentes. Que esto no se considere como algo “descabellado”, sino que cultivemos el hábito de buscar el significado *espiritual* y la aplicación debajo del sentido *literal* de las Escrituras.

“Y estando Abdías en el camino, he aquí Elías le salió al encuentro” (v. 7). Esto ciertamente parece confirmar la aplicación mística que se hace del versículo anterior, pues seguramente hay un significado espiritual en lo que acabamos de citar. ¿Cuál era “el camino” que recorría Abdías? Era el camino del deber, el camino de la obediencia a las órdenes de su amo. Es cierto que era una tarea muy humilde la que estaba realizando: la de buscar pasto para los caballos y las mulas, sin embargo, este era el trabajo que Acab le había asignado, y mientras cumplía con la palabra del rey, ¡fue recompensado al encontrarse con Elías! Un caso paralelo se encuentra en Génesis 24:27, donde Eliezer, en cumplimiento de las instrucciones de Abraham, se encuentra con la doncella que el Señor había elegido como esposa para Isaac: “Estando yo en el camino, el SEÑOR me llevó a la casa de los hermanos de mi amo.” Así también fue mientras ella estaba en el camino del deber (al recoger leña) que la viuda de Sarepta se encontró con el Profeta.

Hemos considerado la conversación que tuvo lugar entre Abdías y Elías, pero solo mencionaremos aquí que sentimientos muy encontrados deben haber llenado el corazón del primero cuando su mirada se encontró con una vista tan inesperada pero bienvenida. Predominaría el asombro y el deleite al contemplar a aquel por cuya palabra la terrible sequía y el hambre habían desolado casi por completo la tierra: aquí estaba el Profeta de Galaad, vivo y coleando, caminando con calma, solo, de regreso a Samaria. Parecía demasiado bueno para ser verdad y Abdías apenas podía creer lo que veía:

Traducido por: David Taype

saludándolo con deferencia adecuada, le pregunta: "¿Eres tú mi señor Elías?" Asegurándole su identidad, Elías le pidió que fuera e informara a Acab de su presencia. Esta fue una comisión muy desagradable, pero fue cumplida obedientemente: "Entonces Abdías fue a encontrarse con Acab, y le dijo" (1 Reyes 18:16).

¿Y qué de Elías mientras esperaba la llegada del rey apóstata? ¿Estaba su mente inquieta, imaginando al monarca enojado reuniendo a sus oficiales antes de aceptar el desafío del Profeta, y luego avanzando con odio amargo y asesinato en su corazón? No, mi lector, no podemos suponer eso por un momento. El Profeta sabía muy bien que Aquel que había velado por él tan fielmente y suplido sus necesidades con tanta gracia durante la larga sequía, *no le fallaría ahora*. ¿Acaso no tenía buenas razones para recordar cómo se le había aparecido Jehová a Labán cuando estaba persiguiendo a Jacob con furia? (Gn 31,24). Fue un asunto sencillo para el Señor atemorizar el corazón de Acab y evitar que asesinara a Elías, sin importar cuánto deseara hacerlo. Que los siervos de Dios se fortalezcan con la reflexión de que Él tiene a sus enemigos completamente bajo Su control, Él tiene Su freno en sus bocas y los hace girar como Él quiere, para que no puedan tocar un cabello de sus cabezas sin Su conocimiento o permiso.

Elías, pues, esperó con espíritu intrépido y serenidad de corazón la llegada de Acab, como quien era consciente de su propia integridad y de su seguridad en la protección divina. Bien podría él apropiarse de esas palabras: "En Dios he puesto mi confianza; no temeré lo que la carne pueda hacerme". Muy diferente debe haber sido el estado de ánimo del rey cuando "Acab fue al encuentro de Elías" (1 Reyes 18:16). Aunque estaba indignado contra el hombre cuyo temible anuncio se había cumplido con tanta precisión, sin embargo, debe haber tenido medio miedo de encontrarse con él. Acab ya había sido testigo de su firmeza intransigente y de su asombroso coraje, y sabiendo que Elías no se dejaría intimidar ahora por su disgusto, tenía buenas razones para temer que esta reunión no sería honorable para él.

El mismo hecho de que el Profeta lo estaba buscando, sí, había enviado a Abdías delante de él para decir: "He aquí, Elías está aquí", debe haber inquietado mucho al rey. Los hombres malvados son generalmente grandes cobardes: sus propias conciencias son sus acusadores, y muchas veces les causan muchos recelos cuando están en presencia de los fieles servidores de Dios, aunque ocupan una posición inferior a la suya en la vida. Así sucedió con el rey Herodes en relación con el precursor de Cristo, porque se nos dice: "Herodes temía a Juan, sabiendo que era un varón justo y santo" (Mar 6:20). De la misma manera, Félix, el gobernador romano, tembló ante Pablo (aunque

Traducido por: David Taype

Pablo era su prisionero) cuando el Apóstol “discutía sobre la justicia, la templanza y el juicio venidero” (Hechos 24:25). Que los ministros de Cristo no duden en entregar su mensaje con valentía, ni teman el desagrado de los más influyentes en sus congregaciones.

“Y Acab fue a encontrarse con Elías”. Podríamos haber esperado que después de probar por experiencia dolorosa que el tisbita no era un engañador, sino un verdadero siervo de Jehová cuya palabra se había cumplido con precisión, que ahora se había arrepentido, estaba convencido de su pecado y locura, y estaba listo para volverse al Señor en humilde arrepentimiento. Pero no fue así: en lugar de avanzar hacia el Profeta con el deseo de recibir instrucción espiritual de él o pedir sus oraciones por él, esperaba con cariño poder vengarse ahora de todo lo que él y sus súbditos habían sufrido. Su saludo inicial reveló de inmediato el estado de su corazón: “Acab le dijo: ¿Eres tú el que perturbas a Israel?”. (1 Reyes 18:17). ¡Qué contraste con el saludo dado a Elías por el piadoso Abdías! Ninguna palabra de contrición salió de los labios de Acab. Endurecido por el pecado, con la conciencia “cauterizada como con hierro candente”, dio rienda suelta a su obstinación y furor.

“Acab le dijo: ¿Eres tú el que perturbas a Israel?” Esto no debe considerarse como un estallido desmedido, la expresión petulante de una sorpresa repentina, sino más bien como una indicación del estado miserable de su alma, porque “de la abundancia del corazón habla la boca”. Era el antagonismo declarado entre el mal y el bien: era el silbido de la simiente de la serpiente contra uno de los miembros de Cristo: era el despecho desahogado de quien se sentía condenado por la presencia misma de los justos. Años más tarde, hablando de otro devoto siervo de Dios, cuyo consejo fue solicitado por Josafat, este mismo Acab dijo: “Lo aborrezco, porque no me profetiza bien, sino mal” (22:8). Entonces, lejos de esta acusación de Acab contra el carácter y la misión de Elías, era un tributo a su integridad, porque no hay mayor testimonio de la fidelidad de los siervos de Dios que el hecho de que suscitaran el odio sincero de los Acab alrededor. a ellos.

“Y aconteció que cuando Acab vio a Elías, Acab le dijo: ¿Eres tú el que perturbas a Israel?” (1 Reyes 18:17). ¡Cómo traicionan las palabras de nuestros labios el estado de nuestro corazón! Tal lenguaje del rey después del severo juicio que Dios había enviado sobre su dominio reveló la dureza y la impenitencia de su corazón. Considere las oportunidades que se le han dado. Fue advertido por el Profeta de las ciertas consecuencias que seguirían a su permanencia en el pecado. Había visto que lo que el Profeta había anunciado seguramente sucedió. Se había demostrado ante sus ojos que los ídolos que él

Traducido por: David Taype

y Jezabel adoraban no podían evitar la calamidad ni dar la lluvia que se necesitaba con tanta urgencia. Había todo para convencerlo de que "el Señor Dios de Elías" era el Soberano Gobernante del cielo y la tierra, cuyo decreto nadie puede anular y cuyo brazo todopoderoso ningún poder puede resistir.

Así es el pecador abandonado a sí mismo. Que se le quite la restricción divina y la locura que posee su corazón estallará como un dique roto. Está decidido a salirse con la suya a toda costa. No importa cuán serios y solemnes sean los momentos en los que le toca la suerte, por eso no está sobrio. No importa cuán gravemente esté en peligro su país, ni cuántos de sus compañeros sean mutilados y asesinados, debe continuar llenándose de los placeres del pecado. Aunque los juicios de Dios retumban en sus oídos cada vez más fuerte, él los cierra deliberadamente y trata de olvidar las cosas desagradables en un torbellino de alegría. Aunque el país esté en guerra, luchando por su propia existencia, la "vida nocturna", con sus "fiestas de botellas", continúa sin cesar. Si los ataques aéreos obligan a los trabajadores de municiones a buscar refugio en refugios subterráneos, entonces sus ojos (al menos en un refugio) son recibidos con avisos en sus paredes: "Se animan las cartas y los juegos de azar". ¿Qué es esto sino fortalecerse "contra el Todopoderoso", arrojarse "sobre las gruesas cabezas de sus escudos" (Job 15:25-26)?

Sin embargo, mientras escribimos las líneas anteriores, recordamos esas palabras escrutadoras: "Quien te hace diferente de los demás" (1 Corintios 4:7). Sólo hay una respuesta: un Dios soberano, en la plenitud de su asombrosa gracia. Y cómo el darnos cuenta de esto debería humillarnos hasta el polvo, porque por naturaleza y por práctica no había diferencia entre *nosotros* y *ellos*: "En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al principio del poder del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros conversamos [forma de vida] en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo los deseos de la carne y de la mente" (Efesios 2:2-3). Fue una *misericordia distintiva* la que nos buscó cuando estábamos "sin Cristo". Fue *el amor distintivo* el que nos vivificó a una vida nueva cuando estábamos "muertos en nuestros delitos y pecados". Por lo tanto, no tenemos motivos para jactarnos ni motivos para la autocomplacencia. Más bien debemos caminar con suavidad y penitencia ante Aquel que nos ha salvado de nosotros mismos.

"Y aconteció que cuando Acab vio a Elías, Acab le dijo: ¿Eres tú el que perturbas a Israel?" (1 Reyes 18:17). Elías fue quien, por encima de todos los demás, se opuso al deseo de Acab de unir a Israel en el culto a Baal: y así,

según suponía, efectuar un arreglo pacífico de la religión de la nación. Elías era quien, en su opinión, había sido responsable de toda la angustia y el sufrimiento que llenaba la tierra. No hubo discernimiento de la mano de Dios en la sequía, ni ningún escrúpulo por su propia conducta pecaminosa: en cambio, busca transferir la responsabilidad a otro y acusa al Profeta de ser el autor de las calamidades que habían caído sobre la nación. Siempre es la marca de un corazón orgulloso y sin juicio para alguien que se duele bajo la vara justa de Dios echarle la culpa a otra persona, así como una nación cegada por el pecado que está siendo azotada por sus iniquidades atribuye sus problemas a los errores de sus gobernantes políticos.

No es raro que se hable de los ministros rectos de Dios como perturbadores de pueblos y naciones. El fiel Amós fue acusado de conspirar contra Jeroboam segundo, [de modo que] la tierra no pudo soportar todas sus palabras (Am 7:10). El Salvador mismo fue acusado de "alborotar al pueblo" (Lucas 23:5); mientras que se dijo de Pablo y Silas en Filipos que "alborotaron mucho la ciudad" (Hechos 16:20), y cuando en Tesalónica se dijo que "trastornaron el mundo entero" (Hechos 17:6). No hay, pues, mayor testimonio de su *fidelidad* que el de los siervos de Dios suscitar el rencor y la hostilidad de los réprobos. Una de las condenaciones más mordaces que podría pronunciarse sobre los hombres está contenida en esas terribles palabras de nuestro Señor a sus hermanos incrédulos: "El mundo no puede odiaros; mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de que sus obras son malas" (Juan 7:7). Pero, ¿quién no preferiría recibir todos los cargos que los Acabs pueden amontonar sobre nosotros antes que incurrir en esa sentencia de los labios de Cristo?

Es el deber ineludible de los siervos de Dios advertir a los hombres de su peligro, señalárselos que el camino de la rebelión contra Dios conduce a una destrucción segura, y exhortarlos a arrojar las armas de su rebelión y huir de la ira venidera. . Es su deber enseñar a los hombres que deben apartarse de sus ídolos y servir al Dios vivo, de lo contrario perecerán eternamente. Es su deber reprender la maldad dondequiera que se encuentre y declarar que la paga del pecado es muerte. Esto no contribuirá a su popularidad, porque condenará e irritará a aquellos que están decididos a satisfacer sus deseos mundanos y carnales; perturbará su falsa paz y tal franqueza los molestará seriamente. Aquellos que denuncian a los hipócritas, resisten a los tiranos, se oponen a los malvados, siempre son vistos por ellos como perturbadores. Pero como Cristo declaró: "Bienaventurados seréis cuando los hombres os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros falsamente por causa de mí. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los

Traducido por: David Taype

cielos, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mateo 5:11-12).

“Y él respondió: Yo no he turbado a Israel; pero tú y la casa de tu padre, por haber dejado los mandamientos del Señor, y haber seguido a los baales” (1 Reyes 18:18). Si Elías hubiera sido uno de esos serviles aduladores que por lo general se encuentran atendiendo a los reyes, se habría arrojado a los pies de Acab, suplicando misericordia, o rindiéndole una mezquina sumisión. En cambio, era el embajador de un Rey más grande, incluso el Señor de los Ejércitos: consciente de esto, preservó la dignidad de su cargo y carácter al actuar como alguien que representaba un poder superior. Fue porque Elías se dio cuenta de la presencia de Aquel por quien reinan los reyes, que puede contener la ira del hombre y hacer que el resto de ella lo alabe, que el Profeta no temió el rostro del monarca apóstata de Israel. Ah, mi lector, si nos diéramos cuenta más de la presencia y suficiencia de nuestro Dios, no deberíamos temer lo que alguien pueda hacernos. La incredulidad es la causa de nuestros temores. ¡Oh, poder decir: “He aquí, Dios es mi salvación; confiaré y no temeré” (Is 12, 2)!

Elías no debía dejarse intimidar por la perversa calumnia que acababa de ser lanzada sobre él. Con valor impávido, primero niega la acusación infame: “Yo no he molestado a Israel”. Feliz para nosotros si podemos afirmar con verdad lo mismo: que los castigos que Sion ahora está recibiendo de manos de un Dios santo no han sido causados en ninguna medida por mis pecados. Por desgracia, ¿quién de nosotros podría afirmar esto? En segundo lugar, Elías devuelve audazmente la acusación al rey mismo, colocando la culpa donde realmente corresponde: “Yo no he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre”. Vea aquí la fidelidad del siervo de Dios cuando Natán le dijo a David, así como Elías a Acab: “Tú eres el hombre”. Un cargo verdadero, solemne y pesado: que Acab y la casa de su padre fueron la causa de todos los males dolorosos y calamidades tristes que habían acontecido en la tierra. La autoridad divina con la que estaba investido justificaba que Elías acusara así al rey mismo.

En tercer lugar, el Profeta procedió a proporcionar pruebas de la acusación que había hecho contra Acab: “Habéis dejado los mandamientos de Jehová y habéis seguido a los baales” (1 Reyes 18:18). Lejos de ser el Profeta el enemigo de su país, sólo buscaba su bien. Es cierto que había orado y denunciado el juicio de Dios por la maldad y la apostasía del rey y la nación, pero esto fue porque deseaba que se arrepintieran de sus pecados y reformaran sus caminos. Fueron las malas acciones de Acab y su casa las que provocaron la sequía y el hambre. La intercesión de Elías nunca había

prevalecido contra un pueblo santo: “la maldición sin causa no vendrá” (Pro 26:2). El rey y su familia eran los cabecillas de la rebelión contra Dios, y el pueblo los había seguido ciegamente: he aquí, pues, la causa de su angustia: eran los temerarios “perturbadores” de la nación, los perturbadores de su paz, los que desagradaban a Dios..

Los que con sus pecados provocan la ira de Dios son los verdaderos perturbadores, y no los que les advierten de los peligros a que les expone su maldad. “Tú y la casa de tu padre, por cuanto dejasteis los mandamientos de Jehová, y seguisteis a los baales” (1 Reyes 18:18). Es bastante claro, incluso a partir del registro comparativamente breve de las Escrituras, que Omri, el padre de Acab, fue uno de los peores reyes que jamás tuvo Israel, y Acab había seguido los malos pasos de su padre. Los estatutos de esos reyes eran la idolatría más grosera. Jezabel, la esposa de Acab, no tenía igual en su odio hacia Dios y su pueblo, y [por] su celo por la adoración de ídolos degradados. Tan poderosa y persistente fue su mala influencia que prevaleció unos doscientos años más tarde (Miqueas 6:16) y atrajo la venganza del cielo sobre la nación apóstata.

“Habiendo dejado los mandamientos de Jehová” (1 Reyes 18:18). Ahí radica la esencia misma y la atrocidad del pecado. Es deshacerse del yugo divino, negarse a estar en sujeción a nuestro Hacedor y Gobernador. Es un desprecio deliberado del Legislador y una rebelión contra Su autoridad. La Ley del Señor es muy definida y enfática. Su primer estatuto prohíbe expresamente que tengamos otro Dios que el verdadero; y el segundo nos prohíbe hacer cualquier imagen tallada e inclinarnos ante ella en adoración. Estos fueron los terribles crímenes que Acab había cometido, y son en esencia aquellos de los que nuestra propia generación malvada es culpable, y es por eso que el ceño fruncido del cielo ahora recae sobre nosotros. “Sabe, pues, y ve que es cosa mala y amarga el haber dejado a Jehová tu Dios, y que mi temor no está en ti, dice Jehová Dios de los ejércitos” (Jeremías 2:19). “Y tú has seguido a los Baalim”: cuando el Dios verdadero se aparta, los falsos toman Su lugar—“Baalim” está en plural, porque Acab y su esposa adoraban una variedad de deidades ficticias.

“Ahora pues, enviad: reunidme a todo Israel en el monte Carmelo, ya los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, ya los cuatrocientos profetas de los bosques, que comen de la mesa de Jezabel” (1 Reyes 18:19). Muy notable es esto: contemplar a Elías solo, odiado por Acab, no solo acusando al rey de sus crímenes, sino dándole instrucciones, diciéndole lo que debe hacer. Huelga decir que su conducta en esta ocasión no proporcionó un precedente ni estableció un ejemplo a seguir para todos los siervos de Dios en circunstancias

similares. El tisbita fue dotado de una autoridad extraordinaria del Señor, como se insinúa en esa expresión del Nuevo Testamento, “el espíritu y el poder de Elías” (Lc 1, 17). Elías, ejerciendo esa autoridad, exigió que se reuniera a todo Israel en el Carmelo, y que también se convocara a los profetas de Baal y Astarot, que estaban dispersos por todo el país. Más extraño aún fue el lenguaje perentorio utilizado por el Profeta: simplemente emitió sus órdenes sin ofrecer ninguna razón o explicación sobre cuál era su verdadero objetivo al convocar a todo el pueblo y los profetas.

A la luz de lo que sigue, el diseño del Profeta es claro: lo que estaba a punto de hacer debe hacerse abierta y públicamente ante testigos imparciales. Ahora había llegado el momento en que las cosas deben llegar a un punto crítico: Jehová y Baal se encuentran cara a cara, por así decirlo, ante toda la nación. El lugar seleccionado para la prueba fue una montaña en la tribu de Isacar, que estaba bien situada para que la gente de todas partes se reuniera allí; estaba, nótese, fuera de la tierra de Samaria. Fue en el Carmelo donde se había construido un altar y sobre él se habían ofrecido sacrificios al Señor (véase el v. 30), pero la adoración de Baal había suplantado incluso este servicio irregular del Dios verdadero, irregular, porque la Ley prohibía cualquier altar fuera de ella. los del Templo de Jerusalén. Solo había una manera en que la terrible sequía y la hambruna resultante podrían terminar y la bendición de Jehová restaurarse a la nación, y era por el pecado que había causado que la calamidad fuera tratada en el juicio, y por eso Acab debe reunir a todo Israel en el Carmelo.

“Como Elías se proponía poner la adoración de Jehová sobre un fundamento firme y restaurar la lealtad del pueblo al Dios de Israel, quería que las dos religiones fueran probadas justamente y por un milagro tan espléndido que nadie pudiera cuestionar: y como toda la nación estaba profundamente interesada en el asunto, debía tener lugar de la manera más pública y en un lugar elevado, en la cumbre del alto Carmelo, y en presencia de todo Israel. Quisiera que todos fueran convocados en esta ocasión, para que pudieran presenciar con sus propios ojos tanto el poder absoluto y la soberanía de Jehová, a cuyo servicio habían renunciado, como también la entera vanidad de esos sistemas idólatras que habían sido sustituidos por él. (Juan Simpson). Tal siempre marca la diferencia entre la verdad y el error: uno corteja a la luz, sin temor a ninguna investigación; mientras que el error, cuyo autor es el principio de las tinieblas, odia la luz y prospera más al amparo del secreto.

No hay nada que indique que el Profeta dio a conocer a Acab su intención: más bien parece haber ordenado sumariamente al rey que reuniera al pueblo

y a los profetas: todos los involucrados en el terrible pecado, los líderes y los dirigidos, deben estar presentes. “Entonces Acab envió a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo” (1 Reyes 18:20). ¿Y por qué Acab cumplió con tanta mansedumbre y prontitud con la demanda de Elías? La idea general entre los comentaristas es que el rey ahora estaba desesperado, y como los mendigos no pueden elegir, realmente no tenía otra alternativa que consentir. Después de tres años y medio de hambruna, el sufrimiento debe haber sido tan agudo que si la lluvia que tanto se necesitaba no podía obtenerse de otra manera que no fuera estando en deuda con las oraciones de Elías, entonces que así sea. Personalmente, preferimos considerar la aquiescencia de Acab como una demostración sorprendente del poder de Dios sobre el corazón de los hombres, sí, incluso sobre el del rey, de modo que “a todo lo que quiere lo cambia” (Proverbios 21:1).

Esta es una verdad, una grande y básica, que necesita ser fuertemente enfatizada en estos días de escepticismo e infidelidad, cuando la atención se limita a las causas secundarias y el Primer Motor se pierde de vista. Ya sea en el ámbito de la creación o de la Providencia, se considera a la criatura más que al Creador. Que nuestros campos y jardines den buenas cosechas y se elogie la industria del agricultor y la habilidad del jardinero; que rindan mal y se culpe al clima oa otra cosa: no se reconoce ni la sonrisa de Dios ni su ceño fruncido. Así también en los asuntos humanos. Cuán pocos, cuán poquísimos reconocen la mano de Dios en el actual conflicto de las naciones. Y que se afirme que el Señor está tratando con nosotros en juicio por nuestros pecados, e incluso la mayoría de los cristianos profesos están enojados por tal declaración. Pero lea las Escrituras y observe con qué frecuencia dice que el Señor “despertó” el espíritu de cierto rey para hacer esto, lo “movió” a hacer aquello, o “retuvo” que hiciera lo otro.

Como esto se reconoce tan raramente y se comprende tan débilmente hoy en día, citaremos una serie de pasajes como prueba. “Yo también te detuve de pecar contra mí” (Génesis 20:6). “Y endureceré su corazón [el de Faraón], para que no deje ir al pueblo” (Éxodo 4:21). “Jehová te hará ser herido delante de tus enemigos” (Dt 28:25). “Y el Espíritu de Jehová comenzó a moverlo” (Jueces 13:25). “Y Jehová suscitó un adversario a Salomón” (1 Reyes 11:14). “Y el Dios de Israel despertó el espíritu de Pul rey de Asiria” (1 Crónicas 5:26). “Jehová despertó contra Joram el espíritu de los filisteos” (2 Crónicas 21:16). “Jehová despertó el espíritu de Ciro, rey de Persia, que hizo una proclamación” (Esdras 1:1). “He aquí, yo incitaré a los medos contra ellos” (Isaías 13:17). “Te he hecho multiplicar como la yema del campo” (Ezequiel

16:7). “He aquí, traeré sobre Tiro a Nabucodonosor rey de Babilonia, rey de reyes, del norte, con caballos y carros” (Ezequiel 26:7).

“Entonces Acab envió a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo” (1 Reyes 18:20). A la luz de las Escrituras anteriores, ¡qué corazón creyente dudará por un momento que fue el Señor quien hizo que Acab estuviera dispuesto en el día de Su poder, dispuesto a obedecer a aquel a quien odiaba por encima de todos los demás! Y cuando Dios obra, obra en *ambos* extremos de la línea: Aquel que inclinó al rey malvado a llevar a cabo las instrucciones de Elías, movió no solo al pueblo de Israel sino también a los profetas de Baal a cumplir con la proclamación de Acab, porque Él controla a Sus enemigos, tan verdaderamente como lo hace con sus amigos. Posiblemente el pueblo en general se reunió con la esperanza de ver caer la lluvia al llamado de Elías, mientras que los falsos profetas probablemente miraron con desdén que se les requiriera que viajaran al Carmelo a pedido de Elías a través de Acab.

Debido a que el juicio divino había sido infligido a causa de la apostasía de la nación y especialmente como testimonio en contra de su idolatría, la nación debe ser reclamada (al menos externa y abiertamente) antes de que el juicio pudiera ser removido. La prolongada sequía no había producido ningún cambio, y la consiguiente hambruna no había llevado al pueblo de regreso a Dios. Por lo que podemos deducir de la narración inspirada, el pueblo estaba, con pocas excepciones, tan apegado a sus ídolos como siempre; y cualesquiera que hayan sido las convicciones o las prácticas del remanente que no dobló su rodilla ante Baal, tenían tanto miedo de expresarse públicamente (por temor a ser condenados a muerte) que Elías desconocía su misma existencia. Sin embargo, hasta que el pueblo volviera a ser leal a Dios, no se podía esperar ningún favor de él.

“Deben arrepentirse y alejarse de sus ídolos, o nada podría evitar el juicio de Dios. Aunque Noé, Samuel y Job hubieran intercedido, no habría inducido al Señor a retirarse del conflicto. Tienen que abandonar sus ídolos y volverse a Jehová”. Esas palabras fueron escritas hace casi un siglo, pero son tan verdaderas y pertinentes ahora como lo fueron entonces, porque enuncian un principio permanente. Dios no ignorará el pecado ni pasará por alto las malas acciones. Ya sea que esté juzgando a un individuo o a una nación, lo que le ha desagradado debe rectificarse antes de que pueda devolverle Su favor. Es inútil orar por Su bendición mientras nos negamos a desechar lo que ha provocado Su maldición. Es vano hablar de ejercitarse la fe en las promesas de Dios hasta que nos hayamos arrepentido de nuestros pecados. Nuestros ídolos deben ser destruidos antes de que Dios vuelva a aceptar nuestra adoración.

7. En el Carmelo

“Entonces Acab envió a todos los hijos de Israel, y reunió a los profetas en el monte Carmelo” (1 Reyes 18:20). Tratemos de imaginar la escena. Es temprano en la mañana. De todos lados, la multitud ansiosa se dirige hacia este lugar, que desde los tiempos más remotos se ha asociado con el culto. No se está haciendo ningún trabajo en ninguna parte: un solo pensamiento posee las mentes de jóvenes y viejos por igual cuando responden a la convocatoria de su rey para reunirse para este poderoso concurso. Contemplen los muchos miles de Israel ocupando cada pie de terreno ventajoso desde el cual podían obtener una vista de los procedimientos. ¿Iban a presenciar un milagro? ¿Habría que poner fin ahora a sus sufrimientos? ¿Estaba a punto de caer la tan esperada lluvia? Un silencio desciende sobre la multitud cuando oyen los pasos de los hombres en formación: conspicuos con los símbolos solares destellando sobre sus turbantes en la cabeza, seguros del favor de la corte e insolentemente desafiantes llegaron los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Luego, a través de la multitud, se lleva la litera del rey, sobre los hombros de su guardia de honor, rodeada por sus oficiales de estado. Algo así debió ser el escenario presentado en esta auspiciosa ocasión.

“Y vino Elías a todo el pueblo” (v. 21). Contempla el mar de rostros vueltos hacia arriba mientras todos los ojos se centran en esta figura extraña y severa, ante cuya palabra los cielos se habían vuelto de bronce durante los últimos tres años. Con qué intenso interés y asombro deben haber contemplado a este hombre solitario de complexión nervuda, con ojos centelleantes y labios apretados. Qué solemne silencio debe haber caído sobre esa vasta asamblea cuando vieron a un hombre enfrentarse a toda la compañía. Con qué miradas malignas serían observados todos sus movimientos por los celosos sacerdotes y profetas. Como dice un comentarista: “¡Ningún tigre jamás observó a su víctima con más fiereza! Si se salen con la suya, nunca volverá a tocar esa llanura. Mientras Acab mismo miraba a este siervo del Altísimo, el miedo y el odio deben haber alternado en su corazón, porque el rey consideraba a Elías como la causa de todos sus problemas, sin embargo, sentía que de alguna manera la lluvia dependía de él.

El escenario ya estaba listo. La gran audiencia estaba reunida, los personajes principales estaban a punto de representar sus papeles y uno de los actos más dramáticos en toda la historia de Israel estaba a punto de ser representado. Iba a haber una competencia pública entre las fuerzas del bien y

del mal. Por un lado estaba Baal con sus cientos de profetas, por el otro Jehová y Su siervo solitario. Cuán grande fue el coraje de Elías, cuán fuerte fue su fe cuando se atrevió a estar solo en la causa de Dios contra tales poderes y números. Pero no debemos temer por el intrépido tisbita: no necesita nuestra simpatía. Estaba conscientemente de pie en la presencia de Aquel para quien las naciones son como una gota en un balde. Todo el cielo estaba detrás de él. Legiones de ángeles llenaron esa montaña, aunque eran invisibles al ojo del sentido. Aunque no era más que una criatura frágil como nosotros, Elías estaba lleno de fe y poder espiritual, y por esa fe subyugó reinos, forjó justicia, escapó del filo de la espada, se hizo valiente en la lucha y puso en fuga a los ejércitos de los alienígenas.

“Elías se presenta ante todos ellos con confianza y majestuosidad como embajador del cielo. Su espíritu varonil envalentonado por la conciencia de la protección divina, inspirado con coraje y atemorizado toda oposición. Pero qué espectáculo terrible y repugnante se presentó al hombre de Dios, al ver tal reunión de los agentes de Satanás, que habían apartado al pueblo de Jehová de Su santo y honroso servicio, y los habían seducido a las abominables y degradantes supersticiones del ¡demonio! Elías no era de un espíritu afín con aquellos que pueden ver con serenidad que su Dios es insultado, que sus compatriotas se degradan a sí mismos por instigación de hombres astutos y destruyen sus almas inmortales a través de las groseras imposiciones practicadas sobre ellos. No podía mirar con ojos plácidos a los cuatrocientos cincuenta viles impostores, que se dedicaron, a cambio de ganancias indecentes o favores cortesanos, a engañar a la multitud ignorante para su destrucción eterna. Consideró la idolatría como una gran vergüenza: como nada mejor que el mal personificado, el diablo deificado y el infierno convertido en un establecimiento religioso; y él consideraría a los cómplices del sistema diabólico con aborrecimiento” (John Simpson).

Parece razonable concluir que Acab y sus súbditos reunidos esperarían que Elías orara en esta ocasión pidiendo lluvia, y que ahora presenciarían el final repentino de la larga sequía y la hambruna que la acompaña. ¿No se habían agotado los tres años que había profetizado (1 Reyes 17:1)? ¿Iban ahora el luto y el sufrimiento a dar lugar de nuevo al gozo y la abundancia? Ah, pero había algo más además de orar antes de que se abrieran las ventanas de los cielos, algo de mucha mayor importancia que primero debía ser atendido. Ni Acab ni sus súbditos estaban todavía en un estado de alma apto para ser recipientes de Sus bendiciones y misericordias. Dios había estado lidiando con ellos en juicio por sus terribles pecados, y hasta ahora Su vara no había sido reconocida ni se había quitado la ocasión de Su desagrado. Como señaló

Traducido por: David Taype

Matthew Henry, "Dios primero preparará nuestros corazones, y luego hará que nuestros oídos oigan: primero nos hará volver a Él y luego a nosotros (ver Sal 10:17). Los desertores no deben buscar los favores de Dios hasta que regresen a su lealtad".

"Y vino Elías a todo el pueblo, y dijo" (1 Reyes 18:21). El siervo de Dios inmediatamente tomó la iniciativa, estando en completo dominio de la situación. Es indescriptiblemente solemne notar que no dijo una sola palabra a los falsos profetas, sin intentar convertirlos. Se dedicaron a la destrucción (1 Reyes 18:40). No, sino que se dirigió a la gente, de la que había alguna esperanza, diciendo: "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones?" (1 Reyes 18:21). La palabra para "alto" es tambalearse: no caminaban erguidos. A veces se tambaleaban hacia el lado del Dios de Israel, y luego se tambaleaban como una persona intoxicada hacia el lado de los dioses falsos. No estaban completamente decididos a cuál seguir. Temían a Jehová, y por lo tanto no lo abandonarían totalmente; deseaban ganarse el favor del rey y la reina, por lo que sintieron que debían abrazar la religión del Estado. Su conciencia les prohibía hacer lo primero, su temor al hombre los persuadía a hacer lo segundo; pero en ninguno de los dos se comprometieron sinceramente. Así los reprendió Elías por su inconstancia e inconstancia.

Elías hizo una demanda de decisión definitiva. Hay que tener presente que Jehová era el nombre con el que siempre se había distinguido al Dios de los israelitas desde su salida de Egipto. En efecto, el Jehová-Dios de sus padres era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Éxodo 3:15-16). "Jehová" significa el Ser autoexistente, omnipotente, inmutable y Eterno, el único Dios, fuera del cual no hay nadie más. "Si Jehová es Dios, seguidle; pero si Baal, seguidle a él." No había ningún "si" en la mente del Profeta: él sabía muy bien que Jehová era el único Dios vivo y verdadero, pero se le debía mostrar al pueblo lo insostenible y lo absurdo de su vacilación. Las religiones que son diametralmente opuestas no pueden *ambas* tener razón: una debe estar equivocada, y tan pronto como se descubre la verdadera, la falsa debe ser arrojada por los aires. La aplicación actual de la demanda de Elías sería esta: si el Cristo de la Escritura es el verdadero Salvador, entonces ríndete a Él; si es el Cristo de la cristiandad moderna, entonces síganlo. Uno que exige la negación del yo y otro que permite la gratificación del yo, no pueden ambos tener razón. Uno que insiste en separarse del mundo y otro que te permite disfrutar de su amistad, no pueden ambos tener razón. Uno que requiere la mortificación intransigente del pecado, y otro que te permite jugar con él, no pueden ser ambos el Cristo de Dios.

Hubo momentos en que esos israelitas intentaron servir tanto a Dios como a Baal. Tenían algún conocimiento de Jehová, pero Jezabel con su hueste de falsos profetas les había perturbado la mente. El ejemplo del rey los extravió y su influencia los corrompió. El culto a Baal era popular y sus profetas festejados; la adoración de Jehová fue desacreditada y sus siervos muertos. Esto hizo que la gente en general ocultara cualquier consideración que tuvieran por el Señor. Los indujo a unirse al culto idólatra para escapar de la mala voluntad y la persecución. En consecuencia, se detuvieron entre las dos partes. Eran como personas cojas: inestables, cojeando arriba y abajo. Oscilaron en sus sentimientos y conducta. Pensaron tanto para acomodarse a ambas partes como para agradar y asegurarse el favor de ambas. No había uniformidad en su andar, ni constancia en sus principios, ni consistencia en su conducta. Por lo tanto, deshonraron a Dios y se degradaron a sí mismos por este tipo de religión mestiza, en la que "temían a Jehová y servían a sus propios dioses" (2 Reyes 17:33). Pero Dios no aceptará un corazón dividido: lo tendrá *todo o nada*.

El Señor es un Dios celoso, que exige todo nuestro afecto, y no aceptará un imperio dividido con Baal. Debes estar a favor de Él o contra Él. Él no permitirá ningún compromiso. Debes declararte. Cuando Moisés vio que el pueblo de Israel bailaba alrededor del becerro de oro, después de destruir el ídolo y reprender a Aarón, se paró a la puerta del campamento y dijo: "¿Quién está del lado del SEÑOR? que venga a mí" (Éxodo 32:26). Oh, lector mío, si aún no lo has hecho, resuelve con el piadoso Josué: "Pero yo y mi casa serviremos a Jehová" (24:15). Medita en esas solemnes palabras de Cristo: "El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama" (Mateo 12:30). Nada es tan repulsivo para Él como el profesor tibio: "Ojalá fuieras frío o caliente" (Apoc. 3:15), una cosa o la otra. Nos ha advertido claramente que "ninguno puede servir a dos señores". Luego, "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones?" Llegad a alguna decisión de un modo u otro, porque no puede haber compromiso entre Cristo y Belial.

Hay algunos que han sido criados bajo la protección y la influencia santificadora de un hogar piadoso. Más tarde, salen al mundo y son propensos a ser deslumbrados por su brillante oropel y llevados por su aparente felicidad. Sus necios corazones anhelan sus atracciones y placeres. Están invitados a participar y se burlan de ellos si dudan. Y muy a menudo, debido a que no tienen gracia en sus corazones, ni fuerza mental para resistir las tentaciones, son apartados, prestando atención al consejo de los impíos y poniéndose en el camino de los pecadores. Es cierto que no pueden olvidar por completo su formación inicial, ya veces una conciencia inquieta los

Traducido por: David Taype

impulsará a leer un capítulo de la Biblia y a decir sus oraciones; y así se detienen entre dos alternativas y en vano intentan servir a dos amos. No se apegarán solo a Dios, renunciarán a todo por Él y lo seguirán con corazones indivisos. Son cabestros, fronterizos, que aman y siguen al mundo, y sin embargo retienen algo de la forma de piedad.

Hay otros que se aferran a un credo ortodoxo, pero entran en las alegrías del mundo y se entregan libremente a los deseos de la carne. “Profesan conocer a Dios, pero en las obras lo niegan” (Ti 1:16). Asisten a los servicios religiosos con regularidad, haciéndose pasar por adoradores de Dios a través del único Mediador y afirmando ser habitados por ese Espíritu a través de cuyas operaciones de gracia el pueblo de Dios es capacitado para volverse del pecado y andar en las sendas de la justicia y la verdadera santidad. Pero si entrabas en sus casas, pronto tendrías motivos para dudar de sus pretensiones. No encontraría adoración a Dios en su círculo familiar, quizás ninguna, o en el mejor de los casos una mera adoración formal en sus armarios: no oiría nada acerca de Dios o Sus afirmaciones en su conversación diaria, y no vería nada en su conducta para distinguirlos de mundanos respetables; sí, verías algunas cosas de las que los no profesores más decentes se avergonzarían. Hay tal falta de integridad y consistencia en sus caracteres que los hace ofensivos a Dios y despreciables a los ojos de los hombres de entendimiento.

Hay todavía otros que también deben clasificarse entre los que se detienen y vacilan, siendo inconstantes en su posición y práctica. Esta es una clase menos numerosa, que se ha criado en el mundo, en medio de sus locuras y vanidades. Pero por la aflicción, la predicación de la Palabra de Dios o algún otro medio, se han dado cuenta de que deben volverse al Señor y servirle si han de escapar de la ira venidera y echar mano de la vida eterna. Se han vuelto insatisfechos con su vida mundana, sin embargo, estando rodeados de amigos y parientes mundanos, temen cambiar su línea de conducta, no sea que ofendan a sus compañeros impíos y atraigan sobre ellos sus burlas y oposición. Por lo tanto, hacen concesiones pecaminosas, tratando de ocultar sus mejores convicciones pero descuidando muchas de las demandas de Dios sobre ellos. Así, se debaten entre dos opiniones: lo que Dios pensará de ellos y lo que el mundo pensará de ellos. No tienen esa confianza firme en el Señor que los conducirá a separarse de Sus enemigos y estar fuera y fuera para Él.

Hay otra clase que debemos mencionar, quienes, aunque difieren radicalmente de los que hemos descrito anteriormente, deben ser considerados como sujetos apropiados para preguntar: “¿Hasta cuándo vaciláis entre dos opiniones?” Si bien ciertamente son dignos de lástima, sin

embargo, deben ser reprendidos. Nos referimos a aquellos que saben que el Señor debe ser amado y servido con todo el corazón y en todo lo que Él manda, pero por una u otra razón no se declaran abiertamente de Su parte. Están externamente separados del mundo, no participan en sus placeres vacíos, y nadie puede señalar algo en su conducta que sea contrario a las Escrituras. Honran el día de reposo, asisten regularmente a los medios de gracia y les gusta estar en compañía del pueblo de Dios. Sin embargo, no ocupan públicamente su lugar entre los seguidores de Cristo ni se sientan a su mesa. O se sienten demasiado indignos para hacerlo, o temen traer algún reproche a Su causa. Pero tal debilidad e inconsistencia están mal. Si el Señor es Dios, síganlo como Él manda, y confíen en Él para toda la gracia necesaria.

“Si Jehová es Dios, seguidle; pero si Baal, entonces síganlo.” El “hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos” (Santiago 1:8). Debemos ser tan decididos en nuestra práctica como en nuestra opinión o creencia, de lo contrario, no importa cuán ortodoxo sea nuestro credo, nuestra profesión no vale nada. Es muy evidente que no podía haber dos Dioses supremos, y por lo tanto Elías llamó al pueblo a decidir cuál era realmente Dios; y como no era posible que sirvieran a dos señores, que entregaran todo su corazón y sus energías indivisas a ese Ser que consideraban el Dios vivo y verdadero. Y esto es lo que el Espíritu Santo te está diciendo a ti, mi lector inconverso: sopesa uno contra el Otro: el ídolo al que has estado entregando tus afectos y Aquel a quien has despreciado; y si está seguro de que el Señor Jesucristo es “el Dios verdadero” (1 Juan 5:20), entonces escoja a Él como su porción, entréguese a Él como su Señor, únase a Él como su Todo en todo. El Redentor no será servido a medias ni con reservas.

“Y el pueblo no le respondió palabra” (1Re 18:21): ya sea porque no estaban dispuestos a reconocer su culpa, y ofender así a Acab; o porque no pudieron refutar a Elías y se avergonzaron de sí mismos. No sabían qué decir. Ya sea convicto o confundido, no lo sabemos; pero ciertamente estaban confundidos, incapaces de encontrar un error en el razonamiento del Profeta. Parece que se sorprendieron de que tales alternativas se les presentaran a su elección, pero no fueron lo suficientemente honestos para reconocer su locura ni lo suficientemente audaces para decir que habían actuado en cumplimiento del mandato del rey, siguiendo a una multitud para hacer el mal. Por lo tanto, buscaron refugio en el silencio, que es mucho más preferible que las frívolas excusas ofrecidas por la mayoría de esas personas hoy cuando son reprendidas por sus malos caminos. No cabe duda de que estaban asombrados por las preguntas escrutadoras del Profeta.

"Y la gente no le respondió ni una palabra." ¡Oh, por esa predicación clara y fiel que revelaría a los hombres lo irrazonable de su posición, que expondría tanto su hipocresía, barrería las telarañas de su sofistería, que los acusaría de tal manera ante el tribunal de sus propias conciencias que cada uno de sus la objeción sería silenciada y se condenarían a sí mismos. Por desgracia, por todos lados vemos a aquellos que buscan servir tanto a Dios como a las riquezas, tratando de ganar la sonrisa del mundo y ganar el "bien hecho" de Cristo. Al igual que Jonatán de antaño, desean conservar su posición en el palacio de Saúl y, sin embargo, mantenerse al lado de David. Y cuántos cristianos profesos hay en estos días que pueden oír insultos contra Cristo y su pueblo, y nunca abren la boca para reprenderlos, temerosos de defender audazmente a Dios, avergonzados de Cristo y de su causa, aunque sus conciencias aprueban las mismas cosas. por lo que oyen criticar al pueblo del Señor. Oh silencio culpable, que es probable que se encuentre con un cielo silencioso cuando se complacen en clamar por misericordia.

"Entonces dijo Elías al pueblo: Yo, aun yo solo quedo como profeta del Señor; pero los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta hombres. Que nos den, pues, dos becerros; y escojan ellos un novillo, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña, y no pongan fuego debajo; y yo prepararé el otro becerro, y lo pondré sobre leña, y no pongan fuego debajo. E invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová: y el Dios que respondiere por fuego, ése sea Dios. Y todo el pueblo respondió y dijo: Bien dicho está" (vv. 22-24). Este fue un desafío eminentemente justo, porque se suponía que Baal era el dios del fuego, o señor del sol. Elías dio preferencia a los falsos profetas, para que el resultado de la contienda fuera más conspicuo para la gloria de Dios. La propuesta era tan razonable que el pueblo asintió de inmediato, lo que obligó a sus seductores a salir a la luz: o aceptaban el desafío o reconocían que Baal era un impostor.

"Entonces dijo Elías al pueblo: Yo, yo solo, sigo siendo profeta del Señor; pero los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta hombres" (1Re 18:22). Los justos son audaces como un león: no se desaniman ante las dificultades, no se desaniman por los números que se alinean contra ellos. Si Dios está por ellos (Rom 8:31) no importa quién esté contra ellos, porque la batalla es de Él y no de ellos. Ciento, había "cien hombres de los profetas del Señor" escondidos en una cueva (1 Reyes 18:13), pero ¿cuánto valían para Su causa? Aparentemente, tenían miedo de mostrar sus rostros en público, ya que no hay indicios de que estuvieran presentes aquí en Carmel. De los cuatrocientos cincuenta y un profetas reunidos en el monte ese día, solo Elías estaba del lado de Jehová. Ah, mis lectores, la Verdad no puede ser juzgada por los números

que la confiesan y la apoyan: el diablo siempre ha tenido a la gran mayoría de su lado. ¿Y es de otra manera hoy? ¿Qué porcentaje de los predicadores de la actualidad proclaman la Verdad sin concesiones y practican lo que predicen?

“Que nos den, pues, dos becerros; y escojan ellos un novillo, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña, y no pongan fuego debajo; y yo prepararé el otro becerro, y lo pondré sobre leña, y no pongan fuego debajo. E invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová; y el Dios que respondiere por fuego, ése sea Dios” (vv. 23-24). Ahora había llegado el momento en que las cosas debían llegar a un punto crítico: Jehová y Baal se enfrentaron cara a cara, por así decirlo, ante toda la nación. Era de suma importancia que el pueblo de Israel se despertara de su indiferencia atea y que se estableciera de manera incontrovertible quién era el Dios verdadero, con derecho a su obediencia y adoración. Elías, por lo tanto, propuso dejar el asunto fuera de discusión. Ya había sido demostrado por los tres años de sequía, por palabra del Profeta, que Jehová podía detener la lluvia a Su voluntad, y que los profetas de Baal no podían revertirla ni producir ni lluvia ni rocío. Ahora se hará una prueba más, una prueba de fuego, que vino más inmediatamente dentro de su propia provincia, ya que Baal era adorado como el señor del sol, y sus devotos se consagraban a él “pasando por el fuego” (2Re 16: 3). Por tanto, era un desafío que sus profetas no podían rechazar sin reconocer que no eran más que impostores.

Esta prueba de fuego no solo fue la que obligó a los profetas de Baal a salir a la luz y, por lo tanto, puso de manifiesto la vacuidad de sus pretensiones, sino que fue una prueba eminentemente calculada para apelar a las mentes del pueblo de Israel. ¡En cuántas gloriosas ocasiones en el pasado Jehová “respondió con fuego”! Esa fue la señal dada a Moisés en Horeb, cuando “el ángel de Jehová se le apareció en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y he aquí la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumió” (Éxodo 3:2). Este era el símbolo de Su presencia con Su pueblo en su peregrinaje por el desierto: “Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino; y de noche en una columna de fuego, para alumbrarlos” (Éxodo 13:21). Así fue cuando se hizo el Pacto y se dio la Ley, porque “el monte Sinaí humeaba por completo, porque Jehová descendía sobre él en fuego, y su humo subía como el humo de un horno” (Éxodo 19:18). Esta también fue la señal que dio de Su aceptación de los sacrificios que Su pueblo ofrecía sobre Su altar: “Salió fuego de delante de Jehová, y consumió sobre el altar el holocausto y la grasa; la gente vio, gritaron y se postraron sobre sus rostros” (Lv 9,24). Así fue en los días de David: ver 1 Crónicas 21:26. Por lo tanto, el descenso de fuego sobrenatural del cielo en esta ocasión haría

manifiesto al pueblo que el Señor Dios de Elías era verdaderamente el Dios de sus padres.

“El Dios que responde por el fuego.” ¡Que extraño! ¿Por qué no “el Dios que responde por el agua”? Eso era lo que la tierra necesitaba con tanta urgencia. Ciento, pero antes de que pudiera darse la lluvia, algo más tenía que intervenir. La sequía fue un juicio divino sobre el país idólatra y la ira de Dios debe ser apaciguada antes de que Su juicio pueda evitarse. Y esto nos lleva al significado más profundo de este notable drama. No puede haber reconciliación entre un Dios santo y los pecadores sino sobre la base de la expiación, y no puede haber expiación o remisión de pecados excepto por el derramamiento de *sangre*. La justicia divina debe ser satisfecha: la pena de la ley quebrantada debe ser infligida, ya sea sobre el culpable culpable o sobre un sustituto inocente. Y esta gran y básica verdad fue puesta inequívocamente ante los ojos de esa hueste reunida en el Monte Carmelo. Se sacrificaba un becerro, se cortaba en pedazos y se ponía sobre leña, y Aquel que hizo descender fuego y consumió ese sacrificio se declaró a sí mismo como el verdadero y único Dios de Israel. El fuego de la ira de Dios debe caer sobre las personas culpables o sobre un sustituto sacrificial.

Como hemos señalado anteriormente, el descenso de fuego del cielo sobre la víctima vicaria (1 Crónicas 21:26) no solo fue la manifestación de la santa ira de Dios, que consumió aquello sobre lo cual se depositó el pecado, sino que también fue el testimonio público de Su aceptación. del sacrificio, como subía a Él en el humo como un olor fragante. Por lo tanto, era una prueba evidente de que el pecado había sido tratado, expiado, quitado, vindicada y satisfecha ahora la santidad divina. Por eso fue que el día de Pentecostés descendió el Espíritu Santo, apareciendo como “lenguas repartidas como de fuego” (Hechos 2:3). En su explicación de los fenómenos de ese día, Pedro dijo: “A este mismo Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”; y más: “Sepa, pues, ciertamente toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús, a quien vosotros habéis crucificado, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:32-33, 36). El don del Espíritu como “lenguas como de fuego” evidenció la aceptación de Dios del sacrificio expiatorio de Cristo, testificó de Su resurrección de entre los muertos, afirmó Su exaltación al trono del Padre.

“El Dios que responde por el fuego.” El fuego, entonces, es la evidencia de la presencia divina (Ex 3:2): es el símbolo de Su ira que odia el pecado (Mar 9:43-49): es la señal de Su aceptación de un sacrificio designado y sustitutivo

(Lv 9,24): es el emblema del Espíritu Santo (Hch 2,3) que ilumina, inflama y limpia al creyente. Y es por el fuego que Él todavía tratará con el incrédulo, porque cuando el Redentor despreciado y rechazado regrese, será “en llama de fuego tomando venganza sobre los que no conocen a Dios ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo: los cuales serán castigados con eterna perdición lejos de la presencia del Señor” (2Tes 1:8-9). Y otra vez está escrito, “Enviaré el Hijo del hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo ya los que hacen iniquidad; y los echarán en un horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:41-42). Indescriptiblemente solemne es esto: ay que el púlpito infiel ahora oculte el hecho de que “nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). Oh, qué terrible despertar habrá todavía, porque en el último día parecerá que “el que no se halló inscrito en el Libro de la vida [del Cordero] fue lanzado al lago de fuego” (Apoc. 20:15).

“Que nos den, pues, dos becerros; y escojan ellos un novillo, y córtenlo en pedazos, y pónganlo sobre leña, y no pongan fuego debajo; y yo prepararé el otro becerro, y lo pondré sobre leña, y no pongan fuego debajo. E invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Jehová: y el Dios que respondiere por fuego, sea Dios.” Así se verá que la prueba presentada por Elías era triple: debía centrarse en torno a un sacrificio inmolado; era para evidenciar la eficacia de la oración; era hacer manifiesto al Dios verdadero por el descenso de fuego del cielo, que en su significado último apuntaba al don del Espíritu como el fruto de un Cristo ascendido. Y es en estos mismos tres puntos, mi lector, que cada religión, nuestra religión, debe ser probada hoy. ¿El ministerio bajo el cual te sientas enfoca tu mente, atrae tu corazón y exige tu fe en la muerte expiatoria del Señor Jesucristo? Si no lo hace, puede que sepa que no es el Evangelio de Dios. ¿Aquel a quien adoras es un Dios que responde oraciones? Si no, o adoras a un Dios falso, o no estás en comunión con el Dios verdadero. ¿Has recibido el Espíritu Santo como santificador? Si no, vuestro estado no es mejor que el de los paganos.

Por supuesto, debe tenerse en cuenta que esta fue una ocasión extraordinaria, y que el procedimiento de Elías no proporciona ningún ejemplo a seguir para los ministros de Cristo hoy. Si el Profeta no hubiera actuado de acuerdo con la comisión divina, habría actuado con loca presunción, tentando a Dios, exigiendo tal milagro de Sus manos, poniendo la verdad en tal peligro. Pero es bastante claro por su propia declaración que actuó siguiendo instrucciones del cielo; “Por mandato tuyo he hecho todas estas cosas” (1 Reyes 18:36). Eso, y nada más que eso, es regular a los siervos de Dios en todas sus empresas: no deben ir ni un ápice más allá de lo que su

divina comisión les exige. No debe haber experimentación, no actuar con voluntad propia, no seguir las tradiciones humanas, sino más bien hacer todas las cosas de acuerdo con la Palabra de Dios. Elías tampoco tuvo miedo de confiar en el Señor en cuanto al resultado. Había recibido sus órdenes y las había llevado a cabo con fe sencilla, plenamente seguro de que Jehová no le fallaría ni lo confundiría ante esa gran asamblea. Sabía que Dios no lo colocaría al frente de la batalla y luego lo abandonaría. Ciento, tendría que obrarse un milagro maravilloso, pero eso no ocasionaba ninguna dificultad a quien moraba en el lugar secreto del Altísimo.

“Y el Dios que responde por el fuego, sea Dios”: sea considerado y reconocido como el Dios verdadero. Que sea seguido, servido y adorado como tal. Dado que Él ha dado tal prueba de Su existencia, tales demostraciones de Su gran poder, tales manifestaciones de Su carácter, tal revelación de Su voluntad, toda incredulidad, indecisión y negativa a darle el lugar que le corresponde en nuestros corazones y vidas es absolutamente inexcusable. Entonces deja que Él sea tu Dios, entregándote a Él. Él no se impone a sí mismo sobre ti, sino que se digna a presentarse ante ti. Él se digna ofrecerse a Sí mismo para vuestra aceptación, os invita a elegirlo por un acto de vuestra propia voluntad. Sus derechos sobre ti están fuera de toda duda. Es por vuestro propio bien que debéis hacer de Él vuestro Dios, vuestro Bien supremo, vuestra Porción, vuestro Rey. Es su pérdida irreparable y destrucción eterna si no lo hace. Prestad atención, pues, a esa afectuosa invitación de su siervo: “Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (Rom 12: 1).

“Y todo el pueblo respondió y dijo: Bien dicho” (1Re 18:24). Estuvieron de acuerdo en que se debía hacer tal propuesta, porque les pareció un método excelente para determinar la controversia y llegar a la verdad sobre quién era el Dios verdadero y quién no. Esto sería una demostración a sus sentidos, el testimonio de un milagro. La palabra que Elías había dirigido a su conciencia los había dejado en silencio, pero una apelación a su razón fue aprobada de inmediato. Tal señal sobrenatural haría evidente que el sacrificio había sido aceptado por Dios, y estaban ansiosos por presenciar el experimento único. Su curiosidad estaba viva y estaban ansiosos por saber si Elías o los profetas de Baal obtendrían la victoria. Ay, así es la pobre naturaleza humana: lista para presenciar los *milagros* de Cristo, pero sorda a su *llamado al arrepentimiento*, complacida con cualquier espectáculo exterior que apele a los sentidos, pero disgustada con cualquier palabra que convenza y condene. ¿Es así con nosotros?

Debe notarse que Elías no solo les dio a sus oponentes la elección de los dos becerros, sino que también les concedió el escenario para el primer juicio para que pudieran, si pudieran, establecer los reclamos de Baal y su propio poder, y así resolver la disputa sin ninguna otra acción: sin embargo, sabiendo muy bien que serían frustrados y confundidos. A su debido tiempo, el Profeta haría, en todos los aspectos, lo que ellos habían hecho, para que no hubiera diferencia entre ellos. Solo se les impuso una restricción (como también a él mismo), a saber, "no poner fuego debajo" (v. 23) de la leña, para evitar cualquier fraude. Pero había un principio más profundo involucrado, uno que iba a ser inequívocamente demostrado ese día en el Carmelo: el extremo del hombre es la oportunidad de Dios. La absoluta impotencia de la criatura debe ser sentida y vista antes de que el poder de Dios pueda manifestarse. El hombre primero tiene que ser llevado al final de sí mismo antes de que se aprecie la suficiencia de la gracia divina. Solo aquellos que se saben perdidos y pecadores perdidos pueden dar la bienvenida a Aquel que es poderoso para salvar.

"Y Elías dijo a los profetas de Baal: Escogeos un novillo, y destripadlo primero; porque sois muchos; e invocad el nombre de vuestros dioses, pero no pongáis fuego debajo. Y tomaron el becerro que les había sido dado, y lo prepararon, e invocaron el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: Oh Baal, escúchanos. Pero no había voz, ni quien respondiese. Y saltaban sobre el altar que estaba hecho" (vv. 25-26). Por primera vez en su historia estos falsos sacerdotes no pudieron insertar la chispa secreta de fuego entre los palos que yacían sobre su altar. Se vieron obligados, por lo tanto, a depender de una apelación directa a su deidad patrona. Y esto lo hicieron con todas sus fuerzas. Dieron vueltas y más vueltas alrededor del altar en su salvaje y mística danza, rompiendo filas de vez en cuando para saltar arriba y abajo sobre el altar, repitiendo todo el tiempo su monótono cántico: "Oh Baal, escúchanos, oh Baal, escúchanos". fuego sobre el sacrificio. Se cansaron de hacer los diversos ejercicios de su culto idólatra, manteniéndolo durante tres horas enteras. ¿Está el lector inclinado a dedicarles una sonrisa de lástima? Si es así, le preguntamos: ¿Está seguro de que adora a Dios "en espíritu y en verdad"?

Pero a pesar de todo su celo y toda su importunidad con Baal, "no hubo voz ni nadie que respondiera". Qué prueba de que los ídolos no son más que "obra de manos de hombres. Tienen boca, pero no hablan; ojos tienen, pero no ven... tienen manos, pero sus manos no palpan; pies tienen, pero no andan... Los que los hacen son semejantes a ellos, así es todo aquel que confía en ellos" (Sal 115:4-8). Sin duda, Satanás podría haber enviado fuego (Job 1:9-12), y lo

haría, si pudiera haberlo hecho; pero no podía hacer nada excepto lo que le está permitido" (Thomas Scott). Sí, leemos de la segunda bestia de Apocalipsis 13 que "hace grandes prodigios, de modo que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres" (v. 13). Pero en esta ocasión, el Señor no permitiría que el diablo usara su poder, porque había un juicio abierto entre Él y Baal.

"Pero no había voz, ni quien respondiese." El altar estaba frío y sin humo, el becerro no se había consumido. La impotencia de Baal y la locura de sus adoradores se hicieron totalmente evidentes. La vanidad y el absurdo de la idolatría quedaron completamente expuestos. Ninguna religión falsa, querido lector, es capaz de hacer descender el Espíritu Santo, ni conceder respuestas sobrenaturales a la oración. Probados en estos tres puntos vitales, todos y cada uno fallan, como lo hizo la adoración de Baal ese día memorable en el Monte Carmelo.

"Y aconteció que al mediodía Elías se burlaba de ellos, y decía: Clamad en voz alta, porque es un dios; o habla, o persigue, o está de viaje, o tal vez duerme, y es necesario despertarlo" (1Re 18, 27). Hora tras hora los profetas de Baal habían invocado a su dios para hacer demostración pública de su existencia haciendo descender fuego del cielo y consumir el sacrificio que habían puesto sobre su altar, pero todo fue en vano: "no había voz, ni ninguno que respondiera." Y ahora el silencio fue roto por la voz de la sierva del Señor, hablando con burla. El absurdo y la infructuosidad de sus esfuerzos merecieron abundantemente este mordaz sarcasmo. El sarcasmo es un arma peligrosa de emplear, pero su uso está plenamente justificado para exponer las ridículas pretensiones del error y, a menudo, es muy eficaz para convencer a los hombres de la locura y la irracionalidad de sus métodos. Era debido al pueblo de Israel que Elías debía despreciar a aquellos que buscaban engañarlos.

"Y sucedió que al mediodía, Elías se burlaba de ellos". Fue al mediodía, cuando el sol estaba más alto y los falsos sacerdotes tenían la mejor oportunidad de éxito, que Elías se acercó a ellos y en términos irónicos les pidió que aumentaran sus esfuerzos. Estaba tan seguro de que nada podría evitar su total desconcierto que podía permitirse el lujo de ridiculizarlos sugiriendo una causa para la indiferencia de su dios: "quizás duerme y es necesario despertar". El caso es tan urgente, tu crédito y su honor están en juego tanto, que debes despertarlo: por lo tanto, grita más fuerte, porque tus gritos actuales son demasiado débiles, no se escuchan, tu voz no llega a su remota morada: tú debes redoblar tus esfuerzos para llamar su atención. Así los fieles e intrépidos tisbitas ridiculizaron su impotencia y despreciaron su

derrota. Sabía que así sería, y que ningún celo de su parte podría cambiar las cosas.

¿Está sorprendido el lector por estas declaraciones sarcásticas de Elías en esta ocasión? Entonces recordémosle que está escrito en la Palabra de Verdad: “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos” (Sal 2:4). Esto es indescriptiblemente solemne, pero inequívocamente justo: se habían reído de Dios y ridiculizado sus advertencias y amenazas, y ahora Él responde a esos necios de acuerdo con su insensatez. El Altísimo es en verdad paciente, pero hay un *límite* para Su paciencia. Él llama a los hombres, pero ellos se niegan. Extiende su mano hacia ellos, pero no le hacen caso. Él les aconseja, pero ellos lo descartan todo; Él reprende, pero ellos no aceptarán nada de eso. ¿Será, entonces, burlado de Él con la impugnación? No. Él declara: “Yo también me reiré de vuestra calamidad; Me burlaré cuando venga vuestro temor; cuando vuestro temor venga como desolación, y vuestra destrucción venga como torbellino; cuando os sobrevenga angustia y angustia. Entonces me invocarán, y no responderé; de madrugada me buscarán, y no me hallarán” (Prov 1, 26-28).

El escarnio de Elías en el monte Carmelo no fue más que una sombra del escarnio del Todopoderoso en el día en que juzgará. ¿Está echada ahora nuestra propia suerte en un día así? “Porque aborrecieron el conocimiento, y no escogieron el temor de Jehová; no quisieron mis consejos, despreciaron todas mis reprensiones” (Proverbios 1:29-30). ¿Quién con algún discernimiento espiritual puede negar que esas temibles palabras describen con precisión la conducta de nuestra propia generación, especialmente durante los últimos doce años, y notablemente en el momento presente? Es, entonces, la terrible sentencia que ahora se pronuncia: “Comerán, pues, del fruto de su propio camino, y se hartarán de sus propios ardides. Porque la comodidad [margen] de los simples los matará y la prosperidad de los necios los destruirá” (31-32)? Si es así, ¿quién puede cuestionar su rectitud? Cuán bendecido es notar que este pasaje indescriptiblemente solemne termina con: “Mas el que me escucha, habitará seguro, y estará tranquilo del temor del mal” (33). Esa es una promesa preciosa para que la fe se aferre, para suplicar ante Dios y esperar una respuesta a eso, porque nuestro Dios no es sordo o impotente como Baal.

Uno habría pensado que esos sacerdotes de Baal habían percibido que Elías solo se estaba burlando de ellos mientras los azotaba con una ironía tan cortante, ¡pues qué clase de dios debe ser el que responde a la descripción del Profeta! Sin embargo, tan encaprichados y estúpidos estaban aquellos devotos de Baal que no parecen haber discernido el sentido de sus palabras, sino más

bien haberlas considerado como un buen consejo. En consecuencia, se animaron a sí mismos a un fervor aún mayor, y con las medidas más bárbaras se esforzaron por conmover a su dios al ver la sangre que derramaron por amor a él y celo en su servicio, y en lo que suponían que se deleitaba. ¡Qué pobres y miserables esclavos son los idólatras cuyos objetos de adoración pueden ser gratificados con sangre humana y con los tormentos autoinfligidos de sus adoradores! Siempre ha sido cierto, y todavía lo es hoy, que “los lugares tenebrosos de la tierra están llenos de moradas de crueldad” (Sal. 74:20). Cuán agradecidos deberíamos estar si un Dios soberano nos ha librado misericordiosamente de tales supersticiones.

“Y gritaban a gran voz, y se cortaban según su costumbre con cuchillos y lancetas, hasta que la sangre brotaba sobre ellos” (1 Reyes 18:28). Qué concepto deben haber tenido de su deidad que requería maceraciones tan crueles [1] en sus manos! Escenas similares se pueden presenciar hoy en día en el paganismo, y en una forma más suave entre los romanistas engañados con sus penitencias. El servicio de Satanás, ya sea en la observancia del culto idólatra o en la práctica de inmorralidades, mientras promete indulgencia a las concupiscencias de los hombres, es cruel con sus personas y tiende a atormentarlos en este mundo. Jehová prohibió expresamente a sus adoradores “cortarse” (Dt 14:1). Él ciertamente requiere que mortifiquemos nuestras corrupciones, pero las severidades corporales no le agradan. Él sólo desea nuestra felicidad, y nunca requiere una cosa que no tenga una tendencia directa a hacernos más santos para que podamos ser más felices, porque no puede haber felicidad real fuera de la santidad.

“Y aconteció, pasado el mediodía, y ellos profetizaban hasta la hora de la ofrenda del sacrificio de la tarde, que no hubo voz, ni quien respondiera, ni quien prestara atención” (1Re 18:29). Así continuaron orando y profetizando, cantando y danzando, cortándose y sangrando, hasta la hora en que se ofreció el sacrificio de la tarde en el templo de Jerusalén, que fue a las 3 de la tarde. Durante seis horas sin interrupción habían importunado a su dios. ¡Cómo avergüenzan los paganos a muchos cristianos profesantes hoy en día, que piensan que la adoración a Dios es un cansancio y que el servicio es demasiado largo si dura un par de horas! Cuatro horas no es demasiado tiempo para un baile o alguna otra locura. ¿Por qué es esto? Porque su corazón está en ella, mientras que al subir a la casa de oración sólo siguen la costumbre. Pero todos los esfuerzos y las súplicas de los profetas de Baal no estaban disponibles: ningún fuego descendió para consumir su sacrificio. ¡Seguramente los extremos a los que habían llegado eran suficientes para conmover la compasión de cualquier deidad! Y puesto que los cielos

permanecieron en completo silencio, ¿no demostró a la gente que la religión de Baal y su adoración eran un engaño y una farsa?

“No hubo voz, ni nadie que respondiera, ni nadie que mirara”. ¡Cómo expuso esto la impotencia de los dioses falsos! Son criaturas impotentes, incapaces de ayudar a sus devotos en la hora de necesidad. Son inútiles para esta vida; ¡cuánto más para la vida venidera! En ninguna parte se evidencia más claramente la imbecilidad que produce el pecado que en la idolatría. Pone en ridículo a sus víctimas, como se manifestó allí en el Carmelo. Los profetas de Baal levantaron su altar y colocaron sobre él el sacrificio, y luego invocaron a su dios por espacio de seis horas para evidenciar su aceptación de su ofrenda. Pero en vano. Su importunidad no encontró respuesta: los cielos eran como bronce. Ninguna lengua de fuego saltó del cielo para lamer la carne del toro sacrificado. El único sonido que se escuchaba eran los gritos de angustia de los labios de los sacerdotes frenéticos mientras se maltrataban a sí mismos hasta que la sangre brotaba a borbotones.

Y mi lector, si eres un adorador de ídolos y continúas siéndolo, aún descubrirás que tu dios es tan impotente y decepcionante como lo fue Baal. ¿Es tu vientre tu dios? ¿Ponéis vuestro corazón en disfrutar de la abundancia de la tierra, comiendo y bebiendo no para vivir, sino viviendo para comer y beber? ¿Tu mesa gime bajo los lujos de la tierra, mientras muchos hoy carecen de sus necesidades? Entonces sabe esto: si persistes en esta maldad y locura, llegará la hora en que descubrirás la locura de tal proceder. Cuando tu sistema digestivo esté arruinado, cuando la sola vista de los manjares que anhelabas te asuste, cuando los médicos no puedan darte un nuevo estómago o prolongar tu miserable existencia, entonces será completamente en vano para ti rezar a los sabrosos platos, porque son impotentes para ayudarte. Y en el infierno tu angustia será inconmensurablemente mayor: no solo se te negará cualquier alivio de tus sufrimientos, sino que se te pedirá que “recuerdes que en vida recibiste tus cosas buenas... pero ahora” estás en tormento (Lucas 16:25).

¿Es el placer tu dios? ¿Pones tu corazón en un torbellino incesante de alegría? ¿Corriendo de una forma de entretenimiento a otra, gastando todo su tiempo y dinero disponibles en visitar los llamativos espectáculos de “Vanity Fair”? ¿Tus horas de recreación se componen de una ronda continua de emoción y alegría? Entonces sabe esto: si persistes en esta locura y maldad, llegará la hora en que probarás los amargos posos que yacen en el fondo de tal copa. Cuando tu sistema nervioso esté destrozado al convertirse en un día en que las mismas cosas que tanto anhelabas te empañen, cuando te resulte imposible obtener alguna “emoción” de las vanidades que una vez te cautivaron, entonces descubrirás el vacío de tales chucherías y su ineficacia

para ministrar alivio en su hora de necesidad. ¿De qué serviría orar a objetos tales como la pista de carreras, el partido de fútbol, el teatro, el salón de baile? ¿Podría alguna estrella de cine o compañero mundano aliviar tu almohada moribunda o darte algún verdadero consuelo en el umbral de una eternidad sin esperanza?

¿Mamón es tu dios? ¿Pones tu corazón en las riquezas materiales, dedicando todas tus energías a la obtención de lo que imaginas que te dará poder sobre los hombres, un lugar de prominencia en el mundo social, que te permitirá obtener aquellas cosas que se supone que te proporcionarán comodidad? y satisfacción? ¿Es la adquisición de propiedades, un gran saldo bancario, la posesión de bonos y acciones por lo que estás intercambiando tu alma? Entonces sabe esto: si persistes en un curso tan insensato y malvado, llegará el momento en que descubrirás la inutilidad de tales cosas y su impotencia para mitigar tu remordimiento. Puedes adorar tu imagen dorada ahora, pero en un día de crisis será inútil pedirle ayuda. Cuando llegue la temible citación: "Necio, esta noche se te pedirá tu alma", aunque seas millonario, toda tu riqueza no podrá comprarte un solo momento de indulto.

¡Oh la locura, la locura consumada de servir a falsos dioses! Desde el punto de vista más elevado, es locura, porque es una afrenta al verdadero Dios, dar a algún otro objeto lo que se le debe solo a Él, un insulto que Él no tolerará ni pasará por alto. Pero incluso en el terreno más bajo es una crasa locura; porque ningún dios falso, ningún ídolo, es capaz de proporcionar una ayuda real en el momento en que el hombre más necesita ayuda. Ninguna forma de idolatría, ningún sistema de religión falsa, ningún dios sino el verdadero, puede enviar respuestas milagrosas a la oración, puede proporcionar evidencia satisfactoria de que el pecado es quitado, puede dar el Espíritu Santo, quien, como fuego, ilumina el entendimiento, calienta el corazón y limpia el alma. Un dios falso no podría enviar fuego sobre el Monte Carmelo, y no puede hacerlo hoy. Entonces vuélvete al Dios verdadero, mi lector, mientras aún hay tiempo.

Antes de pasar, hay otro punto que debe ser notado en lo que ha estado ante nosotros, un punto que contiene una lección importante para esta era superficial. Digámoslo así: el gasto de gran fervor y entusiasmo no es prueba de una causa verdadera y buena. Hay una gran clase de personas de mente superficial hoy en día que concluyen que una demostración de celo y fervor religiosos es un signo real de espiritualidad, y que tales virtudes compensan completamente cualquier falta de conocimiento y sana doctrina que pueda haber. "Dame un lugar", dicen ellos, "donde haya mucha vida y calor, aunque no haya profundidad en la predicación, en lugar de un ministerio sano que es

frío y poco atractivo". Ah mi lector, no es oro todo lo que reluce. ¡Esos profetas de Baal estaban llenos de fervor y fervor fervoroso, pero era por una causa falsa, y no trajeron nada del cielo! Entonces tome la advertencia de eso, y guíese por la Palabra de Dios y no por lo que atrae sus emociones o el amor por la emoción.

"Y Elías dijo a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y todo el pueblo se acercó a él" (1 Reyes 18:30). Claramente era evidente que no se podía ganar nada esperando más. La prueba que había sido propuesta por Elías, que había sido aprobada por el pueblo y que había sido aceptada por los falsos profetas, había demostrado de manera convincente que Baal no podía pretender ser el (verdadero) Dios. Así había llegado el tiempo para que el siervo de Jehová actuara. Notable moderación había ejercido a lo largo de esas seis horas mientras permitía que sus oponentes ocuparan el escenario de acción, rompiendo el silencio solo una vez para incitarlos a aumentar su esfuerzo. Pero ahora se dirige a la gente, pidiéndoles que se acerquen a él, para que puedan observar mejor sus acciones. Respondieron de inmediato, sin duda curiosos por ver lo que haría y preguntándose si su apelación al cielo tendría más éxito que la de los profetas de Baal.

"Y reparó el altar de Jehová que estaba derribado" (v. 30). Note bien su primera acción, que fue diseñada para hablar a los corazones de aquellos israelitas. Otro ha señalado que aquí en el Carmelo, Elías hizo un triple llamamiento al pueblo. Primero, había apelado a su conciencia, cuando les preguntó y luego los exhortó: "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? si Jehová es Dios, seguidle; mas si es Baal, seguidle" (v. 21). En segundo lugar, había apelado a la razón de ellos, cuando propuso que se hiciera un juicio entre los profetas de Baal y él mismo de que "el Dios que responde por el fuego sea Dios" (v. 24). Y ahora, al "reparar el altar de Jehová", apeló a sus corazones. En él ha dejado un admirable ejemplo a seguir para los siervos de Dios de todas las épocas. Los ministros de Cristo deben dirigirse a las conciencias, los entendimientos y los afectos de sus oyentes, porque sólo así se puede presentar adecuadamente la Verdad, alcanzar las principales facultades del alma de los hombres y esperar de ellos una decisión definitiva para el Señor. . Debe mantenerse un equilibrio entre la Ley y el Evangelio. Debe escudriñarse la conciencia, convencerse la mente, calentarse los afectos, si se ha de mover la voluntad a la acción. Así fue con Elías en el Carmelo.

"Y Elías dijo a todo el pueblo: Acercaos a mí. Y toda la gente se acercó a él." Cuán fuerte e inquebrantable fue la confianza del Profeta en su Dios. Sabía muy bien lo que su fe y oración habían obtenido del Señor, y no tenía el menor temor de que ahora sería defraudado y confundido. El Dios de Elías nunca falla

a nadie que confíe en Él con todo su corazón. Pero el Profeta estaba decidido a que esta respuesta por fuego fuera indiscutible. Por lo tanto, invitó al pueblo a escrutar más de cerca mientras reparaba el altar roto de Jehová. Deben estar lo más cerca posible para que puedan ver por sí mismos que no hubo engaño, ni inserción de ninguna chispa secreta debajo de la madera sobre la que se colocó el novillo sacrificado. Ah, lector mío, la Verdad no teme la investigación más cercana: no rehuye la luz, sino que la corteja. Es el Maligno y sus emisarios quienes aman la oscuridad y el secreto y actúan bajo el manto del misticismo. No hay nada que Roma tema tanto como la Biblia abierta.

“Y reparó el altar de Jehová que estaba derribado” (v. 30). Hay mucho más aquí de lo que parece a primera vista. Se arroja luz al respecto al comparar el lenguaje de Elías en 19:10: “los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares”. De acuerdo con la Ley de Moisés, había un solo altar sobre el cual se podían ofrecer sacrificios, y allí era donde el Señor había fijado Su residencia peculiar, desde los días de Salomón, en Jerusalén. Pero antes de que se erigiera el tabernáculo, se podían ofrecer sacrificios en cualquier lugar, y en la dispensación anterior se construían altares dondequiera que los patriarcas residían durante algún tiempo, y es probablemente a ellos a los que aludía Elías en 19:10. Este altar roto, entonces, fue un testimonio solemne de que el pueblo se había apartado de Dios. La reparación de la misma por parte del Profeta fue una reprensión del pueblo por su pecado, una confesión del mismo en su nombre y, al mismo tiempo, llevarlos de vuelta al lugar de origen.

Y lector, esto se registra para nuestra instrucción: Elías comenzó por reparar el altar roto. Y ahí es donde debemos comenzar si la bendición del cielo ha de venir nuevamente sobre las iglesias y sobre nuestra tierra. En muchos hogares que profesan ser cristianos hay un altar de Dios descuidado. Hubo un tiempo en que la familia se reunía y reconocía a Dios en la autoridad de Su Ley, en la bondad de Su providencia diaria, en el amor de Su redención y gracia continua, pero ya no se escucha el sonido de la adoración unida ascendiendo desde el hogar. La prosperidad, la mundanalidad, el placer, ha silenciado los acentos de la devoción. El altar se ha derrumbado: la sombra oscura del pecado se posa sobre el hogar. Y no puede haber acercamiento a Dios mientras no se confiese el pecado. Los que encubren el pecado no pueden prosperar (Prov 28:13). El pecado debe ser confesado antes de que Dios responda con fuego santo. Y el pecado debe ser confesado tanto de hecho como de palabra: el altar debe ser levantado de nuevo. ¡El cristiano debe volver al lugar de comienzo! Ver Génesis 13:1-4; ¡Apocalipsis 2:4-5!

“Y Elías tomó doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob, a quienes vino palabra de Jehová, diciendo: Israel será tu nombre” (1 Reyes 18:31). Esto fue muy sorprendente y bendito, porque estaba tomando el lugar de la fe contra la evidencia de la vista. Estaban presentes en esa asamblea solo los súbditos de Acab y, en consecuencia, miembros de ninguna sino de las diez tribus. Pero Elías tomó doce piedras para construir el altar, dando a entender que iba a ofrecer sacrificio en nombre de toda la nación (cf. Jos 4,20; Esd 6,17). De ese modo dio testimonio de su unidad, la unión existente entre Judá y las diez tribus. El Objeto de su adoración había sido originalmente el mismo y debe serlo ahora. Así, Elías vio a Israel desde el punto de vista divino. En la mente de Dios, la nación había aparecido ante Él como una desde toda la eternidad. Exteriormente ahora eran dos. Pero el Profeta ignoró esa división: no anduvo por vista, sino por fe (2Co 5:7). Esto es en lo que Dios se deleita. La fe es lo que lo honra, y por lo tanto Él siempre reconoce y honra la fe dondequiera que se encuentre. Lo hizo aquí en el Carmelo, y lo hace hoy. “Señor, aumenta nuestra fe”.

¿Y cuál es la gran verdad simbolizada por este incidente? ¿No es obvio? ¿No debemos mirar más allá del Israel *típico* y natural hacia el Israel *espiritual* y antitípico, la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo? Seguramente. ¿Y que? Esto: en medio de la dispersión generalizada que ahora prevalece —los “hijos de Dios” que están esparcidos por todas partes (Juan 11:52)— entre las diversas denominaciones, no debemos perder de vista la unidad mística y esencial de todo el pueblo de Dios. Aquí, también, debemos caminar por fe y no por vista. Debemos ver las cosas desde el punto de vista divino: debemos contemplar esa Iglesia que Cristo amó y por la cual se entregó tal como existe en el propósito eterno y los consejos eternos de la Santísima Trinidad. Nunca veremos la unidad de la Esposa, la esposa del Cordero, visiblemente manifestada ante nuestros ojos hasta que la veamos descender del cielo “teniendo la gloria de Dios”. Pero mientras tanto es nuestro deber y privilegio entrar en el ideal de Dios, percibir la unidad espiritual de Sus santos y reconocer esa unidad al recibir en nuestro afecto a todos los que manifiestan algo de la imagen de Cristo, ya sean conocidos como anglicanos, Presbiterianos, Bautistas, Hermanos de Plymouth, o cualquiera de las designaciones que ahora se obtienen entre los hombres. Tal es la verdad inculcada por las “doce piedras” usadas por Elías.

“Y Elías tomó doce piedras, conforme al número de las tribus de los hijos de Jacob”. Notemos también cómo Elías fue regulado aquí por la Ley del Señor. Dios había dado instrucciones expresas acerca de Su altar: “Si me hicieses altar de piedra, no la labres de cantería; porque si alzares sobre él

herramienta, lo profanarás. Ni subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra en él tu desnudez" (Éxodo 20:25-26). En estricta conformidad con ese estatuto divino, Elías no mandó traer piedras que hubieran sido extraídas y pulidas por el arte humano, sino que usó piedras ásperas y sin labrar que estaban sobre la ladera de la montaña. Tomó lo que Dios había provisto y no lo que el hombre había hecho. Actuó de acuerdo con el patrón divino que se le proporcionó en las Sagradas Escrituras, porque la obra de Dios debe hacerse de la manera y el método designado por Dios.

Esto también está escrito para nuestro aprendizaje. Cada uno de los actos en esta ocasión, cada detalle del procedimiento de Elías, debe ser observado y ponderado si queremos descubrir lo que se requiere de nosotros para que el Señor se muestre fuerte a nuestro favor. En relación con Su servicio, Dios no ha dejado las cosas a nuestra discreción ni a los dictados de la sabiduría o conveniencia humana. Él nos ha provisto de un "patrón" (comparar Heb 8:5), y Él es muy celoso de ese patrón y requiere que estemos ordenados por el mismo. Todo debe hacerse como Dios lo ha mandado. En el momento en que nos apartamos del modelo de Dios, es decir, en el momento en que no actuamos en estricta conformidad con un "así dice el Señor", estamos actuando con voluntad propia y ya no podemos contar con Su bendición. No debemos esperar "el fuego de Dios" hasta que hayamos cumplido plenamente Sus requisitos.

En vista de lo que se acaba de señalar, ¿debemos tener alguna dificultad para descubrir por qué la bendición de Dios se ha apartado de las iglesias, por qué Su poder obrador de milagros ya no se ve obrando en medio de ellas? Es porque ha habido una desviación tan lamentable de Su "patrón", porque han entrado tantas innovaciones, porque han empleado armas carnales en su guerra espiritual, porque han introducido inicuamente medios y métodos mundanos. En consecuencia, el Espíritu Santo se entristece y se apaga. El ocupante del púlpito no solo debe prestar atención al mandato divino y predicar "la predicación que yo te mando" (Jon 3:2), sino que todo el servicio, la disciplina y la vida de la iglesia deben estar regulados por las instrucciones que Dios ha dado. . El camino de la obediencia es el camino de la prosperidad espiritual y la bendición, pero el camino de la obstinación y el egoísmo es uno de impotencia y desastre.

"Y con las piedras edificó un altar en el nombre de Jehová; y alrededor del altar hizo una zanja que cabía para dos medidas de semilla" (1 Reyes 18:32). Ah, tomen nota de eso: "Él edificó un altar en el nombre de Jehová." Es decir, por Su autoridad, para Su gloria. Y así debe ser siempre con nosotros: "Todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor

Jesús” (Col 3:17). Esta es una de las reglas básicas para el gobierno de todas nuestras actuaciones. ¡Oh, qué diferencia haría si los cristianos profesantes fueran regulados de esa manera! Cuántas dificultades se eliminarían y cuántos problemas se resolverían. El joven creyente a menudo se pregunta si esta o aquella práctica es correcta o incorrecta. Que sea llevado a esta piedra de toque: ¿Puedo pedir la bendición de Dios sobre él? ¿Puedo hacerlo en el nombre del Señor? Si no, entonces es *pecaminoso*. Ay, cuánto se está haciendo ahora en la cristiandad bajo el santo Nombre de Cristo que Él nunca ha autorizado, que es gravemente deshonroso para Él, que es un hedor en Sus fosas nasales. “Apártese de iniquidad aquel que invoca el nombre de Cristo” (2Ti 2:19).

“Y puso la leña en orden, y cortó el becerro en pedazos, y lo puso sobre la leña” (1Re 18:33). Y aquí nuevamente, observe cuán estrictamente Elías se apegó al “modelo” que le dieron las Escrituras. A través de Moisés, el Señor había dado órdenes en relación con el holocausto de que “desollará el holocausto y lo dividirá en sus pedazos. Y los hijos de Aarón, los sacerdotes, pondrán fuego sobre el altar, y pondrán la leña en orden sobre el fuego; y los sacerdotes, hijos de Aarón, pondrán en orden las partes, la cabeza y la grosura sobre la leña” (Lev. 1:6-8). Esos detalles en la conducta de Elías son tanto más notables cuanto que se registra de los profetas de Baal en esta ocasión: nada se dice de ellos “poniendo la leña en orden” o de “cortar el becerro en pedazos y ponerlo sobre el madera”, sino meramente que “lo labraron e invocaron el nombre de Baal” (1 Reyes 18:26). Ah, es en estas “pequeñas cosas”, como las llaman los hombres, que vemos la diferencia entre los verdaderos y los falsos siervos de Dios.

“Y puso la leña en orden, y cortó el becerro en pedazos, y lo puso sobre la leña”. ¿Y no hay aquí también una instrucción importante para nosotros? La obra del Señor no debe realizarse con descuido y prisa, sino con gran precisión y reverencia. Piensa en el servicio de quién estamos comprometidos si somos los ministros de Cristo. ¿No tiene Él ricamente derecho a lo mejor de nosotros? Cómo debemos “esforzarnos para presentarnos a Dios aprobados”, si hemos de ser “obreros que no tienen de qué avergonzarse” (2Ti 2:15). Qué palabra tan terrible es la de Jeremías 48:10: “Maldito el que hiciere negligentemente la obra de Jehová” (margen): entonces busquemos gracia para prestar atención a esta maldición en la preparación de nuestros sermones (o artículos) o lo que sea. emprendemos en nombre de nuestro Maestro. Escudriñando en verdad es aquella declaración de Cristo: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lc 16,10). No solo se trata de la gloria

de Dios inmediatamente, sino que también está involucrada la eterna bienaventuranza o aflicción de las almas inmortales cuando participamos en la obra del Señor.

“Y puso la leña en orden, y cortó el becerro en pedazos, y lo puso sobre la leña, y dijo: Llenad cuatro toneles de agua, y derramadla sobre el holocausto y sobre la leña. Y él dijo: Hazlo la segunda vez. Y ellos lo lograron la segunda vez. Y él dijo: Hazlo la tercera vez. y lo hicieron la tercera vez. Y el agua corría alrededor del altar; y llenó también de agua la zanja” (1Re 18,33-35). ¡Qué tranquilo y digno era su comportamiento! No hubo prisa, ni confusión, todo se hizo “decentemente y en orden”. No tenía miedo al éxito, pero estaba seguro del resultado. Algunos se han preguntado de dónde se podría obtener tanta agua después de una sequía de tres años, pero debe recordarse que el mar estaba cerca, y sin duda fue de él que se trajo el agua: doce barriles en total, nuevamente correspondientes al número de las tribus de Israel!

Antes de continuar, detengámonos y contemplemos aquí la fuerza de la fe del Profeta en el poder y la bondad de su Dios. El derramamiento de tanta agua sobre el altar, la inundación de la ofrenda y la leña debajo de ella, haría que pareciera completamente impracticable y poco probable que algún fuego la consumiera. Elías estaba decidido a que la interposición divina fuera más convincente e ilustre. Estaba tan seguro de Dios que no temía acumular dificultades en Su camino, sabiendo que no puede haber dificultad para Aquel que es omnisciente y omnipotente. Cuanto más improbable fuera la respuesta, más glorificado en ella sería su Maestro. ¡Oh fe maravillosa que sabe reírse de las imposibilidades, que puede incluso aumentarlas hasta tener el gozo de ver a Dios vencerlas! Es la fe audaz y aventurera la que Él se deleita en honrar. ¡Ay, qué poco de esto contemplamos ahora! Verdaderamente este es un día de “pequeñas cosas”. Sí, es un día en que abunda la incredulidad. La incredulidad se horroriza ante las dificultades, los planes para eliminarlas, ¡como si Dios necesitara nuestra ayuda!

“Y aconteció que a la hora de ofrecerse el sacrificio de la tarde, se acercó el profeta Elías” (v. 36). Al esperar hasta la hora en que se ofreció “el sacrificio de la tarde” (en el templo), Elías reconoció su comunión con los adoradores en Jerusalén. ¿Y no hay una lección en esto para muchos del pueblo del Señor en este día oscuro? “Viviendo en lugares aislados, privados de los medios de la gracia, deben recordar la hora del servicio de predicación semanal y la reunión de oración, y en la misma hora acercarse al Trono de la Gracia y mezclar sus peticiones con los de sus hermanos allá en la iglesia de su juventud. Es nuestro santo privilegio tener y mantener comunión espiritual con los santos cuando el contacto corporal con ellos ya no es posible. Que

Traducido por: David Taype

también los enfermos y los ancianos, aunque privados de las ordenanzas públicas, se unan así al coro general de alabanza y acción de gracias. Especialmente debemos atender a este deber y disfrutar de este privilegio durante las horas del sábado.

“Y aconteció que a la hora de ofrecerse el sacrificio de la tarde, se acercó el profeta Elías.” Pero algo más, algo más profundo, algo más precioso fue denotado por la espera de Elías hasta ese momento en particular. Ese “sacrificio vespertino” que se ofrecía todos los días en el templo de Jerusalén, tres horas antes de la puesta del sol, apuntaba hacia el holocausto antítípico, que debía ser inmolado cuando llegara la plenitud de los tiempos. Confiado en ese Gran Sacrificio por los pecados del pueblo de Dios que el Mesías ofrecería cuando apareciera en la tierra, Su siervo ahora tomó su lugar junto a un altar que apuntaba hacia la Cruz. Elías, así como Moisés, tenían todo un intenso interés en aquel Gran Sacrificio, como queda muy claro en el hecho de que “hablaron de su partida que había de cumplir en Jerusalén” cuando se aparecieron y hablaron con Cristo en el Monte de la Transfiguración (Lucas 9:30, 31). ¡Fue con su fe dependiendo de la sangre de Cristo (no la sangre de un becerro) que Elías ahora presentó sus peticiones a Dios!

“Y aconteció que a la hora de ofrecerse el sacrificio de la tarde, se acercó el profeta Elías”, es decir, al altar que había edificado y sobre el cual había puesto el sacrificio. Sí, “se acercó”, ¡aunque esperaba una respuesta por medio del fuego! pero no en lo más mínimo miedo. De nuevo decimos, ¡qué santa confianza en Dios! Elías estaba completamente seguro de que Aquel a quien servía, a quien ahora estaba honrando, no lo lastimaría. Ah, su larga estancia en el arroyo Querit y los largos días que pasó en su aposento alto en la casa de la viuda en Sarepta no habían sido en vano. Había aprovechado el tiempo al pasarla en el lugar secreto del Altísimo, morando bajo la sombra del Todopoderoso, y allí había aprendido preciosas lecciones que ninguna de las escuelas de los hombres puede impartir. Compañero ministro, permítanos señalar que el poder de Dios en las ordenanzas públicas solo puede adquirirse recurriendo al poder de Dios en privado. La osadía santa ante el pueblo debe obtenerse mediante la postración del alma ante el escabel de la misericordia en el aposento.

“Y dijo: Jehová Dios de Abraham, de Isaac y de Israel” (1 Reyes 18:36). Esto fue mucho más que una referencia a los antepasados de su pueblo o los fundadores de su nación. Era algo más que una declaración patriótica o sentimental. Dio más evidencia de la fuerza de su fe y puso de manifiesto el terreno sobre el cual descansaba. Era reconocer a Jehová como el Dios del Pacto de Su pueblo, y quien como tal había prometido nunca abandonarlos. El

Señor había hecho un pacto solemne con Abraham (Gén. 17:7, 8), que había renovado con Isaac y Jacob. A ese pacto se refirió el Señor cuando se apareció a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3:6 y cf. 2:24). Cuando Israel fue oprimido por los sirios en los días de Joacaz, se nos dice que “Jehová se apiadó de ellos, se compadeció de ellos y los miró con respeto, a causa de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob” (2 Reyes 13:23). La fe en acción de Elías en el pacto ante los oídos del pueblo les recordó el fundamento de su esperanza y bendición. Oh, qué diferencia hace cuando somos capaces de invocar “la sangre del pacto eterno” (Hebreos 13:20).

“Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel” (1 Reyes 18:36). Esta fue la primera petición de Elías, y fíjate bien en su naturaleza, porque manifiesta claramente su propio carácter. El corazón del Profeta estaba lleno de un celo ardiente por la gloria de Dios. No podía soportar pensar en esos altares destrozados y profetas martirizados. No podía tolerar que la tierra fuera contaminada con la idolatría de los paganos que insulta a Dios y destruye el alma. No era él mismo lo que le importaba, sino el horrible hecho de que el pueblo de Israel estaba considerando la idea de que el Dios de Abraham, Isaac y Jacob había abdicado en favor de Baal. Su espíritu se conmovió hasta lo más profundo al contemplar cuán flagrante y gravemente se deshonraba a Jehová. ¡Oh, que nos conmoviéramos más profundamente por el estado languideciente de la causa de Cristo sobre la tierra hoy, por las incursiones del Enemigo y la terrible desolación que ha causado en Sión! ¡Ay de que un espíritu de indiferencia, o al menos de estoicismo fatalista, nos esté congelando a tantos de nosotros!

La carga principal de la oración de Elías era que Dios se vindicara a sí mismo ese día, que hiciera conocer su gran poder, que volviera el corazón del pueblo hacia sí mismo. Solo cuando podemos mirar más allá de los intereses personales y rogar por la gloria de Dios, llegamos al lugar donde Él no nos negará. Por desgracia, estamos tan ansiosos por el éxito de nuestro trabajo, la prosperidad de nuestra iglesia o denominación, que perdemos de vista el asunto infinitamente más importante de la vindicación y el honor de nuestro Maestro. ¡Es de extrañar que nuestro círculo disfrute tan poco de la bendición de Dios! Nuestro bendito Redentor nos ha dado un mejor ejemplo: “No busco mi propia gloria” (Jn 8,50), declaró aquel que era “manso y humilde de corazón”. “Padre, glorifica tu nombre” (Juan 12:28), era el deseo dominante de Su corazón. Cuando anhelaba que sus discípulos dieran fruto fue que, “en esto es glorificado mi Padre” (Juan 15:8). “Yo te he glorificado en la tierra” (Juan 17:4) dijo el Hijo al término de Su misión. Y ahora Él declara: “Todo lo que

Traducido por: David Taype

pidáis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo” (Juan 14:13).

“Sea notorio hoy que tú eres Dios en Israel, y que yo soy tu siervo”. Qué bienaventurado contemplar a este hombre, por cuya palabra se cerraron las ventanas de los cielos, por cuyas oraciones los muertos fueron devueltos a la vida, ante quien incluso el rey se acobardó; qué bienaventurado, decimos, verlo ocupar tal lugar delante de Dios. “Que se sepa... que soy tu siervo”. Era el lugar subordinado, el lugar bajo, el lugar donde estaba bajo órdenes. Un “siervo” es aquel cuya voluntad está completamente rendida a otro, cuyos intereses personales están completamente subordinados a los de su amo, cuyo deseo y alegría es agradar y honrar a quien lo emplea. Y esta fue la actitud de Elías: se entregó por completo a Dios, buscando su gloria y no la suya propia. El “servicio cristiano” no es hacer algo por Cristo, es hacer aquellas cosas que Él nos ha designado y asignado.

Compañeros ministros, ¿es este nuestro carácter? ¿Están nuestras voluntades tan rendidas a Dios que verdaderamente podemos decir: “Soy tu siervo”? Pero fíjate en otra cosa aquí: “Que se sepa que... soy tu sirviente”— poseeme como tal por la manifestación de Tu poder. No basta que el ministro del Evangelio sea siervo de Dios, hay que manifestar que lo es. ¿Cómo? Por su separación del mundo, por su devoción a su Maestro, por su amor y cuidado de las almas, por su trabajo incansable, por la abnegación y el sacrificio de sí mismo, gastándose y gastándose en ministrar a los demás; y, por el sello del Señor en su ministerio. “Por sus frutos los conoceréis”: por la santidad de su carácter y conducta, por la obra del Espíritu de Dios en ya través de ellos, por el andar de los que se sientan bajo su ministerio. Cómo debemos orar: “Que se sepa que soy tu siervo”.

8. Oración eficaz

Al final del último capítulo nos ocupamos de la oración ofrecida por Elías en el Monte Carmelo: meditemos ahora sus peticiones finales. Esta súplica del Profeta requiere ser examinada atentamente porque fue frecuente, asegurando una respuesta milagrosa. Hay dos razones principales por las que muchas de las oraciones del pueblo de Dios son inútiles: primero, porque no cumplen con los requisitos de la oración aceptable; segundo, porque sus súplicas no son bíblicas, no siguen el patrón de la oración registrada en las Sagradas Escrituras. Nos llevaría demasiado lejos entrar en detalles completos sobre qué requisitos debemos cumplir y qué condiciones debemos cumplir para obtener el oído de Dios para que Él se muestre fuerte a nuestro favor; sin embargo, creemos que este es un lugar adecuado para decir algo sobre este tema sumamente importante y práctico, y al menos mencionar algunos de los requisitos principales para tener éxito en el Trono de la Gracia.

La oración es uno de los privilegios sobresalientes de la vida cristiana. Es el medio señalado para el acceso experimental a Dios, para que el alma se acerque a su Hacedor, para que el cristiano tenga comunión espiritual con su Redentor. Es el canal a través del cual debemos buscar todos los suministros necesarios de gracia espiritual y misericordia temporal. Es la avenida a través de la cual debemos dar a conocer nuestra necesidad al Altísimo y buscar que Él la ministre. Es el canal por el cual la fe asciende al cielo y en respuesta a ella descienden los milagros a la tierra. Pero si ese canal se obstruye, esos suministros se retienen; si la fe está dormida, los milagros no ocurren. En la antigüedad, Dios tuvo que decir de su pueblo: "Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír" (Isaías 59:2). ¿Y es diferente hoy? Una vez más declaró: "vuestros pecados os privaron de bienes" (Jeremías 5:25). ¿Y no es este el caso con la mayoría de nosotros ahora? ¿No tenemos ocasión de reconocer: "Hemos transgredido y nos hemos rebelado; tú no has perdonado. Te has cubierto con una nube, para que no pasara nuestra oración" (Lamentaciones 3:42, 44). Triste, triste, de hecho cuando tal es el caso.

Si el cristiano profeso supone que no importa cuál sea el carácter de su andar, sólo tiene que invocar el nombre de Cristo y sus peticiones tienen asegurada una respuesta, está tristemente engañado. Dios es inefablemente

santo y Su Palabra declara expresamente: “Si en mi corazón he mirado a la iniquidad, el Señor no me escuchará” (Sal 66:18). No es suficiente creer en Cristo, o invocar Su nombre, para asegurar las respuestas a la oración: debe haber sujeción práctica y comunión diaria con Él: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será hecho” (Juan 15:7). No es suficiente ser un hijo de Dios e invocar a su Padre celestial: debe haber un orden de nuestras vidas de acuerdo a Su voluntad revelada: “Todo lo que pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables a sus ojos” (1 Juan 3:22). No es suficiente venir confiadamente al Trono de la Gracia: debemos “acercarnos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:22).)—lo que contamina siendo eliminado por los preceptos purificadores de la Palabra (ver Salmo 119:9).

Aplique los principios a los que se alude brevemente arriba y marque cómo se cumplieron esos requisitos y esas condiciones en el caso de Elías. Había caminado en estricta separación de la maldad que abundaba en Israel, rehusándose a transigir oa tener compañerismo con las obras infructuosas de las tinieblas. En un día de degeneración espiritual y apostasía, él había mantenido una comunión personal con el Santo, como lo atestigua claramente “El Señor, Dios de Israel, en cuya presencia estoy” (1Re 17:1). Caminó en sujeción práctica a Dios, ya que su negativa a moverse hasta que “viniera a él la palabra del Señor” (17:8) dio un testimonio definitivo. Su vida estuvo ordenada por la voluntad revelada de su Maestro, como lo manifestó su obediencia al mandato divino de habitar con una mujer viuda en Sarepta. No vaciló en cumplir con los deberes más desagradables, como quedó claro en su pronto cumplimiento de la orden divina: “Ve, muéstrate a Acab” (18:1). Y tal persona, mi lector, tenía el oído de Dios, tenía poder con Dios.

Ahora bien, si lo que se acaba de señalar sirve para explicar el predominio de la intercesión de Elías, ¿no proporciona (ay) también la razón por la que tantos de nosotros no tenemos el oído de Dios, no tenemos poder con Él en la oración? Es “la oración fervorosa y eficaz del justo” que “puede mucho” ante Dios (Santiago 5:16), y eso significa algo más que un hombre a quien se le ha imputado la justicia de Cristo. Obsérvese debidamente que esta declaración no se encuentra en Romanos (donde se mencionan principalmente los beneficios legales de la Expiación), sino en Santiago, donde se desarrolla el lado práctico y experimental del Evangelio. El “hombre justo” en Santiago 5:16 (como también en todo el libro de Proverbios, y lo mismo

ocurre con el “justo”) es alguien que está bien con Dios prácticamente en su vida diaria, cuyos caminos “agradan al Señor”. Si no andamos separados del mundo, si no nos negamos a nosotros mismos, no luchamos contra el pecado, no mortificamos nuestros deseos, sino que gratificamos nuestra naturaleza carnal, ¿hay alguna maravilla de que nuestra vida de oración sea fría y formal y nuestras peticiones no sean contestadas?

Al examinar la oración de Elías en el Monte Carmelo, hemos visto que, primero, a la hora del sacrificio vespertino “se acercó el profeta”: es decir, al altar sobre el cual yacía el becerro degollado; “se acercó” ¡aunque esperando una respuesta por fuego! Allí contemplamos su santa confianza en Dios, y se nos muestra el fundamento fundamental sobre el cual descansaba su confianza, a saber, un *sacrificio expiatorio*. En segundo lugar, lo hemos oído dirigirse a Jehová como el Dios del pacto de Su pueblo: “Señor Dios de Abrahán, de Isaac y de Israel”. Tercero, hemos considerado su primera petición: “Sea notorio hoy que tú eres Dios en Israel”, es decir, que Él vindicaría Su honor y glorificaría Su propio gran nombre. El corazón del Profeta estaba lleno de un celo ardiente por el Dios viviente y no podía soportar la vista de la tierra llena de idolatría. Cuarto, “y que yo soy tu siervo”, cuya voluntad está enteramente rendida a Ti, cuyos intereses están enteramente subordinados a los tuyos. Reconóceme como tal mediante una demostración de tu gran poder.

Estos son los elementos, querido lector, que entran en la oración que es aceptable a Dios y que encuentra una respuesta de Él. Debe haber *algo más* que pasar por los movimientos de la devoción: debe haber un acercamiento real del alma al Dios viviente, y para eso debe haber un rechazo y un abandono de todo lo que es ofensivo para Él. Es el pecado lo que aleja el corazón de Él, lo que mantiene la conciencia a una distancia culpable de Él; y ese pecado debe ser arrepentido y confesado si el acceso ha de ser nuestro nuevamente. Lo que estamos inculcando ahora no es legalista, sino que insiste en los reclamos de la santidad divina. Cristo no murió para comprar para su pueblo una indulgencia para que vivan en pecado: más bien derramó su sangre preciosa para redimirlos de toda iniquidad y “purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Ti 2: 14), y en la medida en que descuiden esas buenas obras, dejarán de participar experimentalmente en los beneficios de su redención.

Pero para que una criatura errante y pecadora se acerque al tres veces Santo con alguna medida de humilde confianza, debe saber algo de la relación que mantiene con Él, no por naturaleza sino por gracia. Es el bendito

privilegio del creyente, sin importar cuán fracasado se sienta (siempre y cuando sea sincero al llorar sus fracasos y honesto en sus esfuerzos por agradar a su Señor), recordarse a sí mismo que se está acercando a Uno en pacto. relación con él, sí, para alegar ese pacto delante de él. David, a pesar de todas sus caídas, reconoció: “Él ha hecho conmigo un pacto eterno, ordenado en todas las cosas y seguro” (2 de Samuel 23:5), y así puede el lector, si se aflige por el pecado como lo hizo David, confiesa contrito, y tiene el mismo anhelo de corazón por la santidad. Hace una gran diferencia en nuestra oración cuando podemos “aferrarnos al pacto de Dios”, seguros de nuestro interés personal en él. Cuando abogamos por el cumplimiento de las promesas del pacto (Jeremías 32:40-41; Hebreos 10:16-17, por ejemplo), presentamos una razón por la que Dios no rechazará, porque no puede negarse a sí mismo.

Todavía otra cosa es esencial para que nuestras oraciones obtengan la aprobación divina: el motivo que las impulsa y la petición misma debe ser correcta. Es en este punto que muchos fallan: como está escrito, “Pedís y no recibís, porque pedís mal, para consumirlo en vuestros deseos” (Santiago 4:3). No fue así con Elías: no era su propio adelanto o engrandecimiento lo que buscaba, sino la magnificación de su Maestro, y la vindicación de Su santidad, que había sido tan deshonrada por Su pueblo que se apartó a la adoración de Baal. Ah, mi lector, necesitamos ponernos a prueba aquí: si el motivo detrás de nuestra oración procede de nada más alto que el yo, debemos esperar que se nos niegue. Sólo cuando verdaderamente pedimos aquello que promoverá la gloria *de Dios*, lo pedimos correctamente. “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” (1 Juan 5:14), y pedimos “conforme a su voluntad” cuando pedimos lo que traerá honor y alabanza a el dador. ¡Ay, cuán carnal es gran parte de nuestra “oración”!

Finalmente, si nuestras oraciones han de ser aceptables para Dios, deben provenir de aquellos que pueden declarar con verdad: “Yo soy tu siervo”, uno sumiso a la autoridad de otro, uno que toma el lugar de la subordinación, uno que está bajo las órdenes de su amo, uno que no tiene voluntad propia, uno cuyo objetivo constante es complacer a su amo y promover sus intereses. Y seguramente el cristiano no pondrá objeciones en contra de esto. ¿No es éste el mismo lugar por donde entró su ilustre Redentor? ¿Acaso el Señor de la gloria no tomó sobre sí “la forma de un siervo” (Filipenses 2:7) y se comportó como tal todos los días de su carne? Si mantenemos nuestro carácter *de siervos* cuando nos acerquemos al Trono de la Gracia seremos preservados de la flagrante irreverencia que caracteriza no poco a la llamada “oración” de

Traducido por: David Taype

hoy, pues lejos de exigir o hablar a Dios como si fuéramos sus iguales, presentaremos humildemente nuestras peticiones. ¿Y cuáles son las cosas principales que un “siervo” desea?—un conocimiento de lo que su amo requiere y los suministros necesarios para que sus órdenes puedan ser cumplidas.

“Y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas” (1 Reyes 18:36). “Y aconteció que a la hora de ofrecerse el sacrificio de la tarde, se acercó el profeta Elías y dijo: Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Esto fue presentado por el Profeta como una súplica adicional: que Dios enviaría fuego del cielo en respuesta a sus súplicas como testimonio de su fidelidad a la voluntad de su Maestro. Fue en respuesta a las órdenes divinas que el Profeta había impedido la lluvia sobre la tierra, ahora había reunido a Israel y a los falsos profetas, y había sugerido un juicio o concurso abierto, para que mediante una señal visible del cielo se supiera quién era el Dios verdadero. Todo esto no lo había hecho por sí mismo, sino por dirección de lo alto. Agrega gran fuerza a nuestras peticiones cuando somos capaces de suplicar ante Dios nuestra fidelidad a sus mandamientos. Dijo David al Señor: “Quita de mí el oprobio y el desprecio, porque tus testimonios he guardado”, y nuevamente, “Me he adherido a tus testimonios; oh SEÑOR, no me avergüences” (Sal. 119:22, 31). . Para un siervo actuar sin órdenes de su Amo es obstinación y presunción.

Los mandamientos de Dios “no son gravosos” (para aquellos cuya voluntad se somete a la Suya), ¡y “al guardarlos hay una gran recompensa”! (Sal 19,11), tanto en esta vida como en la venidera, como cada alma obediente descubre por sí misma. El Señor ha declarado: “Yo honraré a los que me honran” (1 Samuel 2:30) y Él es fiel en cumplir Sus promesas. La forma de honrarlo es caminar en sus preceptos. Esto es lo que había hecho Elías, y ahora contaba con que Jehová lo honraría al concederle esta petición. Cuando el siervo de Dios tiene el testimonio de una buena conciencia y el testimonio del Espíritu de que obra según la voluntad divina, puede con razón sentirse invencible, que los hombres, las circunstancias y la oposición satánica ya no cuentan. que la paja de la era de verano. La Palabra de Dios no volverá a Él vacía: Su propósito se cumplirá aunque el cielo y la tierra pasen. Esto también fue lo que llenó a Elías de una tranquila seguridad en esa hora crucial. Dios no se burlaría de alguien que le ha sido fiel.

“Escúchame, oh SEÑOR, escúchame, para que este pueblo sepa que tú eres el SEÑOR Dios” (1 Reyes 18:37). Cómo esas palabras expresaron la

intensidad y la vehemencia del celo del Profeta por el Señor de los Ejércitos. No se trataba de un mero servicio formal de labios, sino de una súplica real, una súplica ferviente. Esta repetición da a entender cuán verdaderamente y cuán profundamente estaba agobiado el corazón de Elías. ¡Cómo avergüenza su celo e intensidad la frialdad de nuestras oraciones! Es sólo el grito genuino de un corazón agobiado el que llega al oído de Dios. Es “la oración ferviente y eficaz del justo” la que “aprovecha mucho”. ¡Oh, qué necesidad tenemos de buscar la ayuda del Espíritu Santo, porque sólo Él puede inspirar en nosotros la verdadera oración!

“Para que este pueblo sepa que tú eres el Señor Dios”. Aquí estaba el anhelo supremo del alma de Elías: que pudiera demostrarse abierta e incontrovertiblemente que Jehová, y no Baal ni ningún ídolo, era el verdadero Dios. Lo que dominaba el corazón del Profeta era el anhelo de que Dios fuera glorificado. ¿Y no es así con todos sus siervos genuinos? Están dispuestos a soportar cualquier dificultad, contentos de gastarse a sí mismos y ser gastados, si es que su Señor es magnificado. “Porque no sólo estoy dispuesto a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch 21,13): cuántos desde el Apóstol han muerto realmente en su servicio y para alabanza de su santo nombre. Tal, también, es el deseo más profundo y constante de cada cristiano que no está en una condición de reincidencia: todas sus peticiones surgen y se centran en esto: que Dios sea glorificado. Han bebido, en su medida, del espíritu de su Redentor: “Padre... glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti” (Jn 17,1): cuando tal es el motivo de nuestra petición, es seguro de una respuesta

“Y que has hecho volver de nuevo su corazón” (1 Reyes 18:37)—de vuelta de vagar tras cosas prohibidas hacia Ti, mi Dios—de vuelta de Baal al servicio y adoración del Dios vivo y verdadero. Después de la gloria de su Maestro, la liberación de Israel de los engaños de Satanás era el anhelo más profundo del corazón de Elías. No era un individuo egoísta y egocéntrico, indiferente a la suerte de sus semejantes, sino que anhelaba que tuvieran por Porción y Bien supremo aquello que tan plenamente satisfacía su propia alma. Y de nuevo decimos, ¿no es lo mismo verdad de todos los siervos genuinos y santos de Dios? Después de la gloria de su Señor, lo que está más cerca de sus corazones y constituye el tema constante de sus oraciones es la salvación de los pecadores, para que se conviertan de sus malos y necios caminos hacia Dios. Fíjate bien en las dos palabras que pusimos en cursiva: “que has hecho volver de nuevo el corazón de ellos”: nada que no sea que el corazón se vuelva a Dios

Traducido por: David Taype

servirá de algo para la eternidad, y para eso, nada que no sea el hecho de que Dios ponga Su gran poder puede hacerlo. efectuar este cambio.

Habiendo considerado en detalle y con cierta extensión cada petición en la oración prevaleciente de Elías, llamemos la atención sobre otra característica que la marcó, y es su notable brevedad. Ocupa solo dos versículos en nuestras Biblia y contiene solo sesenta y tres palabras en la traducción al inglés: aún menos en el hebreo original. ¡Qué contraste con las largas y fatigosas oraciones de muchos púlpitos de hoy! “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en los cielos, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras” (Ec 5, 2): un versículo como esto parece no tener peso con la mayoría de los ministros. Una de las marcas de los escribas y fariseos era que ellos, “por pretexto [para impresionar a la gente con su piedad] hacían largas oraciones” (Mar 12:40). No pasaríamos por alto el hecho de que cuando se disfruta de la unción del Espíritu (¡ay de que ahora esté ausente), al siervo de Cristo se le puede conceder mucha libertad para derramar su corazón largamente, pero esta es la excepción y no la regla, como La Palabra de Dios prueba claramente.

Uno de los muchos males que engendran las oraciones prolongadas en el púlpito es el desánimo de las almas sencillas en las bancas: tienden a concluir que si sus devociones privadas no se sostienen por mucho tiempo, entonces el Señor debe estar negándoles el espíritu de oración. . Si alguno de nuestros lectores está angustiado por esto, le pediríamos que haga un estudio de las oraciones registradas en las Sagradas Escrituras, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, y encontrará que casi todas son extremadamente breves. Las oraciones que trajeron tan notables respuestas del cielo fueron como esta de Elías: breves y al grano, fervientes pero definidas. Ningún alma es escuchada a causa de la multitud de sus palabras, sino sólo cuando sus peticiones vienen del corazón, son impulsadas por un anhelo por la gloria de Dios y son presentadas con la fe de un niño. El Señor, misericordiosamente, nos guarde de la hipocresía y la formalidad, y nos haga sentir nuestra profunda necesidad de clamarle: “Enséñanos [no a cómo sino] a orar”.

9. Santidad Vindicada

Hemos buscado hacer una aplicación práctica para nosotros mismos de la oración que Elías le ofreció a Dios en el Monte Carmelo. Ha sido registrado para nuestro aprendizaje (Rom 15:4) y aliento, y contiene muchas lecciones valiosas, si tan solo tenemos corazones para recibirlas. Con muy raras excepciones, el púlpito moderno brinda poca o ninguna ayuda en este importante asunto; más bien, son una piedra de tropiezo para aquellos que desean conocer más perfectamente el camino del Señor. Si los jóvenes cristianos están ansiosos por descubrir los secretos de la oración aceptable y eficaz, no deben guiarse por lo que ahora escuchan y ven que sucede en el mundo religioso: en cambio, deben volverse hacia esa revelación divina que Dios, en su gracia, ha diseñado como una lámpara a sus pies y lumbre a su camino. Si buscan humildemente la instrucción de la Palabra de Dios y cuentan confiadamente con la ayuda de su Espíritu Santo, serán librados de esa anomalía que ahora se llama oración.

Por un lado, necesitamos ser librados de un tipo de oración fría, mecánica y formal que es meramente un servicio de labios, en el que no hay un acercamiento real al Señor, ningún deleite de nosotros mismos en Él, ningún derramamiento del corazón. Antes que él. Por otro lado, necesitamos ser preservados de ese frenesí indecoroso, salvaje y fanático que en algunos sectores se confunde con fervor y calor espiritual. Hay algunos que se parecen demasiado a los adoradores de Baal cuando oran, dirigiéndose a Dios como si fuera sordo. Parecen considerar la excitación de sus espíritus animales y las violentas contorsiones del cuerpo como la esencia de la súplica. Saltan, se revolcan por el suelo, gritan hasta quedar roncos y desprecian a los que hablan a Dios de una manera tranquila y serena, mansa y ordenada. Tal frenesí irreverente es incluso peor que la formalidad. No hay que confundir el ruido con el fervor, ni el delirio con la devoción. “*Sed, pues, sobrios y velad en oración*” (1 Pedro 4:7) es el correctivo divino para este mal.

Ahora pasamos a considerar la notable continuación de la hermosa pero sencilla oración de Elías. Y de nuevo le diríamos al lector, intentemos visualizar la escena, y en la medida de lo posible, tomemos nuestro lugar en el Carmelo. Echa un vistazo a la gran concurrencia de personas allí reunidas. Vea la gran compañía de los ahora exhaustos y derrotados sacerdotes de Baal. Luego trate de captar las palabras finales de la oración del tisbita: “*Escúchame, oh SEÑOR, escúchame, para que este pueblo sepa que tú eres el*

SEÑOR Dios, y que has hecho volver su corazón” (1 Reyes 18:37). . ¡Qué momento tan terrible sigue! ¡Qué intenso anhelo de parte de la multitud reunida por contemplar el resultado! ¡Qué silencio sin aliento debe haber habido! ¿Cuál será el resultado? ¿Estará desconcertado el siervo de Jehová como lo habían estado los profetas de Baal? Si no sigue ninguna respuesta, si no baja fuego del cielo, entonces el Señor no tiene más derecho a ser considerado como Dios que Baal. Entonces todo lo que Elías había hecho, todo su testimonio de que su Maestro era el único Dios vivo y verdadero, sería visto como un engaño. ¡Momento solemne, intensamente solemne!

Pero la breve oración de Elías apenas había terminado cuando se nos dice: “Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto, la leña, las piedras y el polvo, y lamió el agua que estaba en la trinchera” (v. 38). Por ese fuego el Señor se declaró a sí mismo como el único Dios verdadero, y por él dio testimonio del hecho de que Elías era Su profeta e Israel Su pueblo. Oh, la asombrosa condescendencia del Altísimo al demostrar repetidamente las verdades más evidentes acerca de Su ser, perfecciones, la autoridad divina de Su Palabra y la naturaleza de Su adoración. ¡Nada es más asombroso que esto, a menos que sea la perversidad de los hombres que rechazan tales demostraciones repetidas! Cuán bondadoso de parte de Dios proporcionar tales pruebas y hacer que todas las dudas sean completamente irrazonables e injustificadas. No son insensatos crédulos los que reciben las enseñanzas de las Sagradas Escrituras sin dudarlo, pues lejos de seguir fábulas ingeniosamente tramadas, aceptan el testimonio intachable de quienes fueron testigos oculares de los más prodigiosos milagros. La fe del cristiano descansa sobre un fundamento que no debe temer la investigación más minuciosa.

“Entonces cayó el fuego de Jehová.” Que este no era un fuego ordinario sino más bien sobrenatural era claramente evidente por sus efectos. Descendió de lo alto. Luego consumió los pedazos del sacrificio, y luego la leña sobre la que habían sido colocados, aclarando su orden que no era por medio de la *leña* que se quemaba la carne del becerro. Incluso las doce piedras del altar se consumieron, para que se manifieste aún más que no era un fuego común. Como si eso no fuera suficiente testimonio de la naturaleza extraordinaria de este fuego, consumió “el polvo y lamió el agua que estaba en la zanja”, lo que hace bastante obvio que se trataba de un fuego cuya agencia nada podía resistir. En cada caso, la acción de este fuego fue *hacia abajo*, lo cual es contrario a la naturaleza de todo fuego terrenal. Aquí no había ningún engaño, sino un poder sobrenatural que eliminó todo motivo de sospecha en los espectadores, dejándolos cara a cara con el poder y la majestad de Aquel a quien tan gravemente habían despreciado.

“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto.” Extremadamente bendecido, pero indescriptiblemente solemne fue esto. En primer lugar, este notable incidente debería animar a los cristianos débiles a poner su confianza en Dios, a salir con Su fuerza para hacer frente a los peligros más graves, a los enemigos más feroces y a emprender las tareas más arduas y peligrosas a las que Él los llame. Si nuestra confianza está totalmente puesta en el Señor mismo, Él no nos fallará. Él estará a nuestro lado, aunque nadie más lo haga; Él nos librará de las manos de los que buscan nuestro mal; Confundirá a los que se oponen a nosotros; y Él nos honrará a la vista de los que nos han calumniado o vituperado. No mires los rostros ceñudos de los mundanos, oh creyente tembloroso, sino fija el ojo de la fe en Aquel que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. No te desanimes porque te encuentres con muy pocos que tengan ideas afines, pero consúélate con el gran hecho de que si Dios es para ti, importa . *no quién está contra ti.*

¡Cómo debería alegrar y fortalecer este incidente a los probados siervos de Dios! Satanás puede estar diciéndole que el compromiso es la única política sabia y segura en un día tan degenerado como este. Él puede estar motivándolo a hacerse la pregunta: ¿Qué será de mí y de mi familia si persevero en predicar lo que es tan impopular? Luego recuerda el caso del Apóstol, y cómo fue apoyado por el Señor en las circunstancias más difíciles. Refiriéndose a que el monstruo Nerón lo llamó para vindicar su conducta como siervo de Cristo, dice: “A mi primera respuesta, nadie estuvo conmigo, sino que todos me abandonaron. cargar. No obstante, el Señor estuvo conmigo y me habló; para que por mí sea enteramente conocida la predicación, y que todos los gentiles la oigan; y fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala, y me guardará para su reino celestial: a él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (2Ti 4:16-18). ¡Y hermano ministro, el Señor no ha cambiado! Ponte sin reservas en Sus manos, busca sólo Su gloria, y Él no te fallará. Confía en Él plenamente en cuanto al resultado, y Él no te confundirá, como lo ha probado plenamente este escritor, por Su gracia.

Cuán benditamente este incidente ejemplifica el poder de la fe y la eficacia de la oración. Ya hemos dicho bastante sobre la oración ofrecida por Elías en esta ocasión trascendental, pero llamemos la atención sobre otro rasgo esencial que la marcó, y que debe marcar la nuestra si han de atraer respuestas del cielo. “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29) es uno de los principios que regula el trato de Dios con nosotros. “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (Mar 9:23). ¿Por qué? Porque la fe tiene que ver directamente con Dios: lo pone en escena, lo pone en su fidelidad, aferrándose a sus promesas y diciendo: “Haz como has dicho” (2Sa 7:25). Si desea ver

Traducido por: David Taype

algunas de las maravillas y milagros que la fe puede realizar, lea despacio Hebreos 11.

Y la oración es el canal principal a través del cual debe operar la fe. Orar sin fe es insultar y burlarse de Dios. Está escrito “la oración de fe salvará al enfermo” (Santiago 5:15). Pero, ¿qué es orar con fe? Es para que la mente se regule y el corazón se convueva con lo que Dios nos ha dicho: es asirse de Su Palabra y luego contar con Él para cumplir Sus promesas. Esto es lo que Elías había hecho, como queda claro en él: “Por mandato tuyo he hecho todas estas cosas” (1 Reyes 18:36). Algunas de esas cosas parecían totalmente contrarias a la razón carnal, como cuando se aventuró en presencia del hombre que buscaba su vida y le ordenó convocar una gran asamblea en el Carmelo, enfrentándose a los cientos de falsos profetas, derramando agua sobre el sacrificio y la leña; sin embargo, actuó de acuerdo con la Palabra de Dios y confió en Él en cuanto al resultado. Dios no lo confundió: honró su fe y contestó su oración.

Una vez más le recordamos al lector: este incidente se registra para nuestro aprendizaje y para nuestro estímulo. El Señor Dios es el mismo hoy que entonces, listo para mostrarse fuerte a favor de aquellos que caminan como Elías y confían en Él como lo hizo él. ¿Se enfrenta el lector a alguna situación difícil, alguna emergencia apremiante, alguna prueba dolorosa? Entonces no lo coloques entre tú y Dios, sino más bien *pon a Dios entre ella y tu*. Medita de nuevo en sus maravillosas perfecciones e infinita suficiencia: medita en sus preciosas promesas que se adaptan exactamente a tu caso: ruega al Espíritu Santo que fortalezca tu fe y la llame a la acción. Así también con los siervos de Dios: si han de lograr grandes cosas en el nombre de su Maestro, si han de confundir a Sus enemigos y obtener la victoria sobre los que se oponen, si han de ser instrumentos para convertir los corazones de los hombres de regreso a Dios, entonces deben esperar que Él obre en y por ellos, deben confiar en Su poder todopoderoso tanto para protegerlos como para llevarlos plenamente a través del desempeño de arduos deberes. Deben tener un único ojo en la gloria de Dios en lo que emprenden, y entregarse a la fe y la oración ferviente.

“Entonces cayó fuego de Jehová, y consumió el holocausto.” Como hemos dicho anteriormente, esto no solo fue sumamente bendito, sino también indescriptiblemente solemne. Esto será más evidente si recordamos esas terribles palabras, “nuestro Dios es fuego consumidor” (Hebreos 12:29). ¡Cuán raramente se cita este texto, y aún más raramente se predica sobre él! El púlpito a menudo declara que “Dios es amor”, pero mantiene un silencio culpable sobre el hecho igualmente cierto de que Él es “un fuego consumidor”.

Dios es inefablemente santo y, por lo tanto, su naturaleza pura arde contra el pecado. Dios es inexorablemente justo, y por lo tanto castigará toda transgresión y desobediencia con “justa retribución” (Hebreos 2:2). “Los necios se burlan del pecado” (Prov. 14:9), pero todavía descubrirán que no pueden burlarse de Dios con impunidad. Pueden desafiar Su autoridad y pisotear Sus Leyes en esta vida, pero en la próxima se maldecirán a sí mismos por su locura. En este mundo, Dios trata misericordiosamente y con paciencia a sus enemigos, pero en el mundo venidero descubrirán, para su perdición eterna, que Él es “un fuego consumidor”.

Allí, sobre el Monte Carmelo, Dios hizo una demostración pública del hecho solemne de que Él es “fuego consumidor”. Durante años había sido gravemente deshonrado, siendo suplantada su adoración por la de Baal; pero aquí, ante la multitud reunida, Él vindicó Su santidad. Ese fuego que descendió del cielo en respuesta a la ferviente súplica de Elías fue un juicio divino: fue la ejecución de la sentencia de la Ley de Dios ultrajada. Dios ha jurado que “el alma que pecare, esa morirá”, y Él no se engañará a sí mismo. La paga del pecado debe pagarse, ya sea al pecador mismo o a un sustituto inocente, que toma su lugar y soporta su castigo. Lado a lado con la ley moral estaba la ley ceremonial dada a Israel, en la cual se hacía provisión por la cual se podía mostrar misericordia al transgresor, y al mismo tiempo satisfacer las demandas de la justicia divina. Un animal, sin mancha ni defecto, fue sacrificado en lugar del pecador. Así fue aquí en el Carmelo: “El fuego de Jehová cayó y consumió el holocausto”, y así los idólatras israelitas fueron perdonados.

¡Oh, qué escena maravillosa y maravillosa se nos presenta aquí en el Monte Carmelo! Un Dios santo debe tratar con todo pecado por el fuego de Su juicio. Y aquí estaba una nación culpable sumergida en el mal que Dios debe juzgar. ¿Entonces el fuego del Señor debe caer inmediatamente sobre ese pueblo desobediente y culpable y consumirlo? ¿No había escapatoria posible? Sí, bendito sea Dios, lo hubo. Se proporcionó una víctima inocente, un sacrificio para representar a esa nación cargada de pecado. Sobre ella cayó el fuego, consumiéndola, y el pueblo se salvó. Qué maravilloso presagio fue el de lo que sucedió mil años después en otro monte, el Calvario. Allí el Cordero de Dios se sustituyó a sí mismo en el lugar de su pueblo culpable, llevando sus pecados en su propio cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24). Allí padeció el Señor Jesucristo, el Justo por los injustos, para llevarlos a Dios. Allí fue hecha maldición (Gálatas 3:13) para que la bendición eterna pudiera ser su porción. Allí, “el fuego del Señor” cayó sobre Su sagrada cabeza, y su calor fue tan intenso que Él gritó: “Tengo sed”.

“Y viéndolo todo el pueblo, se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Jehová es el Dios; el SEÑOR, él es el Dios” (1 Reyes 18:39). “Ya no podían dudar de la existencia y la omnipotencia de Jehová. No podía haber engaño en cuanto a la realidad del milagro: vieron con sus propios ojos el fuego que bajaba del cielo y consumía el sacrificio. Y si tenían respeto por la grandeza del milagro mismo, o por el hecho de haber sido predicho por Elías y obrado con un propósito especial; o si contemplaron la ocasión como digna de la extraordinaria interposición del Ser Supremo, es decir, para recuperar a Su pueblo que había sido seducido a la apostasía por la influencia de aquellos que estaban en autoridad, y probar que Él mismo era el Dios de sus padres, todas estas cosas se combinaron para demostrar su Autor divino y para establecer la comisión de Elías” (John Simpson).

“Y viéndolo todo el pueblo, se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Jehová es el Dios.” El Señor es conocido por sus caminos y obras: Él es descrito como “glorioso en santidad, temible en alabanzas, hacedor de maravillas”. Así quedó resuelta la controversia entre Jehová y Baal. Pero los hijos de Israel pronto olvidaron lo que habían visto y, como sus padres que habían presenciado las plagas sobre Egipto y el derrocamiento de Faraón y sus huestes en el Mar Rojo, pronto recayeron en la idolatría. Las terribles demostraciones de la justicia divina pueden aterrorizar y convencer al pecador, pueden arrancarle confesiones y resoluciones, y hasta predisponerlo a muchos actos de obediencia, mientras dure la impresión. Pero se necesita algo más para cambiar su *corazón* y convertir su alma. Los milagros obrados por Cristo dejaron a la nación judía aún opuesta a la Verdad: debe haber una *obra sobrenatural* dentro de él para que el hombre nazca de nuevo.

“Y Elías les dijo: Tomad a los profetas de Baal; que ninguno de ellos escape. Y los tomaron; y Elías los hizo descender al arroyo Cisón, y allí los mató” (v. 40). Muy solemne es esto: Elías no había orado por los falsos profetas (sino por “este pueblo”), y el becerro sacrificado no les sirvió de nada. ¡Ah, lector mío, la verdad de la elección divina para salvación es una realidad, y no puede haber elección sin *rechazo*! Lo mismo ocurre con la Expiación: Cristo murió por Su pueblo, “el Israel de Dios”, y no derramó Su sangre por los réprobos y apóstatas. Dios ha hecho que esta bendita verdad—ahora casi universalmente negada—sea ilustrada en los tipos así como expresada definitivamente en las porciones doctrinales de Su Palabra. El cordero pascual fue designado y les dio refugio a los hebreos, ¡pero no se les proporcionó nada a los egipcios! Y, mi lector, a menos que su nombre esté escrito en el Libro de la Vida del Cordero, no hay el más mínimo rayo de esperanza para usted.

Traducido por: David Taype

Hay quienes, movidos por nociones falsas de liberalidad, condenan a Elías por matar a los profetas de Baal, pero yerran mucho, ignorando el carácter de Dios y la enseñanza de Su Palabra. Los falsos profetas y los falsos sacerdotes son los mayores enemigos que puede tener una nación, pues les traen males tanto temporales como espirituales, destruyendo no sólo sus cuerpos sino también sus almas. Haber permitido que esos profetas de Baal escaparan los habría autorizado como agentes de la apostasía y habría expuesto a Israel a una mayor corrupción. Debe recordarse que la nación de Israel estaba bajo el gobierno directo de Jehová, y tolerar entre ellos a los que seducían a su pueblo a la idolatría era albergar a hombres culpables de alta traición contra la Majestad del cielo. Solo por su destrucción podría vengarse el insulto a Jehová y vindicarse Su santidad.

Los tiempos degenerados exigen testigos que tengan en vista la gloria de Dios y que no se dejen llevar por el sentimentalismo, que sean intransigentes en el trato con el mal. Aquellos que consideran que Elías llevó su severidad al extremo e imaginan que actuó con una crueldad despiadada al matar a los falsos profetas, *no conocen al Dios de Elías*. El Señor es glorioso en santidad, y nunca actúa más gloriosamente que cuando es “fuego consumidor” para los que hacen iniquidad. Pero Elías era solo un hombre, cierto, sin embargo, era siervo del Señor, sujeto a cadenas para cumplir Sus órdenes, y al matar a estos falsos profetas hizo lo que la Palabra de Dios requería: véase Deuteronomio 13:1-5; 18:20-22. Bajo la dispensación cristiana no debemos matar a aquellos que han engañado a otros a la idolatría, porque “las armas de nuestra milicia no son carnales” (2 Corintios 10:4). La aplicación para nosotros hoy es esta: debemos juzgar implacablemente todo lo que es malo en *nuestras* vidas y no albergar en nuestros *corazones* rivales del Señor nuestro Dios: “¡Que ninguno de ellos escape!”

10. Lluvia de bienvenida

No se dice poco en las Escrituras acerca de la lluvia, sin embargo, esa enseñanza es bastante desconocida hoy en día, incluso para la gran mayoría de la gente de la cristiandad. En esta era atea y materialista, a Dios no sólo no se le concede el lugar que le corresponde en el corazón y en la vida de la gente, sino que se le destierra de sus pensamientos y se le excluye virtualmente del mundo que ha creado. Nadie cree ahora en Su ordenación de las estaciones, Su control de los elementos, Su regulación del clima, excepto un remanente insignificante que es considerado como tonto y fanático. Es necesario, entonces, que los siervos de Jehová expongan la relación que el Dios viviente sostiene con Su creación y Su superintendencia y gobierno sobre todos los asuntos de la tierra, para señalar primero que el Altísimo predestinó en la eternidad más allá de todo lo cual sucede aquí abajo, y luego declarar que Él ahora está ejecutando Su predeterminación y obrando “todas las cosas según el designio de Su propia voluntad”.

Que la preordenación de Dios alcanza tanto las cosas materiales como las espirituales, que abarca los elementos de la tierra así como las almas de los hombres, se revela claramente en las Sagradas Escrituras. “Él hizo un decreto [la misma palabra hebrea que en el Salmo 2:7] para la lluvia” (Job 28:26)— predestinando cuándo, dónde y cuán poco o cuánto debería llover: así como, “Él dio a el mar es su ordenanza, para que las aguas no traspasen su mandamiento” (Prov. 8:29), y como Él ha “puesto la arena para el límite del mar por decreto perpetuo, para que no pueda traspasarlo; y aunque sus aguas se mezclen, no prevalecerán” (Jeremías 5:22). El número exacto, la duración y la cantidad de las lluvias han sido eterna e inalterablemente fijados por la voluntad divina, y los límites exactos de cada océano y río determinados expresamente por el mandato del Gobernante del cielo y la tierra.

De acuerdo con Su preordenación leemos que Dios “prepara la lluvia para la tierra” (Salmo 147:8), y a menos que Él lo hiciera, no habría lluvia, porque el hombre insignificante no puede crear lluvia más de lo que puede hacer que el sol brille.. “Haré llover” (Gn 7,4) dice el Rey del firmamento, ni ninguna de sus criaturas puede decirle: No. “Os haré llover a su tiempo” (Levítico 26:4), es su graciosa promesa, pero cuán poco se reconoce o aprecia su cumplimiento. Por otro lado, Él declara: “Os detuve la lluvia... Hice llover sobre una ciudad y sobre otra ciudad no hice llover: sobre una parte llovió, y la parte sobre la cual no llovió, se secó” (Am 4, 7 y cf. Dt 11, 17); y otra vez, “Yo también mandaré a

las nubes que no llueva" (Isaías 5:6), y todos los científicos del mundo son impotentes para revertirlo. Y por lo tanto Él requiere de nosotros: "Pedin lluvia a Jehová" (Zacarías 10:1) para que se reconozca nuestra dependencia de Él.

Lo que se ha señalado anteriormente recibe una demostración sorprendente y convincente en la parte de la historia de Israel que hemos estado considerando. Durante el espacio de tres años y medio no hubo lluvia ni rocío sobre la tierra de Samaria, y eso no fue el resultado de la casualidad ni del destino ciego, sino un juicio divino sobre un pueblo que había abandonado a Jehová por dioses falsos. Al contemplar el país azotado por la sequía desde las alturas del Carmelo, habría sido difícil reconocer ese jardín del Señor que había sido descrito como "una tierra de arroyos de aguas, de fuentes y de abismos que brotan de los valles y de las colinas: una tierra de trigo y de cebada, de vides y de higueras: tierra en la cual no comerás el pan con escasez, nada te faltará en ella" (Dt 8, 7-9). Pero también se había anunciado: "Y los cielos que están sobre tu cabeza serán de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro. Dará Jehová por lluvia a tu tierra polvo y polvo" (Dt 28, 23). 24). Esa terrible maldición había sido literalmente infligida, y en ella podemos contemplar las horribles consecuencias del *pecado*. Dios soporta con mucha paciencia el descarrío de una nación, como lo hace con el de un individuo, pero cuando tanto los líderes como el pueblo apostatan y levantan ídolos en el lugar que le pertenece solo a Él, tarde o temprano Él hace que sea inequívocamente evidente que Él no ser burlados con impunidad, y "indignación e ira, tribulación y angustia" se convierten en su porción.

¡Ay, que aquellas naciones que son favorecidas con la luz de la Palabra de Dios sean tan lentas para aprender esta saludable lección: parece que la dura escuela de la experiencia es el único maestro! El Señor había cumplido Su terrible amenaza por medio de Moisés y había cumplido Su palabra por medio de Elías (1Re 17:1). Tampoco se podría quitar ese terrible juicio hasta que el pueblo al menos reconociera abiertamente a Jehová como el Dios verdadero. Como señalamos anteriormente, hasta que el pueblo no volviera a ser leal a Dios, no se podía esperar ningún favor de Él; y ni Acab ni sus súbditos estaban aún en un estado de alma apto para ser recipientes de Sus bendiciones y misericordias. Dios había estado lidiando con ellos en juicio por sus terribles pecados, y hasta ahora Su vara no había sido reconocida, ni se había quitado la ocasión de Su desagrado.

Pero el maravilloso milagro obrado en Carmel había cambiado por completo la faz de las cosas. Cuando cayó fuego del cielo en respuesta a la oración de Elías, todo el pueblo "se postró sobre sus rostros, y decían: Jehová

es el Dios; el SEÑOR, él es el Dios" (1 Reyes 18:39). Y cuando Elías les ordenó que arrestaran a los falsos profetas de Baal y que no dejaran escapar a ninguno de ellos, cumplieron con prontitud sus órdenes, ni ellos ni el rey ofrecieron resistencia cuando los tisbitas los llevaron al arroyo Cisón y los mataron. allí (v. 40). Así fue quitado el mal de ellos y se abrió el camino para la bendición exterior de Dios. Él amablemente aceptó esto como su reforma y, en consecuencia, quitó Su flagelo de ellos. Este es siempre el orden: el juicio prepara el camino para la bendición; el terrible fuego es seguido por la bienvenida lluvia. Una vez que un pueblo toma su lugar sobre sus rostros y rinde a Dios el homenaje que le corresponde, no pasará mucho tiempo antes de que caigan lluvias refrescantes del cielo.

Como Elías desempeñó el papel de verdugo de los profetas de Baal, que habían sido los principales agentes de la revuelta nacional contra Dios, Acab debe haber estado al lado de un espectador muy poco dispuesto de ese temible acto de venganza, sin atreverse a resistir el estallido popular de indignación. o intentar proteger a los hombres que había presentado y apoyado. Y ahora sus cuerpos yacían en una muerte espantosa ante sus ojos en las orillas del Kishon. Cuando el último de los profetas de Baal hubo mordido el polvo, el intrépido tisbita se volvió hacia el rey y le dijo: "Levántate, come y bebe; porque se oye gran lluvia" (1 Reyes 18:41). ¡Qué carga levantarían sus palabras del corazón del rey culpable! Debe haber estado muy alarmado mientras observaba impotente la matanza de sus profetas, esperando temblando que Aquel a quien había despreciado e insultado tan abiertamente pronunciara alguna terrible sentencia sobre él . En cambio, se le permite salir ilesos del lugar de ejecución; es más, ¡invitado a ir a refrescarse!

¡Qué bien conocía Elías al hombre con el que estaba tratando! No le pidió que se humillara bajo la poderosa mano de Dios y confesara públicamente su maldad, y mucho menos invitó al rey a unirse a él para devolverle las gracias por el milagro maravilloso y lleno de gracia que había presenciado. Comer y beber era todo lo que le importaba a este imbécil cegado por Satanás. Como otro ha señalado, era como si el siervo del Señor hubiera dicho: "Sube a donde están plantadas tus tiendas en esa amplia extensión de tierras altas. La fiesta se extiende en tu pabellón dorado, tus lacayos te esperan; ve, festeja con tus delicias. Pero 'sé rápido' porque ahora que la tierra está libre de esos sacerdotes traidores y Dios está una vez más entronizado en el lugar que le corresponde, las lluvias no pueden demorarse más. ¡Sé rápido entonces! o la lluvia puede interrumpir tu juerga." Aún no había llegado la hora señalada para sellar el juicio del rey: mientras tanto, se le permite, como a una bestia,

engordarse para el matadero. Es inútil protestar con los apóstatas: comparar Juan 13:27.

“Porque hay un sonido de lluvia abundante”. No debería ser necesario señalar que Elías no se estaba refiriendo aquí a un fenómeno natural. En el momento en que habló, apareció un cielo sin nubes hasta donde alcanzaba la vista, porque cuando el siervo del Profeta miró hacia el mar en busca de algún presagio de lluvia inminente, declaró que “no hay nada” (1Re 18:43), y más tarde, cuando miró por séptima vez, todo lo que se pudo ver fue “una pequeña nube”. Cuando se nos dice que Moisés “se soportó como si viera al Invisible” (Hebreos 11:27) no fue porque contemplara a Dios con el ojo natural. Y cuando Elías anunció, “hay un sonido de lluvia abundante” ese sonido no era audible para el oído externo. Fue por “el oír de la fe” (Gálatas 3:2) que el tisbita supo que la lluvia de bienvenida estaba cerca. “El Señor Dios no hará nada sin que revele sus secretos a sus siervos los profetas” (Amós 3:7) y la revelación divina ahora dada a conocer a él fue recibida por fe.

Mientras Elías aún moraba con la viuda en Sarepta, el Señor le había dicho: “Ve y muéstrate a Acab, y haré llover sobre la tierra” (1Re 18:1) y el Profeta creyó que Dios haría lo que había dicho., y en el versículo que estamos considerando, habla en consecuencia como si se estuviera haciendo ahora, ¡tan seguro estaba de que su Maestro no dejaría de cumplir Su palabra! Así es como siempre obra una fe espiritual y sobrenatural: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Heb 11,1). Es la naturaleza de esta gracia dada por Dios traer cosas distantes cerca de nosotros: la fe mira las cosas prometidas como si realmente se cumplieran. La fe da una subsistencia presente a las cosas que todavía son futuras: es decir, las realiza en la mente, dándoles una realidad y una sustancialidad. De los patriarcas está escrito, “todos éstos murieron en la fe, sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos” (Heb 11,13): aunque las promesas divinas no se cumplieron en su vida, sin embargo, los ojos de águila de la fe los vio, y se añade que “se convencieron de ellos y los abrazaron”; no se pueden “abrazar” los objetos lejanos, cierto, pero la fe, estando tan segura de su verdad, los hace cercanos.

“Se oye un sonido de lluvia abundante” (1 Reyes 18:41). ¿No percibe ahora el lector el significado espiritual de este lenguaje? Ese “sonido” ciertamente no fue escuchado por Acab, ni tampoco por ninguna otra persona en la vasta concurrencia en el Monte Carmelo. Las nubes no se juntaron entonces, pero Elías oye lo que será. ¡Ah, si estuviéramos más apartados del estruendo de este mundo, si estuviéramos más en comunión con Dios, nuestros oídos estarían atentos a sus susurros más suaves: si la Palabra divina

habitara más ricamente en nosotros y se ejercitara más la fe en ella, debemos escuchar lo que es inaudible para la comprensión torpe de la mente carnal. Elías estaba tan seguro de que la lluvia prometida vendría, como si ahora escuchara sus primeras gotas chapoteando en las rocas o como si la viera descender en torrentes. Oh, que el escritor y el lector puedan estar completamente seguros de las promesas de Dios y abrazarlas: *viviendo* en ellas, *caminando por la fe* en ellas, *regocijándose* por ellas, porque fiel es El que prometió: el cielo y la tierra pasarán antes de que una palabra Suya se cumpla. ¡fallar!

“Entonces Acab subió a comer ya beber” (v. 42). Las opiniones expresadas por los comentaristas de esta declaración nos parecen carnales o forzadas. Algunos consideran la acción del rey como lógica y prudente: no habiendo comido ni bebido desde temprano en la mañana y siendo el día ya muy avanzado, naturalmente y sabiamente se dirigió a casa, para poder romper su largo ayuno. Pero hay un tiempo para todo, e inmediatamente después de una manifestación más notable del poder de Dios seguramente no era el momento para complacer la carne. Elías tampoco había comido nada ese día, pero estaba muy lejos de ocuparse de sus necesidades corporales en este momento. Otros ven en este aviso la evidencia de un espíritu subyugado en Acab: que ahora estaba obedeciendo dócilmente las órdenes del Profeta. De hecho, es extraño tal concepto: lo último que caracterizó al rey apóstata fue la sumisión a Dios o a Su siervo. La razón por la que accedió con tanta facilidad en esta ocasión fue porque la sumisión convenía a sus apetitos carnales y le permitía satisfacer sus deseos.

“Entonces Acab subió a comer y a beber”. ¿No ha registrado el Espíritu Santo este detalle para mostrarnos la dureza e insensibilidad del corazón del rey? Durante tres años y medio, la sequía había arruinado su dominio y se había producido una terrible hambruna. Ahora que sabía que la lluvia estaba a punto de caer, seguramente se volvería a Dios y le daría gracias por su misericordia. ¡Pobre de mí! había visto la absoluta vanidad de sus ídolos, había sido testigo de la exposición de Baal, había contemplado el terrible juicio sobre sus profetas, pero no se hizo ninguna impresión en él: permaneció obstinado en su pecado. Dios no estaba en sus pensamientos: su única idea era, la lluvia está llegando, así que puedo disfrutar sin obstáculos; por lo tanto, va a divertirse. Mientras sus súbditos sufrían los extremos del azote divino, él solo se preocupaba de encontrar hierba suficiente para salvar su semental (18:5), y ahora que sus devotos sacerdotes habían sido asesinados por cientos, solo pensaba en el banquete que le esperaba en su pabellón. Grueso y sensual hasta el último grado, aunque vestido con las vestiduras reales de Israel.

Que no se suponga que Acab fue excepcional en su embriaguez, sino más bien considere su conducta en esta ocasión como una ilustración y ejemplificación de la muerte espiritual que es común a todos los no regenerados, desprovistos de cualquier pensamiento serio de Dios, no afectados por los más solemne de Sus providencias o la más maravillosa de Sus obras, preocupándose sólo por las cosas del tiempo y los sentidos. Hemos leído acerca de Belsasar y sus nobles festejando a la misma hora en que los mortíferos persas estaban entrando por las puertas de Babilonia. Hemos oído hablar de Nerón jugando mientras Roma ardía, e incluso de que el aposento real en Whitehall se llenó de una multitud vertiginosa que se entregó a la frivolidad mientras Guillermo de Orange desembarcaba en Tor Bay. Y hemos vivido para contemplar a las masas embriagadas por el placer bailando y juerga mientras los aviones enemigos hacen llover muerte y destrucción sobre ellos. Así es la naturaleza humana caída en todas las épocas: si tan solo pudieran comer y beber, las personas son indiferentes a los juicios de Dios y su destino eterno. ¿Ocurre de otra manera con usted, mi lector? Aunque conservado exteriormente, ¿hay alguna diferencia *interior*?

“Y Elías subió a la cumbre del Carmelo; y se arrojó sobre la tierra, y puso el rostro entre las rodillas” (1Re 18:42). ¿No confirma esto inequívocamente lo que se ha dicho anteriormente? Qué sorprendente es el contraste aquí presentado: lejos de desear el Profeta la compañía cordial del mundo, anhelaba estar a solas con Dios. Lejos de pensar en las necesidades de su cuerpo, se entregó a los ejercicios espirituales. El contraste entre Elías y Acab no era simplemente uno de temperamento y gusto personal, sino la diferencia que hay entre la vida y la muerte, la luz y la oscuridad. Pero esa antítesis radical no siempre es evidente a los ojos del hombre: el regenerado puede andar carnalmente, y el no regenerado puede ser muy respetable y religioso. Son las crisis de la vida las que revelan los secretos de nuestro corazón y ponen de manifiesto si somos realmente nuevas criaturas en Cristo o simplemente mundanos blanqueados. Es nuestra reacción a las interposiciones y juicios de Dios lo que saca a relucir lo que está dentro de nosotros. Los hijos de este mundo pasarán sus días en banquetes y sus noches en juergas aunque el mundo se apresure a la destrucción; pero los hijos de Dios se irán al lugar secreto del Altísimo y morarán bajo la sombra del Todopoderoso.

“Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y se arrojó en tierra, y puso el rostro entre sus rodillas”. Hay algunas lecciones importantes aquí para que los ministros del Evangelio las tomen en serio. Elías no se quedó para recibir las felicitaciones del pueblo por el resultado exitoso de su contienda con los falsos

profetas, sino que se retiró del hombre para estar a solas con Dios. Acab se apresura a su fiesta carnal, pero el tisbita, como su Señor, tiene “carne para comer” que otros no conocen (Juan 4:32). Una vez más, Elías no llegó a la conclusión de que podría relajarse y descansar después de sus ministraciones públicas, sino que deseaba agradecer a su Maestro por Su gracia soberana en el milagro que había obrado. El predicador no debe pensar que su obra ha terminado cuando se despide a la congregación: necesita buscar una mayor comunión con Dios, pedir Su bendición sobre sus labores, alabar lo que ha obrado y suplicarle por más manifestaciones de Su obra. amor y misericordia.

“Y Elías subió a la cumbre del Carmelo, y se arrojó en tierra, y puso el rostro entre sus rodillas” (1Re 18:42). Hemos señalado que este versículo presenta algunas lecciones importantes que los ministros del Evangelio harán bien en tomar en serio, la principal de las cuales es la importancia y la necesidad de que se retiren de la escena de su ministerio para que puedan tener comunión con su Señor. . Cuando termina el trabajo público, necesitan dedicarse al trabajo privado con Dios. Los ministros no sólo deben *predicar*, sino *orar*; no sólo antes y durante la preparación de sus sermones, sino también después. No solo deben atender a las almas de su rebaño, sino también cuidar de sus propias almas, particularmente para que puedan ser purgados del orgullo o descansar en sus propios esfuerzos. El pecado entra y profana lo mejor de nuestras actuaciones. El siervo fiel, por muy honrado que sea por Dios con el éxito en su obra, es consciente de sus defectos y ve motivos para envilecerse ante su Señor. Además sabe que sólo Dios puede dar el crecimiento de la Semilla que ha sembrado, y por eso necesita suplicar al Trono de la Gracia.

En el pasaje que ahora tenemos ante nosotros hay una instrucción muy bendita e importante no solo para los ministros del Evangelio sino también para el pueblo de Dios en general. Una vez más, ha complacido al Espíritu dejarnos entrar aquí en los secretos de la oración que prevalece, porque el Profeta estaba ahora ocupado en ese santo ejercicio. Puede objetarse que no se declara expresamente en 1 Reyes 18:42-46 que Elías oró en esta ocasión. Cierto, y aquí es donde descubrimos de nuevo la importancia vital de comparar Escritura con Escritura. En Santiago 5 se nos dice: “Elías era hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, y oraba fervientemente para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra por espacio de tres años y seis meses. Y oró otra vez, y el cielo hizo llover” (vv. 17-18). Los últimos versículos claramente se refieren al incidente que ahora estamos considerando: tan ciertamente como los cielos se cerraron en respuesta a la oración de Elías, así

se abrieron ahora en respuesta a su súplica. Así tenemos ante nosotros nuevamente las condiciones que deben cumplirse para que nuestras intercesiones sean eficaces.

Una vez más, enfatizamos el hecho de que lo que está registrado en estos pasajes del Antiguo Testamento está escrito tanto para nuestra instrucción como para nuestro consuelo (Rom 15:4), brindando como lo hacen invaluables ilustraciones, tipificaciones y ejemplificaciones de lo que se dice en el Nuevo Testamento en la forma de doctrina o precepto. Podría pensarse que después de haber discutido tanto sobre los secretos de la intercesión que prevalece, realmente no hay necesidad de que tomemos el mismo tema nuevamente. Pero es un aspecto diferente el que ahora está a la vista: en 1 Reyes 18:36-37 aprendemos cómo Elías oró en público, aquí vemos cómo prevaleció en la oración privada, y si realmente vamos a sacar provecho de lo que es dicho en los versículos 42-46, no debemos hojearlos apresuradamente, sino estudiarlos de cerca. ¿Está el lector ansioso por conducir sus devociones secretas de una manera que sea aceptable para Dios y que produzca respuestas de paz? Entonces que se ocupe diligentemente de los detalles que siguen.

Primero, este hombre de Dios se apartó de la multitud y “subió a la cima del Carmelo”. Si tuviéramos audiencia con la Majestad en lo Alto; si queremos aprovechar ese “camino nuevo y vivo” que el Redentor ha consagrado para su pueblo y “entrar en el Lugar Santísimo” (Heb 10:19-20), entonces debemos retirarnos del mundo loco y perturbador que nos rodea y estar a solas con Dios. Esta fue la gran lección establecida en la primera palabra de nuestro Señor sobre el tema que tenemos ante nosotros: “Pero tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:6). La separación de los impíos y el cierre de todas las imágenes y sonidos que apartan la mente de Dios es absolutamente indispensable. Pero entrar en el armario y cerrar la puerta denota más que aislamiento físico: también significa el apaciguamiento de nuestro espíritu, el aquietamiento de nuestra carne febril, la reunión de todos los pensamientos errantes, para que podamos estar en un marco adecuado para dibujar. acércate y dirígete al Santo. “Estad quietos y sabed que yo soy Dios” es su requisito inmutable. ¡Cuán a menudo el fracaso de esta “puerta cerrada” hace que nuestra oración sea ineficaz! La atmósfera del mundo es fatal para el espíritu de devoción y debemos estar solos si queremos disfrutar de la comunión con Dios.

En segundo lugar, fíjate bien en la postura en la que ahora contemplamos a este hombre de Dios: “Y se echó en tierra, y puso el rostro entre las rodillas”

(1Re 18,42). Muy, muy llamativo es esto. Como ha dicho uno: “Apenas lo reconocemos, parece haber perdido su identidad. Unas horas antes estaba erguido como un roble de Basán: ahora está encorvado como un junco”. Cuando se enfrentó a la multitud reunida, Acab y los cientos de falsos profetas, se portó con un porte majestuoso y una dignidad adecuada; pero ahora que se acerca al Rey de reyes, la mayor humildad y reverencia marcan su comportamiento. Allí, como embajador de Dios, había suplicado a Israel, aquí, como intercesor de Israel, debe suplicar al Todopoderoso. Frente a las fuerzas de Baal, fue tan audaz como un león: solo con Dios Altísimo, oculta su rostro y por sus acciones es dueño de su nada. Siempre ha sido así con los más favorecidos del cielo: Abraham declaró: “He aquí, ahora he tomado la responsabilidad de hablar al Señor, que soy polvo y ceniza” (Génesis 18:27). Cuando Daniel contempló una anticipación de Dios encarnado, declaró: “mi hermosura se volvió en mí en corrupción” (10:8). Los serafines velan sus rostros en Su presencia (Isaías 6:2).

Aquello a lo que ahora estamos dirigiendo la atención es muy necesario para este más irreverente y descarado [2] generación. Aunque tan altamente favorecido por Dios y otorgado tal poder en la oración, esto no hizo que Elías se tomara libertades con Él o se acercara a Él con una familiaridad indecente. No, dobló su rodilla ante el Altísimo y colocó su cabeza entre sus rodillas, en señal de su más profunda veneración por ese Ser infinitamente glorioso de quien era mensajero. Y si nuestro corazón es recto, cuanto más seamos favorecidos por Dios, más seremos humillados por un sentido de nuestra *indignidad* e insignificancia, y no consideraremos ninguna postura demasiado baja para expresar nuestro respeto por la divina Majestad. No debemos olvidar que aunque Dios es nuestro Padre, también es nuestro Soberano, y que mientras somos Sus hijos, somos igualmente Sus súbditos. Si es un acto de infinita condescendencia de Su parte por el Todopoderoso tanto como “mirar las cosas que están en el cielo y en la tierra” (Salmo 113:6), entonces no podemos humillarnos lo suficiente ante Él.

Cuán gravemente han sido pervertidas esas palabras: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia” (Heb. 4:16): suponer que nos dan licencia para dirigirnos al Señor Dios como si fuéramos sus iguales, es poner las tinieblas por luz y el mal por bien. Si hemos de obtener el oído de Dios, entonces debemos tomar nuestro lugar apropiado delante de Él, y eso es, en el *polvo*. “Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él los exalte cuando fuere tiempo”, viene antes, “echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:6-7). Debemos rebajarnos de un sentido de nuestra mezquindad. Si se le pidió a Moisés que

se quitara los zapatos antes de acercarse a la zarza ardiente en la que apareció la gloria Shekinah, nosotros también debemos comportarnos en oración acorde con la majestad y el poder del gran Dios. Es verdad que el cristiano es un hombre redimido y acepto en el Amado, pero en sí mismo sigue siendo pecador. Como ha señalado otro, “el amor más tierno que echa fuera el temor que atormenta, engendra un temor tan delicado y sensible como el de Juan, quien aunque había recostado su cabeza en el seno de Cristo, se apresuró a tener escrúpulos para inmiscuirse en la tumba donde Él había dormido.”

Tercero, nótese muy particularmente que esta oración de Elías estaba basada en una promesa divina. Al ordenar a su siervo que se presentara de nuevo ante Acab, el Señor había declarado expresamente: “Y haré llover sobre la tierra” (1Re 18,1). ¿Por qué, entonces, debería ser encontrado ahora rogándole fervientemente *por* lluvia? Para la razón natural, una seguridad divina de algo parece hacer innecesario pedirlo: ¿no cumpliría Dios su palabra y enviaría la lluvia sin tener en cuenta más oraciones? No fue así como razonó Elías; nosotros tampoco deberíamos. Lejos de que las promesas de Dios estén diseñadas para eximirnos de presentar una solicitud al Trono de la Gracia por las bendiciones garantizadas, están diseñadas para instruirnos qué cosas pedir, y para animarnos a pedirlas con fe, para que podamos *tener* su realización a nosotros mismos. Los pensamientos y caminos de Dios son siempre opuestos a los nuestros, e infinitamente superiores a ellos. En Ezequiel 36:24-36 se encuentra toda una serie de promesas, pero en conexión inmediata con ellas leemos: “Aún seré consultado *por* la casa de Israel para hacer esto por ellos” (v. 37).

Al pedir aquello que Dios ha prometido, lo declaramos como el Dador y se nos enseña nuestra dependencia de Él: se pone en práctica la fe y apreciamos sus misericordias aún más cuando las recibimos. Dios hará lo que se proponga, pero requiere que demandemos por todo lo que queremos que Él haga por nosotros. Incluso a Su propio Hijo amado Dios dice: “Pídeme, y te daré por heredad las naciones” (Sal 2:8): Su recompensa debe ser reclamada. Aunque Elías escuchó (por la fe), “un estruendo de lluvia abundante”, sin embargo, debe orar por ello (Zacarías 10:1). Dios ha establecido que si queremos recibir, debemos pedir; que si queremos encontrar, debemos buscar; que si queremos que se abra la puerta de la bendición, debemos tocar; y si fallamos en hacerlo, probaremos la verdad de esas palabras, “no tenéis, porque no pedís” (Santiago 4:2). Entonces, las promesas de Dios nos son dadas para *incitar a la oración*, para convertirse en el molde en el que deben moldearse nuestras peticiones, para insinuar hasta qué punto podemos esperar una respuesta.

Cuarto, su oración fue definitiva o al punto. La Escritura dice, “pedid lluvia al Señor” (Zacarías 10:1) y precisamente por eso pidió el Profeta: no generalizó sino particularizó. Es justo aquí que muchos fallan. Sus peticiones son tan vagas que apenas reconocerían una respuesta si se les diera: sus peticiones son tan poco precisas que al día siguiente el mismo peticionario encuentra difícil recordar lo que pidió. No es de extrañar que tal oración sea tan inútil para el alma y produzca tan poco. Las cartas que no requieren respuesta contienen poco o nada de valor o importancia. Vaya el lector a los cuatro Evangelios con este pensamiento delante de él y observe cuán definido en sus peticiones y detallado en la descripción de su caso fue cada uno que vino a Cristo y obtuvo sanidad, y recuerde que están registrados para nuestra enseñanza. Cuando Sus discípulos le pidieron al Señor que les enseñara a orar, Él dijo: “¿Quién de vosotros tendrá un amigo y irá a él a medianoche y le dirá: Amigo, préstame tres panes?” (Lucas 11:5), no ¡simplemente “alimento”, pero específicamente “tres panes”!

Quinto, su oración fue ferviente: “oraba con fervor” (Santiago 5:17). No es necesario que un hombre grite y grite para demostrar que es sincero; sin embargo, por otro lado, las peticiones frías y formales no deben esperar recibir ninguna respuesta. Dios concede nuestras peticiones sólo por amor a Cristo, sin embargo, a menos que le supliquemos con fervor y realidad, con intensidad de espíritu y vehemencia de súplica, no obtendremos la bendición deseada. Esta bendición se inculca constantemente en las Escrituras, donde la oración se asemeja a buscar, tocar, llorar, esforzarse. Acordaos de cómo luchó Jacob con el Señor, y cómo David suspiró y derramó su alma; qué diferente de ellos es el ruego apático y lánguido de la mayoría de nuestros modernos. De nuestro bendito Redentor está escrito que Él, “ofreció oraciones y súplicas con gran clamor y lágrimas” (Heb 5:7). No es la pregunta mecánica y a medias lo que asegura una respuesta, sino “la oración eficaz y fervorosa del justo [que] puede mucho” (Santiago 5:16).

Sexto, nótese bien la vigilancia de Elías en la oración: “Y dijo a su criado: Sube ahora, mira hacia el mar” (1Re 18,43). Mientras somos constantes en oración y esperando una respuesta, debemos estar atentos para ver si hay alguna señal para bien. Dijo el salmista: “Yo espero en Jehová, mi alma espera, y en su palabra espero. Mi alma espera a Jehová más que los que velan por la mañana; digo, más que los que velan por la mañana” (Sal 130:5-6). La alusión es a aquellos que estaban apostados en la torre de vigilancia mirando hacia el este en busca de las primeras señales del amanecer, para que las nuevas pudieran ser señaladas (trompetas) al templo, para que el sacrificio de la mañana pudiera ser ofrecido justo a tiempo. Del mismo modo, el alma

suplicante debe estar alerta a cualquier señal de la proximidad de la bendición por la que está orando. “Perseverad en oración, y velad en ella con acción de gracias” (Col. 4:2). ¡Ay, cuántas veces fallamos en este mismo punto, porque la esperanza no sostiene la cabeza de nuestros santos deseos! Oramos, pero no miramos expectantes por los favores que buscamos. Muy diferente fue con Elías.

Séptimo, la perseverancia de Elías en su súplica. Esta es la característica más notable de toda la transacción y es una a la que debemos prestar especial atención, ya que es precisamente en este punto donde la mayoría de nosotros fallamos más. “Y dijo a su criado: Sube ahora, mira hacia el mar. Y él subió, y miró, y dijo: No hay nada.” “Nada”: nada en el cielo, nada que surja del mar, para insinuar la proximidad de la lluvia. ¿No saben tanto el escritor como el lector el significado de esto por experiencia personal? Hemos buscado al Señor, y luego hemos buscado con esperanza Su intervención, pero en lugar de una señal de Él de que nos ha escuchado, ¡no hay “nada”! ¿Y cuál ha sido nuestra respuesta? ¿Hemos dicho con petulancia e incredulidad: “Tal como pensaba”, y hemos dejado de orar al respecto? Si es así, esa fue una actitud equivocada. Primero, asegúrese de que su petición esté basada en la promesa divina, y luego, con fe, espere el tiempo de Dios para cumplirla. Si no tiene una promesa definitiva, encomiende su caso a las manos de Dios y busque reconciliarse con Su voluntad en cuanto al resultado.

“Y él subió, miró y dijo: No hay nada”. Incluso Elijah no siempre recibió una respuesta inmediata, y ¿quiénes somos nosotros para exigir una respuesta rápida a nuestra primera pregunta? El Profeta no consideró que debido a que había orado una vez y no hubo respuesta, no necesitaba continuar orando; más bien perseveró en presionar su traje hasta que recibió. Tal fue la persistencia del patriarca Jacob: “No te dejaré si no me bendices” (Gn 32, 26). Tal era el modo de orar del salmista: “Pacientemente esperé a Jehová; y se inclinó hacia mí, y oyó mi clamor” (40:1). “Y él dijo: Vuelve siete veces” (1Re 18:43) fue el mandato del Profeta a su siervo. Estaba convencido de que tarde o temprano Dios le concedería su petición, pero estaba persuadido de que “no le daría descanso” (Isaías 62:7). Siete veces regresó el sirviente con su informe de que no había presagio de lluvia, pero el Profeta no cejó en su súplica. Y no seamos pusilánimes cuando nuestra oración no tenga un éxito inmediato, sino seamos inoportunos, ejerciendo fe y paciencia hasta que llegue la bendición.

Pedir, una, dos, tres, no seis veces, y luego ser negado, no fue una prueba leve de la resistencia de Elías, pero se le concedió gracia para soportar la prueba. “Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros” (Isaías

30:18). ¿Por qué? Para enseñarnos que no somos escuchados por nuestro fervor o urgencia, o por la justicia de nuestra causa: nada podemos reclamar de Dios, todo es por gracia, y debemos esperar Su tiempo. El Señor espera no porque sea tiránico, sino “para tener piedad”. Es por nuestro bien que Él espera: para que se desarrollen nuestras gracias, para que se forje en nosotros la sumisión a su santa voluntad, entonces amorosamente se vuelve hacia nosotros y dice: “Grande es tu fe, hágase contigo como quieras”. “Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, nos oirá; y si sabemos que él nos oye, en cualquier cosa que le pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hubiéramos pedido.” (1 Juan 5:14-15). Dios no puede quebrantar Su propia Palabra, pero debemos acatar Su tiempo y, negándonos a desanimarnos, continuar suplicándole hasta que Él aparezca por nosotros.

“Y aconteció que a la séptima vez dijo: He aquí una nubecita que sube del mar, como la mano de un hombre” (1 Reyes 18:44). La perseverancia del Profeta en la oración no había sido en vano, porque aquí había una señal de Dios de que él había sido escuchado. Dios no suele dar una respuesta completa a la oración de una sola vez, sino un poco al principio y luego gradualmente más y más a medida que ve lo que es bueno para nosotros. Lo que el creyente tiene ahora no es nada en comparación con lo que tendrá si continúa creyendo y orando fervientemente. Aunque a Dios le agració hacer esperar al Profeta por un tiempo, no defraudó su expectativa, ni nos fallará a nosotros si continuamos en oración y velamos en lo mismo con acción de gracias. Entonces estemos listos para recibir con alegría y gratitud el menor indicio de una respuesta a nuestras peticiones, aceptándolo como una señal para el bien y un estímulo para perseverar en nuestras peticiones hasta que haya la plena realización de aquellos deseos que se basan en el Palabra. Los pequeños comienzos a menudo producen efectos maravillosos, como enseña claramente la parábola del grano de mostaza (Mateo 13:31-32). Los débiles esfuerzos de los Apóstoles tuvieron un éxito notable ya que Dios los reconoció y los bendijo. Consideraremos que las palabras “como la mano de un hombre” poseen un significado simbólico: ¡la mano de un hombre se había levantado en súplica y había dejado, por así decirlo, su sombra en los cielos!

“Y él dijo: Sube, di a Acab: Prepara tu carro y desciende, para que la lluvia no te detenga” (1 Reyes 18:44). Elías no despreció el presagio significativo, por pequeño que fuera, pero rápidamente se sintió alentado por el mismo. Tan convencido estaba de que las ventanas de los cielos estaban a punto de abrirse y de que se darían abundantes aguaceros que envió a su muchacho con un mensaje urgente a Acab, que debía marcharse de inmediato antes de que

Traducido por: David Taype

estallara la tormenta y el arroyo Cisón creciera tanto que el rey se vería impedido de hacer su viaje de regreso a casa. ¡Qué santa confianza en un Dios que escucha las oraciones mostró eso! Faith reconoció al Todopoderoso detrás de esa “pequeña nube”. Bajo Dios, un “puñado de harina” había sido suficiente para sustentar una casa durante muchos meses, y se podía contar con que una nube “como la mano de un hombre” se multiplicaría y proporcionaría un aguacero abundante. “Y sucedió que mientras tanto el cielo se oscureció de nubes y de viento, y cayó una gran lluvia” (v. 45). ¿No debería esto hablarnos en voz alta? Oh, creyente que has sufrido graves pruebas, anímate con lo que aquí se registra: la respuesta a tus oraciones puede estar mucho más cerca de lo que piensas.

“Y Acab cabalgó, y fue a Jezreel” (v. 45). El rey había respondido rápidamente al mensaje del Profeta. ¡Cuánto antes se atiende a los ministros del Señor cuando dan consejos temporales que cuando ofrecen consejos espirituales! Acab no tenía dudas ahora que la lluvia estaba a punto de caer. Estaba satisfecho de que Aquel que respondió a Elías con fuego estaba a punto de responderle con agua; sin embargo, su corazón permaneció tan endurecido contra Dios como siempre. ¡Oh, cuán solemne es el cuadro presentado aquí! Acab estaba convencido pero no se convirtió. Cuántos como él hay en las iglesias de hoy, que tienen la religión en la cabeza pero no en el corazón: convencidos de que el Evangelio es verdadero, pero rechazándolo; seguro de que Cristo es poderoso para salvar, pero no se rinde a Él.

11. En vuelo

Al pasar de 1 Reyes 18 a 1 Reyes 19, nos encontramos con una transición repentina y extraña. Es como si el sol brillara intensamente en un cielo despejado, y al momento siguiente, sin previo aviso, nubes negras cubrieron los cielos y los truenos sacudieron la tierra. Los contrastes presentados por estos capítulos son agudos y sorprendentes. Al final de uno, "la mano del Señor estaba sobre Elías", mientras corría delante del carro de Acab. Al comienzo del otro, está ocupado con sí mismo y "fue por su vida". En el primero contemplamos al Profeta en su mejor momento: en el segundo lo vemos en su peor momento. Allí fue fuerte en la fe y el auxiliador de su pueblo: aquí está lleno de temor y es el desertor de su nación. En uno se enfrenta impávido a los cuatrocientos profetas de Baal; en el otro huye aterrorizado de las amenazas de una mujer. Desde la cima de la montaña se dirige al desierto, y de suplicar a Jehová que vindicara y glorificara Su gran nombre, a suplicarle que le quitara la vida. ¡Quién hubiera imaginado una secuela tan trágica!

En los sorprendentes contrastes aquí presentados tenemos una prueba sorprendente de la inspiración divina de las Escrituras. En la Biblia, la naturaleza humana está pintada en sus verdaderos colores: los personajes de sus héroes están representados fielmente, los pecados de sus personajes notables están registrados con franqueza. Es cierto que es humano errar, pero igualmente es humano ocultar las imperfecciones de aquellos a quienes más admiramos. Si la Biblia hubiera sido una producción humana, escrita por historiadores sin inspiración, habrían magnificado las virtudes de los hombres más ilustres de su nación, e ignorado sus vicios, o si se mencionaron en absoluto, los pasaron por alto y trataron de atenuarlos. Si algún admirador humano hubiera hecho una crónica de la historia de Elías, se habría omitido su triste fracaso. El hecho de que esté registrado, que no se haga ningún esfuerzo por excusarlo, es evidencia de que los personajes de la Biblia están pintados con los colores de la verdad y la realidad, que no fueron esbozados por manos humanas, sino que sus historiadores fueron controlados por El espíritu santo.

"Y la mano de Jehová estaba sobre Elías; y ciñó sus lomos, y corrió delante de Acab hasta la entrada de Jezreel" (1Re 18:46). Esto es muy bendecido. La "mano del Señor" se usa a menudo en las Escrituras para denotar Su poder y bendición. Así dijo Esdras: "La mano de nuestro Dios estuvo sobre nosotros, y nos libró de la mano del enemigo" (8:31). "La mano del Señor estaba con ellos,

y muchos creyeron y se convirtieron al Señor” (Hechos 11:21). Esta palabra que viene aquí señala una secuela instructiva de lo que estaba ante nosotros en 1 Reyes 18:42: allí vimos al Profeta arrojado a la tierra en humillación ante Dios; aquí lo vemos honrando y dotando milagrosamente a Su siervo. Si queremos que el poder y la bendición de Dios descansen sobre nosotros, debemos tomar un lugar humilde ante Él. En este caso, la “mano del Señor” comunicó al Profeta una fuerza sobrenatural y una ligereza de pies, de modo que recorrió las dieciocho millas con tanta rapidez como para alcanzar y adelantar al carro: así Dios honró aún más a quien lo había honrado y al mismo tiempo proporciona a Acab otra evidencia más de la comisión divina de Elías. Esto fue ilustrativo del camino del Señor: donde hay un hombre que toma su lugar en el polvo ante el Altísimo, pronto se hará evidente ante los demás que un poder más allá del suyo lo energiza.

“Y se ciñó los lomos y corrió delante de Acab hasta la entrada de Jezreel”. Cada detalle contiene una lección importante para nosotros. El poder de Dios que reposaba sobre Elías no lo volvió descuidado y negligente de su propio deber: recogió su larga túnica suelta para que sus movimientos no tuvieran impedimentos. Y si vamos a correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, necesitamos “despojarnos de todo peso” (Heb 12:1). Si vamos a estar firmes contra las asechanzas del diablo, debemos tener nuestros “lomos ceñidos con la verdad” (Efesios 6:14). Al correr “delante de Acab”, Elías tomó el lugar humilde de un lacayo común, lo que debería haberle mostrado al monarca que su celo contra la idolatría no fue impulsado por falta de respeto a sí mismo, sino que lo motivó únicamente el celo de Dios. Se requiere que el pueblo del Señor “honre al rey” en todos los asuntos civiles, y aquí, también, es el deber de los ministros dar ejemplo a su pueblo. La conducta de Elías en esta ocasión sirvió como otra prueba del carácter de Acab: si tuviera algún respeto por el siervo del Señor, lo habría invitado a subir a su carro, como hizo el eminente etíope con Felipe (Hch 8:31), pero fue muy diferente con este hijo de Belial.

Adelante, el malvado rey aceleró hacia Jezreel, donde su vil consorte lo esperaba. El día debe haber sido largo y difícil para Jezabel, porque habían pasado muchas horas desde que su esposo salió a encontrarse con Elías en el Carmelo. El mandato perentorio que había recibido del siervo de Jehová de reunir a todo Israel en ese monte, y también a los profetas de Baal, insinuaba que se había llegado a la crisis. Por lo tanto, estaría muy ansiosa por saber cómo habían ido las cosas. Sin duda abrigaba la esperanza de que sus sacerdotes hubieran triunfado y, cuando las nubes de lluvia taparan el cielo, atribuirían el bienvenido cambio a alguna gran intervención de Baal en

respuesta a sus súplicas. Si era así, todo estaba bien: el deseo de su corazón se realizaría, sus intrigas serían coronadas con éxito, los israelitas indecisos serían ganados para su régimen idólatra y los últimos vestigios de la adoración de Jehová serían eliminados. Para la molesta hambruna, Elías era el único culpable: por el final de la misma, ella y sus dioses deberían tener el crédito. Probablemente pensamientos como estos ocuparon su mente en el intervalo de espera.

Y ahora el suspenso ha terminado: el rey ha llegado y se apresura a informarle. “Y Acab contó a Jezabel todo lo que Elías había hecho, y cómo había matado a espada a todos los profetas” (1 Reyes 19:1). Lo primero que nos llama la atención de estas palabras es su notable omisión: el Señor mismo quedó completamente fuera. *Nada* se dice de las maravillas que hizo aquel día, de cómo no sólo hizo descender fuego del cielo y consumió el sacrificio y hasta las mismas piedras del altar, y cómo lamió gran cantidad de agua en la zanja alrededor; y cómo en respuesta a la oración de Su siervo, la lluvia fue enviada en abundancia. No, Dios no tiene lugar en los pensamientos de los impíos, sino que hacen todo lo posible para desterrarlo de sus mentes. E incluso aquellos que, por algún tipo de interés propio, se dedican a la religión, hacen una profesión y asisten a los servicios públicos, pero hablar de Dios y sus obras maravillosas con sus esposas en sus hogares es una de las últimas cosas que debemos hacer. encontrarlos haciendo. Para la gran mayoría de los profesores, la religión es como su ropa de domingo: se usa ese día y se deja de lado por el resto de la semana.

“Y Acab contó a Jezabel todo lo que Elías había hecho”. Así como Dios no está en los pensamientos de los malvados, así es el camino de la incredulidad fijarse en causas secundarias o atribuir al instrumento humano aquello de lo que el Señor es el autor. No importa si actúa en juicio o en bendición, Dios mismo se pierde de vista y sólo se ven los *medios* que emplea o los instrumentos que usa. Si un hombre de ambición insaciable es el instrumento divino para castigar a las naciones cargadas de iniquidad, ese instrumento se convierte en objeto del odio universal, pero no hay humillación de las naciones ante Aquel que empuña esa vara. Si un Whitefield o un Spurgeon se levantan para predicar la Palabra con poder y bendición excepcionales, las masas religiosas *lo* adoran y los hombres hablan de sus habilidades y de sus convertidos. Así fue con Acab. Primero atribuyó la sequía y el hambre al Profeta, “¿Eres tú el que perturbas a Israel?” (18:17), en lugar de percibir que era el Señor quien tenía una controversia con la nación culpable, y que *él* era el principal responsable de su condición; y ahora todavía está ocupado con lo que “Elías había hecho”.

“Y Acab contó a Jezabel todo lo que Elías había hecho”. Relataría cómo Elías se había burlado de sus sacerdotes, los azotó con su mordaz ironía y los levantó para el desprecio de la gente. Describiría cómo los había confundido con su desafío, y cómo como si por algún hechizo o reclamo hubiera hecho descender fuego del cielo. Se extendería sobre la victoria obtenida por los tisbitas, sobre el éxtasis del pueblo al respecto, cómo se habían postrado sobre sus rostros, diciendo “Jehová, él es el Dios; Jehová, él es el Dios.” Que él le contó estas cosas a Jezabel, no para convencerla de su error, sino más bien para indignarla contra el siervo de Dios, se desprende claramente de su clímax diseñado: “y además, cómo había matado a espada a todos los profetas”. Cómo esto reveló una vez más cuán terrible era el carácter de Acab: como la sequía prolongada con el hambre resultante no lo había vuelto al Señor, esta misericordia divina de enviar la lluvia para refrescar su dominio lo llevó a no arrepentirse. Ni los juicios divinos ni las bendiciones divinas reclamarán por sí mismos a los no regenerados: nada sino un milagro de *la gracia soberana* puede apartar las almas del poder del pecado y de Satanás hacia el Dios viviente.

No es difícil imaginar el efecto que se produciría en la altanera, dominadora y feroz Jezabel al escuchar el informe de Acab: heriría tanto su orgullo y encendería su temperamento furioso que nada más que el rápido despacho del objeto de su resentimiento podría pacificarlo. “Entonces Jezabel envió un mensajero a Elías, diciendo: Así me hagan los dioses y me añadan, si mañana a estas horas no pongo tu vida como la vida de uno de ellos” (1 Reyes 19:2). Si el corazón de Acab no se vio afectado por lo que había ocurrido en el Carmelo, permaneciendo endurecido contra Dios, menos aún se ablandó su consorte pagana. Era sensual y materialista, y se preocupaba poco por los asuntos religiosos; mientras comiera y bebiera en abundancia, y cuidara de sus caballos y mulas, estaba contento. Pero Jezabel era de otro tipo: tan decidida como débil. Astuta, sin escrúpulos, despiadada, Acab no era más que una herramienta en sus manos, satisfaciendo su placer, y en eso (como lo insinúa Apoc 2:20) era un presagio de la mujer que cabalgaba sobre la bestia escarlata (Apoc 17:3). Esta crisis fue uno de los momentos más graves, y tanto la política como la indignación la impulsaron a actuar de inmediato. Si se permitiera que se desarrollara esta reforma nacional, derrocaría lo que ella había trabajado durante años para establecer.

“Así me hagan los dioses, y me añadan, si mañana a estas horas no pongo tu vida como la vida de uno de ellos” (1 Reyes 19:2). He aquí la enemistad implacable y horrible contra Dios de un alma que ha sido abandonada por Él. Totalmente incorregible, su corazón era bastante insensible a la presencia y el

poder divinos. Mira cómo se expresa ese odio atroz: incapaz de herir a Jehová directamente, su malicia se desahoga sobre Su siervo. Siempre ha sido así con aquellos a quienes Dios ha entregado a una mente reprobada. Plaga tras plaga fue enviada sobre Egipto, pero tan lejos de que Faraón arrojara sus armas de rebelión, después de que el Señor sacó a Su pueblo con mano alta, ese miserable declaró: “Perseguiré, alcanzaré, repartiré el botín; mi luxuria será satisfecha en ellos; Sacaré mi espada, mi mano los destruirá” (Éxodo 15:9). Cuando el concilio judío vio a Esteban y “vieron su rostro como el rostro de un ángel” irradiado de gloria celestial, en lugar de recibir su mensaje cuando escucharon sus palabras, “se compungieron de corazón y rechinaban contra él”. con sus dientes.” Y como tantos maníacos furiosos, “gritaron a gran voz, se taparon los oídos, y a una corrieron sobre él, lo echaron fuera de la ciudad y lo apedrearon” (Hch 7, 54-58).

Cuidado, lector mío, de resistir a Dios y rechazar Su Palabra, no sea que seas abandonado por Él y Él sufra tu locura para acelerar tu destrucción. Cuanto más era manifiesto que Dios estaba con Elías, más se exasperaba Jezabel contra él. Ahora que supo que él había matado a sus sacerdotes, ella era como una leona a la que le robaron sus cachorros. Su ira no conocía límites: Elijah debe ser asesinado de inmediato. Jactándose del mañana, jurando por sus dioses, pronunció una temible imprecación sobre sí misma si Elías no encontraba el mismo fin. Esta resolución de Jezabel muestra la extrema dureza de su corazón. Ilustra solemnemente cómo crece la maldad en las personas. Los pecadores no alcanzan alturas tan temibles de desafío en un momento, sino que a medida que la conciencia resiste las convicciones, a medida que se continúa rechazando la luz, las mismas cosas que deberían suavizar y humillar llegan a endurecerse y volverse más insolentes. Y cuanto más claramente se nos presente la voluntad de Dios, más producirá resentimiento en la mente y hostilidad en el corazón, cuando falta poco tiempo para que el alma sea consignada a las llamas eternas.

¡Pero vea aquí la mano dominante de Dios! En lugar de ordenar a sus oficiales que mataran al Profeta de inmediato, Jezabel envió a un sirviente para anunciar su sentencia sobre él. Cuántas veces las pasiones locas derrotan sus propios fines, cegando la furia el juicio para que no se ejerza la prudencia y la cautela. Posiblemente se sentía tan segura de su presa que temía no anunciar su propósito. Pero los eventos futuros no están a disposición de la criatura, sin importar qué posición de poder mundial ocupe. Probablemente ella pensó que Elijah era tan valiente que no había probabilidad de que intentara escapar, pero en esto se equivocó. ¡Cuán a menudo Dios toma “a los sabios en su propia astucia” (Job 5:13) y derrota los consejos de los malvados

Ahitofeles (2 Samuel 15:31)! Herodes tenía planes asesinos para el Salvador infante, pero “siendo advertido por Dios en sueños”, sus padres lo llevaron a Egipto (Mateo 2:12). Los judíos “tomaron consejo para matar al apóstol Pablo”, pero “él sabía que estaban acechando”, y los discípulos lo libraron de sus manos (Hechos 9:23-24). Así que aquí: Elías recibe una advertencia antes de que Jezabel se vengue de él.

Esto nos lleva a la parte más triste de la narración. El tisbita es notificado de la determinación de la reina de matarlo: ¿cuál fue su respuesta? Él era el siervo del Señor, ¿mira entonces a su Maestro para que lo instruya? Una y otra vez hemos visto en el pasado cómo “vino la palabra del Señor” a él (1Re 17:2, 8; 18:1), diciéndole qué hacer. ¿Esperará ahora en el Señor por la guía necesaria? Por desgracia, en lugar de exponer su caso ante Dios, tomó el asunto en sus propias manos; en lugar de esperarlo pacientemente, actúa por impulso precipitado, abandona el puesto del deber y huye de quien buscaba su destrucción. “Y viendo esto, se levantó y fue por su vida, y vino a Beerseba, que es de Judá, y dejó allí a su criado” (1 Reyes 19:3). Note cuidadosamente el “cuando vio eso, se levantó y se fue para salvar su vida”. Sus ojos estaban fijos en la malvada y furiosa reina; su mente estaba ocupada con su poder y furia, y por lo tanto su corazón estaba lleno de terror. La fe en *Dios* es el único liberador del temor carnal: “He aquí, Dios es mi salvación; confiaré y no temeré”. “Tú guardarás en perfecta paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera, porque en ti ha confiado” (Isaías 12:2; 26:3), Elías ya no tenía la mente puesta en Jehová, y por lo tanto el temor se apoderó de él.

Hasta ahora Elías había sido sostenido por la visión de la fe del Dios vivo, pero ahora perdió de vista al Señor y vio sólo a una mujer furiosa. Cuántas advertencias solemnes se registran en las Escrituras de las desastrosas consecuencias de andar por vista. “Alzó Lot sus ojos y vio toda la llanura del Jordán, que estaba bien regada por todas partes” (Gén. 13:10) y escogió entre ellos: pero lo siguiente que se registra de él es que “¡plantó su tienda hacia Sodoma!” El informe mayoritario de los doce hombres enviados por Moisés para espiar la tierra de Canaán fue: “vimos gigantes, los hijos de Anac que venían de los gigantes, y éramos a nuestros ojos como saltamontes, y así éramos ante sus ojos” (Nm 13, 33). Como consecuencia de lo cual “toda la congregación alzó su voz y clamó, y el pueblo lloró aquella noche”. Caminar por la vista magnifica las dificultades y paraliza la actividad espiritual. Fue cuando Pedro “vio el viento huracanado” que tuvo miedo y comenzó a hundirse (Mateo 14:30). Cuán sorprendente es el contraste entre Elías aquí y Moisés, quien “por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey, porque se

sostuvo como viendo al Invisible" (Hebreos 11:27), y nada más que el ojo de la fe, fijada firmemente en Dios permitirá a cualquiera "soportar".

"Y cuando vio eso, se levantó y se fue por su vida"—no por Dios, ni por el bien de Su pueblo, sino porque pensaba solo en sí mismo—el hombre que se había enfrentado a los cuatrocientos cincuenta falsos profetas, ahora huyó de una mujer. El hombre que había sido tan fiel en el servicio del Señor ahora desertó de su puesto de deber, y en un momento en que el pueblo más necesitaba su presencia para fortalecer sus convicciones y llevar adelante y establecer firmemente la obra de reforma. ¡Ay, qué es el hombre! Así como el valor de Pedro le faltó en presencia de la doncella, así la fuerza de Elías se debilitó ante las amenazas de Jezabel. ¿Exclamaremos: "¿Cómo han caído los poderosos?" No, en verdad, porque eso sería una concepción muy carnal y errónea. La verdad es que "sólo en la medida en que Dios concede su gracia y el Espíritu Santo, cualquier hombre puede andar rectamente. La conducta de Elías en esta ocasión muestra que el espíritu y el coraje que había manifestado anteriormente eran del *Señor*, y no de él mismo, y que aquellos que tienen el mayor celo y coraje por Dios y Su verdad, si se los deja a sí mismos, se vuelven débiles y timoratos". (John Gill, 1697-1771).

La suerte del pueblo de Dios es variada y su caso está marcado por cambios frecuentes. No podemos esperar que sea de otra manera mientras se los deje en esta escena, porque aquí no hay nada estable: la mutabilidad y la fluctuación caracterizan todo bajo el sol. El hombre nace para los problemas cuando las chispas vuelan hacia arriba, y la experiencia común de los santos no es una excepción a esta regla general. "En el mundo tendréis aflicción" (Juan 16:33). Cristo advirtió claramente a sus discípulos; sin embargo, agregó: "pero confiad, yo he vencido al mundo", y por tanto, tendréis parte en su victoria. Sin embargo, aunque la victoria es segura, sufrimos muchas derrotas en el camino. No disfrutamos del verano ininterrumpido en nuestras almas; ni es siempre invierno con nosotros. Nuestro viaje a través del mar de la vida es similar al que encuentran los marineros en el océano: "suben al cielo, descienden a las profundidades: su alma se derrite a causa de la angustia... Entonces claman a Jehová en su aflicción, y él los saca de sus angustias" (Sal. 107:26, 28).

Tampoco ocurre lo contrario con los servidores públicos de Dios. Es cierto que disfrutan de muchos privilegios que no son compartidos por las filas y filas del pueblo del Señor, y por estos aún deben rendir cuentas. Los ministros del Evangelio no tienen que gastar la mayor parte de su tiempo y fuerzas entre los impíos, trabajando duro para ganarse el pan de cada día: en cambio, están protegidos del contacto constante con los malvados, y gran

parte de su tiempo puede y debe dedicarse al estudio silencioso., meditación y oración. Además, Dios les ha otorgado dones espirituales especiales: una mayor medida de Su Espíritu, una visión más profunda de Su Palabra y, por lo tanto, deberían estar mucho mejor preparados para hacer frente a las pruebas de la vida. Sin embargo, la “tribulación” es también su porción mientras quedan en este desierto de pecado. Las corrupciones que habitan en ellos no les dan descanso ni de día ni de noche y el diablo los convierte en objetos especiales de su malicia, siempre ocupado en perturbar su paz y menoscabar su utilidad, descargando sobre ellos toda la furia de su odio.

Con razón se puede esperar más del ministro del Evangelio que de los demás. Se le exige que sea “ejemplo de los creyentes en palabra, en conversación [comportamiento], en caridad [amor], en espíritu, en fe, en pureza” (1Ti 4:12); “presentándose en todo como ejemplo de buenas obras; mostrando en la doctrina integridad, seriedad, sinceridad” (Ti 2:7). Pero aunque es un “hombre de Dios”, es un *hombre* y no un ángel: está rodeado de debilidades y es propenso al mal. Dios ha puesto Su tesoro en “vasos de barro”—no de acero ni de oro, que se agrietan y estropean fácilmente, sin valor en sí mismos— “para que —añade el Apóstol— la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros ” (2 Corintios 4:7). Es decir, el glorioso Evangelio proclamado por los ministros no es una invención de *sus* cerebros y los benditos efectos que produce no se deben en modo alguno a *su* habilidad. No son más que instrumentos, débiles y sin valor en sí mismos. Su mensaje es dado por Dios y sus frutos son enteramente del Espíritu Santo, de modo que no tienen motivo alguno para la autoglorificación, ni tienen los que se benefician de sus trabajos ninguna razón para hacer de ellos héroes o admirarlos. como una orden superior de seres, que deben ser considerados como pequeños papas o dioses.

El Señor es muy celoso de Su honor y no compartirá Su gloria con otro. Su pueblo profesa creer eso como una verdad cardinal, pero es muy propenso a olvidarlo. Ellos también son humanos y propensos a la adoración de héroes, propensos a la idolatría, propensos a dar a las criaturas aquello a lo que sólo el Señor tiene derecho. Por eso es que con tanta frecuencia se encuentran con la desilusión y descubren que su ídolo amado está, como ellos, hecho de arcilla. Para su propio pueblo, Dios ha escogido “lo necio de este mundo”, lo “débil”, lo “vil” y “lo que no es” (meros “nadie”), “para que ninguna carne se jacte en su presencia ” (1 Co 1:27-29). Y Él ha llamado a hombres pecadores, aunque regenerados, y no a santos ángeles, para que sean los predicadores de Su Evangelio, para que plenamente parezca que “la excelencia del poder” de llamar a los pecadores de las tinieblas a Su luz admirable no reside en ellos. ni

procede de ellos, sino que sólo Él da el fruto a la Semilla sembrada por ellos. “Así que, ni el que planta [el evangelista] es algo, ni el que riega [el maestro], sino Dios” (1 Co 3:7).

Es por esta razón que Dios permite que parezca que los mejores de los hombres no son más que hombres en el mejor de los casos. No importa cuán ricamente dotados puedan ser, cuán eminentes en el servicio de Dios, cuán grandemente honrados y usados por Él, que Su poder sustentador se retire de ellos por un momento y pronto se verá que son “vasos de barro”. Ningún hombre permanece más tiempo del que está sostenido por la gracia divina. El santo más experimentado, si se le deja solo, inmediatamente se le ve débil como el agua y tímido como un ratón. “Totalmente vanidad es el hombre en su mejor estado” (Sal 39:5). Entonces, ¿por qué debería pensarse algo increíble cuando leemos acerca de las fallas y caídas de los más favorecidos de los santos y siervos de Dios? La embriaguez de Noé, la carnalidad de Lot, las prevaricaciones de Abraham, la ira de Moisés, los celos de Aarón, la prisa de Josué, el adulterio de David, la desobediencia de Jonás, la negación de Pedro, la contienda de Pablo con Bernabé son tantas ilustraciones de la solemne verdad de que “no hay hombre justo en la tierra”. que hace el bien y no peca” (Ec 7, 20). La perfección sin pecado se encuentra en el cielo, pero en ninguna parte de la tierra excepto en el Hombre Perfecto.

Sin embargo, debe señalarse que los fracasos de estos hombres no están registrados en las Escrituras para que nos escondamos detrás, como si pudiéramos usarlos para excusar nuestras propias infidelidades. Todo lo contrario: se nos presentan como otras tantas señales de peligro a las que debemos prestar atención, como advertencias solemnes a las que debemos prestar atención. Su lectura debe humillarnos, haciéndonos más desconfiados de nosotros mismos. Deben grabar en nuestros corazones el hecho de que nuestra fuerza se encuentra únicamente en el Señor, y que sin Él no podemos hacer nada. Deben traducirse en oración ferviente para que las obras del orgullo y la autosuficiencia sean subyugadas dentro de nosotros. Deben hacernos clamar constantemente: “Sostenme y estaré a salvo” (Salmo 119:117). No sólo eso, sino que deberían apartarnos de la confianza indebida en la criatura y librarnos de esperar demasiado de los demás. Deben hacernos diligentes en la oración por nuestros hermanos en Cristo, especialmente por nuestros pastores, para que agrade a Dios preservarlos de todo lo que deshonraría su nombre y haría que sus enemigos se regocijaran.

El hombre por cuyas oraciones las ventanas de los cielos se cerraron firmemente durante tres años y medio, y por cuyas súplicas se abrieron de nuevo, no fue una excepción: él también estaba hecho de carne y hueso, y esto

se le permitió manifestarse dolorosamente. Jezabel envió un mensaje para informarle que al día siguiente sufriría el mismo destino que le había sucedido a sus profetas. "Y viendo esto, se levantó y fue por su vida" (1Re 19:3). En medio de su glorioso triunfo sobre los enemigos del Señor, en el mismo momento en que el pueblo lo necesitaba para que lo guiara en el derrocamiento total de la idolatría y el establecimiento del verdadero culto, se aterroriza ante la amenaza de la reina y huye. Fue "la mano del Señor" la que lo llevó a Jezreel (1Re 18:46), y no recibió ninguna indicación divina para mudarse de allí. Seguramente era tanto su privilegio como su deber mirar a su Maestro para que lo protegiera de la ira de Jezabel, como lo había hecho antes de la de Acab. Si se hubiera encomendado a sí mismo en las manos de Dios, Él no le habría fallado, y probablemente se habría logrado un gran bien si ahora permaneciera en el puesto donde el Señor lo había puesto.

Pero sus ojos ya no estaban fijos en Dios. Sólo vieron a una mujer furiosa. Aquel que lo había alimentado milagrosamente en el arroyo Querit, que tan maravillosamente lo había sostenido en la casa de la viuda en Sarepta y que lo había fortalecido de manera tan notable en el Carmelo, está olvidado. Pensando sólo en sí mismo, huye del lugar del testimonio. Pero, ¿cómo se explica este extraño lapso? Obviamente, sus temores estaban excitados por la amenaza de la reina que le llegaba tan inesperadamente. ¿No había una buena razón para que ahora anticipara con gran gozo y júbilo la cooperación de todo Israel en la obra de reforma? ¿No estaría profundamente agradecida toda la nación, que había clamado "Jehová, Él es el Dios", por haber procurado la lluvia tan necesaria con sus oraciones? ¡Pero en un momento su esperanza pareció ser rota bruscamente por este mensaje de la reina enfurecida! ¿Había, entonces, perdido toda fe en Dios para protegerlo? Lejos de nosotros acusarlo así: más bien parece que estuvo momentáneamente abrumado, presa del pánico. No se dio tiempo para pensar: pero tomado completamente por sorpresa, actuó de improviso. ¡Cómo da sentido eso a "el que creyere, no se apresure" (Isaías 28:16)!

Si bien lo que se ha señalado anteriormente explica la acción apresurada de Elías, no explica su extraño desliz. Fue la ausencia de *fe* lo que lo llenó de miedo. Pero quede claro que el ejercicio de la fe no está a disposición del creyente, para que pueda llamarla a la acción cuando le plazca. No es así: la fe es un *don divino* y su ejercicio es únicamente por el poder divino; y tanto en su otorgamiento como en sus operaciones, Dios actúa soberanamente. Sin embargo, aunque Dios siempre actúa soberanamente, nunca actúa caprichosamente. Él no aflige voluntariamente, sino porque le damos ocasión de usar la vara; Retiene la gracia a causa de nuestro orgullo, retira el consuelo

a causa de nuestros pecados. Dios permite que Su pueblo experimente caídas en el camino por varias razones, sin embargo, en cada caso, la caída externa es precedida por algún fracaso de *nuestra* parte y si vamos a cosechar el beneficio completo de los pecados registrados de tales como Abraham, David , Elías y Pedro, necesitamos estudiar con atención lo que los condujo y fue la ocasión de ellos. Esto se hace generalmente con el caso de Peter, pero rara vez con los demás.

En la mayoría de los casos, los contextos anteriores dan una indicación clara de los primeros signos de declinación, ya que un espíritu de confianza en sí mismo señaló de manera señalada la proximidad de la caída de Pedro. Pero en el caso que nos ocupa, los versículos anteriores no dan ninguna pista sobre el eclipse de la fe de Elías, pero los versículos que siguen indican la causa de su recaída. Cuando el Señor se le apareció y le preguntó: “¿Qué haces aquí, Elías?” (1Re 19:9), el Profeta respondió: “He tenido mucho celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares y han matado a espada a tus profetas; y yo, yo solo he quedado, y buscan mi vida para quitármela.” ¿No nos dice eso, en primer lugar, que había estado considerando *demasiado su propia importancia* ? Segundo, que estaba indebidamente ocupado con su servicio: “Yo, incluso yo solo me queda” para mantener Tu causa. Y tercero, ¿que estaba disgustado por la ausencia de los resultados que esperaba? Las obras del orgullo, su triple “yo”, ahogan los ejercicios de la fe. Observe cómo Elías repitió esas declaraciones (v. 14) y cómo la respuesta de Dios parece ser su mismo correctivo para especificar la enfermedad: ¡Eliseo fue designado en su lugar!

Entonces Dios retiró Su fuerza por el momento, para que Elías pudiera ser visto en su debilidad nativa. Lo hizo con rectitud, porque la gracia se promete sólo a los humildes (Santiago 4:6). Sin embargo, en esto Dios actúa soberanamente, porque es sólo por Su *gracia* que cualquier hombre se mantiene humilde. Da más fe a uno que a otro, y la mantiene más uniformemente en ciertos individuos. ¡Qué gran contraste con la huida de Elías fue la fe de Eliseo: cuando el rey de Siria envió una gran hueste para arrestar a este último y su siervo dijo: “¡Ay, señor mío! ¿Cómo haremos? el Profeta respondió: “No temáis, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos” (2 Reyes 6:15-16). Cuando la emperatriz Eudoxia envió un mensaje amenazante a Crisóstomo, le pidió a su oficial: "Ve y dile que no temo nada más que el pecado". Cuando los amigos de Lutero le suplicaron encarecidamente que no procediera a la Dieta de Worms a la que había sido convocado por el Papa, él respondió: "Aunque todas las tejas de las casas de esa ciudad fueran un demonio, no seré disuadido", y fue, y Dios lo libró de las

Traducido por: David Taype

manos de sus enemigos. Sin embargo, las enfermedades de Crisóstomo y Lutero se manifestaron en otras ocasiones.

Fue su estar ocupado con las circunstancias lo que provocó la triste caída de Elías. Es un dicho de la filosofía del mundo que “el hombre es la criatura de sus circunstancias”. Sin duda, este es en gran medida el caso del hombre natural, pero no debería ser cierto para el cristiano, ni lo es mientras sus gracias permanecen en una condición saludable. La fe ve a Aquel que ordena nuestras circunstancias, la esperanza mira más allá de la escena presente, la paciencia da fuerza para soportar las pruebas y el amor se deleita en Aquel a quien ninguna circunstancia afecta. Mientras Elías ponía al Señor delante de él, no temía aunque un ejército acampara contra él. Pero cuando miró a la criatura y contempló su peligro, pensó más en su propia seguridad que en la causa de Dios. Estar ocupado con las circunstancias es caminar por la vista, y eso es fatal tanto para nuestra paz como para nuestra prosperidad espiritual. Por muy desagradables o desesperadas que sean nuestras circunstancias, Dios es capaz de preservarnos en ellas, como hizo con Daniel en el foso de los leones y con sus compañeros en el horno de fuego; sí, Él puede hacer que el corazón triunfe sobre ellos, como lo testifica el canto de los Apóstoles en el calabozo de Filipos.

Oh, qué necesidad tenemos de clamar: “*Señor, auméntanos la fe*”, porque solo somos fuertes y seguros mientras ejercemos la fe en Dios. Si Él es olvidado y Su presencia con nosotros no se realiza en el momento en que grandes peligros nos amenazan, entonces con certeza actuaremos de una manera indigna de nuestra profesión cristiana. Es por la fe que nos mantenemos firmes (2Co 1:24), como es por la fe somos guardados por el poder de Dios para salvación (1Pe 1:5). Si verdaderamente ponemos al Señor delante de nosotros y lo contemplamos como a nuestra diestra, nada nos conmoverá, nadie podrá atemorizarnos; podemos desafiar a los más poderosos y malignos. Sin embargo, como ha dicho otro: “Pero, ¿dónde está la fe que nunca se tambalea por la incredulidad? la mano que nunca cuelga, la rodilla que nunca tiembla, el corazón que nunca desfallece? Sin embargo, la culpa es nuestra, la culpa es nuestra. Aunque no está en nuestro poder fortalecer la fe o ponerla en práctica, podemos debilitarla y estorbar sus operaciones. Después de decir: “Por la fe estás firme”, el Apóstol añadió inmediatamente: “No seas altivo, sino temeroso” (Rom 11, 20), desconfía de ti mismo, porque es el orgullo y la autosuficiencia lo que sofoca el aliento. de la fe.

Muchos han pensado que es extraño cuando leen que los santos bíblicos más notables han fallado en las mismas gracias que eran más fuertes.

Abraham se destaca por su fe, siendo llamado “padre de todos los que creen”; sin embargo, su fe se quebró en Egipto cuando le mintió a Faraón acerca de su esposa. Se nos dice que, “Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra” (Números 12:3), sin embargo, se le prohibió entrar en Canaán porque perdió los estribos y habló sin consejo con sus labios. Juan era el Apóstol del amor, pero en un ataque de intolerancia él y su hermano Santiago quisieron hacer descender fuego del cielo para destruir a los samaritanos, por lo que el Salvador los reprendió (Lc 9, 54-55). Elías era famoso por su audacia, pero fue su coraje lo que ahora le falló. ¡Qué pruebas son estas de que nadie puede ejercer aquellas gracias que más distinguen su carácter sin la ayuda inmediata y constante de Dios, y que cuando están en peligro de ser exaltados sobremanera, a menudo se les deja luchar con la tentación sin su acostumbrado apoyo! Sólo la debilidad consciente y reconocida nos fortalece.

Unas pocas palabras bastarán para aplicar este triste incidente. Su lección sobresaliente es obviamente una advertencia solemne para aquellos que ocupan posiciones públicas en la viña del Señor. Cuando a Él le complace obrar a través de ellos y por medio de ellos, es seguro que surgirá una amarga y poderosa oposición contra ellos. Dijo el Apóstol: “Se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y hay muchos adversarios” (1 Corintios 16:9), los dos van siempre juntos; sin embargo, si el Señor es nuestra confianza y fortaleza, no hay nada que temer. El reino de Satanás había recibido un golpe duro y casi fatal ese día en el Carmelo, y si Elías se hubiera mantenido firme, ¿no se habrían animado los siete mil adoradores secretos de Jehová para ponerse de su lado, el lenguaje de Miqueas 4 :6-7 se ha cumplido, y se ha evitado el cautiverio y la dispersión de su pueblo? Por desgracia, un paso en falso y una perspectiva tan brillante se precipitaron al suelo y nunca regresaron. Busca la gracia, siervo de Dios, para “soportar en el día malo, y habiendo terminado todo, estar de pie” (Efesios 6:13).

Pero, ¿no señala este triste incidente también una lección saludable que todos los creyentes deben tomar en serio? Esta caída solemne del Profeta se produce casi inmediatamente después de las maravillas que se habían realizado en respuesta a sus súplicas. ¡Qué extraño! Más bien, ¡qué inquisitivo! Hemos enfatizado cómo las gloriosas transacciones realizadas en el Monte Carmelo proporcionan al pueblo del Señor una bendita ilustración y demostración de la eficacia de la oración, y seguramente esta patética secuela muestra la necesidad que tienen de estar en guardia cuando han recibido alguna misericordia notable. del Trono de la Gracia. Si era necesario que al Apóstol se le diera un aguijón en la carne, el mensajero de Satanás para

Traducido por: David Taype

abofetearlo, para que no fuera "ensalzado sobremanera por la abundancia de las revelaciones" le concedió (2 Co 12, 7), entonces lo que ¡Necesitamos que nos "gocemos con temblor" (Sal. 2:11) cuando *nos* regocijemos al recibir nuestras peticiones!

12. Abatido

Ahora vamos a contemplar los efectos que tuvo sobre él el hecho de que Elías se dejara llevar por el miedo. El mensaje que había llegado de Jezabel, que al día siguiente ella se vengaría de él por haber matado a sus profetas, hizo que el tisbita entrara en pánico. En el momento en que Dios consideró oportuno dejar a Elías solo, aprendemos que los más fuertes son débiles como el agua, cuando Él retiene Su apoyo. El poderoso Sansón quedó tan impotente como cualquier otro hombre tan pronto como el Espíritu del Señor se apartó de él. No importa qué crecimiento se haya hecho en la gracia, cuán bien experimentados podamos ser en la vida espiritual, o cuán eminentes sea la posición que hayamos ocupado en el servicio del Señor, cuando Él retira Su mano sustentadora, la locura que está en nuestros corazones por naturaleza. de inmediato se afirma a sí mismo, gana la partida y nos lleva a un curso de locura. Así fue ahora con Elías. En lugar de tomar la amenaza de la reina enojada ante el Señor y rogarle que se hiciera cargo, él tomó el asunto en sus propias manos y "fue por su vida" (1 Reyes 19:3).

Hemos dado a entender por qué fue que el Señor permitió que Su siervo experimentara un desliz en este momento: además de lo que allí se dijo, creemos que la huida del Profeta fue un castigo para Israel por la falta de sinceridad e inconstancia de su reforma. "Uno hubiera supuesto después de una manifestación tan pública y sensible de la gloria de Dios y una decisión tan clara de la disputa pendiente entre él y Baal por el honor de Elías, la confusión de los profetas de Baal y la satisfacción universal del pueblo después de que había visto descender del cielo fuego y agua por la oración de Elías, y ambos en misericordia hacia ellos, uno como señal de la aceptación de su ofrenda, el otro como refrigerio de su herencia, para que ahora fueran todos como un solo hombre. han vuelto a adorar al Dios de Israel y han tomado a Elías como su guía y oráculo, de modo que en lo sucesivo debería haber sido su primer ministro de estado y sus instrucciones, leyes tanto para el rey como para el reino. Pero es todo lo contrario: se descuida a quien Dios honró, no se le respeta ni se le hace ningún uso. Por el contrario, en la tierra de Israel en la que había sido y aún podría haber sido una gran bendición, le resulta imposible permanecer" (Matthew Henry). Su salida de Israel—y nunca regresó—fue un juicio sobre ellos.

En las Escrituras se exhorta a los hijos de Dios una y otra vez a no temer: "Ni temáis vosotros el miedo de ellos, ni tengáis miedo" (Isaías 8:12). Pero

¿cómo han de obedecer este precepto las almas débiles y temblorosas? El siguiente versículo nos dice: "Santificad al mismo Jehová de los ejércitos, y sea él vuestro temor, y sea él vuestro pavor". Es el temor del Señor en nuestros corazones lo que libra del temor del hombre: el temor filial de desagrardar y deshonrar a Aquel que es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. "No temas delante de ellos", dijo Dios a otro de sus siervos, y agregó "porque contigo estoy para librarte, dice Jehová" (Jeremías 1:8). Ah, es la conciencia de Su presencia lo que la fe debe realizar si se quiere aquietar el miedo. Cristo amonestó a sus discípulos por su temor: "¿Por qué teméis, hombres de poca fe?" (Mateo 8:26). "No temáis por su terror, ni os turbéis" (1Pe 3:14) es la palabra que debemos tomar en serio.

En relación con la huida de Elías de Jezabel, se nos dice primero que él "vino a Beerseba, que pertenece a Judá" (1 Reyes 19:3). Allí podría pensarse que se aseguraría un asilo seguro, porque ahora estaba fuera del territorio gobernado por Acab, pero solo era un caso (como dice el viejo refrán) de "saltar de la sartén al fuego". Porque en ese tiempo el reino de Judá estaba gobernado por Josafat, y su hijo se había casado con "la hija de Acab" (2 Reyes 8:18)—y estaban tan unidas las dos casas de Josafat y Acab, que cuando se preguntó a la primera para unirse a este último en una expedición contra Ramot-galaad, Josafat declaró: "Yo soy como tú, mi pueblo como tu pueblo, mis caballos como los tuyos" (1 Reyes 22:4). Así Josafat no habría tenido escrúpulos en entregar al que había huido a su tierra tan pronto como recibió la orden de Acab y Jezabel en ese sentido. Así que Elías no se atreve a quedarse en Beerseba, sino que huye aún más lejos.

Beersheba estaba hacia el extremo sur de Judea, estando situada en la heredad de Simeón, y se estima que Elías y su compañero recorrieron no menos de ochenta millas en su viaje desde Jezreel. A continuación se nos dice que "dejó allí a su siervo". Aquí contemplamos la consideración y la compasión del Profeta por su único criado: ansioso por evitarle las penalidades del lúgubre desierto de Arabia en el que ahora se proponía entrar. En este acto considerado, el Profeta establece un ejemplo a seguir para los maestros: no deben exigir a sus dependientes que se enfrenten a peligros irrazonables ni realizar servicios por encima de sus fuerzas. Además, Elías ahora deseaba estar solo con su problema y no dar rienda suelta a sus sentimientos de desesperación en presencia de otro. Esto también es digno de emular: cuando el miedo y la incredulidad llenan su corazón y está a punto de dar expresión a su abatimiento, el cristiano debe retirarse de la presencia de los demás para no contagiarlos con su morbosidad y petulancia, déjelo descargar su corazón al Señor, y perdonar los sentimientos de sus hermanos.

“Pero él mismo caminó un día de camino por el desierto” (1Re 19:4). Aquí se nos da a ver otro efecto del miedo y de la incredulidad: produce turbación y agitación, de modo que un espíritu de inquietud se apodera del alma. ¿Y cómo puede ser de otra manera? El descanso del alma no se encuentra en ninguna parte sino en el Señor, comulgando y confiando en Él. “Los impíos son como el mar en tempestad, que no puede descansar” (Isaías 57:20), necesariamente así, porque son completamente extraños al Dador del reposo, “no conocieron camino de paz” (Romanos 3:17).). Y, querido lector, cuando el cristiano no tiene comunión con Dios, cuando toma el asunto en sus propias manos, cuando la fe y la esperanza ya no están en ejercicio, su caso no es mejor que el del no regenerado, porque se ha cortado a sí mismo. fuera de sus comodidades y es completamente miserable. El contentamiento y el deleite en la voluntad del Señor ya no es su porción: en cambio, su mente está en confusión, está completamente desmoralizado, y ahora principalmente busca encontrar alivio en una ronda incesante de diversiones y actividades febris de la carne. Debe estar en movimiento porque está completamente descompuesto: se fatiga en vanos ejercicios hasta que su fuerza natural se agota.

Sigue al Profeta con el ojo de tu mente. Hora tras hora camina bajo el sol abrasador, con los pies ampollados por las arenas abrasadoras, solo en el lúgubre desierto. Por fin, la fatiga y la angustia vencieron a su fuerza nervuda y él “vino y se sentó debajo de un enebro, y pidió para sí mismo morir” (1Re 19:4). Lo primero que notaríamos a este respecto es que, desanimado y abatido como estaba, Elías no hizo ningún intento de imponerse violentamente. Aunque ahora, por un tiempo, Dios había retirado Su presencia consoladora y en medida retenido Su gracia restrictiva, sin embargo, Él no entregó y nunca entrega por completo a uno de los Suyos en el poder del diablo. Los hombres malvados no “viven la mitad de sus días” (Sal 55:23), porque o la enfermedad los envía a una tumba prematura o Satanás los mueve al suicidio, señal segura de alguien que es abandonado por Dios, porque el suicidio nunca puede arrepentíos, ni hay perdón para los muertos. Elías, entonces, no fue completamente abandonado por Dios.

“Y pidió para sí mismo morir”. Lo segundo que queremos señalar es la inconsecuencia de su conducta. La razón por la cual Elías se fue de Jezreel tan apresuradamente al escuchar la amenaza de Jezabel fue que “fue por su vida” ¡y ahora anhela que le quiten la vida! Aquí podemos percibir todavía otro efecto cuando la incredulidad y el temor se apoderan del corazón. Entonces no sólo actuamos tontamente y mal, no sólo se apodera de nosotros un espíritu de inquietud y descontento, sino que nos desequilibraremos por completo, el alma pierde su equilibrio y la consistencia de la conducta llega a su fin. La

explicación de esto es simple: la verdad es uniforme y armoniosa, mientras que el error es multiforme e incongruente; pero para que la Verdad nos controle de manera efectiva, la fe debe estar en constante ejercicio: cuando la fe deja de actuar, nos volvemos erráticos y poco confiables y, como hablan los hombres, pronto somos un "haz de contradicciones". La coherencia de carácter y conducta depende de un andar constante con Dios.

Probablemente hay pocos siervos de Dios que en algún momento u otro estén ansiosos por deshacerse de sus arneses y dejar las fatigas del conflicto, particularmente cuando sus trabajos parecen ser en vano y están dispuestos a verse a sí mismos como una carga. Cuando Moisés exclamó: "No puedo yo solo llevar a todo este pueblo, porque es demasiado pesado para mí", añadió de inmediato, "y si así haces conmigo, te ruego que me mates de inmediato". (Números 11:14-15). Así también, Jonás oró: "Por tanto, ahora, oh SEÑOR, quita, te ruego, mi vida de mí; porque mejor me es morir que vivir" (4:3). Tampoco es un anhelo de ser removido de este mundo de angustia peculiar de los ministros de Cristo. Muchas de las filas y filas de Su pueblo también se sienten a veces movidas a decir con David: "¡Oh, si tuviera alas como de paloma! porque entonces volaría y descansaría" (Sal 55:6). Por corta que sea nuestra estancia aquí, parece larga, demasiado larga para algunos de nosotros, y aunque no podemos reivindicar el mal humor y la petulancia de Elijah, sin embargo, este escritor ciertamente puede simpatizar con él bajo el enebro, porque él mismo ha estado allí a menudo.

Sin embargo, debe señalarse que hay una diferencia radical entre el deseo de ser librados de un mundo de desilusión y dolor y el anhelo de ser librados de este cuerpo de muerte para estar presentes con el Señor. Este último fue el caso del Apóstol cuando dijo, "teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor" (Fil 1:23). El deseo de ser librados de la pobreza abyecta o de un lecho de languidez es natural, pero el anhelo de ser librados de un mundo de iniquidad y de un cuerpo de muerte para que podamos disfrutar de una comunión sin nubes con el Amado es verdaderamente espiritual. Una de las mayores sorpresas de nuestra propia vida cristiana ha sido encontrar cómo muy pocas personas dan evidencia de esto último. La mayoría de los profesores parecen estar tan apegados a esta escena, tan enamorados de esta vida, o tan temerosos del aspecto físico de la muerte, que se afellan a la vida con tanta tenacidad como los que no son profesores. Seguramente el cielo no puede ser muy real para ellos. Es cierto que debemos esperar sumisamente el tiempo de Dios, pero eso no debe impedir ni anular el deseo de "partir y estar con Cristo".

Pero no perdamos de vista el hecho de que en su abatimiento Elías se volvió hacia Dios y le dijo: "Basta; Ahora, oh SEÑOR, quítame la vida, porque no soy mejor que mis padres" (1Re 19:4). No importa cuán abatidos estemos, cuán agudo sea nuestro dolor, es siempre el privilegio del creyente desahogar su corazón en Aquel que "está más unido que un hermano", y verter nuestra queja en Su oído compasivo. Es cierto que Él no parpadeará ante lo que está mal, sin embargo, se commueve con el sentimiento de nuestras debilidades. Es cierto que Él no siempre nos concederá lo que pidamos, porque muchas veces "pedimos mal" (Santiago 4:3), pero si Él retiene lo que deseamos es porque tiene algo mejor para nosotros. Así fue en el caso de Elías. El Señor no le quitó la vida en ese momento: no lo hizo después, porque fue llevado al cielo sin ver la muerte. Elías es uno de los *dos únicos* que han entrado en el cielo sin pasar por las puertas de la tumba. Sin embargo, para el carro de Dios, Elías tuvo que esperar el tiempo señalado por Dios.

"Es suficiente; ahora, oh Señor, quítame la vida, porque no soy mejor que mis padres." Estaba cansado de la incesante oposición que encontraba, cansado de la lucha. Estaba desanimado en sus trabajos, que sintió que no servían de nada. Me he esforzado mucho, pero ha sido en vano; He trabajado toda la noche y no he pescado nada. Era el lenguaje de la desilusión y la inquietud: "Es suficiente": no estoy dispuesto a luchar más, he hecho y sufrido lo suficiente, déjame ir de aquí. No estamos seguros de lo que quiso decir con su "no soy mejor que mis padres". Posiblemente estaba alegando su debilidad e incapacidad: No soy más fuerte que ellos ni estoy mejor capacitado para hacer frente a las dificultades que encontraron. Quizá aludió a la falta de fruto en su ministerio: Nada sale de mis trabajos, no tengo más éxito que ellos. Puede ser que estuviera dando a entender su desilusión porque Dios no había cumplido con sus expectativas. Estaba completamente abatido y ansioso por abandonar la arena.

Ved aquí una vez más las consecuencias que siguen al dejarse llevar por el miedo y la incredulidad. El pobre Elías estaba ahora en el Pantano del Desaliento, una experiencia de la que pocos o ninguno del pueblo del Señor escapan en un momento u otro. Había abandonado el lugar al que el Señor lo había llevado, y ahora estaba saboreando los efectos amargos de un curso de obstinación. Todo placer había desaparecido de la vida: el gozo del Señor ya no era su fuerza. Oh, qué vara hacemos para nuestras espaldas cuando deliberadamente nos apartamos del camino del deber. Al dejar los caminos de la justicia, nos sepáramos de las fuentes de refrigerio espiritual y, por lo tanto, el "desierto" es ahora nuestra morada. Y aquí nos sentamos en completo abatimiento, solos en nuestra miseria, porque no hay nadie que nos consuele

mientras estamos en tal estado. Ahora se desea la muerte para poner fin a nuestra miseria. Si tratamos de orar, no son más que los murmullos de nuestro corazón los que encuentran expresión: Mi voluntad, y no la Tuya, sea hecha siendo la sustancia de ella.

¿Y cuál fue la respuesta del Señor? ¿Se volvió con disgusto ante tal espectáculo y dejó que Su siervo descarriado cosechara lo que había sembrado y sufriera los desiertos completos y finales de su incredulidad? Ah, ¿se negará el buen Pastor a cuidar de una de Sus ovejas descarriadas, que yace indefensa junto al camino? ¿Rechazará el gran Médico asistir a uno de Sus pacientes justo cuando más lo necesita? Bendito sea Su nombre, el Señor es “pasivo con nosotros, no queriendo que ninguno perezca” (2 Pedro 3:9). “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal 103:13). Así fue aquí: el Señor evidenció Su piedad por Su siervo sobreexcitado y desconsolado de la manera más misericordiosa, pues lo siguiente que leemos es que él “dormía debajo de un enebro” (1Re 19:5). Pero es probable que la fuerza de eso se pierda en nosotros, en este día que deshonra a Dios, cuando quedan pocos que se den cuenta de que “él hace dormir a su amado” (Salmo 127:2). Era algo mejor que “la naturaleza siguiendo su curso”: era el Señor *refrescando* al profeta cansado.

Cuán a menudo se pierde ahora de vista que el Señor cuida de los *cuerpos* de Sus santos tanto como de sus almas. Esto es más o menos reconocido y reconocido por los creyentes en el asunto de la comida y el vestido, la salud y la fuerza, pero muchos lo ignoran ampliamente con respecto al punto del que estamos tratando aquí. El sueño es tan imperativo para nuestro bienestar físico como lo es la comida y la bebida, y el uno es tanto el regalo de nuestro Padre celestial como el otro. No podemos ponernos a dormir por ningún esfuerzo de voluntad, como pronto descubren quienes sufren de insomnio. Tampoco el ejercicio y el trabajo manual por sí mismos aseguran el sueño: ¿no se acostó el lector casi exhausto y luego descubrió que estaba “demasiado cansado para dormir”? El sueño es un don divino, pero su repetición nocturna nos ciega al hecho. Hace muchos años, un oficial de nuestra iglesia que sufría de neumonía no consiguió dormir en absoluto, ni de día ni de noche, durante más de una semana, y nada de lo que pudieran hacer los médicos produciría descanso, porque su tos neutralizó todos sus somníferos.

Cuando así le place, Dios retiene el sueño, y entonces tenemos que decir con el salmista: “Tú sostienes mis ojos despiertos” (77:4). Pero esa es la excepción y no la regla, y debemos estar profundamente agradecidos de que así sea. Día tras día el Señor nos alimenta, y noche tras noche “da a dormir a su amado”. Así, en este pequeño detalle de Elías durmiendo bajo el enebro, que

es probable que pasemos por alto a la ligera, deberíamos percibir la mano llena de gracia de Dios ministrando con ternura las necesidades de alguien a quien Él ama. Sí, “Jehová se compadece de los que le temen”, y ¿por qué? “porque él conoce nuestra condición, se acuerda de que somos polvo” (Sal 103:14). Él es consciente de nuestra fragilidad y templa Sus vientos en consecuencia. Él es consciente cuando nuestras energías se gastan, y con gracia renueva nuestra fuerza. No fue el diseño de Dios que Su siervo muriera de agotamiento en el desierto después de su larga, larga huida de Jezreel, por lo que misericordiosamente refresca su cuerpo con el sueño. Y así compasivamente nos trata.

Por desgracia, cuán poco nos afecta la bondad y la gracia del Señor para con nosotros. La recurrencia infalible de Sus misericordias, tanto temporal como espiritualmente, nos inclina a tomarlas como algo normal. Somos tan torpes de entendimiento, tan fríos nuestros corazones hacia Dios, que es de temer que la mayor parte del tiempo no nos demos cuenta de quién es la mano amorosa que nos está sirviendo. ¿No es esta la verdadera razón por la que no empezamos a valorar realmente nuestra salud hasta que nos la quitan, y no es hasta que pasamos noche tras noche dando vueltas sobre un lecho de dolor que percibimos el valor del sueño regular con el que antes estábamos? ¿favorecido? Y tan viles criaturas somos que cuando la enfermedad y el insomnio nos sobrevienen, en lugar de mejorarlos arrepintiéndonos de nuestra anterior ingratitud y humildemente confesándolos a Dios, murmuramos y nos quejamos de la dureza de nuestra suerte actual y nos preguntamos qué tenemos. hecho para merecer ese trato! ¡Oh, que aquellos de nosotros que todavía somos bendecidos con buena salud y sueño regular no dejemos de dar gracias diariamente por tales privilegios y busquemos fervientemente la gracia para usar la fuerza de ellos para la gloria de Dios!

13. Refrescado

“No os ha sobrevenido ninguna tentación [prueba: ya sea en forma de seducciones o aflicciones, incitaciones al pecado o penalidades] que no sea humana” (1 Corintios 10:13). No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea a la que la naturaleza humana está expuesta ya la que ha estado sujeta a menudo. No has sido llamado a experimentar ninguna tentación sobrehumana o sin precedentes. Pero, ¡cuán generalmente se pierde de vista este hecho cuando las nubes oscuras de la adversidad se cruzan en nuestro camino! Entonces nos inclinamos a pensar: “Nadie jamás fue probado tan severamente como yo”. Es bueno en ese momento recordarnos esta verdad y reflexionar sobre los registros de aquellos que nos han precedido. ¿Es el sufrimiento insoportable del cuerpo lo que te hace suponer que tu angustia está más allá de la de cualquier otro? ¡Entonces recordemos el caso de Job, “con llagas desde la planta del pie hasta la coronilla”! ¿Es el duelo, el arrebataimiento inesperado de los seres queridos? Entonces recuerda también que Job perdió a todos sus hijos e hijas en una sola noche. ¿Es una sucesión de penalidades y persecuciones encontradas en el servicio del Señor? Luego lee 2 Corintios 11:24-27 y nota las múltiples y dolorosas experiencias por las que el principal de los Apóstoles fue llamado a pasar.

Pero quizás lo que más abruma a algún lector es la vergüenza que siente por su quebrantamiento en las pruebas. Sabe que otros han sido probados tan severamente como él, sí mucho más severamente, sin embargo, los soportaron con coraje y compostura, mientras que él ha sido aplastado por ellos. En lugar de obtener consuelo de las promesas divinas, ha dado paso a un espíritu de desesperación; en lugar de llevar la vara con mansedumbre y paciencia, se ha rebelado y murmurado; en lugar de andar pesadamente por el camino del deber, lo ha abandonado. “¿Hubo alguna vez un fracaso tan lamentable como el mío?” es ahora su lamento. Con razón deberíamos humillarnos y lamentarnos por tales fracasos para comportarnos “como hombres” (1 Corintios 16:13): contritamente deberíamos confesar tales pecados a Dios. Sin embargo, no debemos imaginar que ahora todo está perdido. Incluso esta experiencia no tiene paralelo en la vida de los demás. Aunque Job no maldijo a Dios, lo hizo el día de su nacimiento. También lo hizo Jeremías (20:14). Elías abandonó su puesto de trabajo, se acostó bajo el enebro y oró por la muerte. ¡Qué espejo es la Escritura en la que podemos vernos a nosotros mismos!

“Pero fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados más de lo que podéis; sino que también con la tentación haréis una salida, para que podáis soportarla” (1 Corintios 10:13). Sí, *Dios es fiel incluso si somos infieles* : Él es fiel a los compromisos de Su pacto, y aunque castiga nuestras iniquidades con azotes, Su misericordia nunca quitará del todo a uno de los Suyos (Sal. 89:32-33). Es en la hora de la prueba, justo cuando las nubes son más negras y un espíritu de abatimiento se ha apoderado de nosotros, que la fidelidad de Dios aparece de manera más conspicua. Él conoce nuestra condición y no permitirá que seamos probados indebidamente, sino que, “junto con la tentación, hallará también una vía de escape”. Es decir, Él aligerará la carga o dará mayor fuerza para llevarla, de modo que no seamos abrumados por ella. “Dios es fiel”: no es que Él esté comprometido para asegurarnos si deliberadamente nos sumergimos en tentaciones. No, si tratamos de resistir la tentación, si lo invocamos en el día de la angustia, si invocamos sus promesas y contamos con que Él se encargará de nosotros, ciertamente no nos fallará. Así, aunque por un lado no debemos presumir y ser imprudentes, por otro lado no debemos desesperarnos y abandonar la lucha. El llanto puede durar toda la noche, pero la alegría llega por la mañana.

¡Cuán sorprendente y benditamente se ilustró y exemplificó 1 Corintios 10:13 en el caso de Elías! Fue una dolorosa tentación o prueba cuando, después de toda su fidelidad en el servicio del Señor, su vida se vio amenazada por la malvada Jezabel y cuando todos sus esfuerzos para traer de vuelta a Israel a la adoración del verdadero Dios parecían ser completamente vanos. Era más de lo que podía soportar: estaba tan cansado de una pelea tan unilateral y perdida que oró para que lo sacaran de la arena. Pero Dios fue fiel y con la dolorosa tentación “abrió también una vía de escape” para poder sobrellevarla. En la experiencia de Elías, como suele ser el caso con nosotros, Dios no quitó la carga sino que le dio nuevas provisiones de gracia para que el Profeta pudiera sobrellevarla. Él no quitó a Jezabel ni realizó una poderosa obra de gracia en los corazones de Israel, sino que renovó la fuerza de Su siervo sobreexcitado. Aunque Elías había huido de su puesto de trabajo, el Señor no abandonó al Profeta en su hora de necesidad. “Si no creemos, él permanece fiel; no puede negarse a sí mismo” (2Ti 2:13). ¡Oh qué Dios el nuestro! No es un amigo del buen tiempo el que derramó su sangre para redimirnos, sino un hermano “nacido para la adversidad” (Pro 17,17). Él ha jurado solemnemente: “Nunca te dejaré ni te desampararé”, y por lo tanto podemos declarar triunfalmente: “El Señor es mi ayudador y no temeré lo que me hagan los hombres” (Hebreos 13:5-6).

Como hemos señalado, lo primero que hizo el Señor al renovar las fuerzas de Elías fue dar sueño a su amado, refrescando así su cuerpo fatigado y desgastado por el viaje. Cuán inadecuadamente valoramos esta bendición divina, no solo por el descanso que brinda a nuestro marco físico, sino por el alivio que brinda a una mente preocupada. ¡Qué misericordia es para muchas almas acosadas que no están despiertas las veinticuatro horas completas! Aquellos que son saludables y ambiciosos pueden envidiar las horas pasadas en el sueño como una "pérdida de tiempo necesaria", pero otros que están atormentados por el dolor o angustiados deben considerar unas pocas horas de inconsciencia cada noche como una gran bendición. Ninguno de nosotros está tan agradecido como debería estar por este privilegio que se repite constantemente ni tan sinceramente en agradecer a su Dador. Que este es uno de los dones del Creador para nosotros se ve desde la primera aparición de la palabra en las Escrituras: "El Señor hizo caer un sueño profundo sobre Adán" (Gn 2:21).

"Y estando él acostado y dormido debajo de un enebro, he aquí, un ángel lo tocó" (1 Reyes 19:5). Aquí estaba la segunda prueba del tierno cuidado del Señor por Su siervo y era indescriptiblemente bendito. Cada palabra por separado exige una atención devota. "He aquí": una nota de asombro para estimular nuestro interés y movernos a un asombro reverente. "He aquí" ¿qué? Alguna muestra del desagrado del Señor, como bien podríamos esperar: ¿una lluvia torrencial, por ejemplo, para aumentar la incomodidad del Profeta? No, lejos de lo contrario. He aquí una gran demostración de esa verdad, "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos" (Isaías 55:8-9). Esos versículos se citan a menudo, pero pocos del pueblo del Señor están familiarizados con las palabras que los preceden inmediatamente y de las cuales son una amplificación: "Volvamos a Jehová, y él tendrá de [nosotros] misericordia, y a Dios nuestro, porque él será amplio en perdonar". Así, no es la grandeza de Su sabiduría sino la infinitud de Su *misericordia* lo que está a la vista.

"Mira, entonces." Esta marca de tiempo da un énfasis adicional al asombroso fenómeno que aquí se despliega ante nuestros ojos. No fue en la cumbre del Carmelo, sino aquí en el desierto donde Elías recibió esta conmovedora prueba del cuidado de su Maestro. No fue inmediatamente después de su conflicto con los profetas de Baal, sino después de su huida de Jezreel que recibió este favor distintivo. No fue mientras estaba ocupado en

oración importuna, rogando a Dios que supliera su necesidad, sino cuando había pedido con petulancia que le quitaran la vida, que ahora se hizo provisión para preservarla. Cuantas veces Dios es mejor para nosotros que nuestros miedos. ¡Esperamos juicio, y he aquí misericordia! ¿No ha habido tal “entonces” en nuestras vidas? Ciertamente ha habido, más de una vez en la experiencia de este escritor, y no dudamos en cada uno de nuestros lectores cristianos. Bien entonces, podemos unirnos para reconocer: “No nos trató conforme a nuestros pecados, ni nos pagó conforme a nuestras iniquidades” (Sal. 103:10). Más bien nos ha tratado según la fidelidad de su pacto y según su amor que trasciende el conocimiento.

“He aquí, entonces un ángel lo tocó” (1Re 19:5). No era un compañero de viaje cuyos pasos Dios ahora dirigió hacia el enebro y cuyo corazón movió a tener compasión del exhausto que yacía debajo de él. Esa había sido una señal de misericordia, pero aquí contemplamos algo mucho más asombroso. Dios envió a una de esas criaturas celestiales que rodean Su Trono en lo alto para consolar al abatido Profeta y suplir sus necesidades. En verdad, esto no fue “a la manera de los hombres”, sino que, bendito sea Su nombre, fue a la manera de Aquel que es “el Dios de toda gracia” (1 Pedro 5:10). Y *la gracia*, mi lector, no toma en cuenta nuestra dignidad o indignidad, nuestro merecimiento o inmerecimiento. No, la gracia es *libre* y soberana y no busca fuera de sí misma el motivo de su ejercicio. El hombre a menudo trata con dureza a sus semejantes, ignorando su fragilidad y olvidando que es tan probable que se quede en el camino como ellos, y por lo tanto, con frecuencia actúa de manera apresurada, incoherente y poco amable con ellos. Pero no así Dios: siempre trata con paciencia a sus hijos descarriados y con la más profunda piedad y ternura.

“He aquí, entonces un ángel lo tocó”, despertándolo suavemente de su sueño, para que pudiera ver y participar del refrigerio que le había sido provisto. Cómo esto nos recuerda esa palabra, “¿no son todos ellos [los santos ángeles] espíritus ministradORES, enviados para servir a los que serán herederos de la salvación?” (Hebreos 1:14). Esto es algo de lo que oímos muy poco en esta era materialista y escéptica, pero acerca de lo cual las Escrituras revelan mucho para nuestro consuelo. Fue un ángel quien vino y liberó a Lot de Sodoma antes de que la ciudad fuera destruida por fuego y azufre (Gn 19:15-16). Fue un ángel el que “cerró la boca de los leones” cuando Daniel fue arrojado a su guarida (6:22). Fueron los ángeles quienes llevaron el alma del mendigo al “seno de Abraham” (Lucas 16:22). Fue un ángel el que visitó a Pedro en la prisión, le quitó las cadenas de las manos, hizo que la puerta de hierro de la ciudad se les abriera “por su propia voluntad” (Hechos 12:7, 10) y

Traducido por: David Taype

así lo libró de sus enemigos.. . Fue un ángel quien le aseguró a Pablo que nadie en el barco perecería (Hechos 27:23). Ni por un momento creemos que el ministerio de los ángeles es una cosa del pasado, aunque ya no se manifiestan en forma tangible como en los tiempos del Antiguo Testamento—Hebreos 1:14 excluye tal idea.

“Entonces un ángel lo tocó y le dijo: Levántate y come. Y él miró, y he aquí, había una torta cocida sobre las brasas y una vasija de agua a su cabecera” (1 Reyes 19:5, 6). Aquí estaba la tercera provisión que el Señor hizo con tanta gracia para el refrigerio de su siervo exhausto. Una vez más notamos el estimulante “he aquí”. Y bien podemos reflexionar sobre este espectáculo y sentirnos maravillados ante él, maravillados ante la asombrosa gracia del Dios de Elías y nuestro Dios. Dos veces antes el Señor proveyó sustento para el Profeta de manera milagrosa: por los cuervos en el arroyo Querit, por la mujer viuda en Sarepta. ¡Pero aquí nada menos que un ángel le ministró! He aquí la constancia del amor de Dios en el que todos los cristianos profesan creer, pero del que pocos parecen darse cuenta en momentos de depresión y oscuridad. Como ha dicho otro: “No es difícil creer que Dios nos ama cuando vamos con la multitud a la casa de Dios con alegría y alabanza y nos paramos en el círculo iluminado por el sol: pero es difícil para nosotros creer que Él se siente como mucho amor por nosotros cuando, desterrados por nuestro pecado a la tierra del Jordán y de los hermonitas, nuestra alma se abate dentro de nosotros y el abismo llama al abismo, y sus olas y oleajes se agitan alrededor.

“No es difícil creer que Dios nos ama cuando, como Elías en Querit y el Carmelo, hacemos Sus mandamientos escuchando la voz de Su Palabra. Pero no es tan fácil cuando, como Elías en el desierto, yacemos varados, o como barcos desmantelados y sin timón, revolcándonos en el seno de las olas. No es difícil creer en el amor de Dios cuando, como Pedro, estamos en el monte de la gloria y en el éxtasis de la alegría nos proponemos compartir un tabernáculo con Cristo para siempre, pero es casi imposible cuando, con el mismo Apóstol, negamos nuestra Dominan con juramentos y se avergüenzan con una mirada en la que el dolor domina la reprensión”. Lo más necesario es para nuestra paz y consuelo saber y creer que el amor de Dios permanece inmutable como Él mismo. Qué prueba recibió Elías aquí de lo mismo: no solo no fue desamparado por el Señor, sino que no hubo reproche de él ni palabra de reproche sobre su conducta. Ah, ¿quién puede sondear, sí, incluso comprender, la asombrosa gracia de nuestro Dios? Cuanto más abunda el pecado, más sobreabunda Su gracia.

Elías no sólo recibió una prueba inequívoca de la constancia del amor de Dios en este momento, sino que se manifestó de una manera especialmente

tierna. Había bebido del arroyo Querit pero nunca del agua sacada por manos angelicales del río de Dios. Había comido del pan forrajeado para él por los cuervos y de la harina multiplicada por un milagro, pero nunca de tortas fabricadas por dedos celestiales. ¿Y por qué estas especiales pruebas de ternura? Ciertamente no porque Dios perdonara a Su siervo, sino porque se necesitaba una manifestación especial de amor para asegurar al Profeta que todavía era objeto del amor divino, para ablandar su espíritu y llevarlo al arrepentimiento. Cómo nos recuerda esto la escena representada en Juan 21, donde contemplamos un desayuno preparado por el Salvador resucitado y un fuego de brasas para calentar a los pescadores mojados. ¡Y Él hizo esto por los mismos hombres que, en la noche de Su traición, lo abandonaron y huyeron, y que se negaron a creer en Su triunfo cuando las mujeres les hablaron de la tumba vacía y de Su aparición ante ellos en forma tangible!

“Y él miró, y he aquí, había una torta cocida sobre las brasas y una vasija de agua a su cabecera” (1Re 19:6). Este “he aquí” no solo enfatiza las riquezas de la gracia de Dios al ministrar a su siervo descarrulado, sino que también llama la atención sobre una maravilla de su poder. En su petulancia e incredulidad, Israel de antaño había preguntado: “¿Puede Dios proveer una mesa en el desierto?” (Sal 78:19). Murmuraron contra Dios, diciendo: Mejor nos fuera servir a los egipcios que morir en el desierto (Éxodo 14:12). Y aquí estaba Elías, no simplemente en la periferia de este desierto desolado y árido, sino “a un día de camino” hacia su interior. Allí no crecía nada salvo unos pocos arbustos y ningún arroyo humedecía sus arenas resecas. Pero las circunstancias adversas y las condiciones desfavorables no presentan obstáculos para el Todopoderoso. Aunque nos faltan los medios, la falta de ellos no presenta ninguna dificultad para el Creador: Él puede producir agua de la roca de pedernal y convertir las piedras en pan. Por tanto, ningún bien les faltará a quienes el Señor Dios se ha comprometido a proveer para ellos: Su misericordia y Su poder están igualmente comprometidos a favor de ellos. Recuerda entonces, oh incrédulo, el Dios de Elías *aún vive* y ya sea que tu suerte sea echada en tiempo de guerra o de hambruna, tu pan y tu agua están seguros.

“Y él miró, y he aquí, había una torta cocida sobre las brasas y una vasija de agua a su cabecera” (1Re 19:6). Hay todavía otra dirección a la que nos señala este “he aquí” que ha escapado a la atención de los comentaristas, a saber, la clase de servicio que el ángel realizó aquí. ¡Qué cosa tan asombrosa que una criatura tan digna se dedique a una tarea tan humilde: que los dedos de un ser celestial se empleen en preparar y hornear un pastel! Pareciera una tarea degradante para uno de esos seres exaltados que rodean el trono del

Altísimo servir a alguien que pertenecía a una raza inferior y caída, que era desobediente y de mal genio. Dejar una ocupación espiritual para preparar la comida para el cuerpo de Elías, ¡qué envilecimiento! Bien podemos maravillarnos ante tal espectáculo y admirar la obediencia del ángel al cumplir con la orden de su Maestro. Pero más aún, debe aleternos a prestar atención a ese precepto y a “condescender con los hombres de condición humilde” (Rom 12:16), a no considerar ningún empleo inferior a nosotros por el cual podamos beneficiar a un prójimo que está abatido de mente y cuyo espíritu es abrumado dentro de él. No desprecies el deber más servil cuando un ángel desdeñó no cocinar comida para un hombre pecador.

“Y comió y bebió, y volvió a acostarse” (1 Reyes 19:6). Una vez más es evidente que estas narraciones de la Sagrada Escritura están dibujadas por una mano imparcial y están pintadas con los colores de la verdad y la realidad. El Espíritu Santo ha representado la conducta de los hombres, incluso de los más eminentes, no como debería haber sido sino como realmente fue. Es por eso que encontramos nuestro propio camino y experiencias en él representados con tanta precisión. ¿Había algún idealista religioso inventado la historia? ¿Cómo había retratado la respuesta de Elías a esta asombrosa muestra de la gracia del Señor, de la constancia de Su amor y de la ternura especial que ahora se le mostraba? ¡Obviamente, habría imaginado al Profeta como abrumado por tal favor divino, completamente derretido por tal bondad amorosa y postrado ante Él en adoración adoradora! ¡Cuán diferente es la descripción que hace el Espíritu de los hechos! No hay indicios de que el petulante Profeta se sintiera conmovido en el fondo, ni se menciona su reverencia en adoración, ni siquiera una palabra de agradecimiento: simplemente que comió y bebió y se volvió a acostar.

Ay, ¿qué es el hombre? ¿Qué es lo mejor de los hombres visto aparte de Cristo? ¿Cómo actúa el santo más maduro en el momento en que el Espíritu Santo suspende sus operaciones y deja de obrar en él ya través de él? No diferente al *no regenerado*, porque la carne no es mejor en él que en el primero. Cuando está fuera de la comunión con Dios, cuando su voluntad ha sido contrariada, está tan malhumorado como un niño mimado. Ya no es capaz de apreciar las misericordias divinas porque se considera tratado con dureza y en lugar de agradecer los favores temporales los acepta como algo natural. Si el lector siente que estamos dando una interpretación injustificada a este silencio de la narración, que no debemos asumir que Elijah no dio las gracias, le pediríamos que lea la continuación y determine si muestra o no que el Profeta continuó con un estado de ánimo inquieto. O no. La omisión de la adoración de Elías y la acción de gracias por el refrigerio es muy tristemente

Traducido por: David Taype

fiel a la vida. ¡Cómo debería esto reprocharnos por omisiones similares! Cómo esta ausencia de alabanza debe recordarnos nuestra ingratitud a los favores divinos cuando se contradicen nuestras voluntades, y humillarnos al recordarlas.

14. En la cueva

Dos cosas se destacan en los versículos iniciales de 1 Reyes 19, una sirviendo para realzar la otra: los amargos frutos del pánico del Profeta y la sobreabundante *gracia* del Señor hacia Su siervo descarriado. El mensaje amenazador enviado por la furiosa Jezabel había llenado de consternación a Elías, y en sus acciones subsiguientes vemos los efectos que siguen cuando el corazón se llena de incredulidad y temor. En lugar de difundir el mensaje de la reina ante su Maestro, Elías tomó el asunto en sus propias manos. En lugar de esperarlo pacientemente, actuó por impulso precipitado. Primero, abandonó su puesto de trabajo y huyó de Jezreel, adonde lo había llevado "la mano del Señor". En segundo lugar, ocupado únicamente en sí mismo, "se fue por su vida", ya no actuando con la gloria de Dios ni el bien de su pueblo. Tercero, la locura ahora lo poseyó, porque al apresurarse a Beerseba entró en el territorio de Josafat, cuyo hijo se había casado con "la hija de Acab"; ni siquiera el sentido común regula a los que no tienen comunión con Dios.

Elías no se atreve a quedarse en Beerseba, así dice "un día de camino por el desierto", ilustrativo del hecho de que cuando la incredulidad y el temor se apoderan, un espíritu de inquietud llena el alma de modo que ya no es capaz de estar quieta ante Dios. Finalmente, cuando su energía febril se agotó, el Profeta se arrojó debajo de un enebro y oró por la muerte. Ahora estaba en Slough of Despond, sintiendo que la vida ya no valía la pena vivirla. Y es sobre ese fondo oscuro que contemplamos las glorias de la gracia divina que ahora resplandecía tan benditamente. En la hora de su desesperación y necesidad, el Señor no abandonó a su pobre siervo. No, primero le dio *sueño a Su amado*, para descansar sus nervios hastiados. Segundo, envió un ángel para ministrarle. Tercero, proveyó refrigerios para su cuerpo. Esta fue ciertamente una gracia: no solo inmerecida sino totalmente no buscada por el tisbita. Maravillosos en verdad son los caminos de Aquel con quien tenemos que tratar, quien es "sufrido para con nosotros".

¿Y cuál fue la respuesta de Elías a estas sorprendentes propuestas de la misericordia de Dios? ¿Estaba abrumado por el favor divino, derretido por tanta bondad? ¿No puede el lector, sí, el lector cristiano, dar la respuesta a partir de su propia y triste experiencia? Cuando te has desviado del Señor y has abandonado las sendas de la justicia y Él ha soportado tu descarrío, y en lugar de castigar tus transgresiones con la vara ha continuado derramando Sus bendiciones temporales sobre ti, ¿el sentido de Su bondad te ha llevado al

arrepentimiento? , o estando todavía en un estado de reincidencia, ¿no habéis aceptado los beneficios de Dios como algo natural, indiferentes a las misericordias más tiernas? Tal es la naturaleza humana caída en todo el mundo, en todas las épocas: “Como en el agua el rostro corresponde al rostro, así el corazón del hombre al hombre” (Proverbios 27:19). Y Elías no fue la excepción, porque se nos dice que “comió y bebió, y volvió a acostarse” (1 Reyes 19:6); ninguna señal de arrepentimiento por el pasado, ningún atisbo de gratitud por las misericordias presentes, ningún ejercicio del alma acerca de deber futuro.

Ah, en esta línea de la imagen se nos muestra otro efecto más que sigue a la incredulidad y el temor del corazón, y es la insensibilidad del alma. Cuando el corazón está alejado de Dios, cuando el yo se convierte en el centro y la circunferencia de nuestros intereses, una dureza y una muerte se apoderan de nosotros de modo que somos impermeables a la bondad del Señor. Nuestra visión se oscurece para que ya no percibamos de quién es la Mano llena de gracia que nos está sirviendo. Nuestros afectos se enfrián para que ya no apreciemos los beneficios que se nos otorgan. Nos volvemos indiferentes, insensibles, insensibles. Descendemos al nivel de las bestias, consumiendo lo que se nos da sin pensar en la fidelidad del Creador. ¿No resume esta corta frase la vida de los no regenerados: “comen y beben y se acuestan de nuevo”—sin ningún respeto por Dios, cuidado por sus almas o preocupación por la eternidad? Y, mi lector, ese es el caso con un creyente reincidente: desciende al nivel de los impíos, porque Dios ya no tiene el lugar principal en su corazón y pensamientos.

¿Y cuál fue la respuesta del Señor a tan grosera ingratitud de parte de Su siervo? ¿Se apartó ahora de él con disgusto, como si no mereciera más consideración de parte de Él? Bien podría hacerlo, porque despreciar la gracia no es un pecado ordinario. Si bien la gracia no toma a la ligera el pecado, como se hará evidente aquí a continuación, si el pecado pudiera frustrar la gracia, dejaría de ser gracia. Así como la gracia nunca puede ser atraída por el bien merecido, así nunca es repelida por el mal merecido. Y Dios estaba tratando en gracia, gracia soberana, con el Profeta. Por lo cual leemos: “Y el ángel de Jehová volvió la segunda vez, y lo tocó, y dijo: Levántate y come; porque el camino es demasiado largo para ti” (1Re 19:7). Verdaderamente debemos exclamar con el salmista: “No menospreció ni aborreció la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro” (22:24). ¿Y por qué? Porque Dios es amor y el amor “es sufrido y bondadoso... no se irrita fácilmente... todo lo soporta” (1Co 13:4-7).

“Y el ángel de Jehová vino otra vez por segunda vez.” ¡Cuán maravillosa es la paciencia del Señor! “Dios ha hablado una vez” y eso debería ser suficiente para nosotros, pero rara vez es así, y por lo tanto se agrega, “dos veces he oído esto, que el poder es de Dios” (Sal. 62:11). La primera vez que el gallo cantó, Pedro no le prestó atención, pero “la segunda vez que cantó, él “recordó las palabras que Jesús le había dicho... y pensando en ellas, lloró” (Mar 14:72) . ¡Ay, cuán lentos somos para responder a los avances divinos! Y “la voz le volvió a hablar por segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú inmundo” (Hechos 10:15). “Regocijaos en el Señor siempre”: ¡seguramente el cristiano no necesita que se le repita tal palabra! El Apóstol lo sabía mejor: “Otra vez digo, ¡Alérgense!” se añade (Filipenses 4:4). Qué eruditos aburridos somos: “cuando debéis ser maestros por el tiempo, tenéis necesidad de que alguien os vuelva a enseñar” (Hebreos 5:12), y por lo tanto tiene que ser “línea por línea, precepto por precepto”.

“Y el ángel de Jehová volvió por segunda vez” (1Re 19:7). Parece más probable que era al anochecer cuando el ángel se acercó a Elías por primera vez y le ordenó que se levantara y comiera, porque se nos dice que había andado “un día de camino por el desierto” antes de sentarse bajo el enebro. Después de participar del refrigerio proporcionado por manos tan augustas, Elías lo volvió a acostar y la noche extendió su velo temporal sobre las arenas abrasadas. Cuando el ángel vino y lo tocó, había amanecido por segunda vez: durante las horas intermedias de oscuridad, el mensajero celestial había vigilado mientras el cansado Profeta dormía. Ah, querido lector, el amor de Dios no conoce cambios, no desmaya, ni se cansa. La oscuridad no hace ninguna diferencia y no sirve para ocultarle su objeto. El amor inagotable vela por el creyente durante las horas en que es insensible a su presencia. “Habiendo amado a los tuyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1), hasta el fin de todos sus extravíos e *indignidades* .

“Y dijo: Levántate y come; porque el camino es demasiado largo para ti” (1Re 19:7). ¿No podemos percibir aquí una amable repremisión para el Profeta? “El viaje es demasiado grande para ti”. ¿Qué viaje? ¡Él no había sido dirigido a tomar ninguno! Fue un viaje emprendido por su propia voluntad, un diseño de su propia voluntad. Fue un viaje lejos del puesto del deber, que en ese momento debería haber estado ocupando. Era como si este mensajero celestial le dijera al Profeta: ¿Ves lo que sale de tu propia voluntad? Te ha reducido a la debilidad y al hambre. Sin embargo, Dios se ha compadecido de vosotros y os ha proporcionado refrigerio. No quebrará la caña cascada ni apagará el pabilo que humea. El Señor está lleno de bondad: Él prevé las demandas adicionales que se harán sobre tu cuerpo, así que “Levántate y

come". Elías había fijado su mente en el lejano Horeb, por lo que Dios se anticipa a sus necesidades, aunque fueran las necesidades de un siervo infiel y un niño rebelde. ¡Oh qué Dios el nuestro!

Pero aquí hay una lección práctica para cada uno de nosotros, incluso para aquellos a quienes la gracia ha preservado de la reincidencia. "El viaje es demasiado grande para ti". No solo el viaje de la vida como un todo, sino que cada segmento diario de él hará demandas más allá de nuestros propios poderes sin ayuda. La fe requerida, el valor exigido, la paciencia necesaria, las pruebas por soportar, los enemigos por vencer, son "demasiado grandes" para la mera carne y sangre. ¿Entonces qué? Bueno, comience el día como Elías comenzó este: "Levántate y come". No te propones salir al trabajo del día sin antes abastecer a tu cuerpo de comida y bebida, y ¿puede el alma prescindir mejor del alimento? Dios no *te pide* que proporciones el alimento espiritual, sino que por su gracia lo ha puesto a tu lado. Todo lo que Él pide es: "Levántate y come", aliméntate del maná celestial para que tu fuerza se renueve; Comiencen el día participando del Pan de Vida para que puedan estar completamente provistos para las muchas demandas que se harán sobre sus gracias.

"Y se levantó, y comió y bebió" (1 Reyes 19:8). Ah, aunque su caso era tan triste, "la raíz del asunto" estaba en él. No despreció la provisión que le proporcionó ni despreció el uso de los medios. Aunque no hay señal de gratitud, no hay devolución de agradecimiento al bondadoso Dador, sin embargo, cuando se le pidió que comiera, Elías cumplió obedientemente. Aunque había tomado el asunto en sus propias manos, ahora no desafió al ángel en su rostro. Como se había negado a imponerse violentamente sobre sí mismo, pidiéndole al Señor que le quitara la vida, ahora no se moría de hambre deliberadamente, sino que comía la comida que se le ponía delante. El justo puede caer, pero no será "totalmente derribado". Es posible que el lino no arda brillantemente, pero el humo evidenciará que aún no se ha apagado del todo. La vida en el creyente puede decaer, pero tarde o temprano dará prueba de que todavía está allí.

"Y fue con la fuerza de aquella comida cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios" (v. 8). En Su gracia, el Señor pasa por alto las debilidades de aquellos cuyos corazones son rectos con Él y que lo aman sinceramente, aunque todavía hay en ellos algo que siempre busca oponerse a Su amor. Muy bendito es el detalle particular que ahora tenemos ante nosotros: Dios no sólo renovó la energía decaída de Su siervo, sino que también hizo que el alimento que había comido le proporcionara fuerzas para un largo tiempo por venir. Si el escéptico se preguntara, ¿cómo pudo esa sola

comida nutritir al Profeta durante casi seis semanas? ¡Sería respuesta suficiente pedirle que explicara cómo nuestros alimentos nos suministran energía para un *solo día*! El más grande de los filósofos no puede explicar el misterio, pero el más simple de los creyentes responderá: Por el poder y la bendición de Dios sobre él. No importa cuánto alimento comamos, o cuán selecto sea, a menos que la bendición divina lo acompañe, no nos nutre ni un ápice. El mismo Dios que puede hacer que una comida nos dé energía durante cuarenta minutos, puede hacer que lo haga durante *cuarenta días* cuando a Él le plazca.

“Horeb, el monte de Dios” fue sin duda un lugar notable para que Elías se dirigiera, porque no hay lugar en la tierra donde la presencia de Dios se manifestó tan claramente como allí, al menos en los tiempos del Antiguo Testamento. Fue allí donde Jehová se apareció a Moisés en la zarza ardiente (Ex 3:1-4). Fue allí donde la Ley había sido dada a Israel (Dt 4:15) bajo fenómenos tan impresionantes. Fue allí donde Moisés se comunicó con Él durante cuarenta días y cuarenta noches. Aunque los profetas y poetas de Israel solían sacar sus imágenes más sublimes de los esplendores y terrores de esa escena, por extraño que parezca, no hay registro en las Escrituras de ningún israelita que haya visitado ese monte santo desde el momento en que se dio la Ley hasta que Elías huyó de *allí*. Jezabel. No sabemos si fue su intención real continuar allí cuando salió de Jezreel. Por qué fue allí, no podemos estar seguros. Tal vez, como sugirió Matthew Henry, fue para complacer su melancolía, diciendo con Jeremías: “¡Oh, si tuviera en el desierto un lugar de alojamiento para los viajeros, para poder dejar a mi pueblo y marcharme de ellos!”. (9:2).

Por extraño que parezca, hay algunos que piensan que el Profeta cruzó el desierto hacia Horeb porque había recibido instrucciones del ángel para hacerlo. Pero seguramente este punto de vista es negado por la continuación: ¿Habría pronunciado el Señor dos veces esa búsqueda y reprensión, “¿Qué haces aquí, Elías?” ¿Había ido allí en obediencia al mensajero celestial? Que sus pasos fueron guiados divinamente, no lo dudamos, porque había una sorprendente propiedad en que él, quien era peculiarmente el reformador legal, se reuniera con Jehová en el lugar donde la Ley había sido promulgada—compárese con Moisés y Elías apareciendo con Cristo en el Monte de la Transfiguración. . Aunque Elías no llegó a Horeb por mandato de Dios, fue dirigido allí por la providencia secreta de Dios: “El corazón del hombre traza su camino, pero Jehová dirige sus pasos” (Proverbios 16:9). ¿Y cómo? Por un impulso secreto desde dentro que no destruye su libertad de acción. “El corazón del rey está en la mano de Jehová; como arroyos de aguas, él lo desvía

Traducido por: David Taype

en todo lo que quiere” (Proverbios 21:1)—las aguas de un río corren libremente, ¡pero su curso está determinado por el cielo!

“Y llegó a una *cueva*, y durmió allí” (1 Reyes 19:9). Al fin el Profeta se contentó con la distancia que había puesto entre él y la que había jurado vengar la muerte de sus profetas: allí en aquella montaña remota, escondido en alguna cueva oscura entre sus precipicios, se sintió seguro. No se nos dice cómo se empleó ahora. Si trató de dedicarse a la oración, podemos estar seguros de que no tenía libertad y menos aún deleite en ello. Lo más probable es que se sentó y reflexionó sobre sus problemas. Si su conciencia lo acusara de haber actuado con demasiada precipitación al huir de Jezreel, que no debió ceder a sus temores sino confiar en Dios y proceder a instruir a la nación, la secuela indica que habría sofocado tan humillantes convicciones. En lugar de confesarle a Dios su fracaso. “El rebelde de corazón se llenará de sus propios caminos” (Prov. 14:14), a la luz de tal Escritura, ¿quién puede dudar de que Elías ahora estaba ocupado en compadecerse y vindicarse a sí mismo, reflexionando sobre la ingratitud de sus compatriotas y agraviado por el duro trato de Jezabel?

“Y he aquí, la palabra de Jehová vino a él” (1Re 19:9). Dios le había hablado personalmente en ocasiones anteriores. La palabra del Señor le había ordenado que se escondiera junto al arroyo de Querit (17:2-3). Había venido a él nuevamente pidiéndole que se dirigiera a Sarepta (17:8-9). Y una vez más le había ordenado que se mostrara a Acab (18:1). Pero a este escritor le parece que aquí tenemos algo diferente de los otros casos. Mientras el fugitivo acechaba en la cueva, se nos dice, “y he aquí, la palabra de Jehová vino a él”. Ese término expresivo no aparece en ninguno de los pasajes anteriores y su empleo aquí es la insinuación del Espíritu de que algo extraordinario está ante nosotros. En esta ocasión fue algo más que un mensaje divino lo que se comunicó al oído del Profeta, siendo nada menos que una visita de una Persona divina que el Profeta ahora recibió. Era nada menos que la segunda Persona de la Trinidad, la “Palabra” Eterna (Juan 1:1) quien ahora interrogaba al tisbita errante. Esto queda inequívocamente claro en la siguiente cláusula: “y ÉL le dijo”. Muy notable, muy solemne es esto.

“Y él le dijo: ¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:9). Elías se había desviado del camino del deber y su Maestro lo sabía. El Dios viviente sabe dónde están Sus siervos, lo que están haciendo y lo que no están haciendo. Nadie puede escapar de Su mirada omnisciente, porque “Los ojos de Jehová están en todo lugar” (Prov. 15:3). La pregunta del Señor fue una reprensión, una palabra escudriñadora dirigida a su conciencia. Como no sabemos qué palabra en particular acentuó el Señor, enfatizaremos cada una por separado.

¿Qué haces? ¿Es bueno o malo, porque totalmente inactivo, ya sea en mente o cuerpo, el hombre no puede estarlo? ¿Qué haces? ¿Estás empleando tu tiempo para la gloria de Dios y el bien de Su pueblo, o lo estás desperdiciando en quejas malhumoradas? ¿Qué haces? Tú que eres el siervo del Altísimo. Ustedes, que han sido tan altamente honrados, que han recibido tan notables pruebas del poder de Dios, ¿no podrían haber encomendado su causa a Él y dependido del Todopoderoso para su protección? “¿Qué haces aquí?”, lejos de la tierra de Israel, lejos de la obra de reforma.

“Y él dijo: He tenido mucho celo por Jehová Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y yo, aun yo solo, quedo; y buscan mi vida para quitármela” (1Re 19:10). Mientras reflexionamos sobre estas palabras, nos encontramos en desacuerdo con los comentaristas, la mayoría de los cuales critican severamente al Profeta por tratar de excusarse y echar la culpa a los demás. Lo que primero impresiona a este escritor es la ingenuidad de Elías: no hubo evasivas ni equívocos, sino una explicación franca y cándida de su conducta. Cierto, lo que adelantó aquí no proporcionó una razón suficiente para su huida, pero fue la declaración veraz de un corazón honesto. Bueno tanto para el escritor como para el lector si siempre podemos dar una buena cuenta de nosotros mismos cuando el Santo nos desafía. Si fuéramos tan abiertos y francos con el Señor como lo fue Elías, podríamos esperar ser tratados con tanta gracia como él lo fue; porque nótese bien que el Profeta *no recibió ninguna reprensión* de Dios en respuesta a su franqueza.

“He estado muy celoso por el Señor Dios de los ejércitos” fue una declaración de hecho: él no se había retraído del servicio más difícil y peligroso para su Maestro y su pueblo. No fue porque su celo se había enfriado que había huido de Jezreel. “Porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas”. Elías había estado profundamente angustiado al contemplar cuán gravemente el Señor fue deshonrado por la nación que era invocada por Su nombre. La gloria de Dios estaba muy cerca del corazón de Elías, y lo afectó profundamente ver sus leyes violadas, su autoridad burlada, su adoración despreciada, el homenaje del pueblo dado a ídolos sin sentido y su consentimiento tácito para el asesinato de sus siervos. “Y yo, incluso yo solo, me quedo”. Había, con peligro inminente para su vida, trabajado duro para poner fin a la idolatría de Israel y recuperar la nación; pero fue en vano. Por lo que podía percibir, había trabajado en vano y gastado sus fuerzas en vano. “Y buscan mi vida para quitármela”—¿De qué me sirve entonces perder más tiempo con un pueblo tan obstinado e insensible?

"Y él dijo: Sal, y ponte de pie en el monte delante de Jehová. Y he aquí, Jehová pasó, y un viento grande y fuerte partió los montes, y desmenuzó las peñas delante de Jehová; mas Jehová no estaba en el viento; y tras el viento, un terremoto; mas Jehová no estaba en el terremoto: y después del terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego; y tras el fuego un silbo apacible y delicado" (1Re 19:11-12). Elías ahora fue llamado a presenciar una exhibición más notable e inspiradora del poder de Dios. La descripción que aquí se da de la misma, aunque breve, es tan gráfica que cualquier palabra nuestra sólo serviría para embotar su contundencia. Lo que deseamos hacer es más bien averiguar el significado y el mensaje de esta sublime manifestación de Dios: su mensaje a Elías, a Israel ya nosotros mismos. ¡Oh, que nuestros ojos sean ungidos para discernir, nuestro corazón tan afectado como para apreciar, nuestros pensamientos controlados por el Espíritu Santo y nuestra pluma dirigida a la gloria del Altísimo y la bendición de Su amado pueblo!

Al tratar de descubrir el significado espiritual de lo que el Profeta presenció aquí en el monte, debemos reflexionar sobre lo mismo en relación con lo que lo ha precedido tanto en la historia de Israel como en la experiencia del mismo Elías. Luego debemos considerarlo en relación con lo que sigue inmediatamente, porque sin duda hay una estrecha conexión entre las escenas sobrecogedoras representadas en los versículos 11 y 12 y el mensaje solemne contenido en los versículos 15-18, sirviendo este último para interpretar las primeras. Finalmente necesitamos examinar este sorprendente incidente a la luz de la analogía de la fe, [3] las Escrituras como un todo, pues una parte de ellas sirve para explicar otra. Es, a medida que nos familiarizamos mejor con los "caminos" de Dios, como se revelan en Su Palabra, que podemos entrar más inteligentemente en el significado de Sus "actos" (Sal 103:7).

Entonces, ¿cómo debemos considerar esta manifestación de Dios en el monte con respecto al mismo Elías? Primero, como el trato del Señor con él en *gracia*. Esto debería ser evidente por el contexto. Allí hemos visto la conmovedora respuesta que Dios dio al fracaso de su siervo. Lejos de abandonarlo en su hora de debilidad y necesidad, el Señor lo había ministrado con la mayor ternura, exemplificando esa preciosa promesa: "Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen" (Salmo 103:13). Y Elías temía al Señor, y aunque su fe fue momentáneamente eclipsada, el Señor no le dio la espalda por eso. Se le dio sueño: un ángel le suministró comida y bebida: se comunicó una fuerza sobrenatural a su cuerpo para que pudiera prescindir de más alimento durante cuarenta días y cuarenta noches. Y cuando llegó a la cueva, Cristo mismo, la eterna "Palabra", se había parado ante él en manifestación teofánica. ¡Qué grandes favores eran

aquellos! Qué pruebas de que tenemos que ver con Aquel que es “el Dios de toda gracia”.

A lo que se acaba de señalar se puede decir: “Ciento, pero luego Elías despreció esa gracia: en lugar de ser adecuadamente afectado por ello, permaneció petulante y malhumorado; en lugar de confesar su fracaso, trató de justificar el abandono de su puesto de trabajo. Aun así: ¿entonces qué? ¿Por qué, el Señor aquí no le enseña al Profeta refractario una lección necesaria? ¿No se le aparece de una manera aterradora con el propósito de reprenderlo?” Este escritor no lee este incidente de esa manera. Quienes adoptan tal punto de vista deben tener poca familiaridad experimental con la maravillosa gracia de Dios. Él no es voluble y variable como nosotros: no nos trata en un momento de acuerdo con su propia benignidad compasiva y en otro nos trata de acuerdo con nuestros malos merecimientos. Cuando Dios comienza a tratar en gracia con uno de Sus elegidos, continúa tratando con él en gracia, y nada en la criatura puede impedir el fluir de Su misericordia.

Uno no puede examinar las maravillas que ocurrieron aquí en Horeb sin ver en ellas una referencia intencionada a las terribles solemnidades del Sinaí con sus “truenos y relámpagos”, cuando el Señor “descendió sobre él en fuego” y todo el monte “tembló en gran manera” (Éxodo 19:16, 18). Sin embargo, perdemos la fuerza de la alusión en nuestros versículos actuales, 1 Reyes 19:11-12, a menos que prestemos atención a las palabras, “Jehová *no estaba* en el viento”, “Jehová *no estaba* en el terremoto”, “el Señor *no estaba* en el terremoto”. Señor *no estaba* en el fuego.” Dios *no estaba* tratando con Elías sobre la base del Pacto Legal. Ese triple negativo es el Espíritu diciéndonos que Elías “no había venido al monte que se podía tocar, y que ardía en fuego, ni a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad” (Hebreos 12:18). Más bien, el Profeta se dirigió al “silencio apacible” que era una clara insinuación de que había “venido al monte de Sion” (Hebreos 12:22), el monte de la Gracia. Que Jehová se revelara así a Elías era una señal de la voluntad divina. favor, confiriéndole el mismo signo de distinción que le había concedido a Moisés en el mismo lugar cuando le mostró su gloria e hizo pasar ante él toda su bondad.

Segundo, el método que el Señor escogió tomar con Su siervo en esta ocasión fue diseñado para su instrucción. Elías estaba abatido por el fracaso de su misión. Había estado muy celoso por el Señor Dios de los Ejércitos, pero ¿qué había resultado de todo su celo? Había orado como probablemente nadie antes que él había orado jamás y aunque se habían obrado milagros en respuesta a ello, no se había logrado lo que estaba más cerca de su corazón. Ahab no se había visto afectado por lo que había presenciado. La nación no fue reclamada a Dios. Jezabel estaba tan desafiante como siempre. Elijah parecía

estar completamente solo y sus mayores esfuerzos fueron en vano. El enemigo aún triunfó a pesar de todo. El Señor, por lo tanto, presenta ante Su siervo una lección objetiva. Mediante exhibiciones solemnes de su gran poder, le recuerda de manera impresionante a Elías que no está confinado a ningún *agente* en la realización de sus designios. Los elementos están a Su disposición cuando Él se complace en emplearlos: un método más suave y un agente más suave si esa es Su voluntad.

Era muy natural que Elías llegara a la conclusión de que toda la obra debía ser hecha por él mismo, viniendo como lo hizo con toda la vehemencia de un viento recio; que bajo Dios todos los obstáculos serían barridos, la idolatría abolida y la nación traída de nuevo a la adoración de Jehová. El Señor, en Su gracia, hace saber ahora al Profeta que Él tiene otras flechas en Su aljaba que Él disparará a su debido tiempo. El “viento”, el “terremoto”, el “fuego”, deben desempeñar cada uno su papel asignado y, por lo tanto, dar paso de manera más clara y eficaz al ministerio más suave de la “voz apacible y delicada”. Elías fue sólo un agente entre varios. “Uno siembra y otro siega” (Juan 4:37). Elías había cumplido con su parte y pronto sería recompensado grandemente por su fidelidad. No había trabajado en vano; otro hombre y no él mismo debía participar en sus labores. ¡Cuán misericordioso del Señor en tomar así a Su siervo en Su confianza!

“Ciertamente el Señor Dios no hará nada sin revelar sus secretos a sus siervos los profetas” (Amós 3:7). Esto es exactamente lo que ocurrió allí en Horeb. Por medio de lo que podemos llamar una parábola panorámica, Dios le reveló el futuro a Elías. Aquí podemos descubrir la influencia de este notable incidente sobre Israel. En la continuación inmediata encontramos al Señor pidiéndole a Elías que unja a Hazael sobre Siria, a Jehú sobre Israel y a Eliseo como profeta en su lugar, asegurándole que “acontecera que el que escapare de la espada de Hazael, Jehú lo matará, y él El que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará” (1 Reyes 19:17). Fue en la obra de esos hombres que podemos percibir el significado profético de los solemnes fenómenos que Elías vio: eran símbolos de las terribles calamidades con las que Dios castigaría a la nación apóstata. Así, el fuerte “viento” era una figura de la obra de juicio que Hazael realizó sobre Israel, cuando “incendió sus fortalezas y mató a espada a sus jóvenes” (2 Reyes 8:12). El “terremoto” fue un cuadro de la revolución bajo Jehú, cuando “destruyó por completo la casa de Acab” (2 Reyes 9:7-10), y el “fuego” representó la obra de juicio completada por Eliseo.

Tercero, el incidente en su totalidad fue diseñado para consolar a Elías. Terribles en verdad eran los juicios que caerían sobre el Israel culpable; sin embargo, en la ira, Jehová recordaría la misericordia. La nación escogida no

sería exterminada por completo y, por lo tanto, el Señor en su gracia aseguró a Su siervo abatido: "Aún me he dejado en Israel siete mil, todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y toda boca que no lo besó" (1 Rey. 19:18). Así como el "viento fuerte", el "terremoto" y el "fuego" fueron presagios emblemáticos de los juicios que Dios iba a enviar pronto sobre su pueblo idólatra, así la "voz apacible y delicada" que los siguió esperaba la misericordia que Él tenía en tienda después de que Su "obra extraña" había sido realizada. Porque leemos que después de que Hazael hubo oprimido a Israel todos los días de Joacaz, "Jehová se apiadó de ellos y tuvo compasión de ellos a causa de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, y no los destruiría ni los arrojaría". de su presencia todavía" (2 Reyes 13:23). Una vez más, decimos cuán misericordioso es el Señor al dar a conocer a Elías "las cosas por venir" y así informarle lo que debería ser la secuela de sus labores.

Si consideramos los notables sucesos de Horeb a la luz de las Escrituras en su conjunto, encontraremos que fueron indicativos e ilustrativos de uno de los principios generales del gobierno divino de este mundo. El orden de las manifestaciones divinas ante Elías era análogo al tenor general de los procedimientos divinos. Ya sea con respecto a un pueblo oa un individuo, es habitual que la concesión de las misericordias divinas sea precedida por impresionantes muestras del poder de Dios y su desagrado contra el pecado. Primero las plagas sobre Egipto y la destrucción de Faraón y sus huestes en el Mar Rojo, y luego la liberación de los hebreos. La majestad y el poder de Jehová exhibidos en el Sinaí y luego la bendita proclamación: "Jehová, Jehová Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira y grande en bondad y verdad, que guarda misericordias a millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado" (Éxodo 34:6-7). Así será en el tiempo del fin: la destrucción de "Babilonia" será seguida por "la cena de las bodas del Cordero" (Ap 19, 9).

En cuarto lugar, el método seguido por el Señor en esta ocasión estaba destinado a preparar a Elías para un servicio posterior. La "vocecita apacible", que hablaba en voz baja y suave, estaba diseñada para calmar y calmar su espíritu alterado. Nuevamente evidenció la bondad y la ternura del Señor, quien mitigaría su desilusión y alegraría su corazón. Cuando el alma está segura del amor de su Maestro, el siervo se anima para enfrentar nuevos peligros y oposiciones por Su bien y para emprender cualquier tarea que Él le asigne. Así también trató a Isaías: primero abajándolo con una visión de Su gloria, lo que hizo que el Profeta fuera consciente de su absoluta pecaminosidad e insuficiencia, y luego asegurándole la remisión de sus pecados; y en consecuencia Isaías avanzó en una misión sumamente ingrata

(Isa 6:1-12). La secuela aquí muestra que las medidas del Señor fueron igualmente efectivas con Elías: recibió una nueva comisión y obedientemente la desempeñó.

“Y aconteció que cuando Elías lo oyó, cubrió su rostro con su manto, y salió y se paró a la entrada de la cueva” (1Re 19:13). Esto es muy notable. Hasta donde podemos deducir del registro inspirado, Elías permaneció impasible ante las variadas demostraciones del poder de Jehová, por terribles que fueran de contemplar, ¡sin duda una clara insinuación de que su conciencia no estaba agobiada por la culpa! Pero cuando sonó la voz suave y apacible, se sintió afectado de inmediato. El Señor se dirigió a Su siervo no de una manera austera y enojada, sino con mansedumbre y ternura, para mostrarle el Dios compasivo y lleno de gracia con el que tenía que tratar, y su corazón se conmovió. La palabra hebrea para “quieto” es la que se emplea en el Salmo 107:29: “Él hace que la tempestad se calme”. El hecho de envolver su rostro en su manto denotaba dos cosas: su reverencia a la majestad divina y un sentido de su propia indignidad, como se representa a los serafines cubriendo sus rostros en la presencia del Señor (Isaías 6:2, 3). Cuando Abraham se encontró en la presencia de Dios dijo: “Soy polvo y ceniza” (Gn 18,27). Cuando Moisés lo vio en la zarza ardiente, “escondió su rostro” (Éxodo 3:6).

Muchas y provechosas son las lecciones que se nos señalan en este notable incidente. Primero, de ella podemos percibir que es la manera de Dios de hacer lo inesperado. Si tuviéramos que someter a votación cuál pensaban que era más probable —que el Señor le habló a Elías a través del fuerte viento y el terremoto— o la voz apacible y delicada, suponemos que la gran mayoría diría lo primero. ¿Y no es lo mismo en nuestra propia experiencia espiritual? Le rogamos encarecidamente que nos conceda una seguridad más definida y firme de nuestra aceptación en Cristo, y luego buscamos su respuesta en una especie de descarga eléctrica impartida a nuestras almas o en una visión extraordinaria, cuando en cambio es por la voz suave y apacible. del Espíritu dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Una vez más, suplicamos al Señor que podamos crecer en la gracia, y luego esperamos Su respuesta en la forma de un disfrute más consciente de Su presencia; mientras que Él tranquilamente nos da a ver más de la depravación oculta de nuestros corazones. Sí, Dios a menudo hace lo inesperado en su trato con nosotros.

Segundo, la preeminencia de la Palabra. Reducidos a una sola palabra, podemos decir que los variados fenómenos presenciados por Elías en el monte eran cuestión de que el Señor le hablaba. Cuando se dice, “El Señor no estaba en” el viento, el terremoto y el fuego, debemos entender que no fue a

través de ellos que Él se dirigió al corazón del Profeta; más bien fue por la “vocecita apacible”. Al considerar a este último agente como el emblema de la Palabra, encontramos confirmación en el hecho sorprendente de que la palabra hebrea para "pequeño" es la misma que se usa en "una cosa pequeña y redonda" en Éxodo 16:14, y necesitamos Difícilmente agregue, el *maná* con el cual el Señor alimentó a Israel en el desierto era un *tipo* del alimento que Él ha provisto para nuestras almas. Aunque la maravillosa sabiduría y el potente poder de Dios se muestran en la creación, no es a través de la naturaleza que Dios puede ser entendido y conocido, sino a través de la Palabra aplicada por Su Espíritu.

Tercero, en los fenómenos del monte podemos percibir una ilustración llamativa del vívido contraste entre la Ley y el Evangelio. El viento que rasga las rocas, el terremoto y el fuego figuraron la Ley productora de terror (como se puede ver por su presencia en el Sinaí), pero la “voz apacible y delicada” era un emblema adecuado del “Evangelio de la paz” que alivia a los pecho con problemas. Así como el arado y la grada son necesarios para romper la tierra dura y prepararla para la semilla, un sentido de la majestad, la santidad y la ira de Dios son los precursores que nos preparan para apreciar verdaderamente Su gracia y *amor*. El descuidado debe ser despertado, el alma debe ser consciente de su peligro, la conciencia convencida de la pecaminosidad del pecado antes de que se vuelva a Dios y huya de la ira venidera. Sin embargo, esas experiencias no son salvadoras: no hacen más que preparar el camino, como el ministerio de Juan el Bautista capacitó a los hombres para contemplar al Cordero de Dios.

Cuarto, así podemos ver en este incidente una figura de la manera ordinaria de Dios de tratar con las almas, porque es costumbre que Él use la Ley antes que el Evangelio. A pesar de mucho de lo que ahora se dice en sentido contrario, este escritor todavía cree que es normal que el Espíritu hiera antes de sanar, sacudir el alma sobre el infierno, antes de comunicar la esperanza del cielo, llevar el corazón a la desesperación., antes de ser llevado a Cristo. La autocomplacencia tiene que ser rota bruscamente y los andrajos de la justicia propia tienen que ser arrancados, si un sentimiento de profunda necesidad ha de llenar el corazón. Los hebreos tuvieron que caer bajo el látigo de sus amos y hacer gemir en los hornos de ladrillos, antes de que anhelaran ser liberados de Egipto. Un hombre debe saber que está completamente perdido antes de anhelar la salvación. El viento y el fuego deben hacer su trabajo antes de que podamos apreciar el “sonido gozoso” (Sal 89:15). Sentencia de muerte tiene que ser escrita sobre nosotros antes de volvernos a Cristo para vida.

Quinto, este es a menudo el método de Dios para contestar la oración. Los cristianos son muy propensos a esperar que Dios responda a sus peticiones con señales llamativas y prodigios espectaculares, y debido a que estos no se dan de forma marcada y permanente, concluyen que Él no los escucha. Pero la presencia y el poder de Dios no deben medirse por manifestaciones anormales y visitas extraordinarias. Las maravillas de Dios rara vez se realizan con ruido y vehemencia. ¿Qué oído puede detectar la caída del rocío? La vegetación crece silenciosa pero no menos segura. En la gracia, como en la naturaleza, Dios suele obrar suavemente, suavemente, sin ser percibido, excepto por los efectos que produce. La mayor fidelidad y devoción a Dios no se encuentran donde se manifiestan la excitación y el sensacionalismo. La bendición del Señor acompaña al uso discreto y perseverante de Sus medios señalados, que no atraen la atención del vulgo y carnal.

Sexto, ¡esta escena sobre Horeb contiene un mensaje oportuno para los predicadores! Cuántos ministros del Evangelio se han desanimado por completo, aunque con mucha menos provocación que Elías. Han sido incansables en sus labores, celosos del Señor, fieles en la predicación de su Palabra, pero nada sale de ello. No hay respuesta, todo parece ser en vano. Aun así, dado que ese es el caso, ¿entonces qué? Procura aferrarte de nuevo a la gran verdad de que el propósito del Señor *no* fallará, ¡y ese propósito incluye tanto el mañana como el hoy! El Altísimo no está confinado a ningún agente. Elías pensó que todo el trabajo se llevaría a cabo a través de su instrumento, pero se le enseñó que él era solo un factor entre varios. Cumple con tu deber donde Dios te ha puesto: ara la tierra en barbecho y siembra la semilla, y aunque no haya fruto en tu día, quién sabe si un Eliseo te seguirá y segará.

Séptimo, aquí hay una advertencia solemne para los no salvos. Dios no será burlado con impunidad. Aunque Él es paciente, hay un límite para Su paciencia. A los que no aprovecharon el día de su visitación y oportunidad bajo el ministerio de Elías se les hizo sentir lo terrible que es burlarse de las advertencias divinas. A la misericordia siguió el juicio, drástico y devastador. Las fortalezas de Israel fueron destruidas y sus jóvenes muertos a espada. ¿Será este el terrible destino de la generación actual? ¿Está consagrado por Dios a la destrucción? Cada vez se parece más. Las masas están entregadas a un espíritu de locura. Los presagios más solemnes de la tormenta que se aproxima son descaradamente ignorados. Las palabras de los siervos de Dios caen en oídos sordos. ¡Oh, mis lectores no salvos, huid a Cristo sin más demora antes de que el diluvio de la ira de Dios os envuelva!

15. Su recuperación

El fracaso de Elías había sido de un carácter muy diferente al de Jonás. No parece que haya cometido ningún mal moral al abandonar Jezreel, sino que su conducta estuvo en línea con la dirección de Cristo a sus discípulos: “Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra” (Mateo 10:23). No debían exponerse temerariamente al peligro, pero si podían hacerlo con honor, evitarlo y así preservarse para el servicio futuro, como muchos de nuestros reformadores y miembros de sus rebaños se refugiaron en el continente en los días de la malvada reina María. . Dios no le había dado a Elías una orden expresa de permanecer en Jezreel y continuar la obra de reforma, y “donde no hay ley, tampoco hay transgresión” (Rom 4:15). Fue más un caso de que el Señor puso a prueba a Su siervo con “circunstancias”, dejándolo solo para mostrarnos lo que había en su corazón, permitiéndole ejercer su propio juicio y seguir sus propias inclinaciones. Si hubiera habido algo más complicado que esto, si el Profeta hubiera sido culpable de desobediencia deliberada, el trato del Señor con él en Horeb habría sido muy diferente de lo que fue.

Lo que se ha dicho anteriormente no tiene el propósito de excusar a Elías, sino de ver su falta en la debida perspectiva. Algunos han magnificado injustamente su fracaso, acusándolo de algo que no se le puede atribuir con justicia. Ciertamente creemos que cometió un lamentable error al desertar del puesto del deber al que lo había llevado “la mano del Señor”, pues no recibió palabra de su Maestro para irse de allí. Tampoco podemos justificar su petulancia bajo el enebro y su petición al Señor de quitarle la vida, eso lo decide Él y no nosotros. Además, la pregunta que se le hizo dos veces en Horeb: “¿Qué haces aquí, Elías?” (1 Reyes 19:9, 13), evidentemente implicaba una suave reprensión: sin embargo, lo que había cometido era más un error de juicio que un pecado del corazón. Se había sentido en libertad de ejercer su propia discreción y actuar de acuerdo con los dictados de sus propios sentimientos. Dios permitió esto para que pudiéramos saber que los caracteres más fuertes son tan débiles como el agua en el momento en que retira Su mano que los sostiene.

Ya hemos visto cuán tiernamente trató Jehová con su siervo descarriado en el desierto. Admiremos ahora la gracia que ejerció hacia él en Horeb. Lo que va a estar delante de nosotros nos recuerda mucho la experiencia del salmista: el Señor, que era su Pastor, no solo lo había hecho descansar en verdes pastos, sino que, reconoció, “Él restaura mi alma” (23:2- 3). Aquel que

había refrescado y alimentado a Su siervo bajo el enebro, ahora lo recupera de sus inútiles lamentos, lo rescata de sus vagabundeos y lo eleva a una posición de honor en Su servicio. Elías era incapaz de restaurarse a sí mismo y no había ningún ser humano que pudiera haberlo librado del Pantano del Desánimo, así que cuando no hubo otro ojo para compadecerse de él, el Señor tuvo compasión de él. ¿Y no es así, en un momento u otro, en la experiencia de todos los siervos y pueblo de Dios? Aquel que primero nos libró de un abismo horrible continúa cuidándonos, y cuando nos alejamos de Él restaura nuestras almas y nos conduce de nuevo a los caminos de la justicia.

“Y el Señor le dijo: Ve, vuelve por tu camino al desierto de Damasco” (1Re 19:15). “El Profeta se lamentaba del fracaso de todos sus esfuerzos por glorificar a Dios y de la obstinada determinación de su pueblo de continuar en su apostasía. Así pasó su tiempo en la cueva de Horeb, meditando sobre su desilusión y azotándose al reflexionar sobre la conducta del pueblo. Un lugar solitario, sin nada que hacer, podría congeniar con tal disposición; podría fomentarlo, pero nunca curarlo: y así Elías podría haber sucumbido a una melancolía asentada oa una locura delirante. La única esperanza para las personas en tales circunstancias es salir de sus guardadas solitarias y emplearse activamente en alguna ocupación útil y benévolas. Esta es la mejor cura para la melancolía: ponerse a hacer algo que requerirá un esfuerzo muscular y que beneficiará a *los demás*. Por lo tanto, Dios ordenó a Elías que abandonara esta morada solitaria actual, lo que solo incrementó la tristeza y la irritación de su espíritu, por lo que le dio la comisión de ejecutar un largo camino” (John Simpson).

“Y el Señor le dijo: Ve, vuelve por tu camino al desierto de Damasco” (v. 15). Este es el curso que toma Dios cuando restaura el alma de uno de su pueblo descarriado, haciéndolo volver sobre sus pasos y regresar al lugar del deber. Cuando Abraham salió de Egipto (adonde había “bajado” en el tiempo de la hambruna, Génesis 12:10), leemos que “se fue del sur a Betel, al lugar donde había estado su tienda al principio. (Gn 13,3). Cuando la iglesia de Éfeso “dejó su primer amor”, el mensaje de Cristo para ella fue: “Recuerda de dónde has caído, y arrepíntete, y haz las primeras obras” (Apoc. 2:4-5). Así que ahora se requiere que Elías regrese por donde había venido, a través del desierto de Arabia, que era parte del curso que atravesaría en su camino a Damasco. Esta sigue siendo la palabra de Dios a sus ovejas descarriadas: “Vuélvete, rebelde Israel, dice Jehová; y no haré que mi ira caiga sobre vosotros, porque soy misericordioso” (Jeremías 3:12).

Cuando Pedro se arrepintió de su gran pecado, el Señor no solo lo perdonó, sino que volvió a comisionar a Su siervo: “Apacienta mis ovejas”

(Juan 21:16). Así que aquí el Señor no solo restauró el alma del Profeta, sino que lo designó para un nuevo trabajo a Su servicio. “Y cuando vengas, unge a Hazaël por rey sobre Siria” (1 Reyes 19:15). Este fue un gran honor para que Jehová le concediera a Elías, tal como le había otorgado a Samuel (1 Samuel 16:13). ¡Cuán misericordioso es nuestro Dios! ¡Cuán pacientemente soporta nuestras debilidades! Observe cómo estos pasajes enseñan que no es por el pueblo sino por *Dios* que los reyes reinan (Prov. 8:15). “No hay poder sino el de Dios. Las potestades son ordenadas por Dios” y por lo tanto Él requiere de nosotros, “que toda alma se sujeté a las potestades superiores” (Rom 13:1). En esta era “democrática” es necesario que los ministros del Evangelio insistan en esta verdad: “Sométanse a toda ordenanza humana por causa del Señor: ya sea al rey como supremo, o a los gobernadores, como a los que son enviado por él para el castigo de los malhechores” (1Pe 2:13-14). Dijo el Apóstol a Tito: “Recuérdalos que se sujeten a los principados y potestades, que obedezcan a los magistrados” (3:1).

“Y a Jehú, hijo de Nimsi, ungirás para que sea rey sobre Israel” (1 Reyes 19:16). Nadie puede reinar excepto aquellos a quienes Dios hace reyes, y ellos sólo mientras Él quiera. Esta “unción” o unción proclamaba la designación divina de este oficio y la calificación con la que debían estar dotados para su trabajo. El Señor Jesús, que fue “ungido con el Espíritu Santo” (Hch 10,38), unió en Sí mismo los oficios de Profeta, Sacerdote y Rey: las únicas personas ordenadas para ser ungidas en las Escrituras.

Los incrédulos han objetado nuestro presente versículo al señalar que Jehú no fue ungido por Elías, sino por un joven profeta bajo la dirección de Eliseo (2 Reyes 9:1-6). Esta objeción puede ser resuelta de dos maneras. Primero, Jehú pudo haber sido ungido dos veces, como lo fue David (1 de Samuel 16:13; 2 de Samuel 2:4): o, como “Jesús hizo y bautizó a más discípulos que Juan (aunque Jesús mismo no bautizó, sino sus discípulos)” (Juan 4:1-2), por lo que se dice que Jehú fue ungido por Elías porque lo que sucedió en 2 Reyes 9 fue según sus órdenes.

“Y a Eliseo, hijo de Safat de Abelmehola, ungirás para que sea profeta en tu lugar” (1 Reyes 19:16). Aquí había un favor adicional otorgado a Elías: que debería tener el honor casi único de ordenar a su sucesor. Lo que había apagado tanto el espíritu del tisbita fue el fracaso que acompañó a sus esfuerzos: no pareció causar ninguna impresión en la nación idólatra, solo parecía estar preocupado por la gloria del Señor Dios, y ahora su propia vida estaba en peligro. ¡Cómo debe haber consolado su corazón la seguridad divina de que otro había sido designado para llevar a cabo la misión que él había llevado a cabo con tanto celo! Hasta entonces no había habido nadie que lo

ayudara, pero en la hora de su desánimo, Dios le proporciona un compañero y sucesor adecuado. Siempre ha sido un gran consuelo para los ministros piadosos y sus rebaños pensar que a Dios nunca le faltarán instrumentos para llevar a cabo Su obra, que cuando sean quitados, otros serán traídos para continuar. Una de las características más tristes y solemnes de esta era degenerada es que las filas de los justos están tan reducidas que casi nadie se levanta para ocupar sus lugares. Esto es lo que hace que el panorama sea doblemente oscuro.

“Y acontecerá que al que escape de la espada de Hazael, Jehú lo matará, y al que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará” (v. 17). Elías había obrado fielmente, pero Israel tuvo que ser tratado por otros agentes: los tres hombres a quienes se le dijo que ungiera traerían a su vez juicio sobre la tierra. Dios era infinitamente más celoso de Su propio honor de lo que podría serlo Su siervo, y de ninguna manera abandonaría Su causa ni permitiría que Sus enemigos triunfaran como temía el Profeta. Pero fíjate en la variedad de los instrumentos que Dios se complació en emplear: Hazael, rey de Siria; Jehú, el rudo capitán de Israel; y Eliseo, un joven agricultor. Cada uno era lo más diferente posible y, sin embargo, cada uno era necesario para algún trabajo especial en relación con ese pueblo idólatra en ese momento. Ah, “el ojo no puede decir a la mano, no te necesito; ni la cabeza a los pies, no tengo necesidad de vosotros” (1Co 12:21). Sí, así como algunos de los miembros más pequeños y frágiles del cuerpo realizan los oficios más útiles y esenciales, así es a menudo por medio de los hombres más iletrados y aparentemente menos calificados que Dios lleva a cabo las principales hazañas en Su reino.

También podemos percibir aquí cómo Dios ejerce su alta soberanía en los instrumentos que emplea. Ni Hazael ni Jehú eran hombres piadosos: el primero llegó al trono por asesinar vilmente a su predecesor (2 Reyes 8:15), mientras que del segundo leemos: “Mas Jehú no cuidó de andar en la ley de Jehová Dios de Israel. con todo su corazón, porque no se apartó de los pecados de Jeroboam” (2 Reyes 10:31). A menudo es Su manera de hacer uso de hombres malvados para azotar a aquellos que han disfrutado pero despreciado favores particulares en Sus manos. De hecho, es notable cómo el Altísimo logra Su propósito a través de hombres cuyo único pensamiento es satisfacer sus propias concupiscencias malignas. Es cierto que su pecado no *disminuye ni se perdona* porque están ejecutando los decretos del cielo. Sin embargo, aunque se les considera totalmente responsables por el mal, sólo hacen lo que la mano y el consejo de Dios determinaron antes que se hiciera, sirviendo como sus agentes para infligir juicio sobre su pueblo apóstata.

“Y acontecerá que al que escape de la espada de Hazael, Jehú lo matará, y al que escape de la espada de Jehú, Eliseo lo matará” (1 Reyes 19:17). Indescriptiblemente solemne es esto. Aunque Dios lleva “con mucha paciencia” los vasos de ira preparados para destrucción, hay *un límite* para Su paciencia. “El que siendo reprendido muchas veces endurece su cerviz, de repente será destruido, y sin remedio” (Prov. 29:1). Durante mucho tiempo Dios había soportado ese horrible insulto a Su majestad, pero los adoradores de Baal pronto descubrirían que Su ira era tan grande como Su poder. Habían sido advertidos fielmente: durante tres años y medio había habido una terrible sequía y hambre en su tierra. Se había obrado un milagro notable en el Carmelo, pero sólo se había hecho una impresión fugaz en la gente. Y ahora Dios anuncia que la “espada” hará su temible obra, no suavemente sino completamente, hasta que la tierra sea completamente limpiada de este gran mal. ¡Y esto se registra para que todas las generaciones venideras lo mediten! El Señor no ha cambiado: incluso mientras escribimos, Sus juicios están sobre la mayor parte del mundo. ¡Oh, que las naciones presten atención a Su voz antes de que sea demasiado tarde!

“Pero me dejaré siete mil en Israel, todas las rodillas que no se doblaron ante Baal y todas las bocas que no lo besaron” (1 Reyes 19:18). En este versículo hacemos una decidida excepción a la interpretación que le da la gran mayoría de los comentaristas que ven en él un reproche divino al oscuro pesimismo del Profeta, suponiendo que fue la respuesta de Dios a su abatido “Solo me queda”, cuando en realidad había una multitud en Israel que rehusaba unirse a la idolatría general. Por varias razones no podemos aceptar tal punto de vista. ¿Es concebible que en realidad podría haber miles en Israel que permanecieron leales a Jehová y, sin embargo, el Profeta no se dio cuenta de su existencia? No sorprende encontrar a un escritor destacado que dice: “A menudo ha sido un tema de asombro para mí cómo esos siete mil discípulos secretos pudieron mantenerse tan cerca como para ser desconocidos por su gran líder: el olor de una rosa siempre traicionará su presencia. ocúltense como podamos”, pero él crea su propia dificultad. Además, tal punto de vista está bastante fuera de armonía con el contexto: ¿por qué, después de honrar al Profeta, el Señor lo reprendió repentinamente?

El lector cuidadoso observará que la lectura marginal opuesta, “Aún me quedan siete mil”, es, “Aún me *dejaré* siete mil”. El hebreo permite cualquiera de los dos, pero preferimos con mucho el último, porque no solo elimina la dificultad de la ignorancia de Elías (que implica necesariamente el primero), sino que concuerda mucho mejor con el contexto. El Señor estaba consolando en su gracia a Su siervo abatido. Primero, el Señor le informó al Profeta que

otro debería tomar su lugar y llevar a cabo su misión. A continuación, declaró que de ninguna manera era indiferente a la horrible situación, pero que en breve haría un trabajo rápido en el juicio. Y ahora Él le asegura que aunque el juicio sumarísimo deba caer sobre Israel, sin embargo, Él no los exterminaría por completo, sino que preservaría un remanente para Sí mismo. Romanos 11:4 tampoco está en conflicto con esto, siempre que cambiemos la palabra “respuesta” por “oráculo” (¡como requiere el griego!), porque Dios no estaba respondiendo a una objeción, sino dando a conocer a Elías las cosas por *venir*.

Así se verá que adoptamos un punto de vista completamente diferente de la interpretación popular, no solo del versículo 18 sino de todo el pasaje. Todos los escritores que hemos consultado consideran que estos versículos expresan el desagrado del Señor contra un siervo refractario, que trató con él en juicio, apartándolo de la posición de honor que había ocupado al nombrar a Eliseo en su lugar. Pero aparte de la gentil repremisión implícita en Su pregunta, “¿Qué haces aquí, Elías?” no hay nada que signifique el desagrado del Señor, sino todo lo contrario. Más bien consideramos estos versículos como un registro de la consoladora respuesta de Dios al desánimo del Profeta. Elías sintió que las fuerzas del mal habían triunfado: el Señor anuncia que el culto a Baal debe ser totalmente destruido (1Re 19,17 y cf. 2Re 10,25-28). Elías se entristeció porque “solo quedó”: el Señor declara: “Me dejaré siete mil en Israel”. Tan desesperada era la situación, que intentaron quitarle la vida a Elías: el Señor promete que Eliseo cumplirá su misión. Así hizo callar Jehová con la mayor ternura los temores de Elías y tranquilizar su corazón.

En conexión con los versículos que han estado ante nosotros, nos gusta vincular esas palabras de Cristo a Sus Apóstoles: “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos para todo. que he oído hablar de mi Padre, os lo he dado a conocer” (Juan 15:15), indicativo de la íntima comunión que disfrutamos con Él. Así fue con Elías. El Señor de los ejércitos había condescendido en hacerle saber las cosas por venir, lo que ciertamente no hubiera sido el caso si Elías se hubiera alejado de Él. Era como lo que leemos en Génesis 18:17 “Y dijo Jehová: ¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?” No, no lo hizo, porque Abraham era “amigo de Dios” (Santiago 2:23). Bienaventurado en verdad ver cómo el Señor había restaurado el alma de Elías a la más íntima comunión consigo mismo: recuperándolo de sus tinieblas y reincorporándolo a su servicio.

“Y partiendo de allí, halló a Eliseo, hijo de Safat, que araba con doce yuntas de bueyes delante de él, y él con la duodécima; y pasó Elías junto a él, y echó sobre él su manto” (1 Reyes 19:19). Aquí hay buena evidencia de que el Señor había restaurado el alma de Su siervo. Elijah no puso objeciones, no se

demoró, pero respondió con prontitud. La obediencia debe ser siempre la prueba de nuestras relaciones con Dios: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). En este caso, implicó un viaje difícil de unas ciento cincuenta millas, la distancia entre Horeb y Abelmeholah (1Re 19:16 y cf. 4:12), la mayor parte a través del desierto; pero cuando Dios lo encomienda es para que nosotros lo cumplamos. No hubo resentimiento celoso de que otro ocupara su lugar: tan pronto como se encontró con Eliseo, Elías arrojó su manto sobre él, indicativo de su investidura con el oficio profético y una señal de amistad de que lo tomaría bajo su cuidado y tutela. Así lo entendió el joven granjero, como se desprende de su respuesta.

“Y dejando los bueyes, corrió tras Elías, y dijo: Déjame, te ruego, besar a mi padre ya mi madre, y te seguiré” (1Re 19:20). El Espíritu de Dios lo movió a aceptar el llamado, de modo que abandonó de inmediato todas sus expectativas mundanas. Vea cuán fácilmente el Señor puede incitar a los hombres a emprender Su obra frente a grandes desalientos. “Si hubiera consultado con carne y sangre, no habría estado dispuesto a estar en la situación de Elías, cuando lo persiguieron en esos tiempos peligrosos, y cuando no había nada más que persecución que esperar. Sin embargo, Eliseo eligió ser el siervo de un profeta en lugar del amo de una gran granja, y alegremente renunció a todo por Dios. El poder de la gracia divina puede eliminar todas las objeciones y vencer todos los prejuicios” (Robert Simpson). “Y él le dijo: Vuélvete otra vez, porque ¿qué te he hecho?” (v.20). Muy hermoso es esto: no había engreimiento, sino renuncia total a uno mismo. Como Juan el Bautista que vino en Su espíritu: (Lucas 1:17), fue enviado para introducir a otro, y su lenguaje aquí equivalía a “Él debe crecer, yo debo disminuir”. Bendita humildad.

“Y volvió de él, y tomó una yunta de bueyes y los mató, y coció su carne con los aperos de los bueyes, y dio al pueblo, y comieron. Entonces él se levantó y fue tras Elías y le servía” (1 Reyes 19:21). Que hermoso toque final a la imagen. ¡Ciertamente Eliseo no consideró a Elías como alguien que había sido apartado por el Señor! Qué consuelo para el tisbita tener ahora por compañero a uno de disposición tan obediente y afectuosa; ¡Y qué privilegio para este joven estar bajo un tutor tan eminente! ¿Y cuál es la siguiente referencia a él en las Escrituras? Esto, “y vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: Desciende a recibir a Acab rey de Israel” (1Re 21:17-18): cuán completamente desecha la idea popular de que Dios lo había descartado de Su servicio. Claramente, había sido reintegrado completamente y estaba de vuelta en los mismos viejos términos con su Maestro. Por eso hemos titulado este capítulo “Su Recuperación”.

16. Su calvario

El contenido de 1 Reyes 20 ha presentado un gran problema para la mayoría de los que han escrito al respecto. Comienza con la declaración: “Y Ben-hadad, rey de Siria, reunió todo su ejército; y había con él treinta y dos reyes, caballos y carros; y subió y sitió a Samaria y peleó contra ella” (1 Reyes 20: 1). Tan confiado estaba en la victoria que envió mensajeros a Acab diciendo: “Tu plata y tu oro son míos, también tus mujeres y tus hijos” (v. 3). Habiendo visto algo de los pecados acumulados y agravados de Acab, bien podríamos suponer que el Señor daría éxito a esta empresa de Ben-adad y lo usaría para humillar y castigar a Acab y su consorte apóstata. Pero esta expectativa no se realiza. Por extraño que parezca, nuestra sorpresa aumenta mucho cuando nos enteramos de que un profeta vino a Acab diciendo: “Así ha dicho Jehová: ¿Has visto toda esta gran multitud? He aquí, yo la entrego en tu mano hoy; y sabréis que yo soy Jehová” (v. 13). En la secuela inmediata contemplamos el cumplimiento de esa predicción: “Saliendo el rey de Israel, hirió a los caballos y a los carros, e hirió a los sirios con gran matanza” (v. 21): así la victoria no fue con Ben-adad sino con Acab.

El incidente anterior tampoco está aislado, porque lo siguiente que leemos es, “y el profeta vino al rey de Israel y le dijo: Ve, esfuérzate, y mira, y mira lo que haces; porque a la vuelta del año en que subirá contra ti el rey de Siria” (v. 22). Esto parece bastante extraño: que el Señor venga en ayuda de alguien como Acab. Nuevamente se cumplió la predicción, porque Ben-adad vino con fuerzas tan inmensas que el ejército de Israel apareció “como dos manadas de cabritos, pero los sirios llenaron el país” (v. 27). Una vez más vino un profeta a Acab diciendo: Así ha dicho Jehová: Por cuanto los sirios han dicho: Jehová es Dios de los montes, pero no es Dios de los valles, por tanto, yo entregaré en tus manos toda esta gran multitud. y sabréis que yo soy Jehová” (v. 28). El resultado fue que “los hijos de Israel mataron de los sirios a cien mil hombres de a pie en un día” (v. 29). Pero debido a que permitió que Ben-adad quedara en libertad, otro profeta le anunció a Acab: “Tu vida será por su vida” (v. 42).

Aún no había llegado el tiempo de Dios para destruir a Acab ya todos los que lo seguían en la idolatría. Era a través de Hazael y no de Ben-adad la venganza divina que se llevaría a cabo. Pero si la hora de la retribución no había llegado entonces, ¿por qué se le permitió a Ben-adad amenazar así a la tierra de Samaria? Ah, es la respuesta a esa pregunta la que arroja luz sobre el

problema anterior. El “día del Señor” se aplaza porque Dios es paciente con sus elegidos, “no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). No fue hasta que Noé y su familia estuvieron a salvo en el arca que las ventanas de los cielos se abrieron y derramaron su diluvio devastador. No fue sino hasta que Lot fue liberado de Sodoma que cayó fuego y azufre sobre él. “No puedo hacer nada [dijo el ángel destructor] hasta que tú llegues allá” (Génesis 19:22). Y así fue aquí: no hasta que Elías y su ayudante hubieron terminado su obra, no hasta que todos los “siete mil” que Jehová reservó para Sí mismo hubieran sido llamados, no se efectuaría la obra del juicio.

Siguiendo el relato del llamado de Eliseo al ministerio, la narración inspirada no nos proporciona ninguna descripción de las actividades en las que se comprometieron, pero podemos estar seguros de que redimieron el tiempo. Probablemente en partes distantes de la tierra trataron de instruir a la gente en la adoración de Jehová, oponiéndose a la idolatría y la corrupción general prevalecientes, trabajando diligentemente aunque en silencio para efectuar una reforma sólida. Objecciones por las que parece que, siguiendo el ejemplo de Samuel (1Sa 10,5-10; 19,20), establecieron aquí y allá escuelas para preparar a los jóvenes para el oficio profético, instruyéndolos en el conocimiento de la Ley de Dios y preparándolos para convertíos en expositores de ella ante el pueblo, y también para dirigir la salmodia, un servicio verdaderamente importante. Basamos este punto de vista en la mención de “los hijos de los profetas que estaban en Betel” y “en Jericó” (2 Reyes 2:3, 5). Así fue como Elías y Eliseo pudieron continuar con su trabajo durante un año o dos sin que los molestaran, porque al estar ocupado en defenderse a sí mismo y a su reino de enemigos poderosos, Acab estaba demasiado ocupado para interferir con ellos. ¡Cuán maravillosos son los caminos de Dios! ¡Los reyes y sus ejércitos no son más que peones que se mueven aquí y allá como a Él le plazca!

En lo que ha estado ante nosotros podemos ver los variados medios que el Señor emplea para proteger a Sus siervos de aquellos que los lastimarían. Él sabe cómo protegerse de los ataques de sus enemigos que se les opondrían en sus piadosos esfuerzos por ser buenos. Él puede hacer que todas las cosas sean suaves y seguras para ellos, para que puedan proceder sin molestias en el desempeño de los deberes que Él les ha asignado. El Señor puede llenar fácilmente las cabezas y las manos de sus oponentes con asuntos y solicitudes tan urgentes que tienen suficiente que hacer para cuidarse a sí mismos sin acosar a Sus siervos en su trabajo. Cuando David y sus hombres estaban en apuros en el desierto de Maón y parecía que estaban condenados, “Vino un

mensajero a Saúl, diciendo: Date prisa, y ven, porque los filisteos han invadido la tierra. Por lo cual Saúl se volvió de perseguir a David y se fue contra los filisteos" (1 Samuel 23:27-28). ¡Cuán incapaces somos de determinar por qué Dios permite que una nación se levante contra otra, contra ésta y no contra aquella!

Los dos profetas continuaron su obra predicando al pueblo e instruyendo a sus hermanos menores por algún tiempo, y en vista de la promesa en 1 Reyes 19:18, podemos concluir que la bendición del Señor descansó sobre sus labores y que no pocos fueron convertidos. Con mucho gusto habrían permanecido en esta tranquila y feliz ocupación, demasiado contentos de escapar a la atención de la corte. Pero los ministros de Dios no deben esperar una vida tranquila y fácil. Pueden ser indulgentes así durante un breve período, especialmente después de haber estado comprometidos en algún servicio duro y peligroso, pero deben mantenerse en constante disposición para ser llamados de su empleo tranquilo a nuevos conflictos y deberes más severos que pondrán a prueba su fe y exigir todo su coraje. Así fue ahora con Elías. Le esperaba un nuevo juicio, una verdadera prueba, nada menos que tener que enfrentarse de nuevo a Acab, y esta vez pronunciar su condenación. Pero antes de considerar lo mismo debemos mirar lo que lo ocasionó.

"Y lo acostó en su cama, y apartó su rostro, y no comió pan" (1 Reyes 21:4). La referencia es a Acab. Aquí yacía el rey de Israel en una habitación del palacio en un ataque de abatimiento. ¿Qué lo había ocasionado? ¿Había vencido algún invasor a su ejército? No, sus soldados todavía estaban entusiasmados con la victoria sobre los sirios. ¿Habían sufrido sus falsos profetas otra masacre? No, la adoración de Baal ahora se había recuperado del terrible desastre del Carmelo. ¿Había sido su consorte real golpeada por la mano de la muerte? No, Jezabel todavía estaba muy viva, a punto de conducirlo a más maldad. Entonces, ¿qué había provocado su melancolía? El contexto nos lo dice. Junto a la residencia real había un viñedo propiedad de uno de sus súbditos. De repente, el rey se apoderó del capricho de que este viñedo debía convertirse en suyo para que pudiera convertirse en una extensión atractiva de su propiedad y estaba decidido a obtenerlo a toda costa. Los ricos no están satisfechos con sus posesiones, sino que constantemente codician más.

Acab se acercó a Nabot, el dueño de este viñedo, y le ofreció darle uno mejor o comprarlo en efectivo. Aparentemente, esa fue una propuesta muy inocente; en realidad, fue una *tentación sutil*. "La tierra no se venderá para siempre [directamente], porque la tierra es mía" (Lv 25:23). "Así no se traspasará la heredad de los hijos de Israel de tribu en tribu; porque cada uno

de los hijos de Israel se guardará en la heredad de la tribu de sus padres” (Números 36:7). Por lo tanto, no estaba dentro del poder legal de Nabot disponer de su viña. De no haber sido por eso, no habría habido ningún daño en aceptar la oferta equitativa de Acab; no, había sido descortés, incluso grosero, rechazar a su soberano. Pero por muy deseoso que Nabot pudiera estar de conceder la petición del rey, no podía hacerlo sin violar la Ley Divina que prohibía expresamente que un hombre enajenara cualquier parte de la herencia familiar. Así, Nabot se enfrentaba ahora a una prueba muy real y severa: tenía que elegir entre agradar al rey o agradar al Rey de reyes.

Hay momentos en que el creyente puede verse *obligado* a elegir entre el cumplimiento de la ley humana y la obediencia a la Ley divina. Los tres hebreos se enfrentaron a esa alternativa cuando se les exigió que se inclinaran y adoraran ante una imagen de Nabucodonosor (Daniel 3:14-15). Pedro y Juan se enfrentaron a una situación similar cuando el Sanedrín les prohibió predicar más en el nombre de Jesús (Hechos 4:18). Cuando el gobierno ordena a cualquiera de los hijos de Dios que trabaje siete días en las fábricas, se les pide que desobedezcan el Estatuto divino: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. Mientras damos al César las cosas que el César puede requerir con justicia, bajo ninguna circunstancia debemos dejar de dar a *Dios* lo que Él demanda de nosotros, y si se nos ordena robar a Dios, nuestro deber es claro y claro: la ley inferior debe producir; la mayor lealtad a Dios tiene prioridad sobre todas las demás consideraciones. Los ejemplos de los tres Hebreos y los Apóstoles no dejan lugar a dudas sobre este punto. Cuán agradecidos deberíamos estar de que las leyes de nuestro país rara vez entren en conflicto con la Ley de Dios.

“Y Nabot dijo a Acab: Guárdeme Jehová de darte la heredad de mis padres” (1 Reyes 21:3). Retrocedió con horror ante tal propuesta, viéndola con alarma como una tentación de cometer un pecado horrible. Nabot tomó su posición en la Palabra escrita de Dios y se negó a actuar en contra de ella, incluso cuando el mismo rey se lo solicitó. Era uno de los siete mil que el Señor se había reservado para sí mismo, miembro del “remanente según la elección de la gracia”. Por la presente se identifican tales, destacándose de los conciliadores y contemporizadores. Un “Así dice el Señor” es *definitivo* para ellos: ni los incentivos monetarios ni las amenazas de castigo pueden moverlos a ignorarlo. “Si está bien ante los ojos de Dios escucharos a vosotros más que a Dios, juzgad vosotros” (Hechos 4:19) es su defensa cuando son intimidados por los poderes fácticos. Resuelva en su mente, mi lector, que no es pecado, ni mal, desafiar a las autoridades humanas si le exigen algo que manifiestamente choca con la Ley del Señor. Por otro lado, el cristiano debe

ser un modelo para los demás de un ciudadano respetuoso de la ley, siempre que no se infrinjan los derechos de Dios sobre él.

Acab estaba muy disgustado por la negativa de Nabot, porque en la frustración de su deseo su orgullo estaba herido, y estaba tan molesto por esta negación que se enfurruñaba como un niño mimado cuando su voluntad es contrariada. El rey se tomó tan en serio su decepción que se sintió miserable, se acostó y se negó a alimentarse. ¿Qué imagen de los pobres ricos? Los millonarios y los que ocupan altos cargos no deben ser envidiados, porque ni la riqueza material ni los honores mundanos pueden traer satisfacción al corazón. Salomón probó que: se le permitió poseer todo lo que anhelaba el hombre natural y luego descubrió que todo era nada más que “vanidad y aflicción de espíritu”. ¿No hay aquí una advertencia solemne para cada uno de nosotros? Cómo debemos prestar atención a esa palabra: “Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15). Codiciar es estar insatisfecho con la porción que Dios me ha dado y desear algo que pertenece a mi prójimo. Los deseos desordenados siempre conducen a la aflicción, incapacitándonos para disfrutar de lo que es nuestro.

“Pero Jezabel su mujer vino a él y le dijo: ¿Por qué está tan triste tu espíritu, que no comes pan? Y él le dijo: Porque hablé con Nabot de Jezreelita, y le dije: Dame tu viña por dinero, o si no, si te place, te daré otra viña por ella; y él respondió: No te daré tú, mi viña” (1 Reyes 21:5, 6). Qué fácil es tergiversar a los más rectos. Acab no mencionó el agravio de conciencia de Nabot por no cumplir con su pedido, pero habla de él como si hubiera actuado solo con insubordinación y obstinación. Al escuchar esa declaración, Jezabel inmediatamente reveló su terrible carácter: “¿Eres tú el que gobierna ahora el reino de Israel? levántate y come pan, y se alegre tu corazón; yo te daré la viña de Nabot” (v. 7). Como lo expresó Matthew Henry: “Con el pretexto de consolar a su afligido esposo, alimentó su orgullo y pasión, soplando las brasas de su corrupción”. Ella simpatizaba con su deseo ilícito, fortalecía su sentimiento de desilusión, lo tentaba a ejercer un poder arbitrario y lo instaba a despreciar los derechos de otro y desafiar la Ley de Dios. ¿Vas a permitir que un sujeto te detenga? No seas tan aprensivo: usa tu poder real: en lugar de afigirte por un rechazo, véngate.

La estratagema más diabólica fue planeada ahora por esta mujer infame para arrebatarle la herencia a Nabot. Primero, ella recurrió a la falsificación, porque se nos dice, “escribió cartas en nombre de Acab y las selló con su sello, y las envió a los ancianos y a los nobles que estaban en su ciudad, que moraban con Nabot” (v. 8). En segundo lugar, fue culpable de hipocresía

deliberada. “Proclamar ayuno” (v. 9), para dar la impresión de que se había descubierto alguna horrible maldad, amenazando a la ciudad con el juicio divino a menos que se expiara el crimen; la historia contiene amplia prueba de que los crímenes más viles a menudo se han perpetrado bajo el manto de la religión. Tercero, ella no trazó la línea del perjurio absoluto, sobornando a los hombres para que testificaran falsamente: “Pon a Nabot en alto entre el pueblo (bajo el pretexto de darle un juicio justo por acusación legal), y pon a dos hombres, hijos de Belial, diciendo delante de él: Tú blasfemaste contra Dios y contra el rey” (v. 9, 10), así incluso en “el lugar del juicio estaba allí la maldad” (Ec 3:16).

Aquí estaba una mujer que sembró el pecado con ambas manos. Ella no solo condujo a Acab a una iniquidad más profunda, sino que arrastró a los ancianos y nobles de la ciudad al fango de su crimen inspirado por el diablo. Ella hizo a los hijos de Belial, los falsos testigos, incluso peores de lo que eran antes. Ella se convirtió tanto en ladrona como en asesina, robando a Nabot tanto su buen nombre como su herencia. Los ancianos y los nobles de Israel eran lo suficientemente viles como para llevar a cabo sus órdenes; esta era una señal segura de que el reino estaba maduro para el juicio. sobre quien presiden. Por instigación de esos nobles y ancianos, Nabot fue “llevado fuera de la ciudad y apedreado hasta que murió” (1 Reyes 21:13); sus hijos también sufrieron un destino similar (2 Reyes 9:26) para que la consecuencia pudiera ser cortar.

Bien sea atendido que esta mujer sin principios, tan llena de ambición desmedida y ansia de poder, no es sólo un personaje histórico, sino el símbolo predictivo *de* un sistema nefasto y apóstata. Las cartas a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3 proporcionan un bosquejo profético de la historia de la cristiandad. El de Tiatira, que retrata al romanismo, hace mención de “aquella mujer Jezabel” (2,20) y llama la atención el paralelismo entre esta reina y el monstruoso sistema que tiene su sede en el Vaticano. Jezabel no era judía sino una princesa pagana, y el romanismo *no es* un producto del cristianismo sino del *paganismo*. Los eruditos nos dicen que su nombre tiene un doble significado (según sus significados sidonio y hebreo): “una virgen casta”—que es lo que Roma profesa ser: y “un estercolero”—lo que Roma es a los ojos de *Dios*. Ella reinó en el poder como la reina de Israel, siendo Acab simplemente su herramienta: los reyes son los títeres de Roma. Estableció un sacerdocio idólatra. Ella mató a los siervos del Señor. Ella empleó métodos deshonestos y diabólicos para obtener sus fines. Se encontró con un final terrible.

Así como Jezabel fue un símbolo profético de ese sistema satánico conocido como el Papado, Nabot fue un tipo bendito del Señor Jesús. Primero,

poseía una viña: como Cristo (Mateo 21:33). En segundo lugar, así como la viña de Nabot fue deseada por alguien que no tenía respeto por la Ley de Dios, también lo fue la de Cristo (Mateo 21:38). Tercero, cada uno fue tentado a desobedecer a Dios y separarse de su herencia (Mateo 4:9). Cuarto, cada uno rehusó escuchar la voz del Tentador. Quinto, cada uno fue acusado falsamente por aquellos que buscaban su muerte. Sexto, cada uno fue acusado de “blasfemar a Dios y al rey” (Mateo 26:65; Lucas 23:1-2). Séptimo, cada uno fue ejecutado por manos violentas. Octavo, cada uno fue asesinado “fuera” de la ciudad (Hebreos 13:12-14). Noveno, los asesinos de cada uno fueron acusados de su crimen (1 Reyes 21:19; Hechos 2:22-23). Décimo, los asesinos de cada uno fueron destruidos por juicio divino (1Re 21:19-23; Mat 21:41, 22:7).

“Y aconteció que cuando Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo Jezabel a Acab: Levántate, toma posesión de la viña de Nabot de Jezreelite, la cual no te quiso dar por dinero, porque Nabot no es vivo, pero muerto. Y aconteció que cuando Acab oyó que Nabot había muerto, Acab se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreelite, para tomar posesión de ella” (1 Reyes 21:15-16). A Jezabel se le permitió llevar a cabo su vil plan y a Acab adquirir la codiciada viña. Por su acción testificó su aprobación de todo lo que se había hecho, y así se hizo partícipe de su culpa. Hay una clase de personas que se niegan a cometer delitos personalmente, pero no tienen escrúpulos en utilizar a sus empleados y agentes contratados para hacerlo y luego se aprovechan de sus villanías para enriquecerse. Que esos sinvergüenzas sin conciencia y todos los que se consideran astutos al compartir ganancias injustas sepan que a los ojos de Dios son partícipes de los pecados de aquellos que hicieron el trabajo sucio por ellos y aún así serán castigados en consecuencia. A muchos otros desde los días de Acab y Jezabel se les ha permitido alcanzar la meta de sus lujurias incluso al precio del fraude, la mentira, la deshonestidad y el cruel derramamiento de sangre. Pero a su debido tiempo cada uno descubrirá que “el triunfo de los impíos es breve y el gozo del hipócrita sólo por un momento” (Job 20:5).

Mientras tanto, el Señor Dios había sido un espectador silencioso de toda la transacción con respecto a Nabot. Conocía su atrocidad, aunque disfrazada por la apariencia impía de la religión y la ley. Como Él es infinitamente superior a los reyes y dictadores, Él está calificado para llamarlos a rendir cuentas; y como Él es infinitamente justo, ejecutará juicio sobre ellos sin acepción de personas. Apenas se había cometido ese horrible crimen cuando se cuenta con Acab. “Y vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: Levántate, desciende a recibir a Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí, él está en la viña de Nabot, adonde ha descendido para poseerla. Y le

hablarás, diciendo: Así ha dicho Jehová: ¿Has matado, y también tomado posesión? Y le hablarás, diciendo: Así ha dicho Jehová: En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán tu sangre, tuya" (1 Reyes 21:17-19). Aquí estaba la prueba del Profeta: ir al rey, acusarlo de su maldad y denunciar la sentencia sobre él en el nombre de Dios.

"Y aconteció que cuando Acab oyó que Nabot había muerto, Acab se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreelita, para tomar posesión de ella" (1 Reyes 21:16). Ahora debe apoderarse del objeto codiciado (ver v. 2). Su propietario legítimo estaba muerto, brutalmente asesinado por la aquiescencia de Acab, y siendo rey, ¿quién estaba allí para impedirle disfrutar de su ganancia mal habida? Imagínalo deleitándose con su nueva adquisición, planeando cómo usarla de la mejor manera posible, prometiéndose mucho placer en esta extensión de los terrenos del palacio. A los hombres se les permite llegar tan lejos en su maldad que a veces los espectadores se preguntan si existe tal cosa como la Justicia, si después de todo, el poder no es lo correcto. Seguramente si hubiera un Dios que amara la justicia y poseyera el poder de prevenir la flagrante injusticia, no seríamos testigos de tan graves agravios infligidos a los inocentes y de tal triunfo de los impíos. Ah, ese no es un problema nuevo, mi lector, sino uno que se ha repetido una y otra vez en la historia de este mundo, un mundo que yace en el Maligno. Es uno de los elementos misteriosos que surgen del conflicto entre el bien y el mal. Proporciona una de las pruebas más severas de nuestra fe en Dios y Su gobierno de esta tierra.

La entrada de Acab en posesión de la viña de Nabot nos recuerda una escena descrita en Daniel 5. Allí vemos a otro rey, Belsasar, rodeado por la nobleza de su reino, participando en un gran banquete. Manda que le traigan los vasos de oro y de plata que su padre había sacado del templo de Jerusalén. Su orden fue obedecida y las vasijas se llenaron de vino, sus esposas y concubinas bebieron de ellas. Piénselo: ¡los utensilios sagrados de la casa de Jehová se usan de esa manera! Qué extraño que se permita que un gusano del polvo llegue a extremos tan espantosos de presunción e impiedad. Pero el Altísimo no ignoraba ni era indiferente a tal conducta. El rango de un hombre tampoco puede eximir o proporcionar protección alguna contra la ira divina cuando Dios está listo para ejercerla. No había nadie en Samaria que pudiera evitar que Acab tomara posesión de la viña de Nabot, y no había nadie en Babilonia que impidiera que Belsasar profanara los vasos sagrados del templo de Israel, pero había Uno arriba que podía y los llevó a juicio .

"Porque la sentencia contra la mala obra no se ejecuta luego, por eso el corazón de los hijos de los hombres está en ellos dispuesto para hacer el mal"

(Ec 8, 11). Como la retribución no alcanza pronto a los malhechores, endurecen aún más sus corazones, volviéndose cada vez más temerarios, suponiendo que el juicio nunca caerá sobre ellos. En eso yerran, porque no hacen más que atesorar para sí mismos "ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios" (Romanos 2:5). Nótese bien esa palabra "revelación". El "justo juicio de Dios" ahora está más o menos en suspenso, pero hay un tiempo establecido, un "Día" señalado, cuando se manifestará plenamente. La venganza divina llega lentamente, pero no menos segura. Dios no se ha dejado a sí mismo sin un claro testimonio de esto. A lo largo de la historia de este mundo, Él ha dado, de vez en cuando, una prueba clara y pública de Su "justo juicio", dando ejemplo a algún rebelde notorio y demostrando Su aborrecimiento a la vista de los hombres. Lo hizo con Acab, con Belsasar y con otros desde entonces y aunque en la gran mayoría de los casos los cielos pueden estar silenciosos y aparentemente impermeables, esas excepciones son suficientes para mostrar que "los cielos gobiernan" y deberían permitir que los agraviados para poseer sus almas en paciencia.

"Y vino palabra de Jehová a Elías tisbita, diciendo: Levántate, desciende a recibir a Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí, él está en la viña de Nabot, adonde ha descendido para poseerla" (1 Reyes 21:17-18). Un Dios vivo, justo y que odiaba el pecado había observado la maldad de la que Acab había sido parte voluntaria y decidió dictar sentencia sobre él, empleando nada menos que al severo tisbita como su vocero. En relación con asuntos de menor importancia, se habían enviado profetas jóvenes al rey poco tiempo antes (20:13, 22, 28), pero en esta ocasión se consideró que nada menos que el padre de los profetas era un agente adecuado. Requirió a un hombre de gran coraje y espíritu intrépido para confrontar al rey, acusándolo de su horrible crimen y denunciando la sentencia de muerte sobre él en el nombre de Dios. ¿Quién tan bien calificado como Elías para esta empresa formidable y peligrosa? Aquí podemos percibir cómo el Señor reserva las tareas más difíciles para los más experimentados y maduros de sus siervos. Se requieren calificaciones peculiares para misiones especiales e importantes, y para el desarrollo de esas calificaciones se debe pasar por un aprendizaje rígido. Por desgracia, estos principios son tan poco reconocidos por las iglesias de hoy.

Pero no seamos malinterpretados en este punto. No es de dotes naturales, poderes intelectuales y pulido educativo a lo que nos referimos. Fue en vano que David avanzara contra el gigante filisteo vestido con la armadura de Saúl: él lo sabía, y por eso la descartó. No, son las gracias *espirituales* y los dones ministeriales de los que hablamos. Fue una fe fuerte y la audacia que imparte lo que requería esta dura prueba: fe no en sí mismo sino en su

Maestro. Fuerte fe, porque ningún ordinario había sido suficiente. Y esa fe había sido probada y disciplinada, fortalecida y aumentada en la escuela de oración y en el campo de batalla de la experiencia. En los desiertos de Galaad, en la soledad de Querit, en las exigencias de Sarepta, el Profeta había habitado mucho en el lugar secreto del Altísimo, había aprendido a conocer a Dios experimentalmente, había probado Su *suficiencia*. No fue un novato inexperto a quien Jehová llamó para actuar como Su embajador en esta ocasión solemne, sino uno que era “fuerte en el Señor y en el poder de su fuerza”.

Por otro lado, debemos tener cuidado de colocar la corona donde corresponde y atribuir a Dios el honor de proveer y sostener a Sus siervos. No tenemos sino lo que hemos *recibido* (1Co 4:7) y los más fuertes son tan débiles como el agua cuando Él retira Su mano de ellos. El que nos llama también debe equipar, y las comisiones extraordinarias requieren dones extraordinarios, que solo el Señor puede impartir. Quedaos en Jerusalén, dijo Cristo a los Apóstoles, “hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49). Los pecadores audaces necesitan ser reprendidos con audacia, pero tal firmeza y valor deben buscarse en Dios. Le dijo a otro de Sus profetas: “Toda la casa de Israel es insolente y dura de corazón. He aquí, he fortalecido tu rostro contra sus rostros, y tu frente fuerte contra sus frentes. Como diamante más duro que el pedernal he hecho tu frente; no los temas, ni desmayes delante de ellos” (Ezequiel 3:7-9). Por lo tanto, si vemos a Elías cumpliendo con prontitud con este llamado, fue porque pudo decir: “Pero en verdad estoy lleno de poder por el espíritu de Jehová y de juicio y de poder para denunciar a Jacob [Acab] su transgresión” (Miqueas 3:8).

“Levántate, desciende al encuentro de Acab rey de Israel, que está en Samaria; he aquí, él está en la viña de Nabot, adonde ha descendido para poseerla” (1Re 21:18). Acab no estaba en su palacio, pero Dios sabía adónde había ido y el negocio en el que estaría ocupado. “Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos” (Pro 15,3): nada se le puede ocultar. Acab podría enorgullecerse de que nadie jamás lo reprendería por su conducta diabólica y que ahora podría disfrutar de su botín sin obstáculos. Pero los pecadores, sean del rango más bajo o más alto, *nunca están seguros*. Su maldad asciende ante Dios y Él a menudo los persigue cuando menos lo esperan. Que nadie se halague impunemente por haber triunfado en sus inicuas maquinaciones. El día del juicio final no está muy lejano, aunque no debería alcanzarlos en esta vida. Si estas líneas deben ser leídas por alguien que está lejos de casa, ya no bajo la mirada de sus seres queridos, que sepa que todavía está bajo la observación del Altísimo. Que esa consideración le impida pecar contra Él y contra su prójimo. Manténganse asombrados ante la

presencia de Dios para que no se pronuncie alguna sentencia terrible de parte de Él sobre ustedes y llegue a su conciencia con tal poder que se conviertan en un terror para ustedes mismos y para todos los que los rodean.

“Y le hablarás, diciendo: Así ha dicho Jehová: ¿Has matado, y también tomado posesión? y le hablarás, diciendo: Así ha dicho Jehová: En el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán tu sangre, tuya” (1 Reyes 21:19). Sin un mensaje suave y tranquilizador, el Profeta ahora fue enviado. Fue suficiente para aterrorizarse a sí mismo: ¡entonces qué debe haber significado para el culpable Acab! Procedió de Aquel que es Rey de reyes y Señor de señores, el Gobernador supremo y justo del universo, cuyo ojo omnisciente es testigo de todos los acontecimientos y cuyo brazo omnipotente arrestará y castigará a todos los malhechores. Era la palabra de Aquel que declara: “¿Puede alguno esconderse en lugares secretos para que yo no lo vea? dice el SEÑOR. ¿No lleno yo el cielo y la tierra?” (Jeremías 23:24), porque “Sus ojos están sobre los caminos del hombre y Él ve todos sus pasos. No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se escondan los que hacen iniquidad” (Job 34:21-22). Era una palabra de denuncia que sacaba a la luz las cosas ocultas de las tinieblas. Fue una palabra de acusación, acusando audazmente a Acab de sus crímenes. Era una palabra de condenación, dando a conocer el terrible destino que seguramente caería sobre aquel que había pisoteado descaradamente la Ley divina.

Es precisamente ese mensaje el que exige nuestra era degenerada. Es la falta de ellos lo que ha producido la terrible condición en que se encuentra ahora el mundo. Los predicadores malhumorados engañaron a los padres, y ahora sus hijos han dado la espalda a las iglesias; y no se requiere previsión profética para discernir que a menos que la podredumbre se detenga de una vez, en muy pocos años a lo sumo la última de las iglesias tendrá que cerrar sus puertas. “He aquí, un torbellino de Jehová sale con furia, un torbellino terrible; caerá pesadamente sobre la cabeza de los impíos” (Jeremías 23:19). La figura es muy espantosa: un torbellino arranca árboles, arrasa casas y deja muerte y desolación a su paso. ¿Quién entre el pueblo de Dios puede dudar de que tal torbellino se está produciendo ahora? “La ira de Jehová no se volverá hasta que haya hecho, y hasta que haya cumplido los pensamientos de su corazón; en los posteriores días lo consideraréis perfectamente” (v. 20). ¿Y por qué? ¿Cuál es la causa raíz de esto? Esto: “Yo no envié a estos profetas, pero ellos corrían; Yo no les hablé, y ellos profetizaron” (v. 21): falsos profetas, predicadores nunca llamados por Dios, que profirieron “mentiras” en Su nombre (v. 25). Los hombres que rechazaron la Ley divina, ignoraron la santidad divina, callaron sobre la ira divina. Hombres que llenaron las iglesias

con miembros no regenerados y luego los entretuvieron con especulaciones sobre profecías.

Fueron los falsos profetas los que causaron tales estragos en Israel, los que corrompieron el trono y llamaron sobre la tierra el severo juicio de Dios. Y el siglo pasado los falsos profetas han corrompido a la cristiandad. Ya hace cincuenta años, Spurgeon levantó la voz y usó su pluma para denunciar el “movimiento de degradación” de las iglesias y retiró su tabernáculo de la “Unión Bautista”. Después de su muerte, las cosas fueron rápidamente de mal en peor, y ahora “un torbellino del Señor” está arrasando con las estructuras endebles que el mundo religioso levantó. [4] Ahora todo está en el crisol y solo el oro genuino sobrevivirá a la prueba de fuego. ¿Y qué pueden hacer los verdaderos siervos de Dios? Alzad sus voces: “Gritad en alta voz y no os detengáis” (Is 58,1). Haz como Elías: denuncia sin temor el pecado en las alturas. Acusar al gobierno de su violación del estatuto del sábado. acusar a la bbc [5] por la inmundicia y la blasfemia con que contaminan el aire. Reprende a los magistrados de la tierra por su laxitud en hacer cumplir las penas de la ley. Condenar la codicia de los trabajadores que están chantajeando al público en sus incessantes demandas de salarios más altos.

¿Un mensaje agradable de entregar? No. ¿Un mensaje que probablemente sea popular entre los oyentes? No, todo lo contrario. Pero un mensaje muy necesario y criminalmente descuidado. ¿Predicó el Señor Jesús un sermón en el templo sobre el amor de Dios mientras sus recintos sagrados se convertían en cueva de ladrones? Sin embargo, esto es lo que han estado haciendo miles de aquellos que se hicieron pasar por Sus siervos durante las últimas dos o tres generaciones. Con ojo de fuego y azote en mano el Redentor expulsó de la Casa de Su Padre a los traficantes que la profanaban. Y aquellos que eran sus verdaderos siervos denunciaron los "entretenimientos", "sociales" y otros dispositivos mundanos empleados por las iglesias para "retener a los jóvenes". Aquellos que eran los verdaderos siervos de Cristo rehusaron usar métodos carnales para agregar números de profesantes nominales a su membresía. Aquellos que eran los verdaderos servidores de Cristo proclamaron las demandas inmutables de un Dios santo, insistieron en hacer cumplir una disciplina bíblica y renunciaron a sus pastorados cuando sus rebaños se rebelaron. Y los poderes religiosos se alegraron de verles la espalda, y sus hermanos ministeriales, lejos de tratar de fortalecer sus manos, hicieron todo lo que pudieron para herirlos y no les importó que murieran de hambre.

Pero esos siervos de Cristo eran pocos en número, una minoría insignificante. La gran mayoría de los “pastores” eran asalariados, servidores

de tiempo, poseedores de un trabajo fácil y lucrativo a cualquier precio. Cuidadosamente arreglaron sus velas y deliberadamente omitieron de su predicación todo lo que sería desagradable para sus impíos oyentes. Cualquier cosa que supiera de “Calvinismo” fue estrictamente evitada, el castigo eterno no fue mencionado, la palabra “arrepentimiento” nunca fue escuchada, los pecados clamorosos del día nunca fueron denunciados. El pueblo de Dios en sus congregaciones estaba hambriento, aunque pocos de ellos se atrevieron a reprender a sus pastores, siguiendo la línea de menor resistencia. Y el mismo pasaje del que hemos citado anteriormente declara: “Pero si hubieran seguido mi consejo y hubieran hecho que mi pueblo oyera mi palabra, entonces lo habrían hecho volver de su mal camino y de la maldad de sus obras” (Jeremías 23:22). Pero no lo hicieron, y por lo tanto “un torbellino de Jehová ha salido con furia, un torbellino terrible”. ¿Podemos preguntarnos por ello? *Dios no será burlado*. Las iglesias son responsables de ello, y no hay denominación, ningún partido, ningún “círculo de compañerismo” que pueda alegar inocencia.

“Y Acab dijo a Elías: ¿Me has encontrado, oh enemigo mío?” (1 Reyes 21:20). ¡Con qué consternación debe haberlo contemplado el rey! El Profeta sería el último hombre que deseaba o esperaba ver, creyendo que la amenaza de Jezabel lo había asustado para que no lo molestara más. Tal vez Acab pensó que había huido a algún país lejano o que estaba en su tumba en ese momento: pero aquí estaba delante de él. Evidentemente, el rey estaba sorprendido y consternado al ver a Elías. Su conciencia lo golpearía por su vil maldad y el mismo lugar de su presente reunión aumentaría su malestar. Por lo tanto, no podía contemplar al tisbita sin terror y un terrible presentimiento de que Jehová le acechaba alguna terrible amenaza de venganza. En su miedo y molestia, gritó: “¿Me has encontrado?” ¿Estoy rastreado ahora? Un corazón culpable nunca puede estar en paz. Si no hubiera sido consciente de lo mal que se lo merecía a manos de Dios, no habría saludado a Su siervo como: “Oh, enemigo mío”. Fue porque su corazón lo condenaba como enemigo de Dios que estaba tan desconcertado al ser confrontado por Su embajador.

“Y Acab dijo a Elías: ¿Me has encontrado, oh enemigo mío?” Tal recepción es todo lo que el siervo fiel de Dios debe esperar de manos de los impíos, especialmente de los profesantes religiosos no regenerados. Lo considerarán un perturbador de la paz, un perturbador de aquellos que desean estar cómodos en sus pecados. Los que se dedican a hacer el mal se enojan con el que los descubre, ya sea un ministro de Cristo o un policía. Las Escrituras son detestadas porque denuncian el pecado en todas sus formas. Roma odia la Biblia porque expone sus hipocresías. Los impenitentes miran como amigos a

aquellos que les hablan cosas suaves y les ayudan a engañarse a sí mismos. "Aborrecen al que reprende en la puerta, y abominan al que habla lo recto" (Amós 5:10). Por eso el Apóstol declaró: "Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gál 1, 10). ¡Qué pocos siervos de Cristo quedan! El deber del ministro es ser fiel a su Maestro, y si le agrada, ¿qué importa que sea despreciado y detestado por todo el mundo religioso? Bienaventurados aquellos a quienes los hombres vituperen.

En este punto, le diríamos a cualquier joven que esté pensando seriamente en entrar en el ministerio: "Abandona tal perspectiva de inmediato si no estás preparado para ser tratado con desprecio y hecho 'como la inmundicia del mundo, la escoria de todos'. cosas'" (1 Corintios 4:13). El servicio público de Cristo es el último lugar para aquellos que desean ser populares entre sus semejantes. Un ministro joven una vez se quejó con uno mayor, "mi iglesia está haciendo de mí un felpudo regular", a lo que recibió la respuesta: "Si el Hijo de Dios condescendió en convertirse en la Puerta, ciertamente no está por debajo de ti ser hecho un felpudo". felpudo." Si no está preparado para que los ancianos y diáconos se limpien los pies sobre usted, evite el ministerio. Y a los que ya están en ella les diríamos: A menos que vuestra predicación suscite contiendas y atraiga sobre vosotros persecución y contumacia, hay algo que falta gravemente en ella. Si tu predicación es enemiga de la hipocresía, de la carnalidad, de la mundanalidad, de la profesión vacía, de todo lo que es contrario a la piedad vital, entonces debes ser considerado como el enemigo de aquellos a quienes te opones.

"Y él respondió: Te he encontrado" (1 Reyes 21:20). Elijah no era un hombre que llevaba el corazón en la mano. Hizo falta mucho más que fruncir el ceño para disuadirlo o una palabra de enfado para irritarlo. Lejos de sentirse "herido" y enfurruñarse, respondió como un hombre. Tomó a Acab en sus propios términos y dijo: "Sí, te he encontrado". Te he encontrado ladrón y homicida en viña ajena. Es una buena señal cuando el que está convencido de sí mismo denuncia al siervo de Dios como su "enemigo", porque muestra que el predicador ha dado en el blanco, su mensaje ha llegado a la conciencia. "Seguro que tu pecado te alcanzará" (Núm 32:23), dice Dios, y así lo probaron Adán, Caín, Acán, Acab, Giezi, Ananías. Que nadie piense que escapará de la retribución divina: si el castigo no se inflige en esta vida, ciertamente lo hará en la próxima, a menos que dejemos de luchar contra Dios y huyamos a Cristo en busca de refugio. "He aquí, el Señor viene con diez mil de Sus santos para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer a todos los que son impíos entre ellos de todas sus obras impías que han cometido impíamente, y de sus

palabras duras que los pecadores impíos han pronunciado contra él. " (Judas 14-15).

"Y Acab dijo a Elías: ¿Me has encontrado, oh enemigo mío? Y él respondió: Te he encontrado, porque te has vendido para hacer lo malo ante los ojos de Jehová" (1 Reyes 21:20). Ya hemos considerado la pregunta de Acab y la primera parte de la respuesta del Profeta. Pasamos ahora a considerar la acusación solemne que presentó contra el rey. "Por cuento te has vendido a hacer lo malo ante los ojos de Jehová." Aquí podemos observar cuán esencial es que notemos muy particularmente cada palabra de la Sagrada Escritura, porque si leemos este versículo con descuido no podremos distinguir claramente entre él y una expresión usada en el Nuevo Testamento, que aunque muy similar en *sonido* es muy diferente en *sentido*. En Romanos 7:14 encontramos que el Apóstol declara: "Pero yo soy carnal, vendido al pecado". Esa declaración ha desconcertado a bastantes y algunos han entendido tan mal su fuerza que la han confundido con la terrible acusación del Profeta contra Acab. Puede ser algo así como una digresión, sin embargo, muchos de nuestros lectores probablemente agradecerán algunos comentarios expositivos sobre la diferencia en el significado de estas dos expresiones.

Se notará que Romanos 7:14 comienza con la afirmación: "Porque sabemos que la ley es espiritual", lo que, entre otras cosas, significa que legisla tanto para el alma como para el cuerpo; sus demandas van más allá del mero acto externo para el motivo que la motivó y el espíritu con que se realiza. En una palabra, requiere conformidad y pureza interior. Ahora, cuando el Apóstol se midió a sí mismo por los altos y santos requisitos de la Ley de Dios, declaró: "pero yo soy carnal". Eso no se dijo a modo de atenuación propia para excusar su falta de la norma divina puesta ante nosotros, sino para condenarse a sí mismo debido a su falta de conformidad con ella. Esa es la triste confesión de todo cristiano honesto. "Soy carnal" expresa lo que el creyente es en sí mismo por naturaleza: aunque nació de lo alto, sin embargo, la "carne" en él no ha mejorado en lo más mínimo. Tampoco es cierto para el creyente sólo cuando ha sufrido alguna caída —siempre es "carnal", porque no puede deshacerse de la vieja naturaleza— aunque no siempre es consciente de este hecho humillante. Cuanto más crece el cristiano en la gracia, más se da cuenta de su carnalidad, de que la "carne" contamina sus ejercicios más santos y sus mejores actuaciones.

"Vendido al pecado". Esto no quiere decir que el santo se entregue a sí mismo para ser esclavo voluntario del pecado, sino que se encuentra en el caso o la experiencia de un *esclavo*, de aquel cuyo amo le exige hacer cosas contra sus propias inclinaciones. La traducción literal del griego es, " *habiendo*

"*sido vendidos al pecado*", es decir, en la Caída, en cuya condición continuamos hasta el final de nuestro curso terrenal. "Vendido" para estar bajo el poder del pecado, porque la vieja naturaleza nunca es santificada. El Apóstol habla de lo que se encuentra a sí mismo, de lo que es ante *Dios*, y no de lo que aparecía ante los ojos de los hombres. Su "viejo hombre" se oponía completamente a la Ley de Dios. Había en él un principio maligno contra el cual luchaba, del cual ansiaba ser librado, pero que continuaba ejerciendo su temible potencia. A pesar de la gracia que había recibido, se encontró lejos, lejos de ser perfecto, y en todos los aspectos incapaz de alcanzarlo, aunque lo anhelaba. Fue al medirse a sí mismo por la Ley, que exige el amor perfecto, que se dio cuenta de lo lejos que estaba de ella.

"Vendido al pecado": la corrupción que mora en nosotros detiene al creyente. Cuanto más progreso espiritual puede hacer, más descubre su desventaja. Es como un hombre que viaja cuesta arriba con una pesada carga sobre el hombro o la espalda: cuanto más avanza, más consciente se vuelve de esa carga. Pero, ¿cómo armonizar esto con "el pecado no se enseñoreará de vosotros" (Rom 6,14)? Así: aunque el pecado que mora en nosotros tiraña al creyente, de ninguna manera prevalece sobre él total y completamente. El pecado reina sobre el pecador, teniendo sobre *él* un dominio absoluto e indiscutible, pero no así con *el santo*. Sin embargo, lo acosa hasta el punto de impedirle alcanzar la perfección, que es lo que anhela: véase Filipenses 3:12. Desde el punto de vista de la nueva naturaleza y como Dios lo ve en Cristo, el creyente es espiritual. Desde el punto de vista de la vieja naturaleza y como Dios lo ve en sí mismo, es "carnal". Como hijo de Adán, está "vendido al pecado", como hijo de Dios, "se deleita en la ley de Dios según el hombre interior" (Rom 7, 22). Los actos de un esclavo son de hecho sus propios actos, pero no se realizan con el pleno consentimiento de su voluntad y el deleite de su corazón; no son una prueba justa de su disposición y deseos.

Muy diferente fue el caso de Acab de lo que hemos esbozado brevemente arriba: lejos de ser llevado cautivo contra su voluntad, se había "vendido a sí mismo para hacer lo malo ante los ojos del Señor". Deliberadamente y sin límite, Acab se entregó por completo a toda clase de maldad, en abierto desafío al Todopoderoso. Como Balaam "amó el premio de la injusticia" (2 Pedro 2:15), se alquiló libremente a Balac para maldecir al pueblo de Dios. Como Judas codiciaba la plata de los principales sacerdotes, los buscó y se comprometió a entregarles al Salvador (Mateo 26:14-15), por lo que este rey apóstata "se vendió a sí mismo para hacer el mal" sin escrúpulos ni reservas. Su horrible crimen con respecto a Nabot no fue un acto aislado contrario al tenor general o al curso de su vida, como lo había sido el pecado de David en el

asunto de Urías, sino que fue simplemente una muestra de su continua rebelión contra Dios. “Habiéndose vendido a sí mismo para hacer el mal ante los ojos del Señor, como si lo despreciara y lo desafiara, se empleó abierta, constante y diligentemente en ello como esclavo en los negocios de su amo” (Thomas Scott).

“Te has vendido a ti mismo para hacer lo malo ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 21:20). El curso descendente de Acab comenzó cuando se casó con Jezabel (v. 25), una pagana, una idólatra, y las consecuencias de esa horrible unión están registradas para nuestra enseñanza. Se destacan como una luz roja, una señal de peligro, una advertencia solemne para el pueblo de Dios hoy. La Ley prohibía expresamente que un israelita se casara con una gentil, y el Nuevo Testamento prohíbe definitivamente que un cristiano se case con una mundana. “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? (2 Corintios 6:14). Es a su propio riesgo que cualquier cristiano pisotee deliberadamente este mandamiento divino, porque la desobediencia deliberada ciertamente provocará el marcado desagrado de Dios. Que un hijo suyo entre en matrimonio con un incrédulo es hacer que Cristo esté en concordia con Belial (2 Co 6, 15). Cuando un cristiano se casa con una mundana, un hijo de Dios se une a una hija de *Satanás*. ¡Qué horrible monstruosidad! ¡Triste es encontrar ministros del Evangelio no solo fomentando este pecado al oficiar bodas tan impías, sino que muchos de ellos cometen la misma ofensa! Más triste aún es ver a las denominaciones a las que pertenecen hacer un guiño a tal conducta, en lugar de disciplinarlos.

En tono claro, Elías denunció a Acab por su desafinante unión con Jezabel y todos los males que había traído consigo. “Te has vendido a ti mismo para hacer lo malo ante los ojos de Jehová” (1 Reyes 21:20). Ese es el negocio primordial del siervo de Dios: dar a conocer la indignación y el juicio del cielo contra el pecado. Dios es el enemigo del pecado. Él está “enfadado con los impíos todos los días” (Sal 7:11). Su ira se revela contra toda impiedad e injusticia de los hombres (Rom 1,18). Esa ira es el antagonismo de la santidad al mal, del fuego consumidor a lo que es incapaz de sostenerlo. Es oficio del siervo de Dios declarar y dar a conocer el tremendo caso y proceder del pecador: que los que no son *de Cristo* están *contra Él*, que el que no anda con Dios pelea contra Él, que el que no es entregarse a su servicio es servir al diablo. Dijo el Señor Jesús: “Todo aquel que comete pecado, es siervo del pecado” (Juan 8:34), cumpliendo con las órdenes de su amo, esclavo de sus deseos, pero esclavo voluntario, deleitándose en ellos. No es un servicio que se le ha impuesto en contra de sus deseos, sino uno al que se ha vendido

voluntariamente y en el que permanece voluntariamente. Y por tanto es una servidumbre criminal por la que debe ser juzgado.

Esta, entonces, fue la prueba que enfrentó a Elías y, en esencia, enfrenta hoy a todo siervo de Cristo. Era el portador de un mensaje desagradable. Se le pidió que confrontara al rey impío y le dijera en su cara precisamente lo que él era a la vista de un Dios que odiaba el pecado. Es una tarea que requiere firmeza de mente y audacia de corazón. Es una tarea que exige que la gloria de Dios supere todas las consideraciones sentimentales. Es una tarea que exige el apoyo y la cooperación de todo el pueblo de Dios. Que no hagan ni digan nada para desanimar al ministro en el desempeño fiel de su oficio. Que estén lejos de decir: "No nos profeticéis cosas rectas; háblanos cosas suaves, profetiza engaños" (Isaías 30:10). Más bien, que el pueblo de Dios ore fervientemente para que el espíritu de Elías descance sobre sus ministros, para que puedan abrir la boca "con todo denuedo" (Hch 4:29), para que no retengan nada que sea útil, para que no rehuyan declarar todo el consejo de Dios (Hechos 20:20, 27). Cuídense de que no dejen de levantar la mano en el día de la batalla (Éxodo 17:12). ¡Ah, mi lector, hace una gran diferencia cuando el ministro sabe que tiene el apoyo de un pueblo que ora! ¡Hasta qué punto es la banca responsable del estado del púlpito hoy!

"He aquí, yo traigo mal sobre ti" (1 Reyes 21:21). Es tarea del siervo de Dios no sólo pintar con sus verdaderos colores el curso que el pecador ha elegido seguir, sino también dar a conocer las consecuencias inevitables de tal curso. Primero y negativamente, los que se han vendido a hacer el mal ante los ojos del Señor "se han vendido a sí mismos por nada" (Is 52,3). Satanás les ha asegurado que al ocuparse en su servicio serán grandes ganadores, que al dar rienda suelta a sus deseos serán felices y disfrutarán de la vida. Pero es un mentiroso, como descubrió Eva al principio. A los que se venden para hacer el mal se les puede preguntar: "¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan? y vuestro trabajo por lo que no sacia? (Isaías 55:2). No hay contentamiento de la mente, ni paz de la conciencia, ni verdadero gozo del corazón que se pueda obtener complaciendo la carne, sino más bien la ruina de la salud y el almacenamiento de la miseria. ¡Oh, qué negocio tan miserable es este: vendernos "por nada"! Derrochar nuestra sustancia en una vida desenfrenada y luego llegar a una miseria lamentable. Prestar obediencia total a los dictados del pecado y recibir solo patadas y puños a cambio. ¡Qué locura servir a tal amo!

Pero el siervo de Dios tiene un deber aún más penoso que cumplir, y es el de anunciar el lado positivo de las consecuencias de venderse para hacer el mal a los ojos del Señor. El pecado paga salarios terribles, mi lector. Lo está

haciendo en este momento presente de la historia del mundo. Los horrores de la guerra, con todo el sufrimiento y la angustia incalculables que conllevan, son la paga del pecado que ahora se paga a las naciones, y aquellas naciones que pecaron contra la luz y los privilegios más grandes son las que reciben las cuotas más elevadas. ¿Y no se cumple que debería ser así? Sí, “justa recompensa de galardón” (Heb 2,2) es lo que designa la Palabra de Verdad. E idénticamente el mismo principio se aplica al individuo: a todo aquel que se vende a sí mismo para hacer el mal ante los ojos del Señor Su réplica es: “He aquí, traigo mal sobre ti”, juicio terrible que abrumará y consumirá por completo. Este también es el deber del siervo de Dios: declarar solemnemente a todo rebelde contra Dios, independientemente de su rango: “¡Oh impío! De cierto morirás” (Ezequiel 33:8), y ese mismo versículo continúa diciendo nos dice que Dios todavía le dirá al centinela que no cumplió con este deber: “su sangre demandaré de tu mano”. ¡Oh, poder decir con Pablo: “Estoy libre de la sangre de todos los hombres” (Hch 20,26)!

“Y haré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías, por la provocación con que me provocaste a ira e hiciste pecar a Israel. Y de Jezabel también habló Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel junto al muro de Jezreel. El que muera de Acab en la ciudad, lo comerán los perros; y el que muriere en el campo, lo comerán las aves del cielo” (1 Reyes 21:22-24). Los molinos de Dios muelen lentamente pero muelen extremadamente pequeño. Durante muchos años Acab desafió a Jehová, pero ahora el día del juicio final estaba cerca, y cuando amaneciera, el juicio divino caería no solo sobre el rey apóstata y su vil consorte, sino también sobre su familia, de modo que su malvada casa ser completamente exterminado. ¿No está escrito “el nombre de los impíos se pudrirá” (Prov. 10:7)? Aquí se nos proporciona una ilustración imponente de ese principio solemne en los tratos gubernamentales de Dios: “que visita las iniquidades de los padres sobre los hijos” (Éxodo 20:5). He aquí la justicia de Dios al hacer que Acab coseche lo que había sembrado: no sólo había consentido en la muerte de Nabot (1Re 21:8), sino que también habían matado a los hijos de Nabot (2Re 9:26), por lo tanto divina la retribución cayó no sólo sobre Acab y Jezabel, sino también sobre sus hijos.

“Y haré tu casa como la casa de Jeroboam hijo de Nabat, y como la casa de Baasa hijo de Ahías”. Al declarar que Él haría la casa de Acab como la de otros dos reyes malvados que lo precedieron, Dios anunció la destrucción *total* de sus descendientes y eso por un final violento. Porque de la casa de Jeroboam —cuya dinastía duró apenas veinticuatro años— leemos: “Él hirió a toda la casa de Jeroboam; no dejó a Jeroboam nada que respirara, hasta que lo hubo

destruido" (1Re 15:29). De Baasa, cuya dinastía duró poco más de un cuarto de siglo, se nos dice: "No le dejó varón, ni de su familia ni de sus amigos" (1Re 16:11). Probablemente una de las razones por las que aquí se menciona específicamente el terrible destino que se abatió sobre las familias de sus predecesores fue para enfatizar aún más la enormidad de la conducta de Acab: que no había tomado en serio los recientes juicios de Dios. Agrava grandemente nuestros pecados cuando rehusamos prestar atención a las solemnes advertencias que registra la historia de los juicios inequívocos de Dios sobre otros malhechores. Por lo tanto, la culpa de nuestra generación es mucho mayor, al ignorar el toque de clarín hecho por la guerra de 1914-18 [Primera Guerra Mundial] para que las naciones se vuelvan de su maldad y regresen al Dios de sus padres.

¿Y cuál fue el efecto que produjo en Acab este mensaje de Jehová? Desconcertado y disgustado como estaba la primera vez que vio al Profeta, sin embargo, cuando escuchó la terrible sentencia, se sintió profundamente afectado: "se rasgó la ropa y se puso cilicio sobre su carne, y ayunó, y se acostó en cilicio, y anduvo en silencio" (1 Reyes 21:27). No hizo ningún esfuerzo por silenciar a Elías mediante la auto-vindicación. Le remordía la conciencia por aprobar el acto homicida, por apoderarse del botín sin matar a su dueño. Sabía bien que la connivencia en la maldad por parte de aquellos en autoridad, que deberían reprimirla, es justamente visitada sobre ellos mismos como su propio acto; que el receptor de bienes robados es tan malo como el ladrón. Estaba avergonzado y humillado. Dios puede hacer temblar al pecador más valiente y humillarse al más arrogante. Pero no es oro todo lo que reluce. Puede haber una gran muestra externa de arrepentimiento sin que el corazón cambie. Muchos se han hecho temerosos de la ira de Dios que no quieren separarse de sus pecados. Debe notarse cuidadosamente que no hay indicios de que Acab desterrara a Jezabel o restaurara la adoración del Señor.

Lo que se registra aquí de Acab es tanto solemne como instructivo. Solemne, porque suena a advertencia contra el engaño de las apariencias. Acab no hizo ningún esfuerzo por justificar sus crímenes ni puso manos violentas sobre Elías. Es más, se humilló a sí mismo y por sus actos exteriores reconoció la justicia de la sentencia divina. Qué más podríamos preguntar? Ah, ese es el punto más importante. La enmienda externa de nuestros caminos, aunque buena en sí misma, no es suficiente: "rasga tu *corazón* y no tus *vestidos*" (Joe 2:13) es lo que requiere un Dios santo. Un hipócrita puede llegar lejos en el desempeño externo de los deberes sagrados. Los pecadores más empedernidos son capaces de reformarse por un tiempo: Marcos 6:20; Juan 5:35. ¿Cuántas personas malvadas, en tiempos de peligro y enfermedad

desesperada, se han humillado ante Dios pero han vuelto a sus malos caminos tan pronto como recobran la salud? La humillación de Acab fue superficial y transitoria, siendo ocasionada por el temor al juicio y no por el odio de su corazón por sus pecados. No se dice nada de su restauración de la viña a los herederos de Nabot oa los parientes más cercanos, y cuando no se corrigen los errores, siempre debemos sospechar seriamente del arrepentimiento. Más tarde lo encontramos diciendo de un siervo de Dios: “Lo aborrezco” (1Re 22, 8), lo que es una prueba clara de que no había experimentado ningún cambio de corazón.

También es instructivo el caso de Acab, porque arroja luz sobre los tratos gubernamentales de Dios con las personas en esta vida. Aunque el arrepentimiento del rey fue superficial, ya que fue una humillación *pública* o visible de sí mismo ante Dios, hasta ahora Él fue reconocido y honrado y se obtuvo una reducción de Su sentencia: “Por cuanto se humilló delante de mí, no lo traeré”. el mal en sus días, sino en los días de su hijo” (1Re 21:29), se salvó de la angustia de presenciar la matanza de sus hijos y el exterminio total de su casa. Pero no hubo revocación de la sentencia divina sobre él mismo. El rey tampoco pudo evitar el golpe de Dios, aunque lo intentó (22:30). El Señor había dicho, “en el lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, los perros lamerán tu sangre” (21:19), y se nos dice, “y murió el rey, y fue llevado a Samaria; y enterraron al rey en Samaria. Y uno lavó el carro en el estanque de Samaria; y los perros lamieron su sangre; y lavaron sus armas, conforme a la palabra de Jehová” (1Re 22:37-38). El que se vende al pecado debe recibir la paga del pecado. Para conocer el destino que se apoderó de la familia de Acab, véanse 2 Reyes 9:25; 10:6, 7, 13-14, 17.

“Y de Jezabel también habló Jehová, diciendo: Los perros comerán a Jezabel junto al muro de Jezreel” (1 Reyes 21:23). No fueron vanas amenazas las que pronunció el Profeta, sino anuncios de juicio divino que se cumplieron poco después. Jezabel sobrevivió a su esposo durante algunos años, pero su fin fue tal como lo había predicho Elías. Fiel a su carácter depravado encontramos que el mismo día de su muerte, “se pintó la cara y se cansó la cabeza y se asomó a una ventana” para llamar la atención (2Re 9,30). Es solemne observar que Dios toma nota de tales cosas, no con aprobación sino con aborrecimiento, y es igualmente solemne aprender de este pasaje que aquellas mujeres que se pintan la cara y se toman tantas molestias en peinarse artificialmente y buscan hacerse conspicuos pertenecen a la misma clase que esta reina malvada o criatura “maldita” (v. 34). Algunos de sus propios asistentes la arrojaron por la ventana, su sangre salpicó la pared y su cadáver fue pisoteado sin piedad. Poco tiempo después, cuando se dio la orden de enterrarla, los

Traducido por: David Taype

perros habían hecho su trabajo tan minuciosamente que no quedaba nada más que “la calavera, los pies y las palmas de las manos” (2 Reyes 9:35). ¡Ah, mi lector, Dios es tan fiel y veraz en cumplir Sus amenazas como lo es en cumplir Sus promesas!

17. Su última tarea

Después de la muerte de Acab los juicios de Dios comenzaron a caer pesadamente sobre su familia. De su sucesor inmediato se nos dice: “Ocozías hijo de Acab comenzó a reinar sobre Israel en Samaria el año diecisiete de Josafat rey de Judá, y reinó dos años sobre Israel. E hizo lo malo ante los ojos de Jehová, y anduvo en el camino de su padre, y en el camino de su madre, y en el camino de Jeroboam hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel; porque sirvió a Baal y adoró y provocó a ira a Jehová Dios de Israel conforme a todas las cosas que había hecho su padre” (1 Reyes 22:51-53). Indescriptiblemente solemne es eso. Ocozías conocía los tres años y medio de hambre, la exposición de la impotencia de Baal, la muerte de sus profetas en el Carmelo y los tratos aterradores de Dios con su padre, pero no produjeron ningún efecto saludable en él, porque se negó a tomarlos en serio. Sin hacer caso de esas terribles advertencias, siguió imprudentemente en el pecado y siguió “sirviendo a Baal y adorándolo”. Su corazón estaba completamente puesto en él para hacer el mal, y por eso fue cortado en su juventud; sin embargo, incluso en su caso, la misericordia se mezcló con la justicia, porque se le concedió “espacio para el arrepentimiento” antes de ser removido de esta escena.

“Entonces Moab se rebeló contra Israel después de la muerte de Acab” (2 Reyes 1:1). En cumplimiento de la profecía de Balaam (Núm 24,17), David había vencido a los moabitas para que fueran sus “siervos” (2Sa 8,2). Continuaron en sujeción al reino de Israel hasta el tiempo de su división, cuando su rostro y tributo fue transferido a los reyes de Israel, como los de Edom permanecieron a los reyes de Judá, el tributo que los moabitas dieron al rey de Israel siendo “cien mil corderos y cien mil carneros con la lana” (2 Reyes 3:4). Pero después de la muerte de Acab se rebelaron. Allí contemplamos la divina providencia cruzando a Ocozías en sus asuntos. Esta rebelión por parte de Moab debe ser considerada a la luz de que “cuando los caminos del hombre agradan a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él” (Proverbios 16:7), pero cuando nuestros caminos le desagradan, el mal de todas partes nos amenaza. La prosperidad tanto temporal como espiritual depende enteramente de la bendición de Dios. Cuando alguien se comporta mal contra nosotros, debe hacernos examinar de inmediato nuestra conducta hacia Dios. Para que su mano sea más evidente, con frecuencia castiga a los

impíos según la semejanza de sus pecados. Así lo hizo con el hijo de Acab: habiéndose apartado del Señor, Moab se sintió movido a rebelarse contra él.

Lo que se acaba de señalar se refiere a los tratos gubernamentales de Dios e ilustra un principio importante en sus "caminos" con una nación. Queremos decir que trata de lo que se relaciona con *el tiempo* y no con *la eternidad*, con las obras de la divina Providencia y no con la esfera de la salvación. las naciones como tales tienen sólo una existencia temporal, aunque los individuos que las componen tienen un destino eterno. La prosperidad o la adversidad de una nación está determinada por su actitud y conducta hacia Dios, directamente por aquellos que tienen sus oráculos vivientes en sus manos, indirectamente por los paganos. Su caso está determinado por su conducta hacia su pueblo. El Antiguo Testamento nos proporciona tantos ejemplos de esto que el que corre puede leer. La actitud de una nación hacia Dios debe medirse no tanto por el comportamiento general de su pueblo como por el carácter de sus gobernantes o *gobierno*. Los dos están, por supuesto, íntimamente relacionados, porque cuando la mayoría de los súbditos son piadosos, no tolerarán la maldad en las altas esferas. Por otro lado, cuando los que dirigen y gobiernan dan un mal ejemplo, no se puede esperar que los que los siguen los superen en justicia. Cualquiera que sea la forma particular de gobierno en un país, o el partido que esté en el poder, es el carácter y las promulgaciones de sus ejecutivos los que son el factor decisivo, porque ellos son los que ocupan los puestos de mayor responsabilidad a la vista de Dios.

En países declaradamente "cristianos" como Gran Bretaña y Estados Unidos, las iglesias regulan el pulso de la nación. Actúan como la "sal" sobre el cuerpo corporativo, y cuando sus caminos agradan al Señor, Él les da favor a los ojos de quienes los rodean. Cuando el Espíritu Santo no se ve obstaculizado, Su poder se manifiesta, no solo al llamar a los elegidos, sino al subyugar el pecado en los no elegidos y al hacer que la maquinaria del Estado apoye la piedad, como fue más o menos notablemente el caso cien hace años que. Pero cuando el error entra en las iglesias y la disciplina se relaja, el Espíritu se entristece y se retiene Su poder, y los malos efectos de esto se vuelven más y más evidentes en el país por una marea creciente de anarquía. Si las iglesias persisten en un curso descendente, entonces el Espíritu se apaga y se escribe "Ichabod" sobre ellas, como es el caso hoy. Entonces es que se quita la mano restrictiva de Dios, y entra una orgía de libertinaje. Entonces es que el gobierno se convierte en un título vacío, porque los que están en el poder no tienen más poder que el que el pueblo les ha delegado, y por lo tanto actúan de acuerdo con los deseos depravados de las masas. Este, entonces, es siempre el orden: alejarse del Dios verdadero, volverse a los dioses falsos y

luego la perturbación de la paz, ya sea la revolución social o la guerra internacional.

Ocozías “sirvió a Baal y lo adoró y provocó a ira a Jehová Dios de Israel” (1 Reyes 22:53). El Señor Dios es un Dios Celoso, celoso de Su verdad, celoso de Su honor y cuando aquellos que se llaman a sí mismos Su pueblo se vuelven hacia otros dioses, Su ira se enciende contra ellos. ¡Qué tremendos avances ha hecho el romanismo durante nuestra propia vida! ¡Qué parodia del carácter divino ha sido presentada por la mayor parte del protestantismo, un “dios” a quien nadie teme! Qué mutilación del Evangelio ha habido en las secciones “ortodoxas” de la cristiandad, por lo que “otro Jesús” (2 Cor. 11:4) ha desplazado al Cristo de las Sagradas Escrituras. No es de extrañar que en la reacción inevitable las multitudes hayan hecho dioses de las riquezas y del placer, y que la nación ponga su confianza en sus fuerzas armadas en lugar del brazo del Señor. Aquí y allá hubo un Elías que alzó su voz en testimonio del Dios vivo y denunciando las formas modernas de adoración a Baal, pero ¿quién les hizo caso? Ciertamente no las iglesias, porque cerraron sus pulpitos contra ellos de modo que, como los tisbitas de antaño, se vieron obligados a aislarse y retirarse virtualmente, y ahora parece su última tarea antes de que Dios los llame a pronunciar sentencia de muerte sobre todo el sistema apóstata..

“Y provocó a ira a Jehová Dios de Israel... Entonces Moab se rebeló contra Israel” (1Re 22:53-2Re 1:1). Aunque esas dos declaraciones están separadas por el final del primer libro de Reyes y el comienzo del segundo, la conexión es demasiado obvia para pasarla por alto. Es la conexión de causa y efecto, manifestando este último al primero. Por muchos años Moab había sido tributario de Israel pero ahora se deshicieron del yugo. ¿Y no hemos vivido para presenciar algo similar? Primero Irlanda se separó de Gran Bretaña, ahora India está dando patadas e incluso Australia está mostrando inquietud. Ah, mi lector, la Biblia no es un libro difunto que registra eventos históricos del pasado remoto, sino un Libro vivo , que enuncia principios vitales aplicables a cada época y describe las cosas como son hoy. La historia se repite, no solo porque la naturaleza humana es fundamentalmente la misma en todas las épocas, sino también porque los “caminos” de Dios, los principios de Su gobierno, permanecen sin cambios. Así como el Señor Dios fue provocado por Ocozías, Él ha sido provocado por las iglesias, los políticos y el pueblo de Gran Bretaña, y como Su ira se evidenció cuando movió a Moab para buscar su independencia, Su desagrado ahora se ve en Su haciendo que una dependencia tras otra rompa con la “Madre Patria”.

“Y Ocozías cayó por una celosía en su aposento alto que estaba en Samaria, y enfermó” (2 Reyes 1:2). Primero, notaríamos que este versículo abre con la palabra “Y” que parece insinuar la respuesta del rey, o más bien la falta de respuesta, a lo registrado en el versículo anterior. Lo que no se encuentra aquí es solemne e informativo, ya que revela el carácter de Ocozías. No había vuelta al Señor en busca de guía y ayuda. No se humilló a sí mismo ante Dios ni preguntó por qué esta perturbación había entrado en su reino. Nada sucede por casualidad, y la maldición sin causa no viene (Prov. 26:2), por lo tanto, el deber del rey era ayunar y orar, y averiguar qué era lo que había desagrado al Señor. No, nos retractamos: ¡habría sido una completa burla de su parte haber hecho tal cosa! No había necesidad de consultar al Señor: el rey sabía muy bien lo que estaba mal: estaba sirviendo y adorando a Baal, y hasta que sus ídolos fueran abolidos, no sería más que una actuación, una farsa piadosa, para él invocar el nombre del Señor. ¿Está de acuerdo el lector? ¿El? ¿Ella? Si no es así, vuelva a leer detenidamente este párrafo. Si está de acuerdo, ¿no es claramente evidente la aplicación a nuestra propia situación nacional? Indescriptiblemente solemne, sí; indescriptiblemente horrible, sí. Pero si nos enfrentamos a los hechos, a las cosas como realmente son, la conclusión es ineludible.

Llamemos la atención sobre otra cosa que está ausente en 2 Reyes 1:2: Ocozías no solo fracasó espiritualmente sino también naturalmente. ¿Cuál debería haber sido su reacción ante esta rebelión de Moab? ¡Pues, haberla enfrentado con mano firme y haberla cortado de raíz! Ese era obviamente su deber como rey. En cambio, siguió la línea de menor resistencia y se dedicó al placer. En lugar de tomar su lugar al frente de su ejército y sofocar esta rebelión por la fuerza, parece haberse deleitado en el palacio. ¿No debemos decir en tales circunstancias que Dios lo había entregado a un espíritu de locura? Se encogió con miedo cobarde del campamento y los peligros del campo, y dejando que Moab hiciera lo que quisiera, sin intentar volver a someterla, llevó una vida de autocomplacencia. Tal vez recordó el destino que recientemente había alcanzado a su padre en el campo de batalla y decidió que “la discreción es la mejor parte del valor”. Pero no hay escapatoria a la mano de Dios cuando Él está decidido a herir: estamos tan expuestos a sufrir un “accidente” en el refugio de nuestro hogar como si estuviéramos expuestos a las armas más mortíferas en el campo de batalla. La analogía entre el afeminamiento y la ineptitud de Ocozías y la política seguida por nuestro gobierno durante los últimos diez años, es demasiado patente para necesitar comentario.

Traducido por: David Taype

"Y Ocozías cayó por una celosía en su aposento alto que estaba en Samaria, y enfermó". Aquí fue donde la misericordia se mezcló con la justicia: aquí fue donde se le concedió "espacio para el arrepentimiento" al rey idólatra. ¡Oh cuán paciente es Dios! La caída de Ocozías no resultó fatal de inmediato, aunque lo colocó en un lecho de enfermedad donde tuvo la oportunidad de "considerar sus caminos". Y cuántas veces el Señor trata así, tanto con las naciones como con los individuos. El imperio romano no se construyó en un día, ni se destruyó en un día. Muchos rebeldes flagrantes contra el cielo han sido detenidos repentinamente en su mala carrera. Un "accidente" lo alcanzó, y aunque puede haberlo privado de una extremidad, no de su vida. Tal puede haber sido la experiencia de algunos de los que leen estas líneas. Si es así, les diríamos con toda seriedad, canjeen el tiempo que ahora les queda. Puede que ahora estés en el infierno, pero Dios te ha dado una temporada más (breve como máximo) para pensar en la eternidad y prepararte para ella. ¡Oh, que Su bondad os lleve al arrepentimiento! Si escuchas hoy su voz, no endurezcas tu corazón (Hebreos 3:15). Arrojad las armas de vuestra milicia contra Él y reconciliaos con Él, porque ¿cómo escaparéis del fuego eterno si descuidáis Su salvación tan grande (Hebreos 2:3)?

Pasando de la aplicación individual de nuestro pasaje, notemos cuán exactamente concuerda con los tratos de Dios con Gran Bretaña. ¿No hemos recibido como nación una advertencia solemne de Dios? ¿No ha sido manifiestamente puesta sobre nosotros Su mano de juicio? Sí, en verdad, porque a principios de este siglo el Señor nos miró con malos ojos, y durante muchos meses nuestro orgullo se humilló sobre las sabanas de Sudáfrica. ¿Eso hizo que cambiáramos nuestros caminos? ¡Ay, el ritmo de nuestro curso descendente se ha acelerado! Luego vino la crisis más seria de nuestra historia, cuando literalmente millones de la flor de nuestra virilidad fueron cortadas, y cuando durante muchos meses el resto de la nación enfrentó el peligro de morir de hambre. Entonces Dios no "hizo un completo fin" con nosotros, aunque sus golpes nos sacudieron hasta los cimientos. Sin embargo, en lugar de volverse a Dios, nuestra nación se ha alejado cada vez más de Él. La pérdida de casi todo nuestro equipo militar, la evacuación de Dunkerque, el continuo bombardeo de nuestras ciudades, no nos ha doblegado. Se nos ha dado espacio para el arrepentimiento, pero no nos hemos arrepentido, sino que hemos desafiado abierta y descaradamente al Altísimo en todas las formas posibles.

"Y envió mensajeros, y les dijo: Id, consultad a Baalzebub, dios de Ecrón, si he de curarme de esta enfermedad" (2 Reyes 1:2). Primero, Dios lo cruzó en

sus asuntos y luego lo hirió en su cuerpo. Hemos llamado la atención sobre lo que este malvado rey *no* hizo, ahora pasamos a considerar el curso que realmente siguió. Ninguno de esos juicios lo ablandó, y habiendo vivido sin Dios en la prosperidad, en la adversidad despreció su mano castigadora. Saúl en su apuro había consultado a una bruja, solo para enterarse de su muerte inmediata. Así que Ocozías recurrió ahora a los demonios-dioses de los paganos. Evidentemente estaba inquieto por el estado actual de su salud, por lo que envió a algunos de sus sirvientes a averiguar de un oráculo idólatra si se recuperaría o no de su aflicción, prueba de que su alma estaba en peor estado que su cuerpo. El "Baalim" era un epíteto general para los dioses falsos, cada uno con su propio cargo y distrito peculiar, de ahí los títulos distintivos de Baalzebub, Baalpeor, Baalzephon, Baalbireth. "Baalzebub" era el ídolo de Ecrón, una ciudad de Filistea, un país famoso por los "adivinos" (Isaías 2:6).

Este "Baalzebub" significa "el señor de una mosca o moscas", probablemente porque su país estaba infestado de moscas (como aún informan los viajeros modernos), supusieron que los protegía de las enfermedades que propagaban. En Mateo 12:24 encontramos a Beelzebub (la forma griega de deletrearlo) identificado como "el príncipe de los demonios", lo que insinúa que, bajo varios nombres e imágenes, los paganos en realidad adoraban a los espíritus malignos como dioses, como se afirma claramente en 1 Corintios 10:20: "lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios". Parecería que en la época de Ocozías, los sacerdotes de Baal, a través de sus encantamientos de espíritus malignos, habían adquirido fama por su conocimiento de eventos futuros, tanto como el oráculo de Delfos tuvo una gran reputación en Grecia algunos años después. Creyendo que el ídolo de Ecrón podía prever y predecir las cosas por venir, Ocozías le rindió homenaje. La excesiva pecaminosidad de tales prácticas queda fuera de discusión en pasajes como Levítico 20:6-7, Deuteronomio 18:10 y 1 Crónicas 10:13. Así, los que consultan a adivinos, astrólogos y "espiritistas" son culpables de un pecado terrible y se exponen a los poderes del mal.

"Cuando un rey de *Israel* envió a consultar a un oráculo *pagano*, proclamó a los gentiles su costumbre de confiar en Jehová: como si la única nación favorecida con el conocimiento del Dios verdadero hubiera sido la única nación en la que no se conocía a ningún Dios. Esto fue particularmente deshonroso y provocador para Jehová" (Thomas Scott). La acción de Ocozías fue en verdad un rechazo deliberado y público del Señor, una elección desafiante de aquellos caminos que habían provocado la ira del cielo sobre su padre. No podía pasar desapercibido, y en consecuencia Aquel que es Rey de reyes, así como el Dios de Israel, lo llama específicamente a rendir cuentas.

Elías fue enviado a encontrarse con los mensajeros del rey con el anuncio de una muerte segura: “Pero el ángel de Jehová dijo a Elías tisbita: Levántate, sube a recibir a los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No es porque no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baalzebub, dios de Ecrón? (2 Reyes 1:3). Nada escapa a la observación de Aquel con quien tenemos que ver. Sus ojos están siempre sobre todos los caminos de los hombres, ya sean monarcas o sirvientes: ninguno es demasiado alto o independiente para estar por encima de Su control, y ninguno es demasiado bajo o insignificante para ser pasado por alto por Él. Todo lo que hacemos, decimos o pensamos es perfectamente conocido por el Señor, y en ese Día seremos llamados a rendir cuentas completas.

“Pero el ángel de Jehová dijo a Elías tisbita: Levántate, sube a recibir a los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No es porque no hay Dios en Israel, que vais a consultar a Baalzebub el dios de Ekron.” El hebreo es más expresivo y enfático que el inglés: “¿Es porque no hay Dios, ninguno en Israel? que acudes en busca de información a los emisarios de Satanás? El Dios vivo y verdadero no solo se había dado a conocer a Israel, sino que estaba en una relación de pacto con ellos. Esto es lo que explica que “el ángel de Jehová” se dirigiera a Elías en esta ocasión, enfatizando esa bendita relación que el rey estaba repudiando: era el Ángel del Pacto (Éxodo 23:23, etc.). Como tal, Jehová le había dado una demostración clara de sí mismo a Ocozías en su propia vida. Por desgracia, cuán pertinente para nuestros propios días es la protesta del Profeta: ¿no hay Dios en el cielo, que Gran Bretaña debería ahora basar su esperanza de victoria en los logros de los rusos? [6] ¿Le falló a nuestros padres cuando clamaron a Él cuando la armada española salió decidida a destruirlos? ¿Le falló a Cromwell ya sus hombres? ¡Cómo han caído los poderosos! ¿Y no se aplica esta objeción a muchos individuos que profesan ser cristianos? Si Dios es Dios, ¿por qué buscar satisfacción en las cosas del mundo? ¿Por qué apoyarse en la criatura? Es el ateísmo práctico el que está en el fondo del olvido de Dios y el alejamiento de Él (Ti 1:16).

“Ahora, pues, así ha dicho Jehová: Del lecho en que subiste no descenderás, sino que ciertamente morirás” (2 Reyes 1:4). Habiendo reprobado el terrible pecado de Ocozías, el siervo de Dios ahora pronuncia juicio sobre él. Aquí, entonces, estaba la última y solemne tarea de Elías: ¡dictar la sentencia capital sobre el rey apóstata! Para la viuda de Sarepta Dios lo había hecho “olor de vida para vida”, pero para Acab y ahora para su hijo se convirtió en “olor de muerte para muerte”. Variadas, en verdad, son las tareas asignadas a los ministros del Evangelio, según sean llamados a consolar al pueblo de Dios y apacentar a Sus ovejas, o advertir a los impíos y denunciar a

los malhechores. Así fue con su gran Ejemplo: tanto las bendiciones como las maldiciones se encontraron en Sus labios, aunque la mayoría de las congregaciones están mucho más familiarizadas con las primeras que con las últimas; se encontrará que Sus "Bienaventurados" en Mateo 5 están equilibrados por un número igual. de "Ayes" en Mateo 23. Debe notarse debidamente que esos "Ayes" fueron pronunciados por el Señor Jesús al *final* de Su ministerio público, y aunque el fin del mundo puede no estar cerca (nadie en la tierra sabe) sin embargo, parece evidente que el fin del presente "orden" de cosas, la "civilización", es inminente y, por lo tanto, los siervos de Cristo tienen una tarea ingrata ante ellos hoy. ¡Oh, que la gracia los preserve "fieles hasta la muerte" (Ap 2,10)!

"Y Elías se fue" (2 Reyes 1:4). Por mandato de su Maestro, el Profeta había salido al encuentro de los siervos de Ocozías y entregó lo que el Señor le había encomendado. Los había enviado de regreso con su mensaje a su rey y luego se despidió de ellos. Su partida no fue para ocultarse sino para volver a su comuniación con Dios. Fue a "la cumbre de un monte" (v. 9) a donde se retiró: típicamente hablaba de separación moral y elevación sobre el mundo. Tenemos que ir al "lugar secreto del Altísimo"—y esto no se encuentra cerca de las multitudes vertiginosas y bulliciosas—si queremos "permanecer bajo la sombra del Todopoderoso" (Sal 91:1). Es desde el Propiciatorio Su voz se escucha hablar (Núm 7:89). Anteriormente hemos visto a Elías dirigirse a la cima de la montaña tan pronto como terminó su obra pública (1 Reyes 18:42). Qué lección objetiva hay aquí para todos los siervos de Cristo: que cuando hayan entregado su mensaje, se retiren del ojo público y se queden a solas con Dios, como solía hacer su Salvador antes que ellos. La "cima del monte" es también el lugar de la observación y la visión: ¡Oh, hacer de nuestros armarios observatorios espirituales!

No hay nada en la narración sagrada que indique la nacionalidad de estos mensajeros de Ocozías. Si fueran israelitas, difícilmente podrían ignorar la identidad del Profeta cuando de repente los abordó y anunció tan dramáticamente la condenación de su amo. Si eran extranjeros, traídos de Tiro por Jezabel, probablemente ignoraban al poderoso tisbita, pues habían transcurrido algunos años desde su última aparición pública. Quienquiera que fueran, estos hombres quedaron tan impresionados por esa figura dominante y su tono autoritario, tan asombrados por su conocimiento de su misión y tan aterrorizados por su declaración, que abandonaron su búsqueda de inmediato y regresaron al rey. El que podía decir lo que Ocozías pensaba y decía evidentemente podía predecir el resultado de su enfermedad: no se atrevieron a continuar su viaje a Ecrón. Eso ilustró un principio importante.

Cuando un siervo de Dios es energizado por el Espíritu Santo, su mensaje lleva convicción e infunde terror en el corazón de sus oyentes: así como Herodes “temió” a Juan el Bautista (Mr 6,20) y Félix “tembló” ante Pablo (Hch 24:25). Pero no es hablar a los impíos sobre el amor de Dios lo que producirá tales efectos, ni tales calmantes de conciencia serán reconocidos por el cielo. Más bien son aquellos que declaran, como Elías de Ocozías: “Ciertamente morirás”.

“Y cuando los mensajeros se volvieron hacia él [Ocozías], les dijo: ¿Por qué os volvisteis ahora?” (2 Reyes 1:5). Debe haber sido una sorpresa y una conmoción para el rey cuando sus siervos regresaron a él tan rápido, porque sabía que no había transcurrido suficiente tiempo para que viajaran a Ecrón en Filistea y regresaran. Su pregunta expresa molestia, una reprimenda por ser negligentes en el desempeño de su encargo. Los reyes en ese día estaban acostumbrados a recibir obediencia ciega de sus súbditos, y ¡ay de aquellos que contrariaban sus voluntades imperiales! Esto solo sirve para enfatizar el efecto que la aparición y las palabras de Elías tuvieron sobre ellos. Del siguiente versículo aprendemos que el Profeta les había dicho: “Vayan y vuélvanse al rey que los envió” y ¡repítanle mi mensaje! Y aunque hacerlo significó poner sus vidas en peligro, sin embargo llevaron a cabo la orden del Profeta. Cómo avergonzaron a miles de los que profesaban ser siervos de Cristo, quienes por muchos años han retenido cuidadosamente lo que sus oyentes más necesitaban oír y criminalmente lo habían sustituido por un mensaje de “Paz, paz” cuando no había paz para ellos. (Jeremías 6:14), y eso en días en que una fiel proclamación de la verdad no había puesto en peligro sus personas. Seguramente estos mensajeros de Ocozías todavía se levantarán en juicio contra todos esos servidores del tiempo infieles.

“Y le dijeron: Subió un hombre a nuestro encuentro, y nos dijo: Id, volveos al rey que os envió, y decide: Así ha dicho Jehová: ¿No es porque no hay Dios en ¿Israel que envías a consultar a Baalzebub, dios de Ecrón? por tanto, no descenderás del lecho en que subiste, sino que ciertamente morirás” (v. 6). Por la omisión de su nombre y por referirse a Elías simplemente como “un hombre”, parece claro que estos mensajeros del rey ignoraban la identidad del Profeta. Pero estaban tan sobrecogidos por su apariencia y la solemnidad de su manera, y estaban tan convencidos de que su anuncio se cumpliría, que se consideraron autorizados a abandonar su viaje y regresar a su amo. En consecuencia, entregaron un relato sencillo y directo de lo que había ocurrido e informaron fielmente de la declaración de Elías. Sabían muy bien que tal mensaje sería muy desagradable para el rey, pero no intentaron alterar su tono o suavizarlo. No vacilaron en decirle a Ocozías en su cara que se había dictado sentencia de muerte contra él. Una vez más decimos: ¡Cómo

avergüenzan estos hombres a los ocupantes del púlpito que contemporizan, son cobardes y halagadores de las bancas! ¡Ay!, ¡cuán a menudo se encuentra más sinceridad y fidelidad entre los mundanos abiertos que entre aquellos con las más altas pretensiones espirituales!

“Y él les dijo: ¿Qué clase de hombre era el que subió a recibiros y os dijo estas palabras?” (v. 7). Sin duda, el rey estaba bastante convencido de quién era el que se había atrevido a cruzarse en su camino y enviarle tal mensaje, pero para asegurarse, pide a sus sirvientes que describan al misterioso extraño: cuál era su apariencia, cómo estaba vestido. , y de qué manera se dirigió a usted? Cómo ilustra eso uno de los rasgos principales de los no regenerados: no era el mensaje que Ocozías ahora inquirió, sino el *hombre* que lo pronunció; sin embargo, seguramente su propia conciencia le advertiría que ningún simple hombre podría ser el autor de tal mensaje. . ¿Y no es esta la tendencia común de los inconversos? que en lugar de tomar a pecho lo que se dice, fijan su atención en quién lo dice? Así es la pobre naturaleza humana caída. Cuando un verdadero siervo de Dios es enviado y entrega una palabra escrutadora, la gente busca evadirla ocupándose de su personalidad, su estilo de entrega, su afiliación denominacional, cualquier cosa secundaria, siempre que sirva para desplazar lo que es de momento supremo. Sin embargo, cuando el cartero les entrega una importante carta comercial, no les preocupa su apariencia.

“Y ellos le respondieron: Era un hombre velludo, y ceñido con un cinturón de cuero alrededor de sus lomos” (v. 8). No consideramos esto como una descripción de su persona tanto como de su atuendo. En cuanto a Juan el Bautista, que vino “en el espíritu y el poder de Elías [Elías]” (Lucas 1:17), se registra que “tenía su vestido de pelo de camello y un cinturón de cuero alrededor de sus lomos” (Mateo 3 :4). Así entendemos que el vestido exterior de Elías estaba hecho de pieles (cf. Heb 11,37), ceñido con una tira de cuero desnudo. Que los profetas tenían un atuendo tan distintivo se desprende de Zacarías 13: 4 porque los falsos profetas asumieron lo mismo para engañar a la gente: “una prenda de pelo para engañar”. En esa era, cuando se instruía tanto a la vista como al oído mediante símbolos y sombras, esa tosca vestimenta denotaba la mortificación del Profeta ante el mundo, y expresaba su preocupación y dolor por la idolatría y la iniquidad de su pueblo, tal como el vestirse de “cilio” por otros significaba humildad y dolor.

“Y él dijo: Es Elías tisbita” (2 Reyes 1:8). No podía haber ningún error: el rey sabía ahora quién era el que le había enviado un mensaje tan solemne. ¿Y qué efecto se produjo en él? ¿Estaba asombrado y humillado? ¿Lamentó ahora sus pecados y clamó a Dios por misericordia? Lejos de ahí. No había aprendido

nada del terrible final de su padre. La severa aflicción que padecía no lo ablandó. Incluso la cercanía de la muerte no supuso ninguna diferencia. Estaba indignado contra el Profeta y decidido a destruirlo. Si Elijah le hubiera enviado una palabra mentirosa y halagadora, eso hubiera sido aceptable, pero no podía soportar la verdad. Cuán parecido a la generación degenerada en la que está echada nuestra suerte, que preferiría ser bombardeados hasta la muerte en lugares de diversión que ser encontrados boca abajo ante Dios. Ocozías era joven y arrogante, no dispuesto en absoluto a recibir reprensión ni a soportar oposición a su voluntad, sin importar de dónde proviniera, no, ni siquiera de Jehová mismo. El mensaje de Elías, aunque en el nombre de Dios y por Su mandato expreso, enfureció al monarca sobremanera, e instantáneamente decide la muerte del Profeta, aunque no había hecho nada más que su deber.

“Entonces el rey le envió un capitán con sus cincuenta. Y subió a él; y he aquí, él estaba sentado en la cumbre de un monte. Y él le dijo: Varón de Dios, ha dicho el rey: Desciende” (v. 9). A Ocozías no le costó encontrar hombres malvados listos para ejecutar las órdenes más desesperadas e impías. Esta compañía de soldados salió con prontitud para apoderarse de la sierva del Señor. Lo encontraron sentado tranquilamente sobre una eminencia. El espíritu del capitán evidenció que su corazón estaba completamente en su tarea, pues insolentemente se dirigió a Elías como “tú, hombre de Dios”, a manera de burla e insulto. Era como si dijera: Tú tienes a Jehová como tu Señor, venimos a ti en nombre de uno mayor que él: el rey Ocozías dice: ¡Desciende! ¡Eso fue una terrible afrenta y una blasfemia! No fue solo un insulto a Elías, sino al Dios de Elías, un insulto que no se permitió que quedara sin respuesta. Cuán a menudo en el pasado los inicuos se burlaron de las cosas sagradas y convirtieron los mismos términos por los cuales Dios designa a su pueblo en epítetos de reproche, llamándolos burlonamente “los elegidos”, “santos”, etc. es porque el oro fino se ha oscurecido; la piedad ya no es una realidad y una reprensión para los impíos. ¿Quién pensaría en designar al clérigo promedio como un “hombre de Dios”, sino que desea ser conocido como “un buen mezclador”, un hombre de mundo?

“Y respondiendo Elías, dijo al capitán de cincuenta: Si yo soy varón de Dios, que descienda fuego del cielo, y te consuma a ti ya tus cincuenta” (v. 10). No había venganza personal en la terrible respuesta de Elías, sino un celo consumidor por la gloria de Dios que había sido tan descaradamente insultado por este capitán. El agente del rey se había burlado de que él fuera un “hombre de Dios”, y ahora debería contar con una prueba sumaria de si el Hacedor del cielo y la tierra reconoció o no al Profeta como Su siervo. La

insolencia y la impiedad de este hombre que había insultado a Jehová y a Su embajador deberían encontrar un juicio rápido. “Y descendió fuego del cielo, y lo consumió a él ya sus cincuenta” (v. 10). Señal segura era esta de que Elías no había sido movido por ningún espíritu de venganza, porque en tal caso Dios no había respondido a su llamado. En una ocasión anterior el “fuego del Señor” había caído sobre el sacrificio y lo había consumido (1Re 18,38), pero aquí cae sobre los pecadores que habían menospreciado ese sacrificio. Así será de nuevo cuando “el Señor Jesús se manifieste desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar cumplimiento a los que no conocen a Dios ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2Tes 1:7- 8). Lucas 9:54 presenta un contraste, porque los discípulos no estaban movidos por el celo por la gloria de Dios.

Seguramente una interposición tan manifiesta de Dios serviría como disuasión, si no para el rey abandonado, sino para sus siervos, de modo que no se hiciera ningún otro intento de apresar a Elías. Pero no: “Otra vez también le envió otro capitán de cincuenta con sus cincuenta. Y respondiendo él, le dijo: Varón de Dios, así ha dicho el rey: Desciende pronto” (2 Reyes 1:11). Es difícil decir qué, en esta ocasión, fue más notable, la locura del herido Ocozías cuando le llegó el informe del terrible evento, o la presunción de este oficial y sus soldados. Este segundo capitán no se dio por enterado de lo que había sucedido al primero ya sus soldados. ¿Se atribuyó la calamidad que les sobrevino a la casualidad, a algún rayo o bola de fuego que los consumió, o estaba imprudentemente decidido a enfrentar las cosas? Al igual que su predecesor, se dirigió al Profeta en un lenguaje de burla insultante, aunque usando términos más perentorios que el anterior: “baja pronto”. Ved una vez más cómo el pecado endurece el corazón y madura a los hombres para el juicio. ¿Y quién te hace diferir? He aquí hasta dónde habían llegado desesperadamente el escritor y el lector a menos que la misericordia de Dios se interpusiera y nos detuviera en nuestras locas carreras. ¡Oh, qué alabanza se debe a *la gracia soberana* que me arrebató como un tizón del fuego!

“Y respondiendo Elías, les dijo: Si yo soy varón de Dios, que descienda fuego del cielo y te consuma a ti ya tus cincuenta” (v. 12). Ya se había dado prueba de que Jehová era omnisciente (v. 4), ahora deberían saber que Él es omnipotente. ¿Qué es el hombre en manos de su Hacedor? Un relámpago y cincuenta y uno de Sus enemigos se convierten en hojarasca quemada. Y si todas las huestes de Israel, sí, toda la raza humana, se hubieran reunido allí, no habría necesitado otra fuerza. Entonces, qué insensatez es para aquel cuyo aliento está en sus fosas nasales contender con el Todopoderoso: “¡Ay del que pleitea con su Hacedor!” (Isaías 45:9). Algunos han culpado a Elías por

destruir a esos hombres, pasando por alto el hecho de que él no podía hacer descender fuego del cielo más que ellos. Elías simplemente anunció en estas ocasiones lo que Dios mismo había determinado hacer. Tampoco fue para complacer al Profeta que el Señor actuó, o para satisfacer alguna pasión vengativa en él, sino para mostrar Su poder y justicia. No se puede decir que los soldados fueran inocentes, pues no cumplían ningún deber militar sino que luchaban abiertamente contra el cielo, como indica el lenguaje del tercer capitán. Esto ha sido registrado como una advertencia duradera para todas las épocas—deliberadamente ignorada por los romanistas y otros—que aquellos que se burlan de los fieles ministros de Dios y los persiguen no escaparán de Su castigo. Por otro lado, aquellos que se han hecho amigos de ellos de ninguna manera perderán su recompensa.

“Y volvió a enviar un capitán de la tercera cincuenta con sus cincuenta” (2 Reyes 1:13). ¡Qué terrible obstinación hay aquí! Deliberadamente endureciendo su corazón, Ocozías se fortaleció contra el Todopoderoso y hace un intento más de hacer daño al Profeta. Aunque en su lecho de muerte, y sabiendo el juicio divino que había caído sobre dos compañías de sus soldados (como da a entender el v. 14), persiste en extender su mano contra el ungido de Jehová y expone a la destrucción a otro de sus capitanes con su cuerpo. de hombres. Tan verdaderas son esas palabras de las Sagradas Escrituras: “Aunque rebuznes al necio en un almirez entre el trigo con el mazo, no se apartará de él su necesidad” (Proverbios 27:22). ¿Y por qué es esto? Porque “el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal, y la locura está en su corazón mientras viven” (Ec 9, 3). En vista de tales declaraciones infalibles, y con tales ejemplos de Faraón, Acab y Ocozías delante de nosotros, no deberíamos estar sorprendidos ni sobresaltados por lo que vemos y leemos sobre lo que está sucediendo en el mundo hoy. Entristecidos y solemnizados deberíamos estar, pero no asombrados y perplejos. [7]

“Y subió el tercer capitán de cincuenta, y vino y se postró de rodillas delante de Elías, y le rogó, y le dijo: Oh varón de Dios, te ruego que sea mi vida y la vida de estos cincuenta tus siervos. precioso a tus ojos. He aquí, fuego descendió del cielo y quemó a los dos capitanes de los primeros cincuenta con sus cincuenta; por tanto, sea ahora preciosa mi vida delante de tus ojos” (2 Reyes 1:13-14). Este hombre era de una disposición diferente de los dos que lo habían precedido; aun en las fuerzas militares Dios tiene un remanente según la elección de la gracia. Sin atreverse a intentar nada contra Elías, empleó sumisión humilde y súplicas fervientes, con toda expresión de respeto. Fue un llamamiento conmovedor, una verdadera oración. Atribuyó la muerte de las compañías anteriores a su verdadera causa y parece haber tenido un

sentido terrible de la justicia de Dios. Él reconoce que sus vidas están a merced del Profeta y ruega que se les perdone. De esta manera, Jehová proveyó no solo para la seguridad sino también para el honor de Elías, como lo hizo con Moisés cuando Faraón amenazó con matarlo (Éxodo 11:8). El llamamiento de este capitán no fue en vano. Nuestro Dios está siempre dispuesto a perdonar al humilde suplicante, por rebelde que haya sido, y la forma de prevalecer con Él es inclinarse ante Él.

“Y el ángel de Jehová dijo a Elías: Desciende con él; no le tengas miedo” (2 Reyes 1:15). Esto demuestra claramente que Elías esperó el impulso divino y fue enteramente guiado por él en los primeros casos de severidad. Ni Dios ni Su siervo podían tener ningún placer en quitarles la vida a aquellos que se acercaban a ellos de manera apropiada. Fue para castigarlos por su desprecio e impiedad que los otros habían sido asesinados. Pero este capitán vino con miedo y temblor, no con mala voluntad hacia el Profeta ni desprecio por su Maestro. En consecuencia, halló misericordia y favor: no sólo se salvaron sus vidas, sino que el capitán tiene éxito en su misión: Elías irá con él ante el rey. Los que se humillan serán ensalzados, mientras que los que se ensalzan serán humillados. Aprendamos del ejemplo de Elías a tratar con bondad a aquellos que hayan sido empleados en nuestra contra, cuando demuestren su arrepentimiento y supliquen nuestra clemencia. Fíjense, fue “el ángel del SEÑOR” quien nuevamente se dirigió al Profeta: ¡pero qué prueba de su obediencia y coraje! La tisbita había exasperado mucho a Jezabel y su grupo, y ahora su hijo reinante debe haber estado furioso con él. No obstante, podría aventurarse con seguridad en la presencia de sus furiosos enemigos al ver que el Señor le había pedido que lo hiciera, con la seguridad de que “no temáis”. No podían mover un dedo contra él sin el permiso de Dios. El pueblo de Dios está bastante seguro en Sus manos y la fe puede apropiarse alguna vez del lenguaje triunfante del Salmo 27:1-3.

“Y se levantó y descendió con él al rey” (2 Reyes 1:15), pronta y audazmente, sin temer su ira. No puso ninguna objeción y no indicó temor por su seguridad. Aunque el rey estaba furioso y estaría rodeado de numerosos asistentes, Elías se comprometió con el Señor y se sintió seguro bajo Su promesa y protección. ¡Qué ejemplo sorprendente de la fe y la obediencia a Dios del Profeta! Elías no fue a confrontar al rey hasta que el Señor se lo ordenó, enseñando a sus siervos a no actuar con presunción exponiéndose al peligro de manera imprudente e innecesaria: pero tan pronto como Él lo requirió, fue de inmediato, animándonos a seguir las instrucciones de la Providencia, confiando en Dios en el camino del deber y diciendo “El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me pueda hacer el hombre” (Heb. 13:6).

Traducido por: David Taype

“Y él le dijo: Así ha dicho Jehová”, etc. (2 Reyes 1:16). Elías ahora repite al rey, sin ninguna alteración, lo que había dicho a sus siervos. Sin temor ni rodeos, el Profeta habló la palabra de Dios clara y fielmente a Ocozías. En el nombre de Aquel en cuyas manos están la vida y la muerte, reprendió al monarca por su pecado y luego pronunció sentencia sobre él. Qué mensaje tan terrible para él recibir: que debe irse de su cama al infierno. Habiendo cumplido con su encargo, el tisbita partió sin ser molestado. Enfurecidos como estaban Jezabel y su séquito, el rey y sus asistentes, eran tan mansos como corderos y tan silenciosos como estatuas. El Profeta entraba y salía entre ellos con total seguridad, sin recibir más daño que Daniel cuando fue arrojado al foso de los leones, porque confiaba en Dios. Que esto nos haga avanzar firme pero humildemente en el cumplimiento de nuestro deber. “Y murió conforme a la palabra de Jehová que Elías había hablado” (v. 17).

18. Su salida

La partida de Elías de este mundo fue aún más sorprendente y notable que su entrada en el escenario de la acción pública, sin embargo, el carácter sobrenatural de su salida no fue más que el final apropiado para un curso tan meteórico. Su carrera no era ordinaria y ningún final vulgar le habría parecido adecuado. Los milagros lo habían acompañado dondequiera que había ido y un milagro provocó su salida de esta escena. Había ministrado durante tiempos tormentosos —una y otra vez invocó juicios divinos sobre las cabezas de los malhechores— y al final un “torbellino” lo alejó de esta tierra. En respuesta a su oración, “el fuego del Señor” había caído sobre el Monte Carmelo y nuevamente sobre los que querían quitarle la vida (2 Reyes 1:12), y al final “un carro de fuego con caballos de fuego” partió separarlo de Eliseo. Al comienzo de su carrera dramática, declaró: “Jehová, Dios de Israel, en cuya presencia estoy” (1 Reyes 17:1), y al final fue arrebatado misteriosamente a Su presencia inmediata sin pasar por los portales de la muerte. Antes de mirar más de cerca esa sorprendente salida, repasemos brevemente su vida, resumamos sus rasgos principales y tratemos de señalar sus principales lecciones.

La vida de Elías no fue la carrera de algún ser sobrenatural que habitó entre los hombres por un breve período. No era una criatura angelical en forma humana. Es cierto que no se registra nada de su parentesco, su nacimiento o su vida temprana, pero el concepto de cualquier origen sobrehumano está completamente excluido por esa expresión del Espíritu Santo: “Elías era un hombre, sujeto a las mismas pasiones que nosotros”. (Santiago 5:17). Él también era un descendiente caído de Adán acosado por las mismas inclinaciones depravadas, sujeto a las mismas tentaciones, molesto por el mismo diablo, enfrentándose a las mismas pruebas y oposiciones que experimentan tanto el escritor como el lector. Él confió en el mismo Salvador, caminó por la misma fe, y el mismo Dios misericordioso y fiel suplió todas sus necesidades, como es nuestro privilegio hacerlo. Un estudio de su vida es particularmente pertinente hoy, ya que nuestra suerte está echada en tiempos que se parecen mucho a los que él encontró. Variadas y valiosas son las lecciones que su vida ilustró y ejemplificó, la principal de las cuales hemos tratado de señalar en este libro. Nuestra tarea actual es resumir los puntos principales entre ellos.

1. Elías fue un hombre que caminó por fe y no por vista, y caminar por fe *no es* una cosa mística o nebulosa, sino una experiencia intensamente *práctica*. La fe hace más que descansar sobre la simple letra de las Escrituras: lleva al Dios viviente a una escena de muerte y permite que su poseedor perseveré “viendo al Invisible”. Cuando la fe está *realmente* en ejercicio, mira más allá de las circunstancias angustiosas y que distraen, y se ocupa de Aquel que regula todas las circunstancias. Fue la fe en Dios lo que permitió a Elías peregrinar junto al arroyo Querit, para ser alimentado por los cuervos. El escéptico supone que la fe es mera credulidad o una especie de fanatismo religioso, porque ignora el fundamento seguro sobre el que descansa. El Señor le había dicho a Su siervo: “He ordenado a los cuervos que te den de comer allí”, y el Profeta lo juzgó “fiel al que había prometido”, y por lo tanto no se confundió. Y eso se registra para nuestro estímulo. La fe mira más allá de la promesa al Prometedor, y Dios nunca falla a aquellos que confían únicamente en Él y confían plenamente en Él.

Fue la fe lo que había movido a Elías a morar con la desolada viuda de Sarepta, cuando ella y su hijo estaban al borde de la inanición. A los instintos naturales les parecía cruel imponerse a ella, a la razón carnal les parecía una política suicida. Pero Jehová había dicho: “He mandado a una mujer viuda que te sustente allí”, y el Profeta “no vaciló ante la promesa de Dios por incredulidad”. Ah, la fe mira y cuenta con el Dios vivo para quien nada es demasiado difícil. Nada, querido lector, *honra* tanto a Dios como *la fe en sí mismo*, y nada lo deshonra tanto como nuestra incredulidad. Fue por la fe que Elías regresó a Jezreel y se enfrentó al león en su guarida, diciéndole a Acab en su rostro su muerte inminente y anunciando el terrible juicio que seguramente caería sobre su esposa. “La fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Rom 10,17): Elías escuchó, creyó y actuó. Sí, actuado, porque una fe sin obras es una fe muerta y sin valor. La obediencia no es más que la fe en ejercicio, dirigida por la autoridad divina, respondiendo a la voluntad divina.

2. Elías fue un hombre que caminó en manifiesta separación del mal que lo rodeaba. Por desgracia, la política que prevalece en la cristiandad hoy es caminar del brazo con el mundo, ser un “buen mezclador” si desea ganar a los jóvenes. Se argumenta que no podemos esperar que asciendan al plano espiritual, por lo que la única forma en que el cristiano puede alcanzarlos y ayudarlos es descendiendo al suyo. Pero tal razonamiento como “hagamos el mal para que venga el bien” no encuentra apoyo en la Palabra de Dios, sino más bien una enfática refutación y condenación. “No os unáis en yugo desigual con los incrédulos” (2Co 6,14), “no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas” (Ef 5,11), son las exigencias perentorias. “¿No sabéis que la amistad

del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Santiago 4:4), tan cierto en este siglo veinte como en el primero, porque nunca está bien hacer el mal. Dios no ha llamado a su pueblo a "ganar el mundo para Cristo", sino que requiere que ellos, con sus vidas, den testimonio en contra de ello.

Nada está más marcado en Elías que su separación intransigente del mal que abundaba a su alrededor. Nunca lo encontramos fraternizando con la gente de su día degenerado, sino reprendiéndolos constantemente. De hecho, él era un "extranjero y peregrino" aquí. Sin duda muchos lo consideraron muy egoísta y poco sociable y probablemente lo acusaron de asumir una actitud de "soy más santo que tú". Ah, lector cristiano, no debes esperar que meros religiosos, profesantes vacíos, aprecien tus motivos o entiendan tus caminos: "el mundo no nos conoce" (1 Juan 3:1). Dios deja a Su pueblo aquí para dar testimonio de Cristo y la única forma de hacerlo es caminar con Cristo. Por lo tanto, se nos ordena, "salgamos, pues, a él fuera del campamento, llevando su vituperio" (Hebreos 13:13): no podemos caminar con Cristo a menos que estemos donde está su Espíritu, fuera de la masa apóstata, aparte de todo eso. deshonra y desconoce al Señor Jesús, y eso inevitablemente implica "llevar su vituperio".

3. Elías era un hombre de marcada elevación de espíritu. Posiblemente esa expresión sea nueva para algunos de nuestros lectores, pero su significado es más o menos obvio. Aquello a lo que nos referimos fue simbolizado por el hecho de que el Profeta es visto una y otra vez "en el monte". La primera mención de él (1Re 17:1) nos dice que era "de los habitantes de Galaad", que era una zona montañosa del país. Su memorable victoria sobre los falsos profetas de Baal fue en el Monte Carmelo. Después de su matanza de ellos en el arroyo Cisón y su breve palabra al rey, se nos dice que "Acab subió a comer y beber", mientras que Elías "subió a la cima del Carmelo" (18:42) que en una vez revelados sus respectivos personajes. Cuando el Señor lo recuperó de su lapsus, leemos que "fue con la fuerza de esa comida cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios" (1 Reyes 19:8). Después de haber entregado su mensaje a Ocozías, se registra: "He aquí, él estaba sentado en la cima de una colina" (2 Reyes 1: 9). Así Elías era marcadamente el hombre del monte. Ahora bien, hay un significado místico o espiritual en eso, aparente para un ojo ungido, que hemos denominado elevación del espíritu.

Por elevación del espíritu entendemos la mentalidad celestial, el corazón elevándose por encima de las cosas pobres de este mundo, los afectos estando puestos en las cosas de arriba. Este es siempre uno de los efectos o frutos de andar por fe, porque la fe tiene a Dios por objeto, y Él mora en las alturas.

Cuanto más nuestros corazones están ocupados con Aquel cuyo trono está en los cielos, más se elevan nuestros espíritus sobre la tierra. Cuanto más se comprometan nuestras mentes con las perfecciones de Aquel que es del todo hermoso, menos poder tendrán las cosas del tiempo y de los sentidos para atraernos. Cuanto más moramos en el lugar secreto del Altísimo, menos nos cautivarán las chucherías de los hombres. El mismo rasgo se destaca de manera prominente en la vida de Cristo: Él fue preeminente el Hombre de la Montaña. Su primer sermón fue pronunciado por uno. Allí pasaba noches enteras. Se transfiguró en “el monte santo”. Ascendió del Monte de los Olivos. “Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas, levantarán alas como las águilas” (Isaías 40:31), sus cuerpos en la tierra, sus corazones en el cielo.

4. Elías fue un poderoso intercesor. Que se señale que nadie excepto el que camina por fe, el que está en marcada separación del mal que lo rodea y el que se caracteriza por la elevación del espíritu o la mentalidad celestial, está calificado para tal obra santa. El predominio de la intercesión de Elías se registra no solo para nuestra admiración sino también para nuestra emulación. Nada está mejor calculado para alentar y animar al cristiano en su acercamiento al Trono de la Gracia que señalar y recordar cómo los frágiles mortales como él, pecadores indignos e inútiles, suplicaron a Dios en la hora de la necesidad y obtuvieron milagros de Él. Dios se deleita en que lo pongamos a prueba, y por eso ha dicho: “Al que cree, todo le es posible” (Mar. 9:23). Maravillosamente se exemplificó eso en la vida de Elías y así debería ser también en la nuestra. Pero nunca tendremos poder en la oración mientras cedamos a un corazón malvado de incredulidad, o fraternicemos con religiones hipócritas, o mientras estemos absortos en las cosas del tiempo y de los sentidos. La fe, la fidelidad y la espiritualidad son requisitos necesarios.

En respuesta a la intercesión de Elías, los cielos se cerraron durante tres años y medio, de modo que no llovió nada. Esto nos enseña que el motivo supremo detrás de *todas* nuestras súplicas debe ser la *gloria de Dios* y el bien de su pueblo, las principales lecciones inculcadas por Cristo en la Oración Familiar (Padre Nuestro). También enseña que hay momentos en que el siervo de Dios puede pedirle a su Maestro que trate con juicio a sus enemigos. Las enfermedades drásticas exigen remedios drásticos. Hay momentos en los que es correcto y necesario que un cristiano le pida a Dios que haga descender su vara de castigo sobre su pueblo rebelde y descarriado. Leemos que Pablo entregó a Satanás a algunos que habían naufragado en la fe, para que aprendieran a no blasfemar (1Ti 1:20). Jeremías exhortó al Señor a: “Derrama tu furor sobre las naciones que no te conocen, y sobre las familias que no

invocan tu nombre” (10:25). El Señor Jesús intercedió no sólo por “los suyos”, sino también contra Judas y su familia (Sal 109).

Pero hay un lado más brillante de la eficacia de la intercesión de Elías que el contemplado en el párrafo anterior. Fue en respuesta a su oración que el hijo de la viuda fue *restaurado a la vida* (1 Reyes 17:19, 22). Qué prueba fue que nada es demasiado difícil para el Señor, que en respuesta a la súplica de los creyentes Él es capaz y está dispuesto a revertir lo que a la vista parece la situación más desesperada. ¡Qué posibilidades presenta esto para la oración confiada e importuna! La situación extrema del hombre es en verdad la oportunidad de Dios para mostrarse fuerte a nuestro favor. Pero no olvidemos que detrás de la intercesión del Profeta había un motivo más elevado que el consuelo del corazón de la viuda: era que su Maestro pudiera ser glorificado, reivindicado en las demandas hechas por Su siervo. Ah, eso es muy importante, aunque generalmente se pasa por alto. Los padres cristianos que leen este libro están muy deseosos de que sus hijos sean salvos y oran diariamente por ese fin. ¿Por qué? ¿Es solo para que puedan tener la seguridad reconfortante de que sus seres queridos han sido librados de la ira venidera? ¿O es que Dios puede ser honrado por su regeneración? El Señor no atenderá las peticiones meramente carnales y egoísticas.

Fue en respuesta a la intercesión de Elías que descendió fuego del cielo y consumió el sacrificio en el Monte Carmelo. Aquí, también, su petición se basó en la súplica para que el Señor vindicara Su grande y santo nombre ante la vasta asamblea de Su pueblo vacilante y los idólatras paganos: “sea notorio hoy que tú eres Dios en Israel” (1Re 18:36). Como señalamos anteriormente, el “fuego del Señor” no solo era un tipo solemne de la ira divina que hería a Cristo cuando cargaba con los pecados de Su pueblo, sino que también era un presagio dispensacional del descenso público del Espíritu Santo sobre el día de Pentecostés que atestigua *la aceptación* de Dios del sacrificio de su Hijo. Por lo tanto, la lección práctica para nosotros es orar con fe por más del poder y la bendición del Espíritu, para que podamos ser favorecidos con más manifestaciones de Su presencia con y en nosotros. Que estamos autorizados a hacer tal petición se evidencia por la palabra de nuestro Señor: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que os lo pidan? él” (Lucas 11:13). Ore por fe para aferrarse a esa promesa.

Así también, fue en respuesta a la intercesión del Profeta que terminó la terrible sequía: “Oró de nuevo y el cielo hizo llover y la tierra dio su fruto” (Santiago 5:18). El significado espiritual y la aplicación de eso es obvio. Durante muchos años, las iglesias han estado rescasas y languideciendo. Esto

es evidente por los variados recursos a los que recurrieron en el intento de "revivirlos" y fortalecerlos. Incluso donde no se emplearon medios carnales con el objeto de atraer a los forasteros, se llamó a "especialistas" religiosos en la forma de "evangelistas exitosos" o "maestros de la Biblia de renombre" para ayudar en reuniones adicionales; la salud como la convocatoria de un médico. Pero los estimulantes artificiales pronto pierden su eficacia y, a menos que su salud sea restaurada, los medios ordinarios dejan al paciente peor que antes. Así ha sido siempre con las iglesias, hasta que su condición seca y muerta es evidente incluso para ellos mismos. Sin embargo, a menos que el fin del mundo esté sobre nosotros, todavía descenderán lluvias de bendiciones (aunque posiblemente en diferentes partes de la tierra que antes), y vendrán (en su tiempo señalado) en respuesta a la oración de Elías.

5. Elías era un hombre de valor intrépido, por lo que no queremos decir una valentía natural sino una *audacia espiritual*. Esta distinción es importante, pero rara vez se reconoce. Pocos hoy parecen estar capacitados para discriminar entre lo que es de la carne y lo que obra el Espíritu. Sin duda, el hábito prevaleciente de definir los términos bíblicos por el *diccionario* en lugar de su uso en las *Sagradas Escrituras* aumenta mucho la confusión. Tomemos por ejemplo la gracia de la paciencia espiritual: con qué frecuencia se la confunde con un temperamento uniforme y plácido, y debido a que no poseen tal disposición natural, muchos del pueblo del Señor imaginan que no tienen paciencia en absoluto. La paciencia de la cual el Espíritu Santo es el Autor no es una ecuanimidad tranquila que nunca se irrita por las demoras, ni es esa bondad gentil que soporta los insultos y las injurias sin represalias o incluso murmuraciones, sino que es mucho más parecida a la *masedumbre*. Cuántos se han sentido desconcertados por esas palabras "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante" (Hebreos 12:1), pero crean su propia dificultad al asumir que la "paciencia" es una gracia pasiva más que activa.

La "paciencia" de los cristianos no es una virtud pasiva sino una gracia activa, no un don natural sino un fruto sobrenatural. Significa *perseverancia*: es lo que permite a los santos perseverar frente a los desánimos, continuar su camino a pesar de toda oposición. De la misma manera, el "coraje" cristiano no es un don constitucional sino un don celestial: no es una cualidad natural sino una cosa sobrenatural. "Los impíos huyen cuando nadie los persigue [una conciencia culpable que los llena de terror], pero los justos son valientes como un león" (Prov. 28:1). El que verdaderamente teme a Dios no teme al hombre. Ese coraje o audacia espiritual ha brillado en muchas mujeres débiles, tímidas y encogidas. Aquellos que hubieran temblado ante la perspectiva de caminar

solos por un cementerio en una noche oscura no se asustaron de confesar a Cristo cuando una muerte ardiente era la secuela segura. La audacia de Elías al denunciar a Acab en su cara y al enfrentarse él solo a su ejército de falsos profetas no debe atribuirse a su constitución natural, sino atribuirse a las operaciones del Espíritu Santo.

6. Elías fue un hombre que experimentó una caída triste, y esto también se registra para nuestra instrucción: no como una excusa para que nos resguardemos, sino como una advertencia solemne para tomar en serio. De hecho, son pocas las imperfecciones registradas en el carácter de Elías, pero no alcanzó la perfección en este mundo. Sorprendentemente, como fue honrado por su Maestro, el pecado no había sido erradicado de su ser. Glorioso en verdad era el "tesoro" que llevaba; no obstante, Dios tuvo a bien hacer manifiesto que un "vaso de barro" llevaba lo mismo. Sorprendentemente, fue en su fe y coraje que fracasó, porque apartó su mirada del Señor por un breve tiempo y luego huyó aterrorizado de una mujer. ¿Qué fuerza le da eso a la exhortación: "Así que, el que piensa que está firme, mire que no caiga" (1 Corintios 10:12). Somos tan dependientes de Dios para el mantenimiento de nuestras gracias espirituales como lo somos para el otorgamiento de ellas. Pero aunque cayó, Elías no fue completamente abatido. *la gracia* divina lo buscó, lo libró de su abatimiento, lo restauró a los caminos de la justicia y lo renovó en el hombre interior de tal manera que fue tan fiel y valiente después como lo había sido antes.

Después de la entrevista de Elías con el rey Ocozías, no leemos más de él hasta que llegamos a la escena final de su carrera terrenal. Pero de las insinuaciones transmitidas por el registro divino en el capítulo 2 de 2 Reyes, deducimos que sus últimos días aquí no fueron ociosos. Si no estaba ocupado en algo espectacular y dramático, estaba ocupado en hacer lo que era bueno y útil. Parece que tanto él como Eliseo no solo instruyeron al pueblo en privado, sino que también fundaron y supervisaron seminarios o escuelas de los profetas en varias partes de la tierra. Al entrenarlos para leer y enseñar la Palabra de Dios, esos jóvenes estaban preparados para el ministerio y para llevar a cabo la obra de reforma en Israel, y en eso los profetas estaban bien empleados. Tal actividad sagrada, aunque menos sorprendente para los sentidos, fue de mucha mayor importancia: porque el efecto producido por presenciar maravillas sobrenaturales, aunque conmovedoras en el momento, pronto se desgasta, mientras que la verdad recibida en el alma permanece para siempre. El tiempo que Cristo dedicó a la formación de los apóstoles produjo frutos más duraderos que los prodigios que realizó en presencia de las multitudes.

Elías ya casi había terminado su curso. La hora de su partida estaba próxima. ¿Cómo ocupa entonces sus últimas horas? ¿Qué hace en previsión del gran cambio inminente? ¿Se encierra en un claustro para no ser perturbado por el mundo? ¿Se retira a su cámara para dedicar sus últimos momentos a la meditación devota y la súplica ferviente, haciendo las paces con Dios y preparándose para encontrarse con su Juez? No, ciertamente, había hecho las paces con Dios muchos años antes y había vivido en bendita comunión con Él día tras día. En cuanto a prepararse para encontrarse con su juez, no había sido tan loco como para posponer esa tarea tan importante hasta el final. Él, por la gracia divina, había pasado su vida caminando con Dios, cumpliendo Su mandato, confiando en Su misericordia y experimentando Su favor. Un hombre así siempre se está preparando para el gran cambio. Son sólo las vírgenes insensatas las que se quedan sin aceite cuando llega el Esposo. Solo los mundanos y los impíos posponen la preparación para la eternidad hasta sus últimos momentos.

“Polvo eres, y al polvo volverás” (Gn 3,19): de la tierra fue tomado el cuerpo del hombre ya causa del pecado, a la tierra será revertido. Han pasado casi seis mil años desde que se denunció esa sentencia contra la raza caída y Enoc había sido la única persona que estaba exenta de ella. No sabemos por qué él, en lugar de Noé, Abraham o Samuel, debería haber sido tan honrado, porque el Altísimo no siempre se digna dar una razón en explicación de Su conducta. Él siempre hace lo que le place y el ejercicio de la soberanía marca todos Sus caminos. En la salvación de las almas, eximiendo a los pecadores de la condenación merecida y concediendo bendiciones inmerecidas, Él reparte “a cada uno en particular como quiere” (1 Corintios 12:11), y nadie puede decirle: No. Así es en relación con aquellos a quienes Él salva de la tumba. Otro estaba ahora a punto de ser transportado corporalmente al cielo, pero no podemos decir por qué se le debe conferir un honor tan peculiar a Elías en lugar de a cualquier otro de los profetas y es ocioso especular.

“Y aconteció que cuando quiso Jehová alzar a Elías en un torbellino al cielo, Elías iba con Eliseo de Gilgal” (2 Reyes 2:1). Que el Profeta había recibido notificación previa de la intención misericordiosa del Señor de darle una salida sobrenatural de este mundo se manifiesta por su conducta, yendo de un lugar a otro por dirección divina. “Gilgal” marcó el punto de partida de su viaje final y de la manera más adecuada. Había sido el primer lugar de parada de Israel después de cruzar el Jordán y entrar en la tierra de Canaán (Josué 4:19). Allí acamparon los hijos de Israel y levantaron el tabernáculo. Fue allí donde “guardaron la Pascua” y “comieron del grano viejo de la tierra” en lugar del maná del que habían sido alimentados milagrosamente durante

tanto tiempo (Josué 5:10-12). “Y Elías dijo a Eliseo: Te ruego que te quedes aquí, porque el SEÑOR me ha enviado a Betel” (2 Reyes 2:2). Se han hecho varias conjeturas sobre por qué Elías quería que Eliseo se separara ahora de él: que deseaba estar solo, que la modestia y la humildad ocultarían a los ojos humanos el gran honor que se le otorgaría, que le ahorraría a su compañero el dolor de la partida final, que probaría la fuerza del apego y la fe de Eliseo—nos inclinamos a esto último.

“Y Eliseo le dijo: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Y descendieron a Betel” (v. 2). Cuando Elías lo llamó por primera vez, había declarado: “Te seguiré” (1 Reyes 19:20). ¿Lo dijo en serio? ¿Se uniría al Profeta hasta el final? Elías probó su fe, para determinar si su confesión fue impulsada por un impulso fugaz o si fue una resolución firme. Eliseo había querido decir lo que dijo, y ahora se negó a abandonar a su amo cuando se le dio la oportunidad de hacerlo. Estaba decidido a tener el beneficio de la compañía y la instrucción del Profeta todo el tiempo que pudiera y se aferró a él probablemente con la esperanza de recibir su bendición de despedida. “Entonces descendieron a Betel”, que significa “la casa de Dios”. Este era otro lugar de memoria santificada, porque era el lugar donde Jehová se le apareció por primera vez a Jacob y le dio la visión de la escalera mística. Aquí los “hijos de los profetas” en la escuela local vinieron e informaron a Eliseo que el Señor quitaría a su amo ese mismo día. Les dijo que ya lo sabía y les hizo callar (2 Reyes 2:3), porque estaban entrometidos.

“Y Elías le dijo: Eliseo, te ruego que te quedes aquí; porque Jehová me ha enviado a Jericó” (v. 4). Así como el Salvador “hizo como si hubiera ido más lejos” (Lucas 24:28) cuando puso a prueba el afecto de Sus discípulos en el camino a Emaús, así el Profeta le dijo a su compañero: “Quedaos aquí” en Betel: el lugar de tan sagrados recuerdos. Pero como los dos discípulos habían “obligado” a Cristo a permanecer con ellos, nada podía tentar a Eliseo a abandonar a su maestro. “Llegaron, pues, a Jericó”, que estaba en el límite de la tierra de donde partía Elías. Y los hijos de los profetas que estaban en Jericó vinieron a Eliseo y le dijeron: “¿Sabes que el SEÑOR te quitará hoy a tu señor de sobre tu cabeza? y él respondió Sí, lo sé; callad” (2 Reyes 2:5). La fuerza de esto parece ser: ¿De qué sirve aferrarse tan tenazmente a su maestro? mañana te lo quitarán, ¿por qué no te quedas aquí con nosotros? Pero como el gran Apóstol en una fecha posterior, Eliseo “no consultó con carne y sangre”, sino que se adhirió a su resolución. ¡Oh, que se conceda la misma gracia tanto al escritor como al lector cuando se sientan tentados a no seguir al Señor por completo!

“Y Elías le dijo: Te ruego que te quedes aquí; porque Jehová me ha enviado al Jordán” (2 Reyes 2:6). Ya se había cubierto mucho terreno. ¿Estaba Eliseo cansado del viaje o continuaría hasta el final? Cuántos corren bien por un tiempo y luego se cansan de hacer el bien. No así Eliseo. “Y él dijo: Vive Jehová, y vive tu alma, que no te dejaré. Y ellos dos siguieron adelante” (v. 6). Cómo nos recuerda eso la decisión de Rut: cuando Noemí le dijo: “Vuelve tras tu cuñada”, ella respondió: “No me ruegues que te deje o que regrese de seguirte; y donde tú te alojes, yo me hospedaré” (Rut 1:16). Y Elías y Eliseo siguieron adelante, dejando atrás la escuela de los profetas. El joven creyente no debe permitir que ni siquiera la comunión feliz con los santos se interponga entre su propia comunión individual con el Señor. Cuán ricamente fue recompensado Eliseo por su fidelidad y constancia lo veremos a continuación.

“Y fueron cincuenta hombres de los hijos de los profetas, y se pararon a mirar de lejos, y ellos dos se pararon junto al Jordán” (2 Reyes 2:7). Probablemente porque esperaban presenciar la traslación de Elías al cielo, un favor, sin embargo, que se concedió sólo a Eliseo. Sin embargo, se les permitió presenciar un milagro notable: la división de las aguas del Jordán de modo que el Profeta y su compañero cruzaron calzados secos. ¡Cómo se manifiesta por doquier la soberanía de Dios! Las multitudes fueron testigos del milagro de Cristo de multiplicar los panes y los peces, pero ni siquiera los doce vieron Su transfiguración en el monte. Agradó a Dios hacer que estos jóvenes profetas se familiarizaran con la salida sobrenatural de Su siervo de este mundo, pero no se les permitió ser espectadores reales de la misma. No sabemos por qué, pero el hecho permanece, y de él debemos aprender. Ilustraba un principio que se revela en cada página de las Sagradas Escrituras y se ejemplifica a lo largo de la historia: que Dios hace distinción no solo entre hombre y hombre, sino también entre Sus santos, entre uno de Sus siervos y otro, distribuyendo Sus favores como Le agrada. . Y cuando alguien se atreve a desafiar Su alta soberanía, Su respuesta es: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” (Mateo 20:15).

“Y Elías tomó su manto, y lo envolvió, y golpeó las aguas, y se dividieron acá y allá, de modo que ambas cruzaron en seco” (2 Reyes 2:8). Esta división del Jordán fue un preludio apropiado para el éxtasis del Profeta en lo alto. Como señaló Matthew Henry, fue “el prefacio de la traslación de Elías a la Canaán celestial, como lo había sido a la entrada de Israel en la Canaán terrenal” (Josué 3:15-17). Elías y su compañero podrían haber cruzado el río en transbordador, como lo hicieron otros pasajeros, pero el Señor había determinado engrandecer a Su siervo en su *salida* de la tierra, como lo hizo

con Josué en su *entrada* a ella. Fue con su vara que Moisés dividió el mar (Éxodo 14:16), aquí fue con su manto que Elías dividió el río—cada una de las insignias o distintivos de su oficio distintivo. Que hay un significado más profundo y una aplicación más amplia para este notable incidente apenas admite dudas. El “Jordán” es la figura bien conocida de *la muerte*: Elías es aquí un tipo de Cristo, ya que Eliseo debe ser considerado como representante de todos los que se unen a Él y lo siguen. Así aprendemos que el Señor Jesucristo ha provisto para Su pueblo un camino seguro y cómodo a través de la muerte.

“Y aconteció que cuando hubieron pasado, Elías dijo a Eliseo: Pregunta qué debo hacer por ti, antes de que me aparten de ti” (2 Reyes 2:9). Aquí está la prueba de que Elías había estado poniendo a prueba a su compañero cuando le había pedido que “se detuviera” en los lugares de parada anteriores, porque ciertamente no le había ofrecido una invitación como esta si hubiera estado contraviniendo su deseo expreso. El Profeta estaba tan complacido con el afecto y la atención de Eliseo que decidió recompensarlo con alguna bendición de despedida. ¡Y qué prueba de su carácter fue esta: “Pregunta qué debo hacer por ti”! Uno de los puritanos ha llamado la atención sobre el significado del “antes de que yo sea quitado de ti” de Elías, porque había sido inútil que Eliseo invocara a su maestro *después*. No se le debía orar como un “mediador de intercesión” como los engañados papistas enseñan blasfemamente acerca de los santos y los ángeles. *Cristo* es el único en el cielo que intercede por el pueblo de Dios en la tierra. ¡Cuán atentamente necesitamos leer el lenguaje de las Sagradas Escrituras: esa sola palabra “antes” desmiente uno de los errores cardinales de Roma!

“Y Eliseo dijo: Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí” (v. 9). Aquí estaba su noble respuesta a la de Elías: “¿Qué haré por ti?” Elevándose por encima de las concupiscencias y los sentimientos de la carne, no pidió nada que la naturaleza pudiera haber codiciado sino lo que era *espiritual*, buscando no su propio engrandecimiento sino la gloria de Dios. No creemos que pidiese algo superior a lo que había disfrutado su señor sino una porción “doble” de la comunicada a los demás profetas. Iba a ocupar el lugar de Elías en el escenario de la publicación: iba a ser el líder de “los hijos de los profetas” (como insinúa el v. 15), y por lo tanto deseaba estar equipado para su misión. Con razón codició “los mejores dones”: pidió una doble porción del espíritu de profecía —de sabiduría y gracia, de fe y fortaleza— para estar “completamente preparado para toda buena obra”.

“Y él dijo: Algo difícil has pedido” (v. 10). Eliseo no había pedido riquezas ni gloria, sabiduría ni poder, sino una doble porción del espíritu que reposaba en su maestro y actuaba a través de él. Al llamarlo “algo difícil”, Elías parece

haber enfatizado el gran valor de tal dádiva: fue como si dijera: Eso es mucho para ti esperar. Consideramos pertinente el comentario de Matthew Henry: “aquellos están mejor preparados para las bendiciones espirituales que son más conscientes de su valor y de su propia indignidad para recibirlas”. Eliseo sintió su propia debilidad y total insignificancia para un trabajo como el que había sido llamado y por lo tanto deseaba ser calificado para su eminente oficio. “Sin embargo, si me ves cuando sea quitado de ti, así será contigo; mas si no, no será así” (v. 10). Esto es muy bendecido; su petición sería concedida, y él debía saberlo por la señal mencionada: una vista de la traslación de Elías sería la prueba de que su petición estaba de acuerdo con la voluntad de Dios y una prenda de su deseo siendo gratificado—pero para ello su ojo debe continuar fijo en su amo! Los cronólogos cuentan que el ministerio de Eliseo duró el *doble* que el de su predecesor y aparentemente obró el *doble* de milagros.

El gran momento había llegado. Elías había cumplido completamente la comisión que Dios le había dado. Él había preservado sus vestiduras para que no fueran manchadas por el mundo religioso apóstata. Ahora su conflicto había terminado, su rumbo corrido, su victoria ganada. No tenía hogar ni lugar de descanso aquí, por lo que había seguido adelante hacia su descanso celestial. “Y aconteció que mientras ellos seguían adelante y hablando, he aquí, apareció un carro de fuego y caballos de fuego, y los separó a ambos; y Elías subió al cielo en un torbellino” (v. 11). Debe notarse cuidadosamente que Dios no envió Su carro por Elías mientras estaba en Samaria. No, la tierra de Israel fue contaminada y Icabod fue escrito sobre ella (1Sa 4:21). Fue al otro lado del Jordán, en el lugar de la separación, donde se confirió este honor señalado al Profeta. Así como las almas de los santos son conducidas al Paraíso por los ángeles (Lucas 16:22), así creemos que fue por seres celestiales, los más altos entre ellos, que Elías fue llevado al cielo. “Serafines” significa “ardiente” y se dice que Dios hace de sus ángeles “una llama de fuego” (Sal 104:4), mientras que los “querubines” son llamados “los carros de Dios” (Sal 68:17, y cf. Zac 6:1). “Elías iba a trasladarse al mundo de los ángeles, y por eso fueron enviados ángeles para que lo condujeran aquí” (Matthew Henry) para que pudiera cabalgar en pompa y triunfar en los cielos como un conquistador.

En la traducción de Elías tenemos un claro testimonio del hecho de que hay una recompensa para los justos. A menudo esto parece contradecirse rotundamente con las experiencias de esta vida. Vemos a los malvados florecer como el laurel verde, mientras que el hijo de Dios tiene una subsistencia temporal escasa, pero no siempre será así. Elías había honrado a Dios de manera peculiar en un día de apostasía casi universal y ahora Dios se

complacía en honrarlo mucho. Así como había enseñado a los hombres ante los constantes peligros de su vida el conocimiento del único Dios verdadero, ahora les enseñaría, al ser llevado vivo al cielo, que hay un estado futuro, que hay un mundo más allá de los cielos al cual ¡los justos son admitidos donde morarán de ahora en adelante con Dios y todas las huestes angélicas en la gloria eterna! La bienaventuranza futura compensará infinitamente los sacrificios y sufrimientos presentes: el que se humilla será exaltado. ¡La salida sobrenatural de Elías de este mundo también demostró el hecho de que el cuerpo humano es capaz de la inmortalidad! No pudo dar testimonio de la verdad de la resurrección, porque él nunca murió; pero su traslado corporal al cielo proporcionó evidencia indudable de que el cuerpo es capaz de ser inmortalizado y de vivir en condiciones celestiales.

En la traducción de Elías, vemos cuánto mejores son los caminos de Dios que los nuestros. En una hora de abatimiento, el Profeta había querido dejar este mundo antes de que llegara el tiempo de Dios para que lo hiciera y por un camino muy inferior al que Él había designado: bajo el enebro, había pedido que pudiera morir, diciendo: "Basta ahora, oh SEÑOR, quítame la vida" (1Re 19,4). Si se le hubiera concedido su deseo, ¡cuánto habría perdido! ¡Cuánto mejor ser arrebatado que la muerte en un ataque de impaciencia! Y esto se registra para nuestra instrucción, ya que señala una lección que todos debemos tomar en serio. Es parte de la sabiduría dejarnos a nosotros mismos y todos nuestros asuntos en las manos misericordiosas de Dios, confiando plenamente en Él y estando dispuestos a que Él use Sus propias medidas y métodos con nosotros. Estamos seguros de sufrir una pérdida grave si determinamos hacer las cosas a nuestra manera: "Él les dio lo que pedían, pero envió flaqueza a sus almas" (Salmo 106:15). El cristiano maduro asegurará a sus hermanos más jóvenes que hoy da gracias a Dios por rechazar las respuestas que una vez anhelaba. Dios niega tu pedido ahora porque ha ordenado algo mejor para ti.

En la traducción de Elías, tenemos tanto una promesa como un tipo de la salida sobrenatural de este mundo que todo hijo de Dios experimenta. Hemos señalado una y otra vez que aunque en ciertos aspectos el carácter y la carrera de Elías fueron extraordinarios, sin embargo, en líneas generales debe ser considerado como un santo representativo. Así fue en relación con el evento final. No tuvo una partida ordinaria de este mundo y muy diferente del fin común de la existencia terrenal que experimentan los malvados es el de los justos. La muerte como paga del pecado ha sido abolida para los redimidos. Para ellos, la disolución física no es más que el cuerpo siendo puesto a dormir: en cuanto al alma, es conducida por ángeles a la Presencia inmediata de Dios

Traducido por: David Taype

(Lc 16:22), lo cual es ciertamente una experiencia sobrenatural. Ni siquiera todo el pueblo de Dios "dormirá" (1 Corintios 15:51). Esa generación de ellos vivos en la tierra al regreso del Salvador tendrá sus cuerpos "transformados", para que puedan ser "semejantes a su cuerpo glorioso" (Filipenses 3:21) y serán arrebatados juntamente con los santos resucitados. para "encontrar al Señor en el aire" (1Tes 4:17). ¡Así se asegura una salida sobrenatural de este mundo a todas las huestes redimidas de Dios!

Traducido por: David Taype

- [1] **maceraciones** – penalidades físicas que enflaquecen o mortifican.
- [2] **descarado** : desagradable y, a menudo, vulgarmente fuerte y ruidoso.
- [3] **analogía de la fe** : el principio de interpretación bíblica donde se usa la Escritura para interpretar la Escritura.
- [4] La iglesia de Spurgeon, The Metropolitan Tabernacle en Londres, está predicando la verdadera palabra de Dios bajo el liderazgo del Dr. Peter Masters.
- [5] **BBC** - Red de radiodifusión británica.
- [6] **Rusos** : en estos capítulos, Pink a menudo se refiere a la situación contemporánea en Europa y el mundo al final de la Segunda Guerra Mundial.
- [7] **desconcertado** : un estado de desconcierto o confusión.